OSWALD WYND
El árbol del jengibre
La historia de una pasión prohibida que traspasa fronteras y culturas
NOVELA
DUOMO NEFELIBATA

El árbol del jengibre

Oswald Wynd

Duomo ediciones

Barcelona, 2021

Índice

Portada
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
Sobre el autor
Créditos

1

Barco de vapor *Mooldera*, cerca de Adén
9 de enero de 1903

Ayer, día de mi cumpleaños, me mareé, y eso que no me había mareado ni al cruzar el golfo de Vizcaya ni tampoco durante la tormenta que nos azotó frente a las costas de Malta. Es ridículo haberse mareado en un mar tan pequeño como el mar Rojo, pero cuando subí a cubierta al amanecer para huir de los lamentos de la señora Carswell, el segundo oficial dijo que si me había mareado era debido al mar de fondo procedente de Somalia. Me contó que muchas personas capaces de soportar toda clase de vaivenes y bandazos durante una tormenta se marean cuando hay mar de fondo. Es un hombre bastante agradable, aunque debe de tener por lo menos treinta años. Tiene las manos muy grandes. Demasiado grandes. No le conté a nadie que ayer era mi cumpleaños, ni siquiera a la señora Carswell. Ella también estaba mareada, mucho más que yo.

El mar de fondo es como una sucesión de pequeñas colinas en movimiento, bajas y grises. Cuando ascendemos de costado por una de ellas, se pueden ver otras que se acercan desde el horizonte. El cielo también es de color gris y ni siquiera parece capaz de teñirse de rojo al atardecer. Estoy de vuelta en mi camarote escribiendo estas líneas, tendida en mi litera. La señora Carswell sigue lamentándose en la litera de abajo. Jamás hubiera imaginado que algo pudiera crujir tanto como este barco. Aquí dentro hace un calor sofocante. Han levantado las cubiertas exteriores de latón de los ojos de buey para que corra un poco de aire, pero no hay ni un soplo de brisa, ni siquiera debido al movimiento del barco.

He decido en este mismo instante que no le enviaré a mamá este cuaderno, pese a habérselo prometido. Desde Port Said me he dado cuenta de que cada vez me apetece más escribir cosas que ella no debe leer jamás. He oído decir que las personas cambian al este de Suez, y tal vez sea eso lo que me ha ocurrido. Anteayer, cuando empecé a encontrarme mal, me apetecía comer curri, aunque yo siempre he detestado el curri. Me asusta pensar que un viaje en barco pueda cambiar a las personas.

Aunque, en realidad, no le ocurre a todo el mundo. La mayoría de los pasajeros son demasiado viejos para cambiar. Nada puede cambiar a la señora Carswell, desde luego. Ya sé que debo viajar con una carabina, pero ojalá no fuera la señora Carswell y ojalá no tuviéramos que compartir camarote.

Me quité el corsé nuevo hace dos días. Ahora ya sé que jamás podré enviarle estas páginas a mamá. La señora Carswell aún no lo ha descubierto, ya que nos vestimos y desvestimos –al menos casi siempre– tras las cortinas de las literas. No me sentía capaz de ponerme ese corsé aquí arriba, con el calor que hace bajo este techo, y por eso me lo quité a la primera ocasión. Luego lo bajé mientras la señora Carswell dormía y lo escondí en mi baúl de viaje, detrás del pequeño sofá del camarote. Por suerte, tengo la cintura estrecha incluso sin llevar corsé, por lo que la señora Carswell aún no se ha dado cuenta. Tendré que andarme con cuidado, pues tiene una mirada muy aguda. Sus ojos son como cuentas de azabache.

Mamá se horrorizaría si leyera todo lo que estoy escribiendo. A lo mejor lo hago

porque, en este barco, no tengo a nadie con quien hablar. Todos los pasajeros de primera clase son viejos, excepto los Price, pero la señora Carswell opina que los Price no son apropiados. Dice que son «presuntuosos» y que deberían ir en segunda clase porque el señor Price solo va a ocupar un cargo en la Compañía de Aguas de Singapur. La señora Carswell dice también que, cuando los Price lleguen a Singapur, no tardarán en descubrir cuál es su sitio, pues parece que los trabajadores del Departamento de Obras Públicas no están bien vistos en sociedad. El señor Carswell, que vive en Hong Kong, es abogado, y eso significa que su esposa puede dejar tarjetas de visita en casa del gobernador una vez al año y que luego la esposa del gobernador se las deja a ella. La señora Carswell está en la lista de invitados para tomar el té en casa del gobernador. Asegura que todas esas cosas las aprenderé cuando llegue a Pekín.

Todo el mundo me dio muchos consejos antes de emprender este viaje, pero nadie me advirtió qué debía hacer para no sudar tanto. Si en China hace tanto calor como aquí, ¿me pasaré el resto de mi vida empapada? Ya casi he gastado toda mi colonia y solo sirve para refrescarme durante cinco minutos. No puedo preguntarle a la señora Carswell qué ha hecho ella, que lleva años viviendo en países cálidos. Porque algo habrá hecho…, o tal vez no.

Barco de vapor *Mooldera*
11 de enero de 1903

Navegábamos por el océano Índico, cuando el capitán me habló por primera vez. Me disponía a bajar de la cubierta superior debido a los restos de carbón que expulsaba la chimenea y entonces se me acercó desde el puente. Es un hombre corpulento y peludo, con una barba que no parece cuidar mucho, pues los pelos le salen disparados en todas direcciones. No tiene aspecto de ser muy sociable, así que le di la espalda para que no se sintiera obligado a hablarme, pero él se acercó a la barandilla y me preguntó si ya me encontraba mejor después del mar de fondo. Le respondí que sí y luego añadí que el océano Índico no me entusiasmaba y le pregunté si siempre era tan gris. Me explicó que estábamos atravesando la cola de un monzón y que, por lo general, el mar era de un azul maravilloso. La verdad es que aún no he visto ningún azul maravilloso, ni siquiera en el Mediterráneo, que también era gris, aunque de un gris diferente. Este gris es cálido, tanto que el agua desprende vapor. El capitán dice que, desde donde estamos ahora hasta el hielo de la Antártida, lo único que hay es mar: cuatro mil millas de agua. Él aprendió el oficio en los veleros que seguían la ruta australiana del cereal: solían utilizar los cuarenta rugientes, que pasan un poco al norte del hielo, y en una ocasión había estado a punto de naufragar en una enorme isla hecha de negras montañas de roca, en la que no vive nadie porque siempre la azotan vientos terribles. Mientras hablaba, debió de pensar que me estaba asustando porque, de repente, pronunció con un marcado acento: «No te apures, muchacha, que este barco no naufraga». Aunque se llama Wilson, no me había dado cuenta de que era escocés hasta ese momento, lo cual en cierto modo hizo que me sintiera más segura en este barco.

Después de que el capitán se marchara y antes de que pudiera huir del hollín, que se me estaba quedando pegado al pelo, llegó el segundo oficial y enseguida quiso saber qué me había dicho el capitán. El segundo oficial es de Cardiff, en Gales. Tiene una voz cantarina y no hace más que apoyar las manos en la barandilla muy cerca de las mías, pero sin tocarlas. Sabe que viajo a China para casarme, porque la señora

Carswell se lo dijo en una ocasión en que lo encontró de pie junto a mi tumbona de cubierta, poco después de que saliéramos del canal de Suez. Mientras navegábamos por el Mediterráneo, ni siquiera se dignó a mirarme, pero parece que el calor cambia a las personas.

Anoche bajé sola a cenar porque la señora Carswell solo podía tomar el caldo que le había traído la camarera, aunque estaba sentada en su litera mirándome mientras yo me peinaba. Espero que no haya descubierto lo del corsé. Hubo otras personas que tampoco bajaron al salón, por lo que me quedé prácticamente a solas con el juez de Malaca en un extremo de la larga mesa principal. El juez de Malaca es un hombre bastante mayor, con un estómago prominente, que regresa a su puesto tras un último permiso en casa antes de jubilarse. Solía beber *whisky* durante la cena, pero dejó de hacerlo. Creo que se dio cuenta de que la señora Carswell no lo aprobaba. En mi opinión, un juez no debería preocuparse por lo que piense la señora Carswell. Anoche, el juez se bebió tres vasos de *whisky*, empezando por la sopa. El barco aún se movía bastante y alrededor de las mesas habían levantado esas tablas que llaman *fiddles* para que los platos no nos cayeran sobre el regazo. El juez me ofreció una copa de vino y, naturalmente, la rechacé; pero fue extraño porque, en realidad, me apetecía aceptarla. En una o dos ocasiones vi al capitán observándome desde la cabecera de la mesa. El señor Davies parecía estar haciendo lo mismo con cierta frecuencia desde la suya, bastante más pequeña que la nuestra. Creo que no disfruta con la compañía que tiene durante las comidas: los demás comensales son bastante mayores, incluida una mujer que se viste como una jovencita pero que debe de tener unos cuarenta años. Por las noches, enseña bastante el busto. La señora Carswell dice que es una fulana, aunque en realidad sea la esposa del cónsul británico en Shantou. El vestido que lucía anoche tenía un corpiño demasiado chillón, bordado al estilo chino. Yo me había puesto el vestido marrón que le gusta a mamá, aunque a mí no. Aun así, es adecuado para este barco. Guardo como oro en paño toda la ropa nueva: casi todos los vestidos, como el de novia, viajan envueltos en tela. Pensé en ponerme el vestido de organza con estampado de lunares, pero decidí que no era buena idea porque la señora Carswell me estaba observando.

Barco de vapor *Mooldera*
Al día siguiente

En la segunda clase se ha producido cierto alboroto. Una mujer estaba en su litera, cuando vio una rata enorme que correteaba por las tuberías, justo encima de su cabeza. En los camarotes de segunda, los tabiques no llegan hasta el techo, por lo que las ratas pueden utilizar las tuberías para desplazarse. Al parecer, la mujer se puso a chillar y chillar, y no consiguieron que se callara hasta que llegó el doctor. La señora Carswell dice que es un milagro que el doctor fuera capaz de hacer algo. Está convencida de que el doctor oculta algo de su pasado, motivo por el cual está en este barco, pero no quiere decirme cuál es, según ella, ese secreto. Ahora tenemos que cerrar la puerta por las noches en lugar de taparla con la cortina para que corra un poco el aire que entra por el ojo de buey, pues la señora Carswell cree que las ratas pueden llegar hasta la primera clase. Las tuberías pasan también por encima de mi litera, pero van a través de pequeños agujeros practicados en la pared de hierro, así que creo que estoy a salvo.

Puede que estuviera pensando en la rata y por eso me he dirigido al extremo de la cubierta principal y me he quedado allí largo rato contemplando la segunda clase. Los

pasajeros utilizan la cubierta que va de las escotillas a las bodegas y apenas disponen de una pequeña zona resguardada justo al fondo, encima de la hélice. El señor Davies dice que solo tienen una sala. Seguramente la usan para todo: comer, leer, coser, etc. No tienen piano. Nosotros tenemos dos, uno en la sala de fumadores de los caballeros, que, por supuesto, no he visitado, y el otro en el salón, pero es muy pequeño. Justo después del estrecho de Gibraltar intenté tocar una mazurca de Chopin, pero tuve que parar porque a la señora Carswell no le interesa demasiado la música.

Me he sentido un poco avergonzada por estar allí contemplando a los pasajeros de segunda clase. Por lo general, cuando damos nuestro paseo diario por cubierta caminamos más rápido al llegar a esa zona, pero hoy algo me ha impulsado a quedarme a mirar. He visto a una mujer joven con dos niñas pequeñas que siempre llevan pichis limpios, cosa que no debe de ser muy fácil de conseguir en camarotes como los suyos. Me gustaría hablar con ella, pero no es posible, claro. También hay tres sacerdotes católicos que visten sotana negra. El señor Davies dice que son jesuitas. Creo que hasta ahora no había visto a ningún jesuita. Se dedican a caminar en círculos en torno a las escotillas, pronunciando en voz baja las palabras que leen de un libro. No recuerdo haber hablado jamás con ningún católico, al menos que yo sepa. En Escocia hay unos cuantos, pero no en la parte sur de Edimburgo, donde vivimos nosotras. Allí todos somos presbiterianos.

Barco de vapor *Mooldera*
14 de enero de 1903

Mañana llegaremos a Colombo, en Ceilán, que será mi primera escala en el Lejano Oriente. Pocas horas después de nuestra llegada, un barco correo partirá hacia Inglaterra, así que esta será la primera oportunidad, desde el canal de Suez, de enviar una carta. Por este motivo, llevo toda la mañana escribiéndole a mamá. No puedo utilizar la mayoría de las cosas que he escrito en este cuaderno, aunque sí le he contado lo que me dijo el capitán. No he mencionado al señor Davies. Sí le he hablado, en cambio, de los marineros asiáticos que friegan las cubiertas a primera hora de la mañana. Hacen tanto ruido justo encima de mi cabeza que casi siempre me despiertan. No hay mucho más que decir. Le he contado algunas mentirijillas, como que sigo con mis labores, aunque prácticamente no las he tocado; y que todos los días después de desayunar leo el libro de *Pensamientos diarios* que ella me dio. En realidad, dejé de leerlo incluso antes de llegar a Malta. El libro incluye un mensaje para cada día y todos son medio devotos, pero la verdad es que no me interesan mucho. Cuando aún estábamos en el golfo de Vizcaya, la señora Carswell quiso ver qué estaba leyendo y le enseñé el libro, pero me lo devolvió muy rápido y me dijo que ella ya tenía bastante con la Biblia. La verdad es que no la he visto leyendo la Biblia: si tiene una, debe de haberla escondido muy bien, porque a estas alturas del viaje me parece que ya he visto todas sus pertenencias. Suele dejarlas desperdigadas por ahí. Y, en un camarote tan pequeño como este, es toda una prueba. Nunca he compartido habitación con nadie, excepto con Margaret Blair cuando fui a casa de su familia cerca de Aviemore, y lo cierto es que la habitación de Margaret era enorme. No me molestó compartirla, aunque me provocó una sensación extraña.

La señora Carswell suele echarse una siesta después de comer, porque, según ella, es imprescindible en el trópico. Se quita el vestido, se pone una bata y se tumba en la litera. Tener que trepar prácticamente por encima de ella todas las noches para llegar a mi litera ya es bastante malo, así que no pienso hacerlo también durante el día.

Además, le gusta comer copiosamente durante lo que ella llama *tiffin*, y el resultado es que después ronca. Sus ronquidos resultan espantosos en el camarote, por lo que me niego a quedarme allí ni un segundo más de lo necesario. Por lo general, me siento en mi tumbona de cubierta y leo *Las aguas de San Ronan*, de *sir* Walter Scott. Lo he encontrado en la biblioteca del barco, pero no me parece demasiado interesante. Mamá dice que la lectura no es lo mío, porque no me gusta que los libros me instruyan. La mayoría de los libros de la antigua biblioteca de papá eran sermones sobre temas varios, aunque no sobre asuntos religiosos. Los recuerdos que conservo de papá son de cuando yo era muy pequeña, pero sé que a mamá le dolía mucho que él no fuera a la iglesia más de dos veces al año, como mucho. Y jamás para la Sagrada Comunión. Una vez en que mamá se lamentaba porque se había convertido en una viuda solitaria, justo después de que yo le anunciara que me iba a casar con Richard y que viviríamos en China, dijo que el diablo se había metido en papá por culpa de un hombre llamado doctor Huxley. Recuerdo el nombre porque sentí curiosidad por saber quién era el doctor Huxley, pero jamás lo averigüé.

Estaba leyendo en mi tumbona de cubierta, mecida por el vaivén casi imperceptible del barco, cuando me di cuenta de que la luz había cambiado. Durante días, la luz había sido extrañamente gris y el sol había permanecido oculto. De repente, todo parecía más luminoso. Me he acercado a la barandilla: justo delante, el color gris del cielo y el mar terminaba en una línea. Varias millas más allá he visto el azul del que me había hablado el capitán. Resplandecía tanto que me ha deslumbrado, al parecer porque allí donde terminaban las nubes una leve brisa rizaba las aguas, aunque donde nos hallábamos nosotros el aire estaba en calma y el mar parecía una balsa de aceite. Me he dirigido al extremo de la cubierta y me he quedado allí, sola, mientras los demás pasajeros probablemente se echaban una siesta después de comer. A medida que el barco se iba acercando a aquella luz, pero sin abandonar aún las sombras, de repente he tenido la sensación de que íbamos a pasar de un cuadro a otro. He escuchado entonces una especie de chapoteo en el agua, donde el mar aún era de color gris, y he visto peces enormes que saltaban en el aire y volvían a zambullirse.

–Delfines –ha dicho el señor Davies a mi espalda.

Me he sobresaltado, pues no sabía cuánto tiempo llevaba allí. Debía de haber estado observándome mientras yo contemplaba el mar, lo cual me ha producido una incómoda sensación. Me ha preguntado si me apetecía ir a la proa a ver cómo saltaban los delfines delante del barco. La cubierta inferior la utilizan los pasajeros chinos que viajan en tercera clase, pero aún no ha subido ninguno al barco, por lo que podemos utilizarla. Hemos atravesado escotillas y salas de máquinas y hemos subido por una escalera al castillo de proa, donde se alojan los marineros asiáticos. Del otro lado de una puerta abierta me ha llegado un olor extraño y cálido: no sé qué era, pero no parecía que estuvieran cocinado nada. También me ha llegado el sonido de algo que recordaba a una flauta irlandesa, aunque las notas sonaban mejor: eran más graves y tristes. Tal vez fuera un marinero asiático tocando una canción de su tierra. Me hubiera gustado quedarme en los escalones escuchando, pero el señor Davies me ha cogido del brazo y me ha conducido escaleras arriba.

Los delfines parecían estar esperándonos justo donde empezaba a brillar el sol. El señor Davies me ha contado que les gustan los barcos y también que los pasajeros los miren. Minutos más tarde, no me ha quedado más remedio que creérmelo, pues los delfines han empezado a saltar de un lado a otro delante de la proa del *Mooldera*. Eran mucho más rápidos que nosotros: surgían del agua trazando arcos en forma de luna nueva y luego saltaban aún más alto delante de la trayectoria del barco, a pocos

metros de nosotros. Uno de ellos, seguramente el que se acercaba al barco una y otra vez, ha girado de costado en pleno salto y he visto, en su cuerpo reluciente y negro, un ojillo oscuro y centelleante que parecía estar mirándome. Me siento un poco tonta al escribir esto, pero de repente he sentido como si todas las cosas que me inquietan, hasta el punto de que no me atrevo a anotarlas en este cuaderno ni a pensar en ellas excepto en algún rincón profundo de mi mente, ya no me dieran miedo. Aquel delfín parecía estar diciéndome que no debía preocuparme por lo que pudiera ocurrirme en Oriente. La brisa del mar se ha vuelto más impetuosa y casi me han dado ganas de gritar al viento. No lo he hecho, por supuesto, pues el señor Davies me hubiera tomado por loca. Cuando me he vuelto hacia él para preguntarle algo sobre los delfines, me he dado cuenta de que no los estaba mirando a ellos, sino a mí. Ojalá no lo hubiera hecho.

El barco se ha adentrado en la zona iluminada por el sol y, de pronto, ha empezado a hacer mucho calor, pese a la brisa. «Dios bendito del cie…», ha dicho el señor Davies. Lógicamente, es marinero, pero de todos modos me ha sorprendido que exclamara algo así delante de una dama. He mirado hacia donde estaba mirando él. En la parte abierta del puente de mando he visto al capitán –lo he reconocido por las patillas– y me ha parecido que nos estaba observando a través de unos binoculares. Justo debajo de él, la cubierta de primera clase estaba abarrotada de pasajeros cuya siesta, sin duda, habrían interrumpido los camareros y camareras para que contemplaran los delfines. No he visto a la señora Carswell, pero estoy segura de que le llegará la noticia de que yo estaba en la proa del barco a solas con el señor Davies. Sin embargo, escribo estas líneas en mi litera, a la luz de una lamparita, y la señora Carswell aún no ha comentado nada: puede que el hecho de mantener las distancias con la mayoría de los viajeros impida que le lleguen las noticias.

Barco de vapor *Mooldera*, en alta mar
17 de enero de 1903

La señora Carswell y yo no nos dirigimos la palabra. El juez de Malaca, durante una de sus bromas a la hora de la cena, le contó lo del señor Davies y yo. La señora C. nunca se ríe de las bromas del juez y esta vez pareció más que furiosa. Más tarde, en nuestro camarote, me dijo que yo me había comportado como una mujer «ligera de cascos» y que, al parecer, se me había olvidado que estaba prometida con un caballero de una distinguida familia inglesa. Fui un poco descarada, supongo, y le contesté que sí, que ya sabía que estaba prometida, pero que viajaba para casarme, no para entrar en un convento. Replicó que no sabe qué va a ser de mí cuando ella baje del barco en Hong Kong, pues no hay nadie a bordo que pueda vigilarme hasta que lleguemos a Shanghái. Me enfadé muchísimo. Tengo veinte años recién cumplidos y puedo cuidar de mí misma, así que le propuse que le pidamos al capitán de largas patillas que se ocupe de mí durante el resto del viaje. Por un momento pensé que la señora Carswell me iba a pegar. Si lo hubiera hecho, yo habría abandonado inmediatamente el camarote y le habría pedido al sobrecargo que me buscara otro sitio para dormir. Puede que la señora Carswell me viera en los ojos lo que estaba pensando, porque pareció reflexionar acerca de todo lo que habíamos dicho y se limitó a comunicarme que, cuando enviara los informes a mi madre, mi comportamiento a bordo del *Mooldera* causaría consternación en un hogar de Edimburgo. Le respondí que, hablando así, parecía una maestra de escuela. Después de eso, cada una se metió en su litera y corrimos las cortinas. La señora Carswell no empezó a roncar inmediatamente

después de los ruidos que hace mientras se desviste, así que supuse que la rabia le impedía dormir, igual que a mí.

Por la mañana me sentía incómoda después de mi discusión con la señora Carswell y me preocupaba que, de verdad, escribiera a mi madre. No quiero que lo haga, porque a mi madre le resultaría muy doloroso leer que soy una joven ligera de cascos. Mamá también es muy recatada, aunque no tan estricta como la señora C., para quien hasta respirar es un pecado. Me pregunto qué pensaría de sus propios ronquidos si supiera que ronca. Puede que el señor Carswell no se haya atrevido jamás a decírselo.

Me he levantado y me he aseado. Las cortinas de la litera inferior seguían cerradas, pero yo tenía la sensación de que la señora Carswell me observaba desde el otro lado. Bien, si así fuera, ya habría descubierto lo de mis corsés. Aun así, no podría decir nada, porque, si lo hiciera, yo sabría que me había estado espiando. Más o menos como cuando alguien te espía durante las oraciones para ver si cierras los ojos: si sabe que no, significa que esa persona tampoco los ha cerrado, así que no puede decir nada. Yo solo los cierro cuando estoy rezando de verdad, no durante las oraciones del pastor. En nuestra iglesia, algunas personas cerraban los ojos durante la bendición del rey Eduardo y el resto de los miembros de la familia real, pero después los abrían.

Desde cubierta, antes de bajar a desayunar, he visto la isla de Ceilán, pero la verdad es que no me ha interesado especialmente. Ya en la mesa, no le he dirigido ni una sola palabra al juez de Malaca y creo que él sabe por qué. He desayunado abundantemente, pues estos días tengo mucha hambre. Las gachas estaban llenas de grumos, pero el beicon y los huevos me han parecido excelentes. En el barco, además, preparan unos deliciosos bollos crujientes que sirven recién hechos. Me he comido tres. La señora C. ha entrado antes de que yo terminara y todos nos hemos dado muy amablemente los buenos días. Después he subido a cubierta y me he sentado en mi tumbona, al otro lado de la isla de Ceilán. La señora C. se me ha acercado y ha dicho que, en su opinión, las dos nos precipitamos un poco anoche y yo le he respondido que es cierto. Durante un segundo he pensado que se iba a inclinar para besarme, pero no lo ha hecho, quizá porque, con la figura que tiene, le cueste agacharse. En fin, ha sido una especie de reconciliación y he decidido hacer lo que a ella le apetezca en Colombo, pese a que el señor Davies me ha aconsejado que visite un lugar llamado Monte Lavinia, situado en la costa. No ha sido una invitación formal, seguramente porque sabe que la señora C. tendría que acompañarnos en el tren, carruaje o lo que sea.

Barco de vapor *Mooldera*
18 de enero de 1903

Bueno, pues ya hemos visto todo lo que teníamos que ver del «arrecife de coral de la India», como dice el himno misionero. Aunque a lo mejor Ceilán no pertenece a la India. Nunca se me ha dado demasiado bien la geografía, pero cada vez me interesa más. Me he acostumbrado a llevar este cuaderno en mi costurero y anoto en él mis pensamientos mientras finjo que escribo cartas. Intenté escribirle una carta a Margaret Blair de Aviemore, pero me apetecía más tomar notas en este cuaderno, así que me conformé con escribirle una postal en la que aparecía el puerto de Ceilán. Que es lo único que he visto. Bajé a tierra firme con la señora C. y tuvimos que esperar el carruaje de unos amigos suyos en una especie de caluroso cobertizo con techo de hojalata. Cuando llegó el carruaje, resultó ser una vieja calesa de cuatro ruedas con una capota negra que olía muy mal. Supongo que servía para protegernos del sol,

aunque nosotras llevábamos nuestras sombrillas. El caballo era un saco de huesos. Recorrimos calles de edificios blancos repletas de personas de piel oscura que vestían una gran variedad de prendas, bonitas, sí, pero demasiado sencillas para mi gusto: las mujeres lucían túnicas como las de las estatuas griegas de los museos, aunque iban más tapadas, claro. Después llegamos a una zona ajardinada en la que abundaban las plantas, pero no los colores. Por lo que yo vi, casi todas las plantas parecían lirios. Luego el caballo empezó a subir una empinada avenida flanqueada de palmeras: me recordaron a la parte superior de las piñas que a veces se ven en esa frutería tan cara de Princes Street.

Los amigos de la señora C. nos esperaban en los escalones de un bungaló blanco que tenía porches enormes y amueblados como si fueran habitaciones. Se apellidaban Johnson. El señor Johnson no era muy hablador, pero su esposa sí: hablaba sin descanso, sobre todo con la señora C. No demostró mucho interés por mí, excepto para preguntarle a la señora C. con quién me iba a casar. Cuando se lo dijo, pareció muy sorprendida y se me quedó mirando con un gesto que me pareció bastante maleducado. La comida se alargó mucho. Cada vez que necesitábamos algo, la señora Johnson, en lugar de tocar una campanilla, daba un par de palmadas y enseguida acudía un sirviente. Creo que en aquella casa tenían muchos sirvientes, pues vi a tres hombres trabajando en el jardín. Me pregunté si yo también daré palmadas cuando necesite algo y desee que alguien me lo traiga enseguida. La idea me resulta bastante extraña. En casa solo disponemos de la cocinera y de Jessie, aunque en el sur de Edimburgo son muchas las familias que cuentan con un gran número de sirvientes. Una amiga de mamá tiene un paje que lleva uniforme y se encarga de recibir a las damas durante las veladas de los jueves. En realidad, el paje es el ayudante del jardinero. Tomamos el té en casa de los Johnson y luego regresamos al muelle a tiempo para coger el último bote que se dirigía al *Mooldera*. Y eso fue todo lo que vi de Colombo. El señor Davies no había ido solo a Monte Lavinia: nos estaba esperando en lo alto de la rampa de embarque.

Barco de vapor *Mooldera*
19 de enero de 1903

Hemos tenido problemas gravísimos. El postre de anoche estaba riquísimo, pues el barco se había aprovisionado de fruta fresca y tuvimos que probar cosas muy extrañas, aunque la mayoría de ellas me parecieron insípidas. Los camareros nos trajeron, por primera vez durante este viaje, cuencos de agua para lavarnos los dedos, quizá porque creían que no había peligro de que se derramaran. Hasta la señora C. probó una de las frutas, pese a que, al verlas, había dicho que podían ser letales para un estómago occidental. En Hong Kong no prueba ningún alimento crudo procedente de China, solo verduras que haya que cocinar. Estaba hablando de los problemas con los sirvientes cuando el juez de Malaca se inclinó de repente sobre la mesa para comunicarme que esa noche se había organizado un concierto en la sala de fumadores de los caballeros y que la señora Price había accedido a cantar, pero que no había nadie que pudiera acompañarla al piano. Me preguntó si yo estaba dispuesta. Antes de que yo pudiera responder, la señora C. habló por mí: «La señorita Mackenzie jamás ha pisado la sala de fumadores desde que zarpamos de los muelles de Tilbury y no tiene intención de hacerlo». El juez seguía mirándome como si ni siquiera hubiera escuchado a la señora C. Respiré hondo y luego acepté acompañar al piano a la señora Price, si es que tenía las partituras de las canciones que iba a interpretar. El juez me

dio las gracias, sin molestarse en mirar a la señora C., y luego me informó de que asistiría un público bastante numeroso porque la invitación se había hecho extensiva a los pasajeros de segunda clase. Al escuchar esas palabras, la señora C. dejó su servilleta, se puso en pie y, sin dirigirnos siquiera la mirada, abandonó el comedor. La idea de que los pasajeros de segunda clase asistan al concierto me pone un poco nerviosa. Tenía entendido que solo se les permite subir a nuestra cubierta para el Culto Divino, al cual solo asisten tres o cuatro de ellos. Se trata de un culto de la Iglesia de Inglaterra que el primer oficial lee de un libro. Dicen que el capitán no cree en Dios. Las respuestas de la congregación son bastante pobres y los cánticos, lamentables. Por lo general, yo no participo porque las ceremonias de la Iglesia anglicana me resultan desconocidas, aunque supongo que tendré que acostumbrarme cuando me case con Richard. Después del culto se sirve caldo de carne en cubierta si el mar está en calma, o en el salón si hay oleaje.

Mientras subía la escalera del comedor decidí que, si tenía que acompañar a la señora Price delante de tanta gente, no podía hacerlo con mi vestido marrón, sino que me pondría mi traje de organza con estampado de lunares, para el cual uso unas enaguas especiales. La señora C. siempre va un rato al salón de las damas después de cenar y antes de irse a la cama, a las nueve y media en punto, pero anoche la encontré en el camarote, sentada muy erguida en el sofá. En cuanto entré, exclamó: «Mary Mackenzie, ¿te consideras una verdadera cristiana?». Me quedé perpleja. Ni siquiera nuestro pastor me había preguntado tal cosa cuando me aceptaron en la iglesia de South Morningside tras el bautismo. Siguió hablando, sobre todo acerca de su tarea como carabina: para ella es un deber sagrado que ha contraído con mi madre, cuyos deseos, en lo que a mí respecta, conoce muy bien la señora C. A juzgar por lo que dijo y por cómo lo dijo, la sala de fumadores para caballeros era un lugar especialmente perverso, pero la verdad es que he echado algún que otro vistazo a través de las puertas de cristal y solo he visto hombres leyendo con un puro en la boca, o jugando a las cartas o al ajedrez. Cuando hablé, me sorprendió un poco mi propio tono de voz. Le pregunté a la señora C. si sería tan amable de subir al salón, como todas las noches, porque debía vestirme para el concierto y necesitaba disponer del camarote. Durante un segundo, pensé que me diría que no, pero finalmente se puso en pie, cruzó la cortina y salió al pasillo. Regresó instantes más tarde solo para advertirme lo siguiente: «Puede que te interese saber que dispongo, en caso de desearlo, de los medios necesarios para enviarle un mensaje a tu futuro esposo». Cuando por fin se marchó, yo temblaba tanto que tuve que sentarme.

A las nueve menos cuarto, todavía disgustada, subí la escalera hacia la cubierta principal y, aunque tuve la sensación de que la señora C. me observaba desde el salón, no me molesté en echar un vistazo para comprobarlo. Las puertas de la sala de fumadores estaban abiertas de par en par y las sillas colocadas en hileras, como cuando se oficia el Culto Divino. El piano resplandecía bajo la luz. Algunas de las sillas ya estaban ocupadas y había mesillas auxiliares para dejar los vasos. Dos camareros ya habían empezado a servir bebidas alcohólicas. El juez, que se encargaba de organizar la velada, se me acercó enseguida y llamó a la señora Price para que nos acompañara. La señora Price llevaba un vestido de seda verde que yo no le había visto antes: era bastante sencillo, pero combinaba muy bien con su intenso color de pelo. No es exactamente cobrizo, pero sí tiene algunos reflejos de color anaranjado. Por algún motivo, mi vestido de organza no me convencía demasiado y pensé que resultaba demasiado recargado con tantos volantes. El tono malva con los lunares blancos, además, no terminaba de quedar bien. Me notaba las mejillas arreboladas,

por lo que no pude evitar pensar que no debía de tener el mejor aspecto del mundo. Por lo general, tengo la piel blanca como el marfil y no suelo sonrojarme.

El juez me presentó a la señora Price, con la que yo hasta entonces no había hablado, quien me sonrió amablemente mientras intercambiábamos cortesías. Después me entregó la partitura de las canciones que iba a interpretar. La primera era *Pale Hands I Loved Beside the Shalimar*, cosa que me sorprendió porque siempre la he escuchado interpretada por hombres. En una velada musical a la que asistí en Edimburgo, por otro lado, algunas de las damas presentes dijeron que la letra era desagradablemente sugerente. La otra canción era *Londonderry Air*, con la letra de *Danny Boy*, y el bis, *Where the Mountains of Mourne…*, cosa que me hizo pensar que la señora Price tal vez tuviera ascendencia irlandesa.

El juez nos acompañó a nuestros asientos, que no estaban junto a los demás, sino formando un ángulo de modo que el público pudiera vernos incluso mientras no actuábamos, cosa que no me gustó. Me sorprendió ver que otro de los intérpretes de la velada era el primer oficial que normalmente lee el Culto Divino, un hombre de aspecto solemne que, en el comedor, se sienta a la cabecera de una mesa bastante alegre. También estaba el médico del barco, que se sentó al lado de la señora Price. Esa fue la primera vez que hablamos. Me preguntó si iba a cantar y le respondí que yo solo acompañaba al piano. Me contó que a él le habían impuesto la penitencia de contar unos cuantos chistes y que tiene un repertorio bastante limitado: no le hace falta aumentarlo porque el público cambia en cada viaje. Es un hombre tirando a pelirrojo, de ojos verdes, que parece más joven cuando sonríe. Además, no lleva bigote, lo cual es bueno porque no me gustan los bigotes pelirrojos. Creo que me sentiría muy incómoda si tuviera que recurrir a sus servicios como médico, porque su mirada es muy atrevida. Se llama doctor Waterford. Puede que la señora C. tenga razón cuando dice que el doctor oculta algo de su pasado, pero, si eso es cierto, no parece que a él le preocupe mucho.

Mientras yo hablaba con el doctor, entró en el salón la mujer de segunda clase que tiene dos niñas. Llevaba un vestido blanco bastante bonito y el pelo muy bien peinado, aunque con un estilo sencillo. Se quedó junto a la puerta, casi más asustada que yo, y de no haber sido porque tenía que actuar creo que habría ido a recibirla. Por suerte, el juez se volvió y, al verla, fue a darle la bienvenida con sus exquisitos modales de caballero anciano. Cuando quiere, el juez puede resultar muy cordial; pero, en mi opinión, se equivoca al tratar de provocarme en lo que respecta a la señora C., que creo que es precisamente lo que está haciendo. ¿Por qué? Mientras el doctor acompañaba a su asiento a la mujer de segunda clase, vi a la esposa del cónsul de Shantou observándola fijamente. Por una vez, estoy de acuerdo con la señora C. La esposa del cónsul no me interesa. Llevaba otro vestido nuevo de seda de *shantung*, de color crema, con el escote pronunciado y un cuello de encaje tan rígido que le rodeaba la garganta como en esos retratos de la reina Isabel. Tuve la sensación de que el objetivo de ese cuello era destacar su rostro, que es bastante adusto y desde luego nada joven. Diría que se maquilla. A lo mejor incluso fuma en privado. La señora C. dice que en estos tiempos de moral relajada algunas mujeres fuman, aunque puede que solo sea otra de sus exageraciones.

Tal vez porque yo la estaba mirando, la dama de Shantou me devolvió la mirada, aunque la suya era mucho más penetrante. De repente, me di cuenta de que tendría que haberme puesto el corsé debajo del vestido de organza y también de que la esposa del cónsul sospechaba que no lo llevaba. Probablemente estaba esperando a que yo me acercara al piano para cerciorarse; e incluso estuviera dispuesta a contárselo a las

personas que la rodeaban, todos hombres. Quise salir corriendo de la sala de fumadores y bajar a mi camarote, pues me sentía muy acalorada. Notaba que me estaba sonrojando otra vez, lo cual debía de darme un aspecto espantoso. Me pregunté si podía huir con la excusa de que me sentía débil y necesitaba subir a cubierta, pero descarté la idea porque significaba huir de algo que había dicho que iba a hacer. Tuve la sensación de que todas las personas que ocupaban los asientos nos observaban y, a juzgar por el calor que notaba en las mejillas, supe que estaba roja como un tomate. Entonces, el doctor Waterford se inclinó hacia mí y me dijo: «Parece que nadie se acuerda de traer un refrigerio a los artistas. Necesito un poco de coraje holandés. ¿Le apetece a usted una limonada, señorita Mackenzie?».

Aunque estaba segura de que solo me lo decía porque yo parecía a punto de arder, me pareció muy considerado por su parte y se lo agradecí. El doctor se dirigió a la barra en lugar de llamar a uno de los camareros de Goa y, durante su ausencia, el juez anunció el primer número, que era la interpretación conjunta de una canción que, según él, todos conocíamos y que había hecho famosa la mismísima Marie Lloyd. No conocía la canción. He oído hablar de la señorita Lloyd, desde luego, pero mamá desaprueba los *music halls*, así que nunca la he visto actuar. Solo he estado tres veces en el teatro: una para ver una obra de Shakespeare, *La tempestad*, y dos para asistir a óperas de Gilbert y Sullivan. El juez guio la interpretación con una voz de barítono que, en su juventud, debió de ser muy buena. El coro lo formaban fundamentalmente los hombres del público: la verdad es que no oí ninguna voz femenina, aunque la esposa del cónsul de Shantou seguía el compás con su abanico de marfil. Imagino que la señora C., si es que estaba escuchando, se indignaría con la letra, que decía algo así como que un poquito de lo que nos gusta no hace ningún daño.

Los hombres seguían cantando el estribillo a voz en cuello, cuando el doctor Waterford volvió con el refresco. Me pareció que la limonada tenía un sabor bastante raro, no tan dulce como yo esperaba, pero de todas formas se la agradecí y después de unos pocos sorbos empecé a sentirme mejor. El doctor parecía estar disfrutando de su coraje holandés; había permanecido en la barra el tiempo suficiente como para haber tomado otra copa, además de la que tenía en la mano. Me fijé en que la dama de Shantou también estaba bebiendo algo que parecía *whisky*. Me di cuenta en ese momento de que la señora C. tenía razón en una cosa: a mamá no le habría gustado que yo acudiera a un concierto en el que se bebía alcohol y, menos aún, que actuara en él. Algunos de los hombres, y no precisamente los que viajaban en segunda clase, ya habían empezado a contar chistes en un rincón, en voz tan alta que el juez se vio obligado a pedir silencio antes de anunciar el siguiente número: el primer oficial iba a recitar *La carga de la Brigada Ligera*, de lord Tennyson. No me interesaba mucho. Mientras el primer oficial recitaba, yo no hacía más que pensar que odiaba mi vestido de organza y que jamás volvería a ponérmelo.

El siguiente intérprete era un hombre de unos cuarenta y tantos años al que he visto jugar al tejo en cubierta, aunque nunca he hablado con él. El juez me dijo que era un ingeniero de minas de estaño en no sé qué parte de la Malasia británica: antes de cantar –sin acompañamiento–, el hombre explicó que lleva una vida muy solitaria y que se entretiene buscando canciones nativas. Añadió que la que se disponía a interpretar la había aprendido de sus culis chinos. Era una cancioncilla bastante rara, si es que se podía llamar cancioncilla. Interpretada en su idioma nativo, me resultó ininteligible, pero me gustó bastante, tanto que aplaudí con entusiasmo para pedir un bis. El hombre debió de oírme, pues me miró, sonrió y accedió a cantar un tema malayo, en esta ocasión sobre un enamorado que llora la pérdida de su fiel amada.

Tuve la sensación de que me miraba con bastante insistencia mientras cantaba, cosa que me hizo sentir incómoda. Varios de los hombres, que seguramente entendían el idioma malayo, se reían de la letra de la canción, como si les pareciera sugerente. La canción malaya no me gustó en absoluto. Además, me estaba empezando a poner otra vez muy nerviosa porque pronto nos tocaría a la señora Price y a mí, así que no presté mucha atención a la interpretación del doctor Waterford. Era un extracto de *Los papeles del Club Pickwick*, de Charles Dickens: lo recitó con un acento de clase baja, diciendo «haiga» en lugar de «haya» y cosas así, por lo que en algunos momentos me costó entenderlo. Durante la lectura, me terminé bastante deprisa el vaso de limonada y, si bien no me refrescó, la verdad es que ya no me sentía tan nerviosa.

Aunque tendría que haber estado preparada, me sorprendió oír decir al juez que a continuación la señorita Price cantaría acompañada al piano por la señorita Mackenzie. Al ponerme en pie me di cuenta de que ni siquiera le había echado un vistazo a la partitura y de que tampoco había escuchado el piano en toda la velada. Tal vez ni siquiera funcionaran las teclas. Cuando me senté, el taburete estaba tan bajo que llegar al teclado era como encaramarse a un estante. El público se empezó a reír al verlo, por lo que tuve que ponerme de nuevo en pie y girar el taburete hasta subirlo al máximo. Y luego no pude echarlo hacia atrás porque, como todo en este barco, está atornillado al suelo para que no se mueva. Por la forma en que la señorita Price me estaba mirando, era evidente que no le gustaba escuchar las risas del público antes de comenzar a cantar.

Toqué los compases de introducción, pero lo cierto es que el piano sonaba como un organillo italiano. Iba demasiado rápido y a la señorita Price le gusta tomarse su tiempo. Su voz sonaba como si alguien estuviera agitando una bolsa llena de piedrecitas en las cuerdas vocales de su garganta, por lo que nadie entendió ni una palabra de lo que cantaba. Se me soltó uno de los corchetes en la espalda del vestido. Notaba el hueco, pero seguí tocando mientras me preguntaba cuántos más se soltarían. Supongo que la dama de Shantou se preguntaba lo mismo. Y tal vez algunos de los hombres. Me convencí de que todo el mundo estaba pendiente de los ganchos y las presillas, y no de la señorita Price.

La canción india de la señorita Finden era bastante lenta, pero *Danny Boy* era más lento que una tortuga. Pensé que no se acabaría nunca. Tuve la sensación de que tendría que haberme dedicado a tocar el piano muy despacio, con una manivela, en lugar de intentar arrancar algún sonido a las teclas. Lo peor ocurrió justo entonces: cuando aún quedaban dos estrofas de *Danny Boy*, de repente me empecé a sentir mareada. Durante un segundo pensé que era el movimiento del barco, pero enseguida supe que no se trataba de eso, porque la sala de fumadores daba vueltas a mi alrededor. Apenas podía leer la partitura y, de haberme encontrado con alguna nota nueva, no habría sido capaz de terminar la pieza. Lo conseguí a duras penas. Y entonces, mientras el público aplaudía y pedía un bis, supe que iba a vomitar de un momento a otro. Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta en mitad de los rostros de los presentes. Me tambaleaba. Nunca en mi vida he caminado de aquella manera, como si estuviera pisando nubes de algodón y no la moqueta del suelo. Tenía la mirada clavada en las puertas. Conseguí salir al pasillo y llegar a cubierta, pero la barandilla estaba demasiado lejos. Tuve que detenerme y doblar el cuerpo.

Del salón salió una mujer que, sin duda, no había asistido al concierto. No le vi la cara, pero sí pude oír lo que dijo: «¿Has estado bebiendo ahí dentro? ¿Una joven de tu edad? ¡Qué vergüenza!».

Escribo todo esto tendida en mi litera, justo encima de la señora C., quizá con la

idea de que anotar lo ocurrido y enfrentarme a ello tal vez me permita olvidarlo. Pero, en realidad, estoy pendiente de escuchar ruido de pasos en cubierta, justo encima de mi cabeza, porque eso significa que el concierto ha terminado y que los asistentes han salido a dar un último paseo. Los marineros asiáticos no limpiarán la cubierta hasta que amanezca. ¿Cómo voy a enfrentarme mañana al resto de los pasajeros?

No sé a qué hora ha regresado la señora C. a la cabina, pues las cortinas estaban corridas cuando he llegado. Durante mucho rato no he escuchado ningún ruido procedente de su litera, pero ahora oigo algo que no se parece a sus habituales ronquidos. Será mejor que apague la luz.

2

Carta de Mary Mackenzie a su madre, la señora Isabel Mackenzie

Hotel Raffles, Singapur
23 de enero de 1903

Queridísima mamá:

Debo darte una noticia muy triste. La mujer que me acompañaba al Lejano Oriente en calidad de carabina por desgracia ha muerto, lo cual ha sido para mí una terrible sorpresa e imagino que también para ti. La señora Carswell no murió a bordo del *Mooldera*, sino en un hospital de Penang. Se puso muy enferma la noche del 19 de enero, mientras aún estábamos en el océano Índico, ya cerca del estrecho de Malaca. Durante la cena la vi un poco cansada, pero no le di importancia. Siempre se acostaba temprano y, a veces, yo no lo acompañaba a las nueve y media a nuestro camarote, pues como muy bien sabes, nunca me ha gustado acostarme pronto. Cuando bajé al camarote, tras un último paseo en cubierta, la señora Carswell ya estaba tras las cortinas de su litera y más tarde, mientras yo aprovechaba la luz de la lámpara para escribirte, escuché ruidos extraños procedentes de su litera. Al principio no hice nada, pues estaba acostumbrada a escuchar sus ruidos en el camarote, pero después se volvieron muy violentos. La encontré sumida en convulsiones y, al parecer, incapaz de hablar. Me dio mucho miedo. Primero tuve que llamar a una camarera adormilada y luego al médico del barco, que es un hombre horrible. Cuando por fin llegó el doctor, debía de ser ya la una de la madrugada y la señora Carswell estaba muy angustiada y se quejaba mucho. El doctor le dio no sé qué jarabe, que sirvió para hacerla vomitar muy a menudo, pero por la mañana no había mejorado.

Tuve que cuidar de la señora Carswell con la ayuda de una camarera vieja y gruñona y de otra pasajera, una mujer cuyo aspecto al principio no me había gustado nada, pero que de repente se ofreció como voluntaria en nuestro camarote cuando yo estaba más angustiada. Es la esposa del cónsul británico de Shantou, una tal señora Brinkhill. Antes de que se presentara aquí, yo no tenía el menor deseo de conocerla, cosa que demuestra que no es bueno juzgar a las personas demasiado rápido. Me había parecido una mujer insensible y mundana, pero resultó que posee una fortaleza auténtica. A bordo viajan otras damas que también habrían podido venir a ayudar, pero ninguna de ellas lo hizo, ni siquiera se molestaron en llamar a la puerta de nuestro camarote, aunque al pasar por el corredor sin duda oían los terribles lamentos de la pobre señora Carswell. El mundo es una extraña mezcla de distintos tipos de personas, y muchas de ellas no son lo que parecen.

Cuando accedí a casarme con Richard y viajar al Lejano Oriente, dijiste que temías por mí porque me había criado en un entorno muy protegido y apenas sabía nada del mundo. Bien, pues ahora estoy adquiriendo experiencia. Jamás me había imaginado a mí misma como enfermera, pero con la ayuda de la señora Brinkhill he aprendido muchísimo, sobre todo en lo relativo a soportar momentos verdaderamente

desagradables sin sucumbir al asco ni correr a esconderme. Si te soy sincera, al principio me sentí así y deseé que se encargaran otros, pero la señora Brinkhill me ayudó a hacer lo que había que hacer. Es una mujer asombrosa. El barco permanecerá dos días anclado en Singapur antes de zarpar hacia Hong Kong y, puesto que la señora Brinkhill dijo que a ambas nos vendría bien cambiar un poco de aires después de tantos días a bordo, ha reservado una habitación en este encantador hotel. Ahora estamos aquí, descansando: al otro lado de los postigos abiertos que dan al balcón oigo el susurro de la brisa entre las hojas de las palmeras. Es un sonido nuevo para mí y me gusta.

Pero, volviendo a la señora Carswell, se la llevaron del barco y la trasladaron a un hospital de Penang en cuanto echamos el ancla y pudo acercarse una gabarra. Bajaron la rampa de embarque y se la llevaron a primera hora de la mañana, en mitad de un radiante amanecer rojo. Penang es un puerto precioso, por lo que la situación se me antojó muy extraña: la maravillosa naturaleza que nos rodeaba y una pobre mujer moribunda. Aunque no le dije nada a la señora Brinkhill, yo ya intuía que la señora Carswell no iba a sobrevivir. Así que ya lo ves, he dejado de ser una niña sobreprotegida. He visto la muerte de cerca. Y no me han entrado ganas de llorar, solo me he sentido fría por dentro.

Todo resulta muy trágico. Se ha enviado un telegrama a Hong Kong para comunicarle la noticia al señor Carswell, pues seguramente ya debía de estar haciendo los preparativos para recibir a su esposa después del viaje de esta a Inglaterra. No sé gran cosa del señor Carswell, ya que su mujer raramente hablaba de él, pero sí que no tenían hijos. La señora Brinkhill me sorprendió al decirme que el señor Carswell no tardará en volver a casarse, porque en el Lejano Oriente es habitual que los viudos se casen rápidamente después de haber perdido a su esposa. Puede que esos comentarios la hagan parecer insensible, pero lo cierto es que bajo esas apariencias hay un pozo de bondad. Me resulta difícil creer que hace apenas una semana yo misma la consideraba una mujer cuya compañía debía evitar.

Desde la muerte de la señora Carswell, el médico del barco apenas se ha dejado ver, quizá porque sabe que no hizo gran cosa para ayudarla. Según la señora Brinkhill, las noticias llegadas desde el hospital de Penang justo antes de que zarpáramos de nuevo decían que la señora Carswell había muerto de una disentería provocada por las frutas de Colombo que había ingerido a bordo. Personalmente lo dudo mucho, pues se mostraba muy cuidadosa a la hora de comer alimentos extraños y, según me contó ella misma, jamás lo hacía en Hong Kong. También es cierto que la vi probar una especie de melón, pero solo comió la parte del centro, donde difícilmente podían hallarse tales gérmenes. La señora Brinkhill cree que probablemente fuera una peritonitis, pero jamás lo sabremos. Dado que su enfermedad tal vez fuera contagiosa, todas mis pertenencias se han trasladado a otro camarote, y el que compartía con la señora Carswell se desinfectó a conciencia mientras navegábamos hacia Singapur. Me alegró el cambio, porque no me habría gustado mucho seguir viviendo en aquel camarote con todos sus recuerdos.

En fin, querida mamá, lamento que esta carta sea tan triste, pero no debes preocuparte por mí. Aunque la señora Carswell se haya ido, no estoy sola, pues la señora Brinkhill ha asumido el papel de carabina. Como te dije, es la esposa de un cónsul y, por tanto, se trata de una mujer importante. Te escribo estas líneas desde la habitación del hotel. He desayunado en la cama con las ventanas abiertas, a través de las cuales me llegan los extraños sonidos de una ciudad oriental: los timbres de bicicleta de los *rickshaws*, los gritos de la calle, etc. El sol brilla con fuerza en el

exterior y más tarde saldré a dar un paseo por las calles en un carruaje. También visitaremos el famoso jardín botánico, que, según dicen, es uno de los mayores atractivos de toda Asia.

El servicio en este hotel es muy agradable: está formado por chinos de paso silencioso que parecen adivinar mis deseos al mismo tiempo que los pienso. Si cuando viva en Pekín tengo sirvientes como estos, estoy segura de que la vida me resultará muy fácil en algunos sentidos. Esperaba encontrar una carta de Richard aquí, pero no había ninguna, así que es posible que haya perdido los correos del norte de China, poco fiables, al parecer de la señora Brinkhill. Incluso donde ella vive, en Shantou –que está bastante cerca de Hong Kong–, a veces pasa meses enteros sin recibir noticias del mundo exterior. Los periódicos ingleses les llegan en enormes fardos con dos o tres meses de retraso, pero los leen ordenadamente por fecha. Es algo en lo que su marido insiste. Por lo que cuenta, su casa de Shantou debe de ser muy bonita, pero no tendré oportunidad de visitarla porque el *Mooldera* no hace escala allí de camino a Shanghái. La señora Brinkhill tiene que cambiar de barco en Hong Kong, así que me quedaré sin su compañía durante los últimos días de la travesía. El hombre que creía que era su esposo resulta que no lo es, solo es un viejo amigo. Su esposo está en Shantou.

Bueno, ahora debo terminar estas páginas. Volveré a escribirte a tiempo de coger el correo de Hong Kong. Te mando todo mi cariño.

Tu hija, que te quiere,

Mary

Barco de vapor *Mooldera*,
27 de enero de 1903

Hoy hemos pasado frente a una isla enorme del mar de la China Meridional y ahora estoy en mi camarote escribiendo sobre ello antes de vestirme para cenar. Puesto que viajo sola en este camarote, hay momentos en los que puedo cerrar la puerta con llave y ponerme solo un kimono para estar más fresca. Fue la señora Brinkhill quien me explicó que a las damas les está permitido hacerlo en el calor del trópico para obtener cierto alivio temporal.

Fuimos a una tienda de Singapur para comprar el kimono y elegí uno de algodón blanco con estampado de flores azules, tan ligero que puedo lavarlo en la palangana y colgarlo a secar en el ojo de buey. La señora B. también me dijo que, en su opinión, he sido una mártir de la ropa interior, comprada en Maule's Drapery, en Edimburgo. Mi ropa interior, supuestamente, era adecuada para el calor del trópico, pero la señora B. cree que más bien parece diseñada para los esquimales. Mamá se escandalizaría si supiera que he renunciado a parte de mi carísimo ajuar, pero es que mamá no ha estado jamás en un país cálido. En la tienda de Singapur gasté el equivalente a dos libras esterlinas y siete chelines.

También he aprendido algo acerca de la miliaria. La señora B. afirmó que, si aún no me había salido, no tardaría mucho, así que tuve que reconocerle que sí, que ya me había empezado a salir. Y, aunque no le revelé dónde, creo que se lo imaginó. Dice que debo evitar el roce a toda costa y que debo enjuagarme a conciencia con agua fresca después de usar las sales de baño. Puedo preguntarle cualquier cosa y ella me contesta sin que ninguna de las dos se sienta incómoda, o por lo menos no mucho. Yo un poco, ella nada. Ahora mismo estoy sentada en su mesa del salón comedor, lo cual significa hacerlo delante del señor Davies durante las comidas, pero parece que este no tiene mucho que decir mientras la señora B. esté presente. Lo único que hace es

observarme, aunque ya me he acostumbrado. Muchos pasajeros desembarcaron en Singapur –incluido el juez de Malaca, a quien no lamenté perder de vista– y solo subieron unos cuantos, entre ellos dos daneses, el señor y la señora Hansen. Ambos son muy rubios y jóvenes, lo cual es un cambio muy agradable. Los daneses deben de ser socialmente muy abiertos, pues cuando nos presentaron la señora Hansen me pidió enseguida que la llamara Ingrid. Sé que la señora Brinkhill no es partidaria de tanta informalidad y no creo que le guste verme jugar al tejo con los Hansen al menos dos veces al día. Tengo la sensación, por otro lado, de que fue ella quien dio instrucciones de que los recién llegados no se sentaran en nuestra mesa, aunque quedaban dos sitios libres desde la escala en Singapur. Me parece todo muy extraño, pues la señora Brinkhill es una mujer muy generosa. Por ejemplo, no me dejó pagar ni un penique de la cuenta del hotel Raffles, aunque insistí mucho.

Pero estaba escribiendo sobre la isla que hemos visto. Ha aparecido ante nuestros ojos a última hora de la tarde y hemos pasado por delante justo cuando el sol se ocultaba: era una isla muy grande, con una montaña bastante alta, y todo era de un verdor esplendoroso que enseguida se ha oscurecido y se ha teñido de violeta. El otro día estaba intentado describirle un atardecer tropical a mamá y escribí que era como si el cielo hubiera derramado todos sus colores, pero luego tuve que romper la página, claro, porque a mamá le hubiera parecido un sacrilegio. Cuando se viaja, lo que se interpone entre uno mismo y la familia es algo más que la distancia: son muchas las cosas que se ven y las cosas que despiertan pensamientos, pero a veces no pueden mencionarse por miedo a escandalizar, lo cual es muy triste. Pienso en mamá y me la imagino haciendo durante la semana las mismas cosas que hará durante la siguiente, como sus reuniones para tomar el té.

Yo, en cambio, me dirijo a una vida completamente distinta. La señora B., por ejemplo, me hablaba de piratas como si se tratara de algo completamente normal. El barco que la llevará de Hong Kong a Shantou pasa por la bahía de Daya, que es un famoso refugio de piratas, y aunque en estos barcos costeros viajan oficiales británicos y los camarotes de primera clase están protegidos por rejas de hierro, sufren robos frecuentes, por lo general a manos de cómplices que viajan en tercera clase e inician el ataque justo antes de que los rápidos juncos chinos surjan de alguna isla y empiecen a disparar sus cañones. La señora B. presenció en una ocasión una batalla real en la que perecieron seis o siete piratas y uno de los oficiales británicos resultó herido. Tuvo que hacer de enfermera para atender al hombre mientras las balas silbaban por encima de sus cabezas. Me temo que las damas de las reuniones de té en Edimburgo no serían de gran ayuda en una situación así.

La isla se llama Gran Natuna y pertenece a los holandeses. Parece que estos poseen un gran imperio por estos lares, que ocupa miles de kilómetros e incluye miles de islas, algunas muy grandes como Sumatra. En el colegio nos enseñaban que solo existía un imperio realmente grande y era el nuestro, un imperio en el que el sol jamás se ponía. Estaba contemplando la isla mientras consideraba la ridícula idea de que sería bonito ser reina de un sitio así y no tener que abandonarlo jamás, cuando, de repente, me he acordado de la señora Carswell siendo bajada, ya agonizante, por la rampa de embarque en Penang. Me he estremecido. La señora B. se me ha acercado por detrás y me ha preguntado si me ocurría algo. Le he contado lo que estaba pensando y me ha dicho algo que no olvidaré jamás: «Querida, viajas hacia la tierra de la muerte repentina».

Me ha hablado entonces de una terrible inundación en China, en un lugar llamado Wuhan, durante la cual, según dicen, se ahogaron dos millones y medio de personas,

que es la mitad de la población de Escocia. Muchos de los cuerpos bajaban flotando casi hasta Shanghái, donde se hallaba ella en aquella época.

Efectivamente, lo que bebe es *whisky*. Supongo que también guarda una botella en su camarote, porque lo he olido cuando voy allí a verla. Algunas de las cosas que la señora Carswell pensaba acerca de la señora B. son ciertas, pero a mí no me molestan en absoluto. Los conceptos de bueno y malo no son tan simples como nos han enseñado. En este barco, he madurado cinco años.

Barco de vapor *Mooldera*
5 de febrero de 1903

Cuando me enteré de que se acercaba un tifón, me entusiasmé y me dije que a esas alturas ya debía de haberme aclimatado al barco y no me marearía, con lo cual sería toda una aventura. Bien, pues no quiero vivir otra aventura igual. Lo primero que ocurrió fue que a la hora de la cena no había ningún oficial en el comedor, lo cual era extraño. Puesto que la señora Brinkhill desembarcó en Hong Kong, me he trasladado de nuevo a la mesa principal, con los Hansen, pero a Ingrid le dolía la cabeza y, por algún motivo, Nils estaba melancólico, aunque creo que sus preocupaciones no tenían nada que ver con la tormenta que se avecinaba. Poco más tarde estaba yo subiendo la escalera principal, cuando me encontré al señor Davies, que bajaba, y le pregunté si tenía novedades sobre el tifón. No me respondió enseguida. Parecía cansado. Cuando por fin habló, lo hizo en un tono solemne: «Señorita Mackenzie, prométame que, sea lo que sea lo que ocurra en este barco, permanecerá en su litera, sin salir del camarote». No podía creer lo que estaba oyendo: ¿debía quedarme todo el día en mi litera? Sus palabras me lo confirmaron: la camarera me enseñaría a preparar protectores con la ropa de cama para que me mantuvieran segura en la litera. «¿Me está usted diciendo –le pregunté– que el movimiento del barco podría hacerme caer de la litera?». Y él contestó: «Podría hacerla caer del barco».

Tras el encuentro, me dirigí al salón, que estaba vacío. Era como si todos los pasajeros hubieran regresado a sus camarotes para prepararse ante lo que nos aguardaba. Las puertas que daban a cubierta estaban cerradas, así que no había nada que hacer excepto bajar al camarote y meterme en la cama como de costumbre, es decir, sin mantas protectoras a los lados. Me despertó mi baúl, que salió de debajo de la litera y se estrelló contra la pata del sofá. Y entonces, mientras escuchaba un rugido ensordecedor hasta entonces desconocido en aquel barco, el baúl empezó a moverse de nuevo y esta vez se precipitó hacia la puerta del camarote. Cuando el barco recuperó de nuevo la posición horizontal, me levanté, aparté las cortinas del ojo de buey y descubrí que la pantalla metálica interior, que no esperaba ver utilizada durante el viaje, estaba bajada y ocultaba el grueso cristal al otro lado. La rejilla de ventilación situada encima de la puerta, a través de la cual era frecuente escuchar las ruidosas voces de los hombres que regresaban de la sala de fumadores ya muy entrada la noche, me ofrecía ahora otros muchos sonidos, entre ellos un gran estrépito, como si un estante repleto de cacharros se hubiera precipitado al suelo en la despensa. Se oían gritos de fondo, pero no conseguí entender qué decían. Estaba intentado empujar de nuevo el baúl bajo la litera, cuando una sacudida mucho más terrible de lo imaginable zarandeó el barco. La embarcación ascendió y luego bajó bruscamente: el descenso me lanzó primero contra el sofá y luego contra la pared del camarote. Lo que parecía una ola monstruosa se estrelló contra el barco justo al otro lado de la pared de mi camarote y después noté un temblor veinte veces peor que la vibración del

Mooldera cuando avanzaba a toda máquina. La siguiente sacudida me colocó prácticamente de pie en la pared del camarote y tuve el convencimiento de que estábamos a punto de volcar.

Tardé mucho tiempo en llegar a mi litera y acostarme en ella. Una vez dentro, traté de improvisar los rollos de mantas, pero no bastaban para sujetarme. Finalmente conseguí asirme con ambas manos: con una de ellas me aferré al borde de la litera y, con la otra, a un pequeño estante de la pared. Hacía mucho calor en el camarote, aunque creo que yo sudaba de miedo.

Desde algún lugar del pasillo me llegaron los gritos de una mujer. El sonido se apagaba, pero entonces se producía otra sacudida y la mujer gritaba de nuevo. Entre el rugido ensordecedor y los crujidos escuché un sonido más agudo, como si las planchas metálicas de los costados del barco se estuvieran desprendiendo. Estaba convencida de que el *Mooldera* no podría seguir a flote mucho más tiempo y de que estábamos todos sentenciados. Le recé a Dios para que no me dejara morir en un barco que se dirigía a China. Era la oración de una cobarde y me avergüenzo, pero permanecí allí con los ojos cerrados, repitiéndola una y otra vez. Entonces se me ocurrió que a lo mejor los jesuitas que viajaban en segunda clase también estarían rezando y que eso ayudaría. Procuré pensar en otras cosas, por ejemplo, en que era domingo y en Edimburgo mamá se estaría poniendo los guantes y saliendo de casa justo cuando todas las campanas de la iglesia de Morningside anunciaran que era hora de ir a misa. Los domingos no circulan los tranvías y lo único que se escucha son los pasos en la acera de las personas que se dirigen a la iglesia. Ni siquiera se oyen los cascos de los caballos, porque con tantas iglesias no hace falta utilizar los carruajes. Cuando, tras una de las sacudidas, parecía que el barco no podría recuperar la posición, empecé a chillar «¡mamá, mamá!», como si ella pudiera oírme mientras se dirigía a la iglesia. Aun así, no armé tanto jaleo como la mujer que gritaba.

Al cabo de unas horas, como si me hiciera falta seguir aterrorizada durante mucho tiempo para sacar esa cuestión de lo más profundo de mi mente, pensé en otra cosa. Me pregunté por qué viajaba a China para casarme con Richard y no encontré respuesta, solo una especie de espantoso vacío. No conseguí ver su rostro, como si mi memoria se negara a ofrecerme una imagen de él. Y lo peor de todo es que ni siquiera ahora, cuando lo intento, consigo verlo. No intercambiamos fotografías. Solo guardo un pequeño retrato suyo en las Tierras Altas, de pie junto al caballo que había estado montando, pero prácticamente solo se ve el caballo. Lo que sí recuerdo es la melena de rizos rubios que le caen sobre la frente, las patillas no demasiado abundantes y los ojos azules, pero no consigo evocar el rostro entero. En las Tierras Altas, tanto a Margaret Blair como a mí nos pareció el hombre más apuesto del mundo, y de eso solo han transcurrido trece meses. Supongo que él tampoco recuerda mi aspecto.

En Hong Kong me esperaba una carta suya. Me tembló la mano al abrir el sobre. Las palabras me parecieron excesivamente formales, pero, en fin, Richard es así. Fue muy correcto cuando le escribió a mamá para pedir mi mano en matrimonio en el mismo correo en que me lo pidió a mí. En esta carta, dice que espera con impaciencia el momento de reunirse conmigo en Tientsin y que le habría encantado haber podido viajar a Shanghái, pero que sus deberes militares se lo han impedido. Sin embargo, ha hecho todos los preparativos necesarios para mí en Shanghái: me recibirá un cónsul adjunto al que conoce y me acompañará a mi hotel, donde pasaré dos días esperando el barco que debe llevarme a Tientsin. La carta habla sobre todo de los preparativos, pues Richard dice que tiene mil cosas que hacer para disponer mi llegada. Es bastante larga, pero no me costó leer entre líneas y me di cuenta de que Richard me escribe

igual que yo le estoy escribiendo ahora a mamá: buscando qué decir. Supongo que si yo le escribiera a Richard también lo haría así, de modo que me alegra que no sea necesario, pues yo llegaría antes que las cartas.

Si resulta que haber venido a China es un error, ¿qué será de mí? Si cuando nos reunamos nos limitamos a mirarnos el uno al otro como dos desconocidos, ¿qué voy a hacer? No me siento capaz de volver humillada a Edimburgo.

Barco de vapor *Mooldera*
7 de febrero de 1903

Acabo de bajar a mi camarote. En la cubierta el frío es intenso. Apoyo mis manos en las tuberías para conseguir que entren en calor. Acabamos de adentrarnos en una de las enormes bocas de la desembocadura del mayor río de China, el Yangtsé, y Shanghái se encuentra en una de las orillas del estuario, cerca de lo que el señor Davies ha llamado «los fuertes de Woosung», aunque no me ha dicho por qué son famosos y yo tenía demasiado frío como para preguntárselo. El río es de un color café con leche poco cargado y las orillas son tan llanas que parecen marismas. Lo único interesante que se ve son los juncos con sus velas, que parecen alas de murciélago.

No he bajado solo para entrar en calor, sino también para alejarme del señor Davies. Desde la tormenta se ha convertido en un fastidio para mí, así que doy gracias por no tener que sentarme en su mesa. No es lo que dice, sino la forma en que me mira: me hace pensar que en cualquier momento es capaz de decir algo inconveniente a alguien en mi situación y que yo no sabré qué responderle. Así que he decidido huir de él, lo cual es muy feo por mi parte, pues en cierto modo el señor Davies se ha mostrado muy considerado desde que murió la señora Carswell. Es un hombre muy amable y es una lástima que, a su edad, no haya formado ya un hogar en tierra firme. Me pone nerviosa cuando empieza a hablar de los largos y solitarios años que lleva en el mar, siempre rodeado de personas que tarde o temprano descenderán por la rampa de embarque y lo abandonarán para siempre. A ratos se pone muy poético, quizá porque es galés, y es entonces cuando me siento más incómoda. Supongo que, dejando de lado otras cuestiones, debe de saber que, teniendo él treinta y dos años y yo veinte, nos separan generaciones enteras. Le he contado que mi prometido tiene veinticinco años, pero frunce el ceño cada vez que menciono a Richard. Creo que el señor Davies sería un hombre muy posesivo si se le presentara la oportunidad.

Grand Hôtel des Wagon-Lits, Shanghái
8 de febrero de 1903

Bueno, pues pongo los pies en China por primera vez, ya que Hong Kong no es China propiamente hablando. Hong Kong me pareció bonito, pero Shanghái, por lo que he visto hasta ahora, es bastante espantoso. Mi hotel se encuentra en la concesión francesa. Yo no había oído hablar de las concesiones y el cónsul adjunto que vino a buscarme tuvo que explicarme en qué consistían. Al parecer, las grandes potencias mundiales se han repartido China y han establecido, en cada parte que les corresponde, sus propias leyes: los nativos solo pueden entrar en las distintas concesiones en calidad de extranjeros, lo cual suena bastante extraño. Todos los edificios que veo desde mi ventana son de estilo europeo y, a excepción de los *rickshaws* y los extranjeros chinos que veo paseando por las calles, ni siquiera tengo la

sensación de estar en Oriente. Junto a la ciudad discurre un río estrecho, sucio y abarrotado de embarcaciones. Las orillas están ocupadas por botes en los que viven familias pobres, con sus perros y gatos: cocinan en braseros al aire libre, expuestos al viento gélido. La señora Brinkhill me dijo que me preparara para ver una gran pobreza en China, pero añadió que terminaría acostumbrándome. También dijo que las personas que no conocen nada más no echan de menos las cosas que no tienen. Eso tal vez sea cierto en el caso de quienes viven en zonas remotas, pero estas pobres gentes tienen justo enfrente edificios como el de mi hotel, alegremente iluminados, en los que se lleva una vida de lujo. Entiendo que eso los enfurezca. Lógicamente, no debo olvidar que nosotros también tenemos nuestros pobres. En Edimburgo, mamá jamás me dejaba pasear sola por Leith Walk ni por otros lugares de gran pobreza, como Canongate y el Grassmarket. Aun así, me cuesta creer que los pobres de Escocia sean tan pobres como estos chinos que viven en botes. La Biblia dice que hay pobres en todas partes, así que quizá tengamos que aceptarlo sin más, pero me pregunto si me resultará fácil aceptar esto en China. Espero sinceramente que Pekín sea más bonito que Shanghái.

En el hotel me esperaba una carta de Richard, no tan formal como la de Hong Kong, y se despedía con cariño, así que ya no me siento tan fría por dentro, pese a que todo a mi alrededor es extraño. El cónsul adjunto que vino a recibirme estudió en Harrow con Richard. Es un hombre muy amable, pero su esposa –que lo acompañó al barco a recibirme– es una mujer fría, más bien fea y de rostro enjuto. Iba arropada en un abrigo de piel y lucía un sombrero confeccionado con esas mismas pieles. No me invitaron a su casa.

Me resultó triste despedirme del señor Davies. Me estaba esperando en la rampa de embarque y me sostuvo la mano durante demasiado tiempo. La suya ardía. Dijo que esperaba que Dios me protegiera en China, lo cual hizo que enseguida se me llenaran los ojos de lágrimas y no me quedó más remedio que volver el rostro. Cuando estábamos subiendo al carruaje, en el muelle, me giré y lo vi apoyado en la barandilla. Me saludó con una mano enorme. Deseo que le vaya todo muy bien. Ojalá encuentre pronto una esposa galesa. Como él mismo comentó, debe de ser muy triste bajar al comedor de un barco y sentarse solo a una mesa después de que todos los pasajeros hayan desembarcado.

Hoy se cumple justo un mes desde mi cumpleaños. Soy una persona completamente distinta a la que navegaba por el mar Rojo.

Grand Hôtel des Wagon-Lits, Shanghái
9 de febrero de 1903

Esta mañana me he despertado con dolor de cabeza y en ese estado que debemos soportar las mujeres. He pedido que me trajeran el desayuno a la cama. Es curioso lo rápido que una se acostumbra a no pensar en los sirvientes chinos como si fueran hombres. Después de haber estado en los hoteles de Singapur y Hong Kong, ya no me molesta en absoluto que uno de ellos entre en la habitación cuando aún estoy en camisón. Ni yo lo miro a él ni él a mí. Todo lo hacen discretamente y en silencio, y cuando una quiere darse cuenta, ya se han marchado.

Me alegra estar sola cuando me encuentro en estas circunstancias. En casa, con mamá, siempre era un suplicio, no solo porque se supone que no hay que hablar del tema, sino porque a mamá le molesta incluso ver el más mínimo indicio. Me sobresalté cuando la señora Brinkhill me habló abiertamente del tema, como si no

fuera necesario tratarlo con delicadeza. Jamás olvidaré la primera vez, cuando aún estaba el colegio. Margaret Blair me ayudó y así fue como nos hicimos amigas. Si alguna vez tengo una hija, no permitiré que se lleve ese susto. La idea de tener una hija me resulta extraña.

Grand Hôtel des Wagon-Lits, Shanghái
Al día siguiente

Debo embarcar a última hora en un vapor costero que navegará durante toda la noche. La anterior cené con unos amigos de los que me había hablado Richard, un matrimonio apellidado Hamlin que vive en una casa enorme de la concesión británica con muchos sirvientes y espléndidos muebles de estilo imperio que le dan al salón un aire muy lujoso, aunque no resultan del todo cómodos. Los únicos elementos chinos eran los jarrones y los sirvientes. Durante la cena se sirvieron nueve platos, pero debo de haber perdido de repente el apetito, porque apenas los toqué. Era una celebración bastante numerosa a la que me invitaron por educación en el último momento: el caballero al que habían convidado para que fuéramos pares era un anciano de cara roja, cuyo único interés era el contenido de los vasos que tenía delante. Cada comensal disponía de cinco distintos y yo supuse que Cara Roja encontraría un vino que fuera de su agrado, pero al parecer no fue así, porque, de repente, le soltó a nuestro anfitrión: «Oye, Willie, ninguno de estos vinos ha viajado, ya me he cansado. Quiero *brandy* con soda». Su grosería hizo reír al señor Hamlin y un sirviente se apresuró a llevarle a Cara Roja lo que había pedido.

Le pregunté al señor Hamlin qué significaba ser abogado de empresa en Shanghái. Se inclinó un poco, me dio una palmadita en una mano y aclaró: «Significa, querida, que dedico mi vida a proteger a inocentes empresarios británicos de las maquinaciones de los astutos chinos». Dije, tal vez con demasiada audacia, que ofrecer esos consejos parecía provechoso, lo cual hizo que el señor Hamlin estallara en carcajadas mientras su esposa lo observaba desde el otro extremo de la mesa, claramente disgustada. Creo que le gusto al señor Hamlin, aunque desde luego no estoy en mi mejor momento: en cuanto tuve acceso a un espejo grande y bien iluminado que me permitiera comprobar el estado de mi piel, me horroricé. Supongo que es cosa del aire salobre del mar. Por suerte, la señora Brinkhill me advirtió acerca de la «piel china», de la «barriga china» y de otros muchos espantos, y en Hong Kong compré un tarro de la crema que ella usa: se llama *Pétalo de Manzana* y hay que aplicarla todas las noches y dejar que penetre bien en los poros. Es la primera vez que uso algún producto de belleza que no sea jabón de avena y no es que me guste mucho la idea, pero a lo mejor es fundamental en esta parte del mundo.

Decidí no ponerme ni el vestido de organza ni el vestido marrón para ir a casa de los Hamlin, y rebusqué en mi baúl el vestido azul de seda francesa con encaje belga que cae en varias capas desde los hombros. Es de cuello muy abierto, así que mamá le cosió otra pieza de encaje en la parte baja del escote cuadrado, lo cual estropeó el vestido. Yo se la he vuelto a descoser. En la tienda de Edimburgo dijeron que era un modelo francés y la verdad es que, por su precio, once libras, ya puede serlo. Mamá, generosa en estas cosas, afirmó que debía tener al menos un vestido un poco lujoso para las ocasiones especiales y luego se echó a llorar, lo cual resultó un tanto extraño en la tienda.

No me sentí muy cómoda en el salón mientras esperábamos a que los hombres volvieran a reunirse con nosotras después de tomarse su oporto. Me hallaba en

compañía de nueve damas y daba la sensación de que a todas ellas se les había ido un poco la mano con las bebidas durante la cena, incluida la señora Hamlin. Es lo que mamá definiría como una mujer atractiva, desde luego muy segura de sí misma y del lugar que ocupa en el mundo. Habla con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, como si la nariz la ayudara a ver a sus interlocutores. Es amiga de la madre de Richard, así que supongo que es bastante vieja, pero la verdad es que no parece haber sido nunca una muchacha. Ya me había fijado en que en el Lejano Oriente las mujeres visten de forma exuberante, con mucho satén y bordados y esas cosas. También lucen muchas joyas, hasta el punto de parecer vulgares, aunque cuando visité a la familia de Richard en Norfolk me di cuenta de que esa clase de atuendo para las cenas resulta socialmente aceptable incluso en la campiña inglesa. De día llevan ropa ordinaria y por las noches se visten como pavos reales. Yo me sentí entonces como una vulgar gallina escocesa. Aunque claro, en aquella época no tenía mi vestido de seda azul.

Cuando los hombres por fin se reunieron con nosotras, los sirvientes dispusieron varias mesas para un juego chino llamado *mah-jong*. Las damas parecieron muy sorprendidas cuando dije que no lo conocía y una de ellas incluso afirmó que estaba haciendo furor en Londres. Le respondí que en Edimburgo somos un poco lentos a la hora de seguir las modas londinenses y al señor Hamlin le pareció que era algo bueno, lo cual le valió otra áspera mirada de su esposa. Me pregunto si son una pareja feliz. Desde luego, tienen todo lo que se puede desear en este mundo. Enviaron un carruaje de dos caballos a recogerme al hotel, conducido por un cochero chino que vestía una especie de librea de invierno enguatada que le hacía parecer mucho más pequeño bajo aquella capa de ropa tan gruesa. Aquí, sin embargo, casi nadie tiene carruajes, pues las damas disponen de sus *rickshaws* privados y de sus propios culis para tirar de ellos. Me enteré de eso porque resulta que el culi de una dama había muerto después de quince años a su servicio, lo cual parece que es destacable, porque dicen que los sirvientes que tiran de los *rickshaws* no viven mucho. Cuando le pregunté a la dama en cuestión si ello se debía al trabajo que realizan, me aseguró que no, que era cosa de la tuberculosis. Me explicó que los culis de los europeos disponen de bastantes comodidades, que son los chinos acaudalados quienes suelen maltratar a los suyos.

El señor Hamlin no jugó al *mah-jong*, sino que se sentó conmigo frente al fuego de carbón. Me contó que Pekín es un lugar encantador, nada que ver con Shanghái, que no es más que una ciudad de negocios: la gente acude a Shanghái para enriquecerse lo más rápido posible y luego se marcha. En opinión del señor Hamlin, todo el que viva aquí por otro motivo que no sea ese está mal de la cabeza. Pekín, en cambio, es una ciudad imperial –pese a la rebelión de los bóxeres– y eso se nota. Aunque la emperatriz viuda finge ahora que aprecia a los europeos, el señor Hamlin está convencido de que, si pudiera, la anciana ordenaría a su pueblo que acabara con todos nosotros. Cuando le dije que, al parecer, me dirigía a una ciudad peligrosa, me contestó que la emperatriz viuda es demasiado sensata como para volver a intentar algo similar a la rebelión de los bóxeres, después de haberse pillado los dedos apenas un par de años atrás. Añadió que la capital china me parecería uno de los lugares más interesantes de este mundo.

Cuando regresé al hotel ya era más de medianoche y me quedé largo rato sentada delante del espejo del tocador. Dispone de piezas laterales que pueden moverse y de un candelabro eléctrico justo encima. No soy guapa. Tengo el pelo de un ordinario tono castaño. Creo que lo mejor son mis ojos, también de color marrón, pero bastante grandes y de largas pestañas. No tengo la nariz grande y me alegro de ello, pues por las fotografías que he visto de papá, la suya sí era grande. No me gustaría haberla

heredado. Tres hombres han querido casarse conmigo y al tercero le dije que sí. Mamá hubiese querido que aceptara al segundo. De haberme casado con George, ahora llevaría una vida muy tranquila en Edimburgo.

He decidido que no me gusta la forma en que llevo el pelo, con un moño en lo alto que me hace parecer uno de esos panecillos que llaman Sally Lunns. De todos modos, así es como me conoció Richard, por lo que lo dejaré así de momento.

Carta de Mary Mackenzie a su madre, la señora Isabel Mackenzie

Barco de vapor *Ching Wha*, en alta mar
11 de febrero de 1903

Queridísima mamá:

Estoy tan avergonzada de esa especie de carta que te escribí cuando aún estaba a bordo del *Mooldera*, a punto de llegar a Shanghái… La única excusa que tengo es que aún estaba muy alterada tras el tifón. No voy a volver a describirlo y no debe preocuparte que viaje en barco, pues, ahora que he visto lo que son capaces de soportar sin hundirse, no me asustaré tan fácilmente. En Shanghái pasé casi todo el tiempo descansando en mi hotel, antes de embarcarme en este vapor costero que es bastante más pequeño que el *Mooldera*: solo tiene ocho camarotes de primera clase ocupados por un total de once pasajeros, aunque sospecho que en tercera clase deben de viajar cientos de personas. Pese al nombre, el *Ching Wha* es un barco británico tripulado por oficiales británicos –el capitán y otros dos hombres–, más un ingeniero escocés de Troon. Los demás pasajeros son un misionero metodista estadounidense y su esposa, que regresan a una ciudad llamada Sianfu. Al parecer, tuvieron que huir de allí tras la rebelión de los bóxeres. El esposo tiene una actitud bastante antibritánica, pues nos llama despiadados imperialistas, así que no resulta precisamente una compañía muy agradable en la mesa. Creo que le molesta tener que viajar en un barco británico porque ningún barco estadounidense realiza esta ruta. Tres sacerdotes católicos que en el *Mooldera* viajaban en segunda clase viajan aquí en primera (porque no hay segunda), pero todos, excepto el más joven, parecen vivir en otro mundo y están siempre absortos en sus libritos de oraciones. En el comedor no se sientan en la misma mesa que yo, pero el más joven me habla a veces –del tiempo y cosas así– cuando nos encontramos en cubierta. Los demás pasajeros de primera clase son chinos que comen en sus camarotes y no salen a pasear, así que raramente los vemos.

A diferencia del capitán del *Mooldera*, el de este barco es un hombre alegre. Solo es medio inglés, ya que su madre es de Noruega. Él nació en Newcastle, pero a veces se comporta como un escocés y tiene un peculiar sentido del humor que me divierte bastante. Creo que la gente no suele reírse mucho de sus bromas, por lo que aún me cae mejor porque yo sí me río. Además, como lleva veinte años viviendo en el Lejano Oriente sin haber regresado ni una vez a Gran Bretaña –su esposa es de Shanghái– me cuenta muchas cosas de China que, sin duda, me resultarán útiles.

Te escribo esta carta porque el barco hace escala en un lugar llamado Weihaiwei antes de llegar a Tientsin, y desde allí podré enviarla. Pienso mucho en ti y me pregunto a menudo qué estarás haciendo, y si sigues ofreciendo las veladas de los jueves en casa. ¿Este año también has ido a escuchar el *Mesías* de Händel, como de costumbre? Me resulta muy extraño pensar que ahora mismo estoy en el otro extremo

de este mundo que no deja de girar, y que eso significa seis semanas de viaje y meses enteros para recibir una carta. Dicen que hay un nuevo tren, el Transiberiano, que hará posible viajar a Europa desde el Lejano Oriente en solo doce días. Parece increíble, aunque yo no sé si soportaría pasarme tantos días encerrada en un vagón bochornoso y lleno de humo. Viajar por mar es más interesante y entretenido.

Como seguramente imaginas, estoy ansiosa porque ya no queda casi nada para volver a ver a Richard. Estará en Tientsin, esperando mi barco, y desde allí viajaremos juntos en tren a Pekín. No debe preocuparte que tu hija haya viajado tan lejos para casarse, pues estoy segura de que seré feliz y tendré una buena vida. Me consta que la cocinera y Jessie te cuidan, como siempre han hecho, y te pido que las saludes cariñosamente de mi parte. ¿Aún tienes el mismo jardinero? Bueno, si se ha marchado pronto encontrarás otro. Te escribo estas líneas desde mi estrecha litera, pero se me ha dormido el brazo, así que tengo que despedirme, queridísima madre.

Tu hija, que te adora,

Mary.

Barco de vapor *Ching Wha*
11 de febrero de 1903

Esta noche, antes de meterme en la cama para escribir estas líneas, he rezado mis oraciones, cosa que no había hecho desde el tifón. Es una costumbre que se puede dejar de lado. En el *Mooldera* debía hacerlo en privado en mi litera, después de haberme desvestido, operación en sí misma tan complicada que muchas veces se me olvidaba rezar. Por algún motivo, las palabras que digo en casa cuando rezo no me parecen apropiadas aquí en China y me pregunto si eso va a seguir siendo un problema. Puede que los misioneros y los sacerdotes del barco me hayan hecho pensar en estas cosas, pero no puedo obviar la sensación de que mi fe está siendo sometida a una prueba. En Edimburgo resulta fácil creer en el cielo como recompensa a una vida honrada, pero, por lo que he visto aquí en el Lejano Oriente, empiezo a dudar de lo que en otros tiempos me parecía cierto. Por ejemplo, esas personas que vivían en botes en el río de Shanghái. No me cabe duda de que muchas de las personas que viven así llevan una existencia que nosotros consideraríamos pecaminosa, pero… ¿y si no es más que ignorancia por su parte? Y, si ese es el caso, ¿esos pecados los mandarán al infierno como castigo? Puede que la ignorancia los disculpe y que no sufran del mismo modo que nosotros sufriríamos, porque no podemos excusarnos en esa ignorancia.

Ahora mismo me siento muy lejos de mamá y de mi hogar. ¿Por qué estoy aquí sentada, contemplando las manchas de óxido que rodean los tornillos de las planchas de hierro mientras me pregunto si creo en el cielo y en el infierno? Puede que, para creer en Dios, no sea necesario creer en ninguna de las dos cosas. Si así fuera, me sentiría mejor, pero los pastores a los que he conocido afirman que todo cristiano debe creer en la vida después de la muerte, en que la bondad se recompensa y el pecado se castiga, y que si uno no cree en todo eso no puede ser cristiano. ¿Es posible que existan millones y millones de personas tan orgullosas como para creer que se merecen que Dios las acoja en su seno durante toda la eternidad?

A mamá le daría un ataque si pudiera leer lo que he escrito. Algunas noches, mientras el barco cruje, me siento tan perdida dentro de mí misma, sin que nadie pueda ayudarme desde el exterior, que me pregunto si las cosas seguirán siendo así incluso cuando esté casada. Puede que solo sean los pensamientos propios de quien

viaja, porque es normal sentirse desplazado cuando lo único que se posee es un baúl y dos maletas. Tal vez me sienta mejor cuando vuelva a estar rodeada de rostros que podré ver cada día durante mucho tiempo. Pienso en la cocinera, en casa de mamá, que lleva con nosotros desde que nos fuimos a vivir a Edimburgo y que suele cantar himnos religiosos mientras hornea. Va muy poco a la iglesia, pero cree firmemente que cuando muera irá al cielo, que para ella es una casita en Perthshire –o algo parecido– con dos habitaciones y un jardín por el que discurre un riachuelo. En una ocasión me dijo que la veía con todo detalle. Me pregunto qué ve mamá cuando piensa en el cielo. Yo no me lo imagino de ninguna manera.

Puede que yo me parezca mucho a papá, que es algo que mamá siempre ha temido. No sé casi nada de mi padre, excepto que mamá estaba medio enfadada con él porque no era tan buen empresario como el abuelo y porque, antes de morir repentinamente, dejó que la fábrica se fuera arruinando, de modo que a mamá no le quedó tanto dinero como ella esperaba. Sin embargo, conmigo siempre se ha mostrado generosa. Después de pagar mi ajuar y los pasajes de barco, me dio doscientas libras. Le dije que era demasiado, que con cincuenta tenía más que suficiente para llegar a China, donde mi esposo me proveería. Pero ella insistió y dijo que una joven dama debe tener su propio rinconcito para sentirse segura. Me ponía un poco nerviosa llevar tanto dinero encima y hasta ahora he gastado muy poco, solo unas diez libras que he destinado a compras durante el viaje, además de propinas a camareros y camareras a bordo del *Mooldera*. Creo que llegaré a Pekín con, al menos, ciento ochenta libras, que es más de lo que tienen muchas personas respetables para vivir durante un año entero.

Barco de vapor *Ching Wha*
13 de febrero de 1903

Estamos anclados en el puerto de Weihaiwei, una parte de la China británica de la que jamás había oído hablar. Hoy, a la hora de comer, le he preguntado al capitán desde cuándo nos pertenece y dice que desde hace cinco años. ¿Es que nunca vamos a dejar de adueñarnos de otras partes del mundo? La forma en que lo hacemos es el motivo de que al misionero estadounidense no le gusten los británicos, y lo cierto es que no puedo culparlo por ello. El capitán me ha explicado que este es un buen puerto y que cuando los japoneses se marcharon en 1898, después de la guerra con China, los británicos consideraron una excelente idea instalarse aquí antes de que China tuviera la oportunidad de reclamarlo. Me ha contado que, según dicen, la reina Victoria no quería que siguiéramos apropiándonos de territorios chinos y que, cuando se enteró de la nueva posesión dijo «No deseamos saber nada». Pero puede que no sea más que una historia del capitán. Sé que no debería hacer caso de las bromas sobre la familia real, pero no pude evitar echarme a reír cuando afirmó que la reina había cedido una gran parte de Borneo al rajá Brooke porque creía que la necesitaba más que ella. El capitán se muestra muy irreverente y creo que eso no les gusta especialmente a los demás miembros de la tripulación, sobre todo al segundo oficial, que es muy serio y patriótico. A mamá tampoco le hubieran molestado demasiado las bromas del capitán, pero estoy segura de que la señora C. se hubiera marchado del comedor.

Resulta extraño que olvidemos tan pronto a los muertos. Aunque pasé muchas semanas conviviendo estrechamente con la señora C. y apenas podía moverme sin que me quitara el ojo de encima, ahora solo la recuerdo por esa clase de cosas y, si he de ser sincera, tampoco es que honre su memoria. Supongo que eso no está bien por mi parte.

Desde la cubierta se ve la ciudad amurallada de Weihaiwei y debo admitir que nuestra nueva colonia es muy bonita. Frente al puerto se alza la isla de Liu Kung Tao, en la que se encuentra nuestra base naval. La ciudad está rodeada de colinas bastante altas, algunas con arrozales dispuestos en terrazas y densos bosques de pinos. El aire es muy frío, pero seco, y si bien ha nevado hace poco, el sol brilla con fuerza. Muy cerca permanecen anclados seis buques de guerra de nuestro Escuadrón Chino y he visto una lancha que volvía a tierra desde uno de los buques. No teníamos tiempo de atracar, pero algunos de los pasajeros han desembarcado en una gabarra, entre ellos, un chino con coleta que viajaba en primera clase. Los pasajeros que viajan en tercera ni siquiera se han enterado de la operación, pues han seguido en su cubierta cocinando con sus braseros. Le he preguntado al capitán si no le da miedo que se vuelque un brasero y le prenda fuego a su nave, y me ha dicho que la idea lo aterroriza, pero que tiene mangueras preparadas que han tenido que usar en más de una ocasión para apagar tanto el brasero como al cocinero. De todos modos, parece que los chinos se marean más que otras razas, así que, cuando el mar está agitado, no comen.

Observarlos mientras cocinan allá abajo me parece fascinante y, por lo que sé, lo hacen durante todo el día. Esta mañana, el más joven de los sacerdotes se me ha acercado mientras yo estaba en la barandilla y, con su dulce voz, me ha preguntado: «¿Así es como le gusta observar el mundo, señorita Mackenzie? ¿Desde la cubierta superior?». El comentario me ha parecido un poco descarado por su parte, aunque lleve sotana y se haga llamar padre Anthony. Me resulta tan extraño llamar así a una persona tan joven que no lo llamo de ninguna manera. Sin embargo, cuando me he vuelto medio enfadada hacia él, estaba sonriendo. Su sonrisa es amable, pero me da la sensación de que obedece más bien a su formación teológica. Tiene el pelo rubio y tan fino que probablemente no lo conserve durante mucho tiempo, aunque es de esperar que eso no le importe. Me he dado cuenta de que su intención no era ser condescendiente, sino que le interesaba de verdad lo que yo estaba pensando. De repente, le he hablado con una audacia impensable hace un mes. «En Mukden, ¿espera usted hallarse en el centro del mundo?». Ha respondido con un gesto de asentimiento, lo cual no me ha resultado especialmente satisfactorio, así que he seguido hablando. «Por cada converso que consiga usted en China, nacerán diez mil chinos más a los que no podrá convertir». Nada más pronunciar esas palabras, he reparado en lo horribles que eran, pero el sacerdote no se ha enfadado. Se ha limitado a asentir y, al cabo de un momento, ha hablado de nuevo con su dulce voz: «Lo único que deseamos es ser una buena influencia».

Me he sentido fatal al comprobar que la humildad del sacerdote era sincera, y el hecho de que esté dispuesto a dedicar su vida entera a algo que parece inútil ha sido para mí una especie de regañina. Pero también he sentido un poco de miedo, porque en ese momento he comprendido que yo jamás seré capaz de seguir una línea tan recta en mi vida, a diferencia de lo que él hace. Es probable que mi fe siempre sea débil. Cuando rezo a Dios, es para detener una tormenta.

Barco de vapor *Ching Wha*
14 de febrero de 1903

Es muy temprano y escribo estas líneas porque no consigo volver a conciliar el sueño. Mañana llegaremos a Taku Bar y luego remontaremos el río hasta Tientsin, donde nos encontraremos Richard y yo. Durante la travesía desde Weihaiwei ha hecho un frío

glacial: el viento que sopla desde Siberia es tan gélido que, cuando salgo a cubierta, siento como si me apuñalara los pulmones. Pese a que el agua caliente circula ruidosamente por las tuberías de la calefacción, hace tanto frío en este camarote que tengo que frotarme los dedos.

Últimamente tengo la sensación de que puedo contemplar el pasado con una mirada nueva, que de repente entiendo cosas que en su momento se me escapaban. He pensado en la visita que le hice a la madre de Richard. Mamá no quiso acompañarme, pues decía que, si yo estaba dispuesta a viajar hasta China para casarme, viajar sola hasta Norfolk sería una muy buena experiencia para mí. Fue un trayecto bastante fatigoso, pues tuve que cambiar dos veces de tren, una en Peterborough y otra en King's Lynn. Cuando finalmente llegué a la estación de Swaffham, donde esperaba ser recibida, solo encontré un carruaje con su cochero. No sabía que *lady* Collingsworth estaba medio impedida a causa del reumatismo, así que no me resultó muy divertido el largo trayecto en solitario en el asiento posterior de un vehículo que no estaba precisamente en buenas condiciones. Más que un carruaje privado, parecía uno de esos coches de alquiler que se ven en Edimburgo. Por otro lado, y acostumbrada como estoy a Escocia, la campiña me era extraña: demasiado llana y, en mi opinión, nada interesante. La casa de Mannington, por otro lado, parecía medio asfixiada entre tanto árbol viejo. Era un edificio de ladrillo, no de piedra, y tan oscuro por dentro que de no haber sido por el fuego que ardía en el salón no habría visto nada hasta que los ojos se hubieran acostumbrado a la penumbra. Seguramente la casa, situada en unos terrenos muy bajos, sea tan húmeda y tan fría que haya que encender el fuego en todas las habitaciones, incluso en verano. En mi dormitorio, en cambio, no lo encendieron en ningún momento, y las sábanas estaban heladas. *Lady* Collingsworth y *sir* John, el hermano mayor de Richard, se mostraron ciertamente amables, pero ahora me doy cuenta de que aquella primera noche –y los tres días que siguieron– no hicieron más que ponerme a prueba. No me resulta difícil verme como ellos me veían a mí: pese a haber ido al colegio, donde los profesores hicieron todo lo posible para erradicar mi acento escocés, aún lo conservo porque mamá ha seguido hablando de un modo bastante ordinario incluso después de mudarnos a Edimburgo. En cuanto yo volvía de vacaciones, caía de nuevo en mi vieja forma de hablar. *Lady* Collingsworth fingió no reparar en mi acento, pero *sir* John no hacía más que pedirme que repitiera las cosas, lo cual me incomodaba bastante. Sigue soltero, pero según me dijo *lady* C., un día cuando estábamos las dos solas tomando el té, no tardará en pasar por la vicaría. Yo pensaba que la dama en cuestión era una vecina llamada Elizabeth que vino de visita a Mannington tres veces mientras yo estaba allí, pero ahora que contemplo el pasado con una mirada nueva, creo que solo sentía curiosidad por mí porque ella también había estado interesada en Richard. Es guapa, pero tiene la tez demasiado bronceada de tanto salir a cazar y unas caderas muy anchas que, supongo, serán de tanto montar a caballo. Creo que tampoco superé la prueba de Elizabeth.

3

Carta de Mary Mackenzie a su madre, la señora Isabel Mackenzie

a/c Apartado de correos 103, Barrio de las Delegaciones
Pekín, China
17 de febrero de 1903

Queridísima mamá:

Probablemente, esta vaya a ser mi dirección durante un tiempo porque la casa en la que viviremos Richard y yo cuando nos casemos aún no está disponible. Está en la parte china y aún vive allí una pareja alemana, de modo que ni siquiera la he visto por fuera. En el Barrio de las Delegaciones no hay sitio para nosotros, pues fue asolado durante la rebelión de los bóxeres. Muchas de las casas quedaron en ruinas por el impacto de los cañones chinos o ardieron tras los bombardeos. La residencia más importante, la de *sir* Robert Hart, se quemó por completo: en su interior se hallaban todos los registros del Servicio de Aduanas de China, al frente del cual estuvo durante muchos años. Sin embargo, el nuevo Barrio de las Delegaciones estará fortificado con una gran muralla y delante se dejará un amplio espacio despejado en el que no podrá construirse nada: la idea es tener una zona de tiro en caso de que se produzcan nuevos altercados. Quizá no debería contarte estas cosas, pero no es necesario que te preocupes por mí, pues ahora en la ciudad reina la paz. Las tropas de la Alianza, que han permanecido aquí largo tiempo para asegurarse de que así sea, se han marchado hace muy poco.

Mientras nos acercábamos al muelle de Tientsin, yo no tenía en absoluto la sensación de estar llegando a una ciudad china. Todos los edificios parecían europeos: en uno de ellos se veía un letrero que decía «Hotel Astor House» y en otro, «Gaiety Theatre». Excepto por los *rickshaws* que esperaban en el muelle y unos cuantos palanquines, lo cierto es que no había nada que me pareciera extraño. Lo único, quizás, es que todas las personas que nos esperaban –hombres y mujeres– vestían pieles. Esperaba que Richard destacara entre la multitud con su uniforme, pero no lo llevaba: él también vestía un abrigo de piel, en su caso tan largo que le daba aspecto de cosaco, ¡sobre todo porque también llevaba un gorro a juego! Se acercó a la rampa de embarque en cuanto la bajaron y luego descendió por cubierta para acercarse a mí. Se quitó el gorro y lo dejó caer para cogerme ambas manos y darme la bienvenida a China con un beso. Me sorprendió ese gesto delante de tantas personas, porque, como sabes, Richard siempre es muy formal, pero la verdad es que también me alegró.

La primera noche la pasé en el hotel Astor House. Richard había alquilado una habitación en otro hotel, pero cenamos juntos en el Astor, en una mesa pequeña junto a una ventana de la que colgaban cortinas de un rojo muy vivo. Una orquesta, formada por tres instrumentos, tocaba música. De no ser por los camareros chinos, a los que aquí llaman «chicos», aquel salón podría haber estado en Edimburgo. Al principio nos mostramos los dos un poco tímidos, pero no tardé en empezar a hablarle

de mi viaje y de la triste muerte de mi acompañante. También le hablé de la señora Brinkhill, del tifón y de otras muchas cosas. Supongo que yo no hacía más que parlotear, pero a Richard no parecía importarle y me hacía preguntas para animarme a seguir. Después, una vez terminada la cena, supongo que debió de dar una propina a la orquesta, porque de repente se pusieron a tocar *Cuentos de los bosques de Viena*. La interpretación resultó algo desafinada porque son rusos. Richard sacó entonces una cajita que contenía mi anillo y me explicó que no le había parecido seguro enviarlo a Escocia. Así que me puse el anillo al son de la música austriaca y deseé que fuera un buen augurio, aunque ya sé que tú no crees en esas cosas. La piedra engarzada es una amatista coreana que, según Richard, no debe confundirse con las amatistas normales que solemos ver en Escocia. Dice que el color es mucho más intenso y que es mucho más valiosa, claro. Está rodeada de perlas naturales. Lo encargó en Shanghái según las medidas que yo le envié, y la verdad es que me va perfecto.

Al día siguiente no desayunamos juntos, pero Richard llegó a eso de las once en un carruaje y, si bien hacía frío, el día era soleado, así que paseamos con la capota bajada, envueltos los dos en una enorme alfombra de piel de oso que olía un poco mal, pero nos protegía del frío. A Richard le interesaban todos los lugares en los que se habían librado batallas para hacerse con el control de Tientsin durante la rebelión de los bóxeres, y nos detuvimos en un puente de hierro que cruzaba un río estrecho. Parece que allí los combates fueron muy intensos. Lo que más me llamó la atención fue el río en sí. Apenas se veía el agua, pues había demasiados sampanes y juncos en los que viven familias enteras. Era un verdadero suburbio flotante que atravesaba la principal arteria comercial de Tientsin, repleta de elegantes tiendas y edificios que han sido restaurados para poder trabajar en ellos. Me pregunto adónde fueron todas esas personas de los barcos durante la rebelión de los bóxeres: tal vez se limitaran a quedarse ahí, con la esperanza de que no les llegara una bala perdida. La señora Brinkhill me dijo que no tardaría en acostumbrarme a la pobreza de China, pero aún no ha sido así. No se limita a lugares concretos, como en Gran Bretaña, sino que está en todas partes y a veces una se topa con recordatorios bastante desagradables. Justo delante del hotel Astor, en la acera, había un mendigo con el rostro terriblemente desfigurado y muñones en lugar de manos. Richard me contó que era un leproso, pero que no debía preocuparme por esas cosas porque son muchos los mendigos que se hacen ricos y duermen por la noche en casas cómodas. También comentó que en China nada es lo que parece, y que no debía olvidarlo. No sé muy bien si entendí lo que quería decir.

Aquella tarde cogimos el tren que iba a Pekín y nos sentamos el uno frente al otro en asientos de ratán que me parecieron fríos y resbaladizos. No había gran cosa que ver, solo campos llanos en la mayoría de los cuales se veían grupos de montículos en los lugares más extraños. Son tumbas. Los habitantes de la China rural entierran a sus muertos en las tierras de la familia y luego cultivan alrededor de las tumbas. Vi uno o dos campos en los que parecía haber más tumbas que tierra cultivada y no pude evitar pensar que eran terrenos echados a perder.

De lo que más hablamos en el tren fue de Mannington. Ya me he dado cuenta de que una manera de hacer feliz a Richard es hablarle de su hogar, que ama por encima de todas las cosas. En cierto modo, es una lástima que sea el tercer hijo, porque no tiene esperanzas de heredar. Creo, sin embargo, que él habría sido mucho mejor terrateniente de la finca de los Collingsworth que su hermano. Aunque *sir* John me pareció bastante agradable, es un hombre no muy brillante que solo dedica el mínimo esfuerzo a su herencia. Además, parece que no le interesa mucho la caza, cosa que en

Norfolk te convierte en un bicho raro, creo. Las familias inglesas se rigen por normas tan estrictas… El primogénito siempre hereda todas las propiedades, mientras que los demás hijos deben entrar en la Iglesia o en el Ejército. Ya está todo decidido antes de que nazcan los hijos y a nadie se le ocurre cambiar ese patrón dejándoselo todo al segundo hijo, o al tercero, como podría hacer cualquier padre en Escocia si no se llevara bien con el primogénito. En casa no te lo conté, pero a mi vuelta de Mannington tenía la sensación de que, en cierto modo, ingleses y escoceses somos tan distintos como lo son franceses y españoles entre ellos. Toda escocesa que se case con un inglés debe estar preparada para considerar a su marido un extranjero.

Nuestra boda será la primera en Pekín desde la rebelión de los bóxeres, así que va a despertar cierta expectación. En la fecha elegida, un obispo inglés procedente de Shanghái estará de paso por Pekín, de modo que será él quien oficie la ceremonia. No es que me interese mucho la forma que tiene la Iglesia anglicana de hacer las cosas, pero supongo que no me va a quedar más remedio que aceptarlo, aunque después de la boda asistiré al culto protestante siempre que me sea posible.

Es hora de que te cuente mi primera impresión de Pekín. Atardecía mientras íbamos en *rickshaws* desde la estación hacia las murallas y, más concretamente, hacia la enorme puerta que se abre en ellas. Mi *rickshaw* y los que lo seguían –a bordo viajaban Richard y mi equipaje– tuvieron que aminorar la marcha para cederle el paso a un camello. El camello llevaba una voluminosa carga en las alforjas y cascabeles en torno al cuello. Casi empujó mi *rickshaw* al pasar, como si quisiera demostrarme que en China los camellos tienen prioridad sobre los europeos. «Adelante, tú primero», me dirigí al camello. Desde su *rickshaw,* Richard replicó que no me había entendido, pero claro, no podía decirle yo que su prometida había empezado a hablar con camellos.

Pregunté si aquella puerta era la de Hatamen, pero no lo era. El capitán del *Ching Wha* me había contado que la emperatriz viuda, al volver a Pekín desde su exilio motivado por la rebelión de los bóxeres, había entrado en la ciudad por la puerta de Hatamen mientras todos los extranjeros a los que había intentado matar observaban su regreso en lo alto de un parapeto. Desde su palanquín, la emperatriz los vio allí arriba y saludó con una profunda inclinación de cabeza a las mismas personas que había querido asesinar.

Será mejor que no te cuente estas historias si no quiero angustiarte otra vez, pero lo cierto es que a mí no me inquietan. Hasta el día de la boda, cuya fecha definitiva depende del obispo, me hospedaré con el segundo secretario británico y su esposa, el señor y la señora Harding. Su casa, como la mayoría, sufrió graves daños durante el sitio: por ejemplo, un proyectil atravesó el tejado, aunque ahora ya está reparado. Sin embargo, arreglar los destrozos causados en un jardín en otros tiempos hermoso no será tan fácil: el fuego de las casas de madera chamuscó árboles y arbustos, como ocurrió en la mayoría de los jardines del barrio. Y es una lástima, porque debieron de ser muy bonitos. Ayer subí con Richard a la muralla que tenemos justo detrás y, desde allí, Pekín parece una ciudad de jardines. Aún tengo que visitar las instalaciones exteriores del Palacio de Invierno, donde se permite la entrada al público.

Se me ha pasado por la cabeza la extravagante idea de comprarme un abrigo de pieles, ya que, al parecer, aquí todo el mundo tiene uno; algunas personas incluso ocho o diez, sobre todo las damas chinas de buena posición. La señora Harding me llevó a una tienda en la que es seguro probarse los abrigos; en los demás sitios, me advirtió, el riesgo de contraer la viruela es alto. Me gustó mucho un abrigo, prácticamente negro en su totalidad, hecho de piel de gato leopardo de Manchuria.

Era muy largo y suave, y costaba quince libras, pero la señora Harding dice que puede conseguirlo por doce si regateamos de forma inteligente. Eso lo dejaré en sus manos.

Tu hija, que te adora,

Mary

Barrio de las Delegaciones, Pekín
22 de febrero de 1903

He retomado los cuadernos en los que no pensaba volver a escribir desde que estoy con Richard. Los últimos cuatro días han sido una sucesión de fiestas: primero, una velada en mi honor para presentarme a los diplomáticos de todas las naciones, aunque la mayoría de ellos ocupan cargos menores en las delegaciones. Luego acudimos a una recepción en casa del ministro británico, *sir* Claude Macdonald, que fue el encargado de organizar la defensa ante los bóxeres y que, según se rumorea, no tardará en ser trasladado a otro destino. *Lady* Macdonald está en Inglaterra, pero *sir* Claude se mostró muy amable conmigo y dijo que espera con ganas asistir a una boda que, sin duda, le hará mucho bien a todo el mundo. Me preguntó si estoy emparentada con los Mackenzie de Achtarn, que son parientes lejanos suyos, pero tuve que admitir que mi familia había residido durante largo tiempo en la costa este y había perdido el contacto con sus parientes de las Tierras Altas. Al escuchar mi respuesta arqueó las cejas en un gesto de sorpresa. Es un hombre fornido que viste extravagantes chalecos, como si las ocasiones formales le molestaran un poco, aunque supongo que, con el uniforme de diplomático, debe de estar espléndido. A su lado, todos los chinos se ven físicamente muy pequeños. Lo cierto es que parece un jefe de clan de las Tierras Altas y, si bien se muestra muy cordial, también es majestuoso. Creo que Richard lamenta un poco no haber estado aquí durante la rebelión de los bóxeres, porque eso lo deja al margen de todos los que sí estuvieron. Me he dado cuenta de que no le gusta mucho hablar de los bóxeres, pero sí saber cómo se libraron las batallas.

El señor y la señora Harding son de trato muy afable, aunque a él no lo veo mucho. Cuando coincidimos en la comida o en la cena, hablan los dos conmigo, pero no parece que se hablen mucho entre ellos, como si ya no tuvieran temas de conversación. Supongo que es algo que termina ocurriendo, pero me resulta muy triste. No es fácil que una pareja encuentre intereses compartidos en Pekín. En verano se juega al tenis en el Barrio de las Delegaciones, pero en invierno ya no se organizan actividades como antes: por ejemplo, patinaje al otro lado de las murallas de la ciudad o carreras de caballos. Dicen que la zona sigue siendo peligrosa para los europeos. Ni siquiera se puede salir a montar a caballo. De lo que todo el mundo se queja, sin embargo, es de que resulta imposible visitar los templos de los montes Occidentales porque hay bandidos y bóxeres que siguen merodeando. En otras épocas, los templos se alquilaban para fines de semana o estancias más largas y los monjes se trasladaban temporalmente. No sé muy bien si me gustaría irme de vacaciones a una iglesia budista, pero, cuando se lo comenté a la esposa del primer secretario, me dijo que los templos chinos no son tan sagrados como nuestras iglesias y que suelen convertirse en escenarios de pícnics o casas de veraneo. Cuando pregunté acerca de la consagración de esos edificios, descubrí que los chinos no se preocupan de esas cosas, aunque empiezo a dudar si los extranjeros que viven en este país prestan la suficiente atención a las costumbres y tradiciones de los nativos. Los cristianos parecen muy seguros de sí mismos cuando están rodeados de otras religiones. No es que eso esté mal, desde luego, pero en cierto modo me hace sentir incómoda.

Barrio de las Delegaciones, Pekín
24 de febrero de 1903

Anoche, Richard, los Harding y yo fuimos a cenar con el primer secretario de la delegación francesa y su esposa, *monsieur* y *madame* De Chamonpierre. Según dice la señora Harding, él es, en realidad el vizconde De Chamonpierre, pero no utiliza el título porque ahora su país es una república y él no está a favor de heredar los títulos. La señora Harding insinuó que no era más que un artificio, pero, ahora que he conocido a *monsieur* y *madame* ya no estoy tan segura. Aunque ya nos habían presentado en la recepción de *sir* Claude, lo cierto es que no tuve la ocasión de hablar con ellos, pero sí me fijé en el vestido de *madame*: era de seda rígida, muy sencillo, pero con un corte tan llamativo como el color –cereza oscuro–, los cuales la hacían destacar en el salón. Es muy morena, no especialmente hermosa, y tiene una nariz bastante grande, pero lo que más llama la atención en ella son los ojos: cuando mira a alguien por primera vez, siempre parece estar examinando al interlocutor para ver de qué madera está hecho. No sé qué descubrió acerca de mí, pero me halaga que me dedique la atención que no le dedica a la señora Harding. ¿Tal vez tenga algo que ver con la vieja alianza entre Francia y Escocia? Es posible, desde luego, que solo sea amabilidad porque me ve joven e indefensa en un sitio nuevo, pero no lo creo. Con Richard se muestra en cierto modo provocadora y me sorprende que él lo acepte tan fácilmente. Desde luego, no pareció nada incómodo cuando *madame* dijo que esperaba que yo fuera consciente de la responsabilidad que estaba asumiendo al casarme con el hombre más hermoso de Pekín. No me imagino a Richard permitiendo que una inglesa lo defina como «hermoso», pero supongo que le tolera ese vocabulario a *madame* porque así es como ella habla inglés, traduciendo cada palabra directamente del francés.

El invitado más importante de la cena era *sir* Robert Hart, que, según dice Richard, es el inglés más respetado de China y que, de haberlo querido, podría haber asumido el cargo de ministro británico que ocupa *sir* Claude. Pero no lo hizo, porque considera que ser inspector del Servicio de Aduanas de China es mucho más importante. Parece que no suele acudir a las cenas ofrecidas por secretarios de las delegaciones, pero en el caso de los De Chamonpierre, hizo una excepción, cosa que irrita profundamente a la señora Harding. No crucé ni una palabra con *sir* Hart en toda la noche, en parte porque yo estaba en el otro extremo de la mesa a la hora de la cena, pero después, en el salón, no se acercó en ningún momento al sillón que yo ocupaba, como si las prometidas de los agregados militares no existieran para él. La señora Harding ya me había advertido de que esta noche seguramente me sentarían al lado del anfitrión, pero que no debía considerarlo más que una excepción al protocolo habitual en esta clase de eventos, pues la esposa de un segundo secretario es más importante que la prometida de un agregado militar. Me parece que la señora Harding no aprueba la informalidad de los De Chamonpierre, pues más tarde me dijo que tampoco le había gustado el triste espectáculo de ver cómo la anfitriona acaparaba completamente la conversación no solo durante la cena, sino también después.

En realidad, *madame* no acaparó la conversación en el sentido que aporta la señora Harding, sino que lo que hizo fue participar en lo que la señora Harding consideraría conversaciones de hombres y convertirlas en el tema principal de la mesa. Después de tantas reuniones para tomar el té, agradecí mucho ese cambio, aunque no se lo comenté a la señora Harding. A *madame* no le gustan mucho los rusos y se mostró bastante vehemente en esa cuestión. En su opinión, si no los paran, acabarán tomando

no solo Manchuria, donde su influencia ya es muy grande, sino también todo el norte de China y puede que incluso Corea. Dice que el zar no es más que un títere inútil controlado por ministros canallas y que sería una sorpresa que las potencias europeas con intereses en China permitieran que Japón participara en solitario en la guerra para frenar el avance del imperialismo ruso. En ese momento Richard intervino para afirmar que, si Japón se enfrenta al gigante ruso, sería un suicidio, pero *madame* no estaba de acuerdo: ella cree que un soldado japonés vale más que tres soldados rusos juntos. Añadió que un tal capitán Kurihama le había dicho que, para él, sería un honor morir en una causa tan noble como es luchar contra los rusos. Todo el mundo, excepto yo, sabía quién es el capitán Kurihama, pero me di cuenta de que Richard había fruncido el ceño, como si aquel nombre le produjera cierta inquietud. Yo permanecí en silencio. Jamás había escuchado a nadie, menos aún a una mujer, hablar de la realeza del modo en que *madame* estaba hablando del zar, quien, al fin y al cabo, está estrechamente emparentado con nuestra familia real.

Fue una velada interesante. Sé que jamás seré capaz, pero, cuando organice mis propias cenas, me gustaría dirigir la conversación del modo en que lo hace *madame*. No creo, sin embargo, que a Richard le gustase. Volvimos a casa andando, pues no estábamos muy lejos y hacía una noche estupenda. Bueno, estupenda quizá para la señora Harding, que llevaba su abrigo de marta cibelina, pero yo, con uno de paño, estaba helada. Caminaba al lado del señor Harding, quien no se había mostrado muy partidario de ofrecer su opinión durante mi estancia en su hogar. Puede que lo hiciera solo para provocarlo, pero el caso es que le pregunté qué pensaba de *madame*. Respondió inmediatamente que *madame* se había propuesto convertir a su esposo en el embajador francés de Londres o Berlín y que, si bien a él no le gustaba apostar, estaba convencido de que *madame* se saldría con la suya. Me hizo reír. Richard se volvió a mirar porque nos había oído y, aunque la iluminación de la calle era escasa, tuve la sensación de que me observaba fijamente. ¿Se estaría preguntando tal vez si una esposa escocesa podía convertirlo en general o mariscal de campo?

Otra de las cosas que ha logrado *madame* De Chamonpierre es conseguir que no me guste en absoluto mi forma de vestir. Me encantaría que fuéramos amigas. Cuando ya nos marchábamos, me dijo: «Quiero que me llames, Marie». Así lo haré.

Carta de Mary Mackenzie a su madre

Barrio de las Delegaciones, Pekín
28 de febrero de 1903

Queridísima mamá:

Ahora ya puedo darte la dirección de mi futura casa en Pekín, aunque ni siquiera la he visto todavía. Quizá te parezca extraño, pero es solo porque en cuanto la casa quedó disponible anteayer, Richard dejó sus aposentos de soltero y se instaló allí. Y, hasta ahora, la señora Harding no ha tenido tiempo de acompañarme en calidad de carabina. Es importantísimo seguir al pie de la letra todas las normas del decoro, porque aquí corren tantos chismorreos como en los pueblos y no quiero dar excusas a nadie para que vaya por ahí hablando de mí. Estoy segura de que lo apruebas.

Mi dirección de casada será Hutung Feng-huang, 157. Quizá te sorprenda ver que nuestra casa tiene un número, igual que en Escocia, pero el sistema chino de

numeración es bastante errático: Richard dice que la casa que tenemos a un lado es el número ochenta y cuatro y la que tenemos al otro lado, el ciento veintitrés. *Hutung* significa 'calle' y *Feng-huang* podría traducirse vagamente como 'pájaro mitológico', que, si no he entendido mal, es un pájaro que es macho y hembra a la vez. Así que tu hija va a vivir en la calle del Pájaro Mitológico. Supongo que, como la mayoría de las calles estrechas de esta ciudad, la nuestra olerá mal, pues todas tienen un sistema de desagüe abierto a los lados. El hedor que desprenden se percibe incluso durante el gélido invierno, así que no me quiero ni imaginar cómo será durante el calor del verano, pues solo se limpian cuando llueve. Sin embargo, la casa tiene un recinto interior privado rodeado por un muro bastante alto, así que espero que eso ayude.

La casa posee una historia bastante interesante. Los alemanes que vivían aquí han vuelto a su país y Richard les compró los muebles. Les pagó ciento veinte libras por todo, una ganga, aunque la mayoría de los muebles no sean de mi agrado. Ya los iré cambiando poco a poco. La verdad es que somos muy afortunados, pues desde la destrucción de la ciudad no resulta fácil encontrar casa en Pekín. Antes de la rebelión de los bóxeres, nuestra casa –que tiene catorce estancias, sin contar la cocina y las dependencias de los sirvientes– pertenecía a un alto oficial de la corte que apoyaba a la emperatriz viuda en sus pérfidas políticas contra los europeos. Una vez restaurado el orden, los aliados exigieron que se ejecutara a ciertos cabecillas de los bóxeres y el dueño de nuestra casa fue uno de los hombres decapitados en público. No sé qué fue de la familia del difunto, pues la casa estaba vacía cuando los alemanes la encontraron. Tal vez todo esto te parezca espantoso, pero no debes olvidar que los bóxeres fueron despiadados y crueles, y que era necesario darles una lección.

Hasta el momento, Richard ha contratado a un sirviente, que hace más o menos de mayordomo, a un cocinero y a un encargado de mantenimiento. No parecen muchos sirvientes para la clase de vida que vamos a llevar aquí, pero, sin duda, podré contratar a alguien más cuando asuma el control de la casa. Nos instalaremos inmediatamente después de la boda, pues no tendremos luna de miel. Dada la situación del país, no hay ningún sitio al que podamos ir, excepto Tientsin, pero eso sería una estupidez porque no me parece una ciudad interesante, pese a las tiendas europeas.

Como podrás imaginar, estoy ansiosa por ver mi nueva casa y me enerva un poco que la señora Harding no haya podido aún encontrar tiempo para acompañarme. Aun así, no debo quejarme, pues los Harding han sido muy amables conmigo durante este compás de espera. He intentado no molestar mucho, pues recuerdo lo que dijiste cuando volví a casa después de pasar diez días con los Blair en Aviemore: que todo invitado que se quede más de una semana se convierte en un estorbo. ¡Ay de mí! Me temo que ahora también es mi caso, pero los Harding no quisieron ni escucharme cuando propuse trasladarme a algún hotel del barrio.

He conocido a una dama francesa de su delegación que, creo, se convertirá en una buena amiga. Cuando pasé por allí para dejar mi tarjeta y la de Richard después de haber cenado en su casa, me hizo entrar a tomar el té y charlamos durante dos horas. Me ha contado muchas cosas sobre la vida diplomática: es una mujer de lengua afilada pero buen corazón, como muchas escocesas.

Hay un tema que me preocupa un poco y podría decirse que me he plantado, aunque sea un poco audaz por mi parte. El retraso de nuestra boda se debe a que el obispo de Shanghái tiene que venir a Pekín y Richard lo ha organizado todo para que sea él quien oficie la ceremonia. Parece que este obispo es un episcopaliano partidario de la Iglesia alta, lo que llaman un anglocatólico, y que hasta usa incienso. Cuando

supo que yo era presbiteriana dejó caer que él no celebra matrimonios mixtos, pero que su coadjutor estaba dispuesto a hacerlo, dado que soy cristiana. Puede que no estuviera bien por mi parte, pero, cuando Richard me lo contó, me puse furiosa. De hecho, no me lo podía creer. Más tarde, sin embargo, me lo confirmó la señora Harding. Lo que se espera de mí es que firme una declaración en la que renuncio a la Iglesia de Escocia y abrazo la fe de la Iglesia de Inglaterra. Es casi como si me pidieran que fuera a Roma. Si queremos que ese obispo consagre nuestra unión, no podré seguir siendo presbiteriana. Así que mi respuesta fue: «Muy bien, pues me quedo con el coadjutor». Ahora es Richard el que está enfadado conmigo y, lógicamente, lo entiendo, pues esta es la primera boda que se celebra en el Barrio de las Delegaciones desde la rebelión y *sir* Claude ha ofrecido su casa para la recepción, un honor que no imaginábamos. Richard piensa que estoy loca al no querer firmar una declaración por la que me adhiero a la fe de mi esposo, pero es que no es solo eso, es que no quiero pertenecer a la Iglesia episcopal inglesa. ¿Por qué debería hacerlo? Estoy bautizada. Le dije a Richard que, cuando el rey Eduardo viaja a Escocia para cazar urogallos, se convierte automáticamente en presbiteriano; pero Richard no se lo creyó hasta que alguien del Barrio de las Delegaciones le dijo que era cierto. Y, aun así, no parece muy dispuesto a aceptarlo.

No te estoy pidiendo consejo, porque estaré casada –de un modo u otro– mucho antes de que me llegue tu respuesta, así que la decisión debo tomarla yo sola. Anoche estuve horas en vela tratando de tomarla, pero no pude. No quiero que te preocupes por todo esto, en cierto modo solo es una tormenta en un vaso de agua. Aunque también es una cuestión de principios. ¿O acaso piensas que tu hija se está comportando como una tonta o, peor todavía, que se niega a obedecer a su futuro esposo?

Finalmente, compré el abrigo negro de gato leopardo de Manchuria. La señora Harding tiene cinco abrigos de piel, pero creo que el mío le gusta más que todos los suyos, a excepción del de marta cibelina, que es precioso. Por algunos detalles que voy viendo de vez en cuando, me parece que la señora Harding es una mujer rica por derecho propio. Desprende ese aire de quien no tiene que hacer caso a su marido a menos que le apetezca. Acaba de sonar el gong de la cena, así que tengo que irme.

Tu hija, que te adora,
Mary

P.S. (después de la cena): La señora Harding, que entiende mucho de regateos, consiguió que le vendieran el abrigo por tan solo nueve libras en moneda británica, lo cual significa que no he despilfarrado tanto. Ten en cuenta que un abrigo que me durará toda la vida me ha costado menos que el vestido azul que tú me compraste.

Barrio de las Delegaciones, Pekín
2 de marzo de 1903

Esta mañana, *madame* De Chamonpierre ha enviado un mensajero con una nota en la que me pedía que fuera a tomar el té con ella esta tarde, cosa que naturalmente he aceptado encantada. Me ha recibido muy amablemente y me ha confesado que, para disfrutar del té de la tarde al verdadero estilo inglés, debe compartirlo con alguien de Inglaterra. Como todo el mundo, dice Inglaterra cuando se refiere a Gran Bretaña; pero ya me he cansado de repetir que Escocia no forma parte de Inglaterra, no sirve de nada. En su alcoba hacía mucho calor debido al vapor que salía de las tuberías y la

atmósfera me ha parecido sofocante, sobre todo por las muchas macetas de plantas y el gran jarrón lleno de lirios, que desprendían un perfume mareante. Marie llevaba un atrevido salto de cama y, desde luego, estaba mucho más cómoda que yo con mi ropa de calle. Después de que nos sirvieran el té, me ha preguntado si me molestaba que se entregara a su vicio secreto. No tenía idea de a qué se refería hasta que ha abierto una caja y ha sacado un largo cigarrillo negro.

Apenas dos meses atrás, si hubiera visto a una dama hacer lo mismo en el salón de cualquier casa de Edimburgo, me habría escandalizado, pero lo único que he sentido en ese momento ha sido una discreta sorpresa. Luego he pensado que no existe motivo alguno para que una mujer se avergüence de hacer en privado lo que hombres hacen abiertamente en cualquier parte. Ahora bien, no me imagino un mundo en el que las mujeres compartan la sala de fumadores con los hombres, pero fumar un cigarrillo en la intimidad del hogar tampoco me parece un escándalo. La señora Harding, sin embargo, dice que sí lo sería en los círculos sociales del Barrio de las Delegaciones. El esposo de *madame* lo sabe, claro, y lo único que pide es que los rumores de que su mujer fuma se queden tan solo en eso, en rumores acerca de los cuales nadie tiene pruebas fehacientes. Por tanto, ha sido para mí un honor que *madame* confiara tanto en mí, y eso solo puede significar que está segura de que no la voy a traicionar, cosa que, desde luego, no haré jamás. No creo que Marie tenga muchas amigas íntimas entre las demás damas de las delegaciones, pese a que estuvo aquí durante la rebelión de los bóxeres y trabajó muy duro para ayudar a los heridos. Pero por algunos detalles que ha ido dejando caer la señora Harding, entiendo que *madame* no es muy popular y, por supuesto, no hay que olvidar ese prejuicio según el cual las mujeres francesas son ligeras de cascos. Puede que, en general, las francesas no caigan bien entre su propio sexo porque tienen mucho éxito con los hombres.

Me ha tanteado un poco sobre Richard y me ha dicho que, desde que él llego a Pekín, no ha hecho más que intentar que vaya a alguna de sus cenas, pues luce mucho más que el mejor de los arreglos florales. También me ha contado que, cuando se anunció aquí que Richard y yo estábamos prometidos, la más joven de las hijas del ministro belga se desmayó en una reunión de té al conocer la noticia y poco después regresó a Europa para tomar las aguas en Baden-Baden. Le he transmitido a Marie que, en mi opinión, la mayoría de las mujeres de Pekín no entienden qué ha visto Richard en mí, ante lo cual se ha mostrado un poco sorprendida, como si yo tuviera que saber precisamente por qué mi prometido ha pedido mi mano, pero la verdad es que no lo sé muy bien. Marie ha empezado a hablar entonces de lo que ella llama la «ciencia» del matrimonio y he tenido la sensación de que no era tan discreta como la señora Brinkhill, que siempre trataba de suavizar lo que decía, aunque, en el caso de Marie, deduzco que se debe a que a veces no está muy segura de su inglés y no desea ser malinterpretada.

Estaba a punto de pedirle consejo sobre un cambio de peinado cuando, de repente, ha pasado a hablarme de religión, cosa que no me esperaba de ella. Me ha confesado que era de Burdeos, aunque se había educado en París, y que tenía en esa ciudad primos que eran protestantes franceses, por lo que entendía mis sentimientos. Estaba tan sorprendida que no he acertado a decir nada, así que ella ha seguido hablando acerca de cómo la religión condiciona la vida en el servicio diplomático. En pocas palabras, ha afirmado que es fundamental que quienes representan oficialmente a un país en el extranjero adopten la religión principal de dicho país. Ha añadido también que, de no haber nacido en una familia católica, si hubiera sido protestante como sus primos cuando se acordó su matrimonio, habría comprendido la necesidad de

convertirse a la fe de Roma por el bien de la carrera de su esposo. Le he preguntado entonces si ella habría abandonado la Iglesia católica para rezar con su esposo en caso de ser este protestante. Me ha dicho que no podía responder a eso, pues era algo que jamás podría ocurrir en Francia. Le he comentado que, según he oído en su país hay muchos ateos, a lo que ella ha replicado que sí, pero que ninguno de ellos forma parte del cuerpo diplomático.

No me he enfadado con Marie por haber sacado un tema que, en realidad, no le incumbe, pues me ha resultado evidente que era Richard quien se lo había pedido. Estoy enfadada con él. Aun así, creo que he sabido mantener la calma y la he escuchado mientras ella aseguraba que a Richard le da igual qué religión profese yo en privado mientras en público sea la episcopal inglesa. También ha insistido en que yo debo comprender lo importante que es para Richard y para su carrera que nos case un obispo, a lo que yo he respondido que, para mí, está empezando a ser muy importante que no nos case un obispo, al menos en las condiciones establecidas. No hemos discutido, pero creo que Marie se ha sorprendido un poco al ver que yo podía ser tan mordaz. Le he dicho que era una cuestión más de sentimientos que de sensatez, pero Marie ha contestado que tenía entendido que los escoceses somos muy tercos y que yo acababa de ofrecerle la prueba. Nos hemos despedido de forma bastante cordial, aunque no me ha acompañado a la puerta. Tal vez porque no le gusta pasearse en salto de cama por la parte delantera de la casa. Me pregunto en estos momentos si nuestra amistad se volverá más profunda con el tiempo, pero estoy convencida de que Marie siempre verá las cosas desde el punto de vista de Richard, porque él es un hombre.

4

Carta de Mary Mackenzie a su madre

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
11 de marzo de 1903

Queridísima mamá:

Estoy segura de que la noticia que tengo que darte te va a hacer llorar de emoción, pues ahora ya soy la señora de Richard Collingsworth. Pensé en enviarte un telegrama cuando el obispo llegó inesperadamente y quedó fijada la fecha, pero creí que te haría sentir muy sola saber el día y hora de mi boda y no poder asistir. Espero haber hecho lo correcto. Y no, no me casó el obispo ni he renunciado a mi fe. Se llegó a una especie de acuerdo según el cual el obispo aceptó bendecir la unión, pero fue el coadjutor quien ofició realmente la ceremonia. Así fue la boda, aunque el acuerdo puso furioso a Richard durante un tiempo.

Fue todo muy sencillo. No había nadie que pudiera hacer de dama de honor, así que le pedí a la señora Harding que fuera mi madrina y que su esposo me acompañara al altar. Tal vez no fuera muy convencional, pero en China no siempre pueden hacerse las cosas de la forma correcta. La ceremonia anglicana no es que me entusiasmara, me limité a «soportarla», como diría Jessie: lo único que pedí era que se cantara el salmo veintitrés según la versión métrica escocesa, que nadie conocía excepto yo. Así pues, el resultado fue bastante pobre y el pequeño órgano tuvo que emplearse a fondo para que el sonido resultara mínimamente decente. Puesto que estamos en invierno, en lugar de flores teníamos plantas y cosas así que nos habían prestado de las distintas casas del Barrio de las Delegaciones, pero, a pesar de ello, la iglesia estaba muy bonita. Al principio hacía frío porque, al encender la estufa, esta había expulsado el humo por una chimenea atascada, de modo que la habían apagado para poder limpiarla antes de volver a encenderla. Así, yo llegué al altar antes que el calor y tuve que prometer que amaría y obedecería a Richard durante el resto de mi vida mientras prácticamente me castañeteaban los dientes. Sin embargo, y dado que la ceremonia inglesa de matrimonio es mucho más larga que la escocesa, cuando finalmente Richard y yo nos giramos para recorrer juntos el pasillo central, la abarrotada iglesia ya se había caldeado y yo ya no estaba morada por el frío, o eso creo.

Si es cierto que da buena suerte que brille el sol el día de tu boda, entonces Richard y yo seremos muy felices porque, cuando salimos de la iglesia, lucía un espléndido sol de invierno. Aunque hacía mucho frío, la gruesa capa de nieve que había caído dos días antes hacía que todo pareciera muy limpio y resplandeciente. Richard y yo subimos al carruaje descubierto que nos había cedido el ministro, *sir* Claude, para realizar el corto trayecto hasta su residencia. Nos siguió una procesión de damas en sus *rickshaws*, mientras que la mayoría de los caballeros fueron a pie. Apenas dos años atrás, ni en el mejor de mis sueños hubiera imaginado cincuenta *rickshaws* el día de

mi boda y a una dama europea vestida con ricas pieles en cada uno de ellos. Aunque me había puesto el abrigo nuevo para ir a la iglesia, me negué a llevarlo para el breve trayecto hasta el lugar de la recepción. Richard dijo que exponerme de aquella manera era la forma más rápida de coger una neumonía. En realidad, no tenía mucho frío, pues seguramente recuerdas que mi vestido tiene el cuello alto y, al ser de seda, resulta bastante cálido. Así que, de cintura hacia abajo, me cubrí con la alfombra de pieles del ministro y, de cintura hacia arriba, parecía –espero– una novia.

Estos días no se ven muchos chinos en las calles del barrio, y los que se ven son sirvientes o están aquí por motivos de trabajo, de modo que fueron muy pocos los que presenciaron la ceremonia «extranjera». Los pocos nativos que había ni siquiera nos miraron. Según me han dicho, es algo bastante nuevo desde la rebelión de los bóxeres, porque, antes de eso, los europeos –especialmente las damas– eran objeto de inagotable curiosidad en cualquier sitio. Ahora ya no. Es casi como si existiera una conspiración para ignorarnos. No hace mucho, fui a la calle de los plateros con la señora Harding, que había encargado un juego de salero y pimentero y un centro para su mesa de comedor, y, si bien tenía la sensación de que me estaban observando, cada vez que me volvía para ver quién me estaba mirando me encontraba con miradas esquivas. En cierto modo, resulta inquietante que la gente que te rodea finja que no te ve, y eso hace que lo que me ocurrió mientras iba en mi carruaje de recién casada parezca aún más importante.

El carruaje dobló una esquina y se adentró por una calle prácticamente vacía, de no ser por la presencia de una anciana que caminaba junto al borde de la calzada, pegada al canal de desagüe. Llevaba un pequeño hatillo envuelto en tela y pensé que tal vez fuera la costurera de alguna delegación. Por otro lado, también me dio la impresión de que era una mujer de clase alta caída en desgracia, pues tenía esos pies vendados que, según dicen, proporcionan ese andar de loto que los hombres chinos consideran tan atractivo. En las ancianas, sin embargo, los pies vendados provocan una dolorosa cojera sobre huesos retorcidos afectados por el reumatismo. Al oír el carruaje la mujer levantó la cabeza, pero, en lugar de bajar de inmediato la mirada, se detuvo junto a un portal y retrocedió hasta quedarse sobre las tablas que cubren el canal de desagüe. Permaneció allí, observando con la cabeza alta. Me observaba a mí. Pasamos bastante cerca de ella. No es fácil adivinar la edad de los chinos, pero, por las líneas de su rostro, deduje que debía de rondar los setenta años, aunque tenía el pelo muy negro, seguramente teñido, y recogido en un apretado moño a la altura de la nuca. Llevaba un chaqueta larga y enguatada, y unos pantalones, las dos prendas de una tela gris que parecía bastante tosca, pero lucía dos pendientes de lo que me pareció jade verde de la mejor calidad. Tal vez fuera el único tesoro del que no estaba dispuesta a desprenderse.

Le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa al instante. No creo que le quedara ningún diente de arriba, pero, aun así, su sonrisa me pareció dulce. Supe entonces, como si de algún modo nos hubiéramos comunicado sin palabras, que aquella mujer había regresado de repente a un pasado muy lejano y había recordado el día en que la llevaron en un palanquín a casa de su señor, un hombre al que, sin duda, no había visto jamás y en cuyo hogar había entrado con todos los miedos –ocultos tras su dulce rostro– de una joven que accede a un mundo desconocido. Yo había mantenido la compostura durante todos los preparativos de la boda y también durante la ceremonia, pero en aquel momento se me llenaron los ojos de lágrimas. Puede que a aquella mujer también, pero no lo sé, porque pronto la dejamos atrás. Esto solo te lo cuento a ti, mamá, y jamás se lo contaré a nadie más.

El *rickshaw* de *sir* Claude debió de seguir otra ruta, pues cuando llegamos a su casa ya estaba allí para recibirnos. Así, el primero en besar a tu hija el día de su boda –después del novio– fue el ministro de su majestad británica en la corte imperial de la emperatriz viuda de China. Aunque él también profesa la fe episcopal escocesa, estoy convencida de que en la iglesia oí su voz tratando de dar un poco de cuerpo al salmo veintitrés.

En cierto modo, la recepción fue bastante solitaria, pues todos los que allí estaban me conocen desde hace tan solo unas pocas semanas, pero la señora Harding me sorprendió bastante al mostrarme todo su apoyo, como si intuyera mis sentimientos. También estaba Marie de Chamonpierre, de quien ya te he hablado, que pertenece a la delegación francesa. Ha sido para mí una guía útil en muchos sentidos y es una mujer muy alegre y divertida: sus reuniones de té no son tan aburridas como las que suelen ofrecer otras damas, al menos aquellas a las que he asistido. En invierno no hay mucho que hacer cuando se está confinado en un barrio a la sombra de la muralla de la ciudad; solo de día hacemos alguna excursión a los barrios nativos. Como recién llegada, tengo que andarme con pies de plomo, pues no quiero entrar en ningún grupito. Resulta interesante, sin embargo, el nivel de contactos entre las distintas delegaciones y las alianzas que se establecen entre ellas. Mi amiga Marie odia a los rusos, pues considera que no planean nada bueno en Manchuria y que también tienen intereses en Corea y China. Espera que los japoneses los derroten si alguna vez estalla un conflicto abierto. Aunque Richard admira a Marie, dice que eso es ridículo y que no es más que charla de mujeres. Los franceses tienen buenas relaciones con los japoneses, a quienes están animando a imponer su voluntad y, hasta cierto punto, lo mismo hacen los británicos, aunque quizá con más moderación. Richard es bastante amigo del agregado militar alemán, pero en general los británicos nos mostramos bastante cautos con ese contacto, pues los alemanes suelen convertirse en nuestros rivales en los asuntos relacionados con China. Todas estas cosas tengo que saberlas si quiero convertirme en una buena anfitriona en Pekín. Aquí nunca se puede ofrecer una cena sencilla sin más, incluso en las veladas más reducidas hay que tener en cuenta el tema de las prioridades diplomáticas y las mujeres se muestran más estrictas en esa cuestión que los hombres. La posición de un agregado militar, por otro lado, es bastante delicada, pues no forma parte del cuerpo diplomático de manera permanente y en cualquier momento puede ser destinado a tareas ordinarias con su regimiento, que, en el caso de Richard, sería en Inglaterra. No creo que lo desee, por lo que es posible que pasemos muchos años en el Lejano Oriente.

Dejo la descripción de nuestra casa del biombo del dragón para otra carta, en la que te daré todos los detalles de nuestra vida en este hogar. Nuestro sirviente, Yao Tsu, tiene un ojo estrábico que al principio me ponía nerviosa, pero ahora ya me empiezo a acostumbrar.

Tu hija, que te adora,
Mary (Collingsworth)

La casa del biombo del dragón, Pekín
24 de marzo de 1903

Supongo que otras parejas habrán disfrutado de una luna de miel como la nuestra, que consistió en ir directamente a una casa en una ciudad del Lejano Oriente, situada tan lejos del resto de la comunidad extranjera de dicha ciudad que las visitas ni siquiera pueden llegar. Por otro lado, supongo que nuestros amigos pensaron que

debían dejarnos solos durante un tiempo, cosa que ojalá no hubieran hecho. Nuestro único contacto con el Barrio de las Delegaciones desde que llegamos aquí es un enorme ramo de lirios morados (¿en qué parte de Pekín pueden encontrarse en esta época del año?), acompañado de una nota en la que Marie de Chamonpierre nos manda recuerdos. Por desgracia, las flores quedan un poco raras en nuestro salón, tapizado casi en su totalidad en fieltro rojo, aunque combinan con el plato de lapislázuli que, al parecer, es el único tesoro de Richard. Él, lógicamente, se pasa el día en la delegación. Pese a haber llevado aquí una vida alegre de soltero, no parece que tenga muchos amigos y tampoco me cuenta muchas noticias acerca de lo que ocurre en el exterior. Las pistas de *squash* de la delegación están reparadas y Richard va a jugar tres veces por semana, lo cual significa que no vuelve a casa hasta pasadas las ocho. Después de cenar está tan cansado que se va directamente a la cama.

A veces me siento como si fuera una novia china. Desde que llegué aquí solo he salido de casa una vez, el domingo pasado. Richard me había preparado una sorpresa después de comer y nos esperaban *rickshaws* en la puerta de casa para llevarnos a un lugar llamado la Colina del Carbón, aunque más que una colina es un montículo. Desde allí, sin embargo, se pueden ver los tejados del Palacio de Invierno, que se extienden como olas sobre lo que parece ser un tercio de la ciudad. Estoy segura de que en verano las vistas son espléndidas con los árboles de los jardines más famosos de Pekín llenos de hojas, pero aquí la primavera ni siquiera se insinúa aún. Sigue nevando y sopla un viento gélido procedente del desierto de Gobi. Pese a llevar manguitos y guantes gruesos, tenía las manos heladas y los pies entumecidos por el frío. Le dije a Richard que no sería mala idea ponerme a tirar un rato del *rickshaw* para entrar en calor, pero no le hizo mucha gracia. La verdad es que no fue una excursión memorable. Lo único que me apetecía era volver a la enorme estufa de nuestro salón, que, pese a ser el objeto más feo de una habitación horrorosa, sigue siendo el verdadero corazón de nuestro hogar chino lleno de corrientes y, gracias al carbón barato de Manchuria, arde como un pequeño sol privado. Si pudiera, comería siempre junto a la estufa, pero usamos el comedor, donde tenemos una estufa mucho más pequeña que se apaga cuando no utilizamos esa sala. Y eso significa que cuando me siento de nuevo en el comedor, en mi silla alemana de madera tallada, noto una gélida corriente en los tobillos. Cuando pienso en los fuegos que Jessie encendía y alimentaba en Edimburgo, me entran ganas de llorar.

Nunca en mi vida había sido tan consciente de lo que significa estar sentada sin hacer nada. No voy a fingir que en casa me ocupaba de las tareas del hogar, aunque mamá se aseguró de que la cocinera me enseñara, al menos, a preparar unos cuantos platos sencillos; pero allí siempre tenía la sensación de que nunca me quedaba suficiente tiempo para dedicarme a las cosas que me gustaban. Aquí no tengo nada que hacer. Esperaba asumir enseguida las riendas de mi hogar, pero me he dado cuenta de que es imposible. Según Richard, nuestro sirviente debe encargarse de todo. Y dado que Yao solo sabe seis palabras en inglés y yo solo tres en chino –una de las cuales es para decirle al culi del *rickshaw* que vaya más despacio–, no me resulta nada fácil dar órdenes. No es que Yao no se esfuerce por serme útil: lo intenta de verdad y a veces hasta me ofrece una sonrisa, que suele ser triste, como si fuera el fruto de una vida que –imagino– siempre ha sido dura. Creo que, aunque Yao es un hombre de aspecto melancólico que parece sufrir una especie de ligera parálisis, pues las manos siempre le tiemblan un poco, hemos tenido suerte con él y estoy convencida de que es bondadoso. Y eso no siempre ocurre con los sirvientes, sobre todo con los nuevos.

Al cocinero no lo veo nunca. Parece que la costumbre de este país es que no se

entra jamás en la cocina, al menos la señora de la casa. Según el acuerdo que establecimos, es Richard quien inspecciona la cocina una vez por semana para asegurarse de que esté lo bastante limpia y, a partir de lo que ve, dicta las órdenes necesarias. Está estudiando mandarín y tiene un profesor que va muchos días a su despacho en la delegación. La verdad es que no tengo ni idea de si Richard habla bien o mal, pero me he fijado en que algunas veces los culis de los *rickshaws* se le quedan mirando con perplejidad cuando él piensa que se está expresando con claridad. Marie me ha dicho que ella no tiene la menor intención de aprender chino, que para una mujer es peligroso intentarlo porque una palabra como *comer*, pronunciada en un tono ligeramente distinto al correcto, adopta de inmediato un significado nuevo y a veces escandaloso. Creo que la señora Harding se las da de lingüista, pero en una o dos ocasiones he visto a sus sirvientes, especialmente al mayordomo, tratar de contener la risa. Así que a lo mejor Marie tiene razón en este asunto, aunque me he propuesto pedirle a Yao que me enseñe algunas cosas sencillas: no creo que él me exponga deliberadamente al ridículo.

Mamá no me ofreció consejo alguno sobre el matrimonio, de esos que suelen dar las madres a las hijas, y lo único que recuerdo es que en una ocasión me dijo que la luna de miel puede ser un momento difícil. Cuando pienso a qué se refería, me imagino una pareja que se aloja en un hotel donde todos saben que son recién casados y los observan con curiosidad cuando bajan al comedor a desayunar. Mamá no podía tener ni idea de lo que aguardaba a su hija durante la luna de miel y lo cierto es que yo tampoco la tenía. Por ejemplo, imaginaba que, después de casada, no me quedaría tiempo para escribir en mis cuadernos y que el relato de mi viaje a China se convertiría en una curiosidad para el futuro. Y lo que ocurre es que no tengo nada más que hacer que escribir en este cuaderno, o escribir cartas a casa. Pero escribir cartas a casa, o incluso dirigidas a alguien de mi edad como Margaret Blair, no es fácil porque la mitad de las cosas que podría mencionar en ellas no tendrían el más mínimo sentido para los destinatarios.

Es importante que hable pronto con Richard sobre la cuestión de amueblar la casa, porque no podemos seguir viviendo tal y como está, con lo que dejaron los alemanes. No me sorprende que se alegraran de conseguir ciento veinte libras, yo no les hubiera dado ni cincuenta. Me cuesta tratar el tema del dinero con Richard, pero debo hacerlo pronto y llegar a un acuerdo con él. Hasta ahora, es él quien lo ha pagado todo, pero a mí no me ha dado nada. Tampoco es que esperara una asignación a estas alturas, pero debe comprender que no puedo seguir viviendo indefinidamente del dinero que mamá me dio para el viaje. Creo que Richard siempre será muy cuidadoso con el dinero. Lo cierto es que nunca lo he visto mostrarse muy desprendido en ese sentido; lleva las monedas de plata y cobre en un pequeño monedero. Tengo un primo que ahora vive en Dundee que hace exactamente lo mismo y es bastante tacaño: toda la familia siente lástima de su esposa.

Me resulta extraño estar en mi primer hogar de casada y desconocer por completo cómo funcionan las cosas. Parece que Richard se hace una idea bastante general de lo que vamos a comer a partir de lo que le dice el cocinero. Me ha comentado que, si tengo alguna sugerencia, él la hará llegar a la cocina, pero creo que lo único que hemos comido desde que llegamos es pollo, que, sin duda, es la carne más barata del mercado. Yo no puedo ir al mercado, no porque les esté prohibido a las damas europeas, sino porque en los hogares se acepta comúnmente, desde hace mucho, que los sirvientes sisen. Richard dice que no es sisar en el sentido estricto de la palabra, sino más bien que el cocinero o el sirviente que hace la compra se queda una propina

de un diez por ciento. Me asegura todo el mundo que es inútil esperar aquí el concepto de honestidad que tenemos los europeos, porque brilla por su ausencia. Así que lo mejor es pagar un salario lo más bajo posible y aceptar esa comisión invisible. Este principio se aplica también en el Barrio de las Delegaciones: el cocinero de *sir* Claude se lleva un veinte por ciento porque es la casa de un ministro.

Richard dice que Yao les saca también una comisión a los culis de los *rickshaws*, que nos cobran más que a los nativos y luego le entregan a nuestro sirviente, que es quien los llama, la diferencia. Al parecer, si yo fuera de compras y me lo llevara como traductor, Yao obtendría una comisión de todas las tiendas en las que yo entrara, comprara algo o no. Durante toda esa conversación, a Richard y a mí nos faltó muy poco para hablar de la situación económica entre él y yo, pero no lo hicimos. Tengo la sensación de que elude constantemente el tema. Y eso significa, claro, que no puedo hacer nada en la casa hasta que sepa en qué situación nos hallamos y cuánto puedo gastar. No tengo ni idea de cuál es el salario de Richard, ni tampoco sé si recibe alguna asignación de su familia en Norfolk.

Debo hacer algo enseguida. No puedo seguir aquí sentada escribiendo cartas o hablando con el papel, que es lo que hago en estos cuadernos.

Carta de Mary Mackenzie a su madre

La casa del biombo del dragón
Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
29 de marzo de 1903

Queridísima mamá:

Me cuesta creer que ya hayan pasado dos semanas desde la última vez que te escribí y te prometí una descripción de esta casa. En primer lugar, no debes escribir «La casa del biombo del dragón» en el sobre, porque ese no es el nombre oficial. Si te soy sincera, no es más que un nombre que he empezado a usar porque lo escribí en una carta dirigida a Margaret Blair y me pareció que sonaba bien. En realidad, la casa no tiene nombre, aunque perteneciera a aquel alto oficial que fue decapitado. Se accede a ella por una calle estrecha y tiene un muro alto que se eleva por encima del canal de desagüe. Pobre Richard, el día que llegamos a casa tras la recepción de la boda, cuando él más deseaba que todo fuera perfecto, había una enorme pila de basura en el desagüe, incluido un gatito muerto. Fingí que no había visto nada, pero Richard sabía que sí.

La entrada en sí es bonita, con un techo de tejas cuyos extremos se curvan. Las puertas –dobles– son lo bastante grandes como para permitir el paso de un carruaje, pero la verdad es que no se abren nunca: entramos por una puertecita más pequeña que se abre en una de las grandes, como si fuera una especie de trampilla. La madera debió de ser en su día de un rojo intenso, pero ahora está muy desteñida Lo primero que se ve al entrar es nuestro biombo del dragón, un muro de piedra de unos dos metros y medio de alto: la cola del dragón está en una esquina superior y el cuerpo de afiladas garras parece descender hacia la parte inferior a través de un intricado diseño de flores y hojas talladas en la piedra. Lo colocaron allí para mantener alejados a los espíritus, porque en China los demonios no pueden doblar esquinas, así que, si entran

desde el mundo exterior, ese biombo les corta el paso. Pensarás que vivo en un país de paganos cuando te cuente que estoy convencida de que nuestro sirviente deja abierta la puertecita durante medio minuto después de que hayamos entrado para asegurarse de que los frustrados demonios puedan volver a salir. No le he contado a Richard nada de todo esto, pues no parece sentir mucho aprecio por las supersticiones chinas. De hecho, solo cree en las inglesas, como el fantasma de Mannington. No me consideres frívola si te digo que prefiero los demonios chinos a la dama decapitada de Mannington.

Lamento decir que, por dentro, la casa no es como a mí me gustaría, aunque tiene posibilidades. Al otro lado del biombo del dragón, se encuentra un patio embaldosado con unas cuantas rocas decorativas y nada más, al menos en invierno. También hay un porche estrecho y luego el recibidor, que es grande y cuadrado: a un lado está el comedor y al otro un enorme salón. Cuanto menos te cuente sobre los muebles, mejor: se nota que los eligió un hombre y no tengo intención de conservarlos mucho tiempo. Tenemos en total once habitaciones, aunque, de momento, solo dos amuebladas. Para calentarnos utilizamos estufas de carbón. La casa no dispone de un jardín propiamente dicho, sino de una serie de patios de tierra, completamente vacíos a excepción de uno que tiene dos asientos de porcelana, de esos que se ven en las entradas de algunas casas de Edimburgo, sin duda importados de China. Los sirvientes tienen sus propias dependencias, construidas junto al muro exterior en el lado de la cocina. Si bien no las he visto, creo que cada vivienda tiene dos habitaciones. El cocinero y su esposa –a la que no he visto nunca– tienen tres hijos, y el encargado de mantenimiento y su esposa, otros tres; así que, como puedes ver, no estoy sola entre estas paredes cuando Richard trabaja, aunque la casa es tan grande que raramente oigo voces de niños ni nada que se le parezca. No hay puerta trasera, todo el mundo debe pasar junto al biombo del dragón, incluidos los comerciantes. Lo cierto es que no vienen muchos, pues normalmente las cosas se compran en el mercado y las traen a casa los sirvientes. Hay una parada de *rickshaws* cerca de nuestra casa, de modo que podemos disfrutar de la comodidad de ese medio de transporte; bien es verdad que no hay otro en Pekín, excepto los palanquines, pero no me gusta mucho la idea de que me lleven en una de esas cosas. Los culis que tiran de los *rickshaws* esperan día y noche sentados en un pequeño cobertizo, delante de un brasero de carbón. No creo que sea una vida muy sana, pues el hombre que siempre nos lleva a veces sufre terribles ataques de tos. Sin embargo, todo el mundo acepta que los *rickshaws* y sus conductores son una necesidad imprescindible.

Me pregunto si alguna vez me acostumbraré a los mendigos. En realidad, no hay nada que temer, pues no se acercan a la gente: se sientan junto a los desagües, envueltos en harapos, y se quedan allí tan inmóviles como silenciosos. Algunos, sin embargo, se mecen y murmuran una especie de cántico entre labios, aunque tal vez sea una oración para pedir limosna. Me han dicho que no les preste atención, y lo cierto es que nunca he podido darles nada porque siempre paso junto a ellos en *rickshaw*, pero les daré algo de dinero en cuanto se me presente la oportunidad. Ni siquiera me imagino qué clase de existencia llevan. En China la vida no vale mucho: eso es algo que se aprende enseguida, y de la forma más cruel. Para algunos, el simple hecho de existir es un privilegio.

Si eso te anima a dar dinero a las misiones extranjeras en la iglesia, adelante, pero también he de decirte que hasta ahora no he visto por ningún lado el trabajo de los misioneros. Parece que no hay mucho contacto entre ellos y el cuerpo diplomático. Me atrevería a afirmar que solo los más valientes pueden ser misioneros en China,

pues muchos de ellos murieron a manos de los bóxeres en lugares remotos. No debe de ser fácil intentar amar a las personas que no dudarían en matarte si cambiasen las tornas.

Queridísima mamá, espero que mi carta no te haya resultado deprimente. Aún me estoy acostumbrando a muchas cosas extrañas y las contemplo con una mirada asombrada. Con el tiempo estoy segura de que ni siquiera les prestaré atención. Saluda de mi parte a Jessie y a la cocinera. Diles que ningún sirviente chino podrá jamás estar a su altura a la hora de conseguir un hogar cálido y acogedor.

Con todo mi cariño,

Mary

La casa del biombo del dragón, Pekín
2 de abril de 1903

Marie –nuestra primera visita– acaba de pasar aquí toda la tarde. Se ha presentado sin enviar antes una nota para que la esperáramos. Nuestra casa no le ha parecido gran cosa, aunque ha fingido lo contrario para no ofenderme. Ha dicho que nuestro biombo del dragón es de los mejores que ha visto. Pero en la puerta del salón ha exclamado, sin poder contenerse: «Dieu! Un wagon de chemin de fer!». Sé a qué se refiere, pues el salón parece de verdad un vagón de tren: es largo y estrecho, con ventanas a ambos lados que se miran unas a otras. Las ventanas de un lado dan a las rocas del patio delantero y, las del otro, a un patio interior casi vacío. Cuando Richard abrió la puerta para mostrarme por primera vez esta habitación, apenas pude ocultar mi desaliento. Los muebles que dejaron los alemanes son bastante horrorosos y la enorme estufa sobre su base de zinc también es espantosa, pero al menos calienta lo suficiente.

Marie se ha entusiasmado al ver la estufa. En su opinión, es increíble que alguien se haya tomado la molestia de traer algo así desde Europa. Dice que seguro que la colocaron en el centro exacto de la bodega del barco que la trajo hasta aquí porque, de lo contrario, podría haber inclinado de un costado el buque y durante un tifón habría sido letal. Cree que, dado que la estufa ha llegado hasta China, debemos lucirla: según ella, debería estar en nuestra habitación, aunque sobre una base nueva de baldosas verdes que ella sabe dónde comprar. Asegura también que esta estufa resultaría fabulosa para romper el hielo en las reuniones sociales y que toda reforma o redecoración de la casa debería ser respetuosa con ese monstruo: todos los demás elementos deben ser de un gusto exquisito para realzar la broma. No sé por qué, pero está bastante convencida de que el color que yo quiero es un verde claro, empezando por una alfombra especialmente fabricada en Tientsin y unas cortinas que, según ella, deben ser bordadas a mano. Richard se escandalizaría ante el presupuesto de lo que Marie considera imprescindible.

Ha insistido en ver toda la casa antes de que nos sirvieran el té, aunque, con tanta habitación vacía, la verdad es que no hemos tardado mucho. Marie ha probado el colchón de mi habitación y ha comentado que quizá ahora no me parezca duro, pero que, con el tiempo, cambiaré de idea. Creo que me gusta más la forma que tiene la señora Brinkhill de afrontar los temas delicados: directamente, sin rodeos. La habitación de Richard le ha parecido sorprendente, quizá porque está amueblada casi en su totalidad con el material propio de un oficial de su regimiento: catre plegable, silla y lavabo de campaña hechos de lona, más una mesa de cartas arrinconada contra la pared, sobre la cual cuelga un pequeño espejo. La ventana, de típica celosía china que se abre hacia dentro, no tiene cortinas y tampoco hay estufa: el conducto de la

tubería está tapado. Aunque ha hecho mucho frío desde que nos instalamos en la casa, Richard duerme siempre con la ventana abierta y la corriente circula por el pasillo hasta llegar a mi habitación. Marie ha dicho que jamás hubiera imaginado que Richard fuera, en el fondo un ascético. No he hecho ningún comentario.

Yao ha traído las tazas de té en una bandeja que tintineaba debido al temblor de sus manos. Marie opina que debe de tener alguna enfermedad de los nervios y que es una tontería que nos quedemos con él, porque en China no hay nada más molesto que un sirviente enfermo que se cree con el privilegio de formar parte de la familia. Si nos deshacemos de él lo antes posible, dice, no se arrogaría ese derecho. Puede que su consejo sea bastante sensato, pero lo cierto es que ya le he cogido una especie de cariño.

Los pastelillos no estaban especialmente buenos y Marie ha preguntado por nuestro cocinero. Me he visto obligada a confesarle que prácticamente no he tenido ninguna relación con él: solo he estado dos veces en la cocina y, en ambos casos, lo único que he hecho ha sido mirar desde la puerta. Me ha sorprendido que Marie no lo aprobara. Después de haberla visto en su alcoba, estaba convencida de que las cocinas no tienen el más mínimo interés para ella, pero debe de ser su instinto francés, pues insiste en bajar a preparar ciertas salsas e incluso ciertos platos basados en recetas familiares que no está dispuesta a compartir con su cocinero. Ni siquiera le permite quedarse a mirar mientras ella está en la cocina. Además, le ha enseñado a hacer pan como Dios manda, porque no soporta lo que ella llama «pan de Pekín»: es el pan que comíamos con los Harding y también aquí en casa, un pan que parece que lo hubieran agriado de forma artificial durante el amasado. Antes de la rebelión de los bóxeres existía una buena panadería francesa en Pekín, pero no ha vuelto a abrir. Marie insiste también en que debo asegurarme de que todos los ingredientes de la ensalada se sumerjan en una solución de permanganato de potasio antes de servirla y que eso es algo que los cocineros chinos no hacen jamás, a menos que se les especifique muy claramente que incumplir esa norma supone el despido inmediato. Si se ingieren verduras crudas sin tratar, se puede coger el cólera y lombrices intestinales, por mencionar solo dos posibles enfermedades.

Después del té, del cual ha bebido varias tazas, Marie se ha excusado y he tenido que acompañarla por el pasillo hasta el retrete y nuestro baño, que está al lado. Al enseñarle la casa no le había mostrado ninguno de esos dos espacios. Ha regresado al poco y, por su expresión, he sabido que no le ha gustado lo que ha visto, lo cual no me sorprende, pero no esperaba ningún comentario por su parte. Sin embargo, le ha faltado tiempo para decir que nuestras instalaciones sanitarias son espantosas, en lo cual me he mostrado de acuerdo, pero he señalado que en casa de los Harding eran igual de terribles y que, por tanto, había deducido que eso era lo normal en China. Marie me ha dicho que no lo es y que Edith Harding, lo mismo que todos los ricos de verdad, es muy tacaña a la hora de gastar dinero, incluso en las cosas esenciales. Si Richard y yo queremos tener invitados, cosa que debemos empezar a hacer pronto, es del todo inapropiado que ofrezcamos esas instalaciones a las visitas. En primer lugar, es imprescindible un retrete químico como el que tiene ella en su casa, que puede encargarse en una tienda de Tientsin. También ha comentado que calentar el agua mediante una estufa situada en el exterior de la casa es algo propio del siglo xviii y que incluso en Pekín se pueden instalar lavabos con grifo y estufas de parafina.

Para entonces, ya empezaba a estar cansada de las mejoras que proponía Marie y le he dicho que no teníamos pensado invertir mucho en aquella casa porque no sabíamos cuánto tiempo nos quedaríamos en Pekín. Su respuesta ha sido que todo el mundo,

viva donde viva, debe hacerlo de una manera mínimamente civilizada y que yo podría hacer lo mismo que hizo ella de recién casada, al exigirle a su esposo que utilizara el dinero que ella había aportado como dote para amueblar y equipar la casa convenientemente. Es un error permitir que el flamante esposo piense que ese dinero le pertenece y que puede destinarlo a lo que le apetezca, pues lo han pagado los padres de la novia para asegurarse de que su hija tenga todas las comodidades. Supongo que me leyó la mirada, porque me ha preguntado si ocurría algo.

Lo que he dicho a continuación ha resultado un poco incómodo: le he contado que la costumbre de las dotes prácticamente ha desaparecido en Gran Bretaña. En ese momento, ha sido ella la que se me ha quedado mirando antes de soltar una carcajada. Según lo que ella llama «informaciones de buena tinta», no hay ni un solo hombre en la delegación británica de Pekín –con la posible excepción del propio *sir* Claude– que no se haya casado básicamente por dinero. Marie dice que es probable, como ocurre en Francia, que los acuerdos matrimoniales ya no se rijan por normas precisas, pero siguen siendo acuerdos y, en muchos casos, vitales para los jóvenes que quieren hacer carrera en el mundo de la diplomacia, porque casi todos esos jóvenes son los hijos menores de familias acomodadas y, por tanto, lo único que pueden ofrecer es su apellido, sin respaldo económico. El señor Harding es un buen ejemplo: pertenece a una distinguida familia de Essex –su hermano era *baronet*–, pero no tenía ni un céntimo, así que se había visto obligado a apañárselas y buscar una esposa. Y había encontrado a Edith. ¿Quién habría querido a Edith de no ser por su fortuna? *Madame* Harding puede dárselas de noble ahora que se halla en el buen camino para convertirse en *lady* cuando su esposo llegue a la vejez y lo nombren caballero, pero, en realidad, no es más que la hija de un fabricante de tornillos de las Tierras Medias, sin posición alguna en la alta sociedad inglesa.

Me he dado cuenta de que me estaba acalorando y de que las mejillas se me habían puesto rojas, como me había ocurrido en aquel concierto del *Mooldera*. Marie también ha reparado en ello, claro, y ha cambiado el tono. Ha bajado la voz, como si de repente estuviera preocupada: «Supongo, *ma cherie*, que tu madre te habló de esas cosas en la época en que se acordó tu matrimonio con Richard». Le he contestado que el mío no era un matrimonio acordado y que mi familia no había ofrecido ninguna dote, ya que somos pobres.

Marie se ha mostrado sinceramente sorprendida y ha resultado obvio que no sabía qué responder, aunque lo que finalmente ha dicho me ha impactado: «Mary, ¿y qué hay de la fábrica de tu familia?». Me he visto obligada a respirar hondo. Sé perfectamente que no he hablado de esa fábrica con ella, ni con ninguna otra persona de Pekín, por lo que está claro que tiene que habérselo contado Richard. Después de haberme sentido acalorada, he tenido de pronto la sensación de que se me formaba un gélido nudo en el estómago.

He deseado que Marie se marchara y, al parecer, ella lo ha intuido, pues se ha puesto en pie y ha empezado a hablar de otras cosas mientras esperábamos a que Yao le trajera su abrigo. Ha dicho que, desde el momento en que me conoció, ha deseado que fuéramos como hermanas porque enseguida se había encariñado conmigo y, además, nos llamamos prácticamente igual. Yao le ha traído el abrigo y yo la he ayudado a ponérselo: era un precioso abrigo de piel de leopardo que llegaba casi hasta el suelo, con el bajo, el cuello y los puños de piel de zorro plateado. El sombrero, que ni siquiera se había quitado, era un pequeño casquete también de piel de leopardo, que llevaba inclinado sobre la frente. Pese a que en ese momento me sentía asqueada, no he podido dejar de fijarme en lo elegante que va siempre y en lo

cara que es la ropa que viste. Tal vez se la pague con el dinero de su dote…

Ya cerca de la puerta, Marie se ha detenido para coger el plato morado que Richard asegura haber comprado en un bazar. El plato es traslúcido como una pastilla de jabón Pears Soap y está decorado con la imagen de un dragón. He comentado que el plato tendrá que irse si finalmente optamos por los tonos verdes, como Marie ha sugerido, pero ella ha afirmado que el plato tiene un valor incalculable. Le he replicado que a mí no me lo parece, ya que procede de un bazar. Marie me ha mirado con una expresión bastante dura y luego ha dicho que esa clase de platos solo se fabricaban por encargo de la corte imperial, o gracias a un permiso especial, para las familias más nobles. Luego le he preguntado si tenía idea de cómo había conseguido Richard una pieza tan valiosa, y ha contestado: «Botín del Palacio de Invierno». Después se ha echado a reír y ha añadido: «Seguramente se lo ganaría a otro oficial jugando a las cartas. Alguno que haya participado en el saqueo de Pekín. Richard juega muy bien a las cartas, ¿lo sabías?».

Marie ha sido siempre muy amable conmigo, pero, tras acompañarla, he vuelto a entrar en casa con la sensación de que me habían estado manoseando como si fuera un artículo de las rebajas de enero.

La casa del biombo del dragón, Pekín
5 de abril de 1903

Estamos en abril y esperaba indicios de la primavera, pero ha estado nevando toda la noche y sigue nevando. La helada es severa. Está todo tan silencioso que es como si estuviéramos en el campo, pues en nuestra calle no se escucha ni un solo sonido. Hasta hace muy poco, lo único que se oía era el ruido que hacía nuestro encargado de mantenimiento al barrer la nieve del sendero que conduce a la puerta. La ha amontonado junto a esas rocas supuestamente decorativas, utilizando únicamente una escoba y una pala. En realidad, no se ha empleado a fondo con ninguna de las dos herramientas, pues se detenía una y otra vez para echarse el aliento en las manos desnudas. Por lo demás, se protegía el cuerpo con una larga bata enguatada y una gorra con las orejeras bajadas, por lo que apenas se le veía el rostro. Estaba usando la pala cuando, de repente, ha alzado la mirada y me ha visto en la ventana del salón. He levantado la mano en una especie de gesto de saludo, pero él ha debido de interpretarlo como una señal de que debía marcharse, pues ha recogido de inmediato las herramientas y ha desaparecido tras el biombo del dragón, más allá del cual se encuentra la puerta que comunica con el patio de los sirvientes.

Lo único que sé de él es que se llama Ching Hen. Ni siquiera he visto a la señora de Ching Hen, porque el biombo del dragón oculta las idas y venidas de los sirvientes desde su zona de la casa hacia la calle. Estoy empezando a darme cuenta de que esa enorme piedra sirve para algo más que para mantener a los demonios a raya.

Escribo estas líneas junto a la estufa que chisporrotea. Aunque no oigo el sonido del viento, debe de hacerlo, porque baja una tremenda corriente por la chimenea de hierro, que está al rojo vivo en la parte en que se une a la estufa. Me fijo detenidamente en el conducto y pienso en lo fácil que resultaría que el calor ascendiera hasta el techo de madera y se prendiera fuego. Esta casa, tras los altos muros en los que se apoya, ardería como si fuera un montón de papel y ramitas en una parrilla a la que alguien acerca un fósforo.

A Richard no le gusta verme a la hora del desayuno, así que Yao me lo trae en una bandeja a la habitación. Ya hemos desarrollado una especie de rutina para no vernos

antes de que Richard se vaya a la delegación, aunque a veces me resulta difícil si él se marcha más tarde de lo habitual y pasa demasiado tiempo en el cuarto de baño. Richard es de esa clase de personas que se despiertan de bastante mal humor y se van animando a medida que avanza el día. El problema es que yo me despierto muy alegre y en Edimburgo solía madrugar mucho y levantarme casi tan temprano como los sirvientes. A veces incluso los ayudaba con las tareas domésticas y me ponía a quitar el polvo. Aquí se supone que no debo hacer nada, al menos mientras Richard ande por aquí, así que me limito a ordenar mi habitación. Creo que nunca me encariñaré con ella, por mucho dinero que gaste. Las dos ventanas dan a una pared de ladrillo que está a unos tres metros de distancia y solo entra el sol, al menos en invierno, si abro la puerta del pasillo, cuyas ventanas llegan hasta el suelo y dan al patio. Más adelante, cuando tengamos flores, tal vez resulte más bonito, pero me pregunto si alguna vez me libraré de la sensación de que esta casa es como una cárcel. O, quizás, un fuerte en territorio enemigo.

Si hay algo que me gusta entre estas paredes es la enorme y fea estufa. Tiene ventanas de moscovita en la puerta para introducir el carbón, que le dan un toque de color a la moqueta que dejaron los alemanes. Cuando se abre esa puerta, la estufa entera ruge: «Sí, ¡dadme de comer y haré mi trabajo!». Y lo cierto es que lo hace. Apenas una hora después de haber abierto los respiraderos, a primera hora de la mañana, la enorme habitación ya está caldeada.

He estado pensando en la amistad y tengo la sensación de que suele ser accidental. Marie se ha hecho amiga mía porque estamos las dos en Pekín y porque la mayoría de las damas del Barrio de las Delegaciones recelan de ella. Creo que, en parte, es porque Marie es demasiado inteligente para ellas, pero también porque es muy popular entre los maridos de dichas damas. Busca mi compañía porque no puede estar siempre rodeada de hombres. Si ella y su esposo vivieran en Londres y nos hubiéramos conocido allí, no me habría hecho el más mínimo caso en un lugar tan lleno de distracciones interesantes.

Me pregunto si a Richard no le gusta verme por las mañanas porque prefiere no recordar lo que sucede por las noches cuando me visita en mi habitación. Yo también prefiero no recordarlo.

Carta de Mary Mackenzie a su madre

La casa del biombo del dragón
Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
17 de abril de 1903

Queridísima mamá:

Ya sé que ha pasado una eternidad desde la última vez que te escribí y mis excusas son muy débiles, pero pienso muy a menudo en ti y me pregunto qué estarás haciendo ahora: trato de imaginar que estarás sentada junto al fuego tomando el té, o visitando a tus amigos en una soleada mañana de abril en Edimburgo. De repente, justo cuando ya me sentía encerrada entre estas paredes como si fuera una esposa china, han empezado a pasar cosas. En primer lugar, ha llegado la primavera. A principios de mes seguía nevando, pero ahora los árboles frutales ya han florecido en los jardines –

menos en el nuestro– y podemos viajar en *rickshaws* sin tener que envolvernos en esas apestosas alfombras de pelo. La nieve ya se ha derretido y la ciudad se ve limpia, como si estuviera recién lavada, aunque no creo que se conserve así mucho tiempo. Tengo la sensación de estar viendo centenares de cosas que no había visto porque el invierno las ocultaba: por ejemplo, que los extremos curvados de muchos de los tejados están adornados con pequeñas figurillas de animales que se dirigen en procesión hacia una figura más grande situada en la última teja, normalmente una gallina con un demonio a cuestas. Se llaman linternones. Incluso en nuestra calle, que a ras de suelo no es nada del otro mundo, solo hay que mirar hacia arriba para ver preciosos tejados y exquisitas tallas de madera, aunque empiezo a estar cansada de ver tanto dragón en todas partes. Es como si todos los chinos hubieran tenido la misma pesadilla.

Un día, mi amiga *madame* De Chamonpierre pidió prestado el carruaje del ministro francés y pasó a buscarme por la tarde. Salimos por la puerta oriental y nos dirigimos al Templo del Cielo, donde, en ocasiones especiales, el emperador acude a rendir culto. No sé muy bien a qué o a quién rinde culto ni por qué, y Marie tampoco lo sabe. Y no teníamos manera de averiguarlo porque no disponíamos de guía y nuestro cochero no entiende ni una palabra de francés, excepto «más rápido» y «más despacio». Aun así, bajamos del carruaje y caminamos durante un buen rato por el suelo asfaltado, entre el cual asomaban hierbajos aquí y allá, hacia lo que Marie creía que era el Altar del Cielo. Se accedía por una puerta de cuya parte superior sobresalían lo que parecían unas alas de piedra. Desde allí, se suben unos escalones a tres niveles hasta una plataforma circular desde la que se puede ver lo que era el templo en sí, rodeado por un círculo de árboles en flor. Y en toda esa enorme extensión, no vimos a ningún otro ser humano, solo palomas. Resultaba bastante inquietante. Lo lógico sería pensar que en un sitio al que el emperador acude de vez en cuando a rendir culto habría algún que otro sacerdote, o por lo menos alguien que arrancara las malas hierbas. Marie no quiso entrar en el templo porque algo le recordaba la rebelión de los bóxeres, algo que, según ella, es lo que más miedo da en China: un repentino y profundo silencio allí donde el ruido debería ser constante. Desde luego, en el Templo del Cielo estaba todo muy silencioso, así que fue un alivio volver al carruaje y escuchar el ruido de los cascos de los caballos.

He estado en la delegación rusa, aunque no para conocer al ministro, que está en Vladivostok. Nuestro anfitrión era el primer secretario: es conde y lucía medallas suficientes como para haber luchado en diez guerras, aunque, en realidad, no tiene aspecto de haber participado en ninguna. Tal y como me había advertido Marie, no hablamos de nada interesante y los hombres bebieron demasiado vodka, que es el *whisky* de los rusos y que, al parecer, no sabe a nada. Me preguntaba, entonces, qué sentido tiene beberlo, hasta que Richard me sacó repentinamente de allí porque, como Marie me dijo más tarde, nuestros colegas rusos se estaban empezando a relajar demasiado.

Después se celebró una cena en casa de los De Chamonpierre. Fue una velada elegante, con doce invitados: uno de los comensales de mi mesa también era conde, aunque en esta ocasión era un conde japonés. Es agregado militar de la delegación de su país y parece que, durante la rebelión de los bóxeres se convirtió en uno de los héroes de la defensa, pues lideró a un grupo de infantes de Marina por las calles de la ciudad china, que era un hervidero de bóxeres, para socorrer a una misión católica. Una vez allí, ayudó a defenderla. De los veinte hombres que lo acompañaban, siete murieron y el capitán Kurihama, que así se llama, resultó herido en una pierna.

También conserva una cicatriz en la mejilla, producto del roce de una bala. Parecía un hombre con el que se puede mantener una conversación interesante, pero apenas conseguí arrancarle una palabra. Marie me explicó más tarde que una de las tradiciones que estos hombres observan desde pequeños es no sentarse a comer jamás con las mujeres de la casa, por lo que les resulta imposible acostumbrarse a compartir mesa con el sexo opuesto. Marie dice que muchas veces, cuando ha ofrecido cenas formales en su casa, ha tenido la sensación de que al capitán Kurihama le hubiera gustado mandarla de vuelta al lugar que le corresponde, la cocina, mientras los hombres se ocupan de asuntos serios como son comer y beber. Me resultó obvio que Marie me había sentado al lado del capitán para ver si una muchacha escocesa conseguía hacer reaccionar a un conde japonés, pero fracasé. El momento álgido de nuestra conversación se produjo cuando pregunté si Kurihama era el nombre de algún lugar, como es frecuente entre nuestra aristocracia, o simplemente un apellido familiar. Después de pensarlo durante unos cinco minutos, respondió con una única palabra: «Apellido». No era un invitado precisamente muy alegre. Tengo la sensación de que habla inglés bastante bien, pero lo oculta como si fuera un secreto diplomático.

He de empezar a pensar pronto en dar nuestra primera cena en la casa del biombo del dragón y te puedo asegurar, querida mamá, que la idea me aterroriza. ¿Tienes alguna receta escocesa para conseguir que el pollo tenga un sabor distinto? Estoy casi segura de que la ternera que se compra aquí no es ternera, ni siquiera buey viejo; más bien, camello. Nuestro cocinero la sirve en una especie de guiso caldoso que claramente ha hervido durante horas, pero, aun así, es como comer cordel de esparto. Se supone que Pekín es un paraíso gastronómico, y puede que así sea en algunos restaurantes chinos, pero muy pocos habitantes del Barrio de las Delegaciones vuelven a frecuentarlos. Richard no me ha llevado aún a ninguno. ¿Crees que existe algún modo de que un cocinero chino pueda elaborar un auténtico plato escocés a partir de recetas sencillas? Ha reabierto una tienda europea de comestibles bastante decente, donde se puede conseguir casi de todo –aunque no es precisamente barata–, así que, si tienes alguna idea, por favor, mándamela. Tu última carta, la que enviaste con el tren Transiberiano, me llegó en menos de un mes, lo que significa que aún tenemos tiempo, pues no ofreceré la cena hasta que Richard vuelva de la última misión que le han asignado.

Se marcha a finales de mes a Chinwangtao para presentar un informe al almirante de la flota anglochina. No sé de qué va el asunto. Richard dice que forma parte de los contactos rutinarios entre servicios, pero Marie se muestra más misteriosa. Me gustaría mucho impresionarla con una cena escocesa, pues cree que nos alimentamos de gachas de avena tres veces al día entre semana y, los domingos, de carne picada de cerdo cocinada al vapor. Según afirma, tuvo una niñera escocesa y esta le contó que así era la vida en el «gélido norte». Marie te divertiría, seguro, pues es una mujer muy alegre y brillante.

Te envío todo mi cariño, querida mamá.

Mary

La casa del biombo del dragón, Pekín
23 de abril de 1903

Ayer vino a tomar el té Edith Harding. Me sentía terriblemente avergonzada porque, después de toda la hospitalidad que me ha mostrado durante tanto tiempo, y de haber

sido mi madrina de bodas, aún no la había invitado a ver la casa. Supongo que quería hacer unos cuantos cambios antes de que ella viniera a verla, pero no he hecho absolutamente nada, aparte de mover los muebles. Por otro lado, estoy convencida de que Marie ya le habrá hecho saber a Edith que ella ha estado aquí en dos ocasiones. No es que ambas damas estén compitiendo por mí, ni tampoco que se interesen especialmente por mí. Lo único que ocurre es que aquí soy una novedad. Supongo que seré, hasta el día de mi muerte, la primera novia después de la rebelión de los bóxeres, y que se me recordará por eso mucho después de que mi nombre haya caído en el olvido.

Edith se presentó vestida con uno de esos desafortunados vestidos marrones que tanto le gustan. Creo que alguien debería decirle de una vez que, cuando se tiene un aspecto tan frágil como el suyo, los vestidos marrones no favorecen. La perversa Marie, después de haber visto a Edith –que es muy delgada– presentarse en una fiesta con un vestido de noche en forma de tubo, de un tono gris amarronado, comentó que había sido como ver un gusano muy grande entrar desde el jardín. Tengo que averiguar qué murmura Marie de mí a mis espaldas, y estoy más que segura de que Edith arderá en deseos de contármelo.

Edith pareció ligeramente sorprendida de que yo tuviera bastante buen aspecto y los motivos de su sorpresa me los reveló durante la segunda taza de té, cuando afirmó que a ella su luna de miel le había resultado muy molesta, por lo que quizá era mejor ir directamente al nuevo hogar después de la boda. Ella y el señor Harding habían ido a un hotel en Torquay, en junio, y les había llovido durante una semana. Yo le conté que había nevado durante buena parte de mis dos primeras semanas de casada, a lo que ella respondió que las condiciones meteorológicas adversas permiten que una pueda conocer mucho mejor al marido que si tuvieran un tiempo agradable que propiciara actividades al aire libre. Durante un momento creí que se trataba de una especie de chiste malo, pero estaba muy seria. Edith no hace chistes de ninguna clase.

La he juzgado mal al considerarla una mujer fría. Siempre se mostraba muy formal conmigo, como si solo le pareciera permisible cierto nivel de intimidad con una joven prometida que vivía bajo su techo. Pero resulta bastante evidente que, ahora que vivo bajo el techo de mi esposo, Edith se siente libre de buscar una amistad más estrecha conmigo, incluso tal vez la clase de intimidad que yo no deseo. Aunque es cierto que lo hizo con mucha delicadeza, en ciertos momentos me dio a entender que podíamos comentar aspectos de la vida conyugal que yo jamás me atrevería a comentar con nadie. Excepto, quizá, con la señora Brinkhill, que parecía viajar por la vida cargada con un baúl lleno de sabiduría mundana que estaba dispuesta a compartir con quien así lo deseara. No me hizo falta desairar a Edith en ningún momento, pues su curiosidad en cuanto a Richard y yo estaba oculta bajo muchos velos y ella se limitó a levantar la punta de uno de ellos, para volver a dejarla caer de inmediato al captar mi reacción.

Lo más extraño es que, si bien hace tan solo unas semanas se me habría antojado impensable sentir lo que siento, hay ciertas cosas de las que quizá sí me gustaría hablar con alguien en quien confíe plenamente. Sin duda, todo lo que se ha escrito en poemas y novelas sobre el amor y el romanticismo no puede desembocar únicamente en la experiencia que yo he tenido… Empiezo, además, a sentir una curiosidad que me parece enfermiza, una forma nueva de mirar a otras mujeres y a sus esposos y preguntarme si entre ellos existe cierta felicidad secreta. Si es así, no dan ninguna muestra de ello, al menos que yo pueda ver.

Debo tomar medidas para guardar estos cuadernos a buen recaudo; sería una

catástrofe que Richard los encontrara. No conozco aún lo suficiente a mi esposo como para saber si se comportaría o no como un caballero y declinaría leer lo que no se ha escrito para él, pero, por algún motivo, sospecho que no sería tan galante. Debo conseguir una caja con cerradura. Me siento tonta, como una colegiala. Debería poner fin a este vicio mío de escribir todo lo que me ocurre, pero, en realidad, sería como tratar de renunciar al opio. Cuando tenga treinta años, ¿querré leer las locuras que escribía a los veinte? Si tengo hijos, ¿querré que algún día abran esa caja y descubran, para vergüenza mía cómo era su madre?

Edith sospecha que, o bien pasamos apuros, o bien las condiciones económicas de nuestro matrimonio aún no se han establecido claramente, pues empezó a proponerme formas baratas de hacer algunos cambios en nuestro salón. Cuando le hablé de las extravagantes ideas que tenía *madame* sobre esa misma cuestión, me dijo que Marie ha sido siempre una niña consentida que ahora se ha convertido en una mujer consentida y que la pone de los nervios la forma en que se da aires de superioridad en sus propias cenas. Cuando pensé en Marie dándose aires de superioridad, lo que recordé fue la mirada que *monsieur* De Chamonpierre le lanzó durante una velada a su esposa, una mirada con la que parecía querer decir que las demás mujeres de la mesa lo aburrían y que solo Marie le alegraba la vista. En aquella ocasión, el mensaje me había parecido tan claro que me había vuelto hacia Marie para ver su reacción. No la hubo. Se estaba mostrando encantadora con el primer secretario de la delegación alemana, a quien daba suaves golpecitos en la muñeca. Marie me ha dicho más de una vez que detesta a ese hombre. Quizá sea mejor no sentir la necesidad de enviar esos mensajes si no se va a recibir respuesta alguna.

Antes de marcharse, Edith se ofreció a mandarme a su costurera. Parece que es una experta tapicera, cosa poca habitual en China, donde los nativos se sientan en duras sillas de madera desnuda. Lo cierto es que Edith se está portando muy bien conmigo, debo obligarme a sentir más aprecio por ella. Me pregunto si podría convencerla para que descarte el color marrón cuando compra vestidos. Se presentó ataviada con pieles, pese a que lucía el sol. No era un abrigo de marta cibelina, sino de zorro mongol, aunque quizá podría ser también alguna especie de conejo de pelo largo. Debe de ser alguna de esas gangas de las que tanto se enorgullece. Estoy convencida de que si se es esa clase de persona que gasta dinero alegremente en caso de tenerlo, jamás se tiene mucho. Son los ricos los que alardean de las gangas. El abrigo de Edith es un tremendo error: es de pelo moteado y no le pega en absoluto. Desde cierta distancia, resultaba imposible saber dónde terminaba el abrigo y dónde empezaba ella.

La casa del biombo del dragón, Pekín
3 de mayo de 1903

Anoche, cuando Richard me visitó, le pedí que se quedara. En lugar de volver inmediatamente a su habitación, se quedó durante una media hora. Hubo momentos de ternura entre nosotros. Y luego, cuando se marchó, empecé a llorar en silencio. No sé qué es lo que me ocurre.

Richard ya se ha marchado a Chinwangtao. Se ha ido vestido con ropa de calle para reunirse con un almirante, lo cual me ha parecido extraño, pero dice que se trata de una visita informal. El traje que llevaba se parecía mucho al que vestía la primera vez que lo vi, en los páramos escoceses. Quizá fuera el mismo. De repente, me han entrado ganas de marcharme con él a la estación: he insistido en que Yao podía ir a buscar otro *rickshaw* en un abrir y cerrar de ojos, mientras yo iba a coger mi abrigo al

recibidor. Me ha dicho que no fuera tonta.

Me he quedado delante de nuestra verja roja, contemplando la parte posterior de su *rickshaw* mientras se alejaba dando tumbos hacia el punto en el que nuestra calle traza una curva. No esperaba que se volviera a mirarme, pero lo ha hecho y me ha saludado con la mano. El corazón me ha dado un vuelco. Y entonces he reparado en los chinos que pasaban por la calle y que me observaban con curiosidad, lo cual me ha resultado extraño porque ya estoy acostumbrada a que nadie me mire en esta ciudad. Puede que, dado que vivimos en esta calle, los vecinos ya hayan empezado a aceptarnos. Cuando he entrado por la portezuela de la verja y me he fijado en el biombo del dragón, el grabado ya no me ha parecido tan exótico y raro. Me he sentido como si ahora también me protegiera a mí de los demonios, pero entonces me he acordado de que no protegió al oficial de la corte que murió decapitado.

La casa del biombo del dragón, Pekín
5 de mayo de 1903

Esta mañana he hecho algo que Richard jamás habría aprobado. He llamado a Yao a eso de las diez y media y he representado un pequeño numerito teatral en el que fingía estar en un mercado comprando cosas, eligiendo verduras, etcétera. El objetivo de dicho numerito era comunicarle que me disponía a acompañarlo cuando fuera a hacer la compra. Durante un rato me ha observado con una mirada casi de pánico, como si creyera que me había vuelto loca después de haberme visto privada durante dos noches de la compañía de mi marido. Y entonces, cuando ha comenzado a comprender la idea, ha ocurrido algo extraño: se ha echado a reír. Sea cual sea la historia de Yao, su expresión me dice que son muy pocos los motivos que tiene para reír en esta vida y, si bien no confío mucho en mi talento como actriz, ya es bastante con que lo haya hecho reír. Hemos empezado a reírnos los dos juntos, un sirviente histérico y su histérica señora: no era la clase de alboroto que habría gozado de aprobación, ni en Inglaterra ni en el Barrio de las Delegaciones. Me da igual. Me ha gustado poder reírme con Yao, aunque si por casualidad el señor Ching Hen hubiese estado en ese momento barriendo el patio, a estas horas ya tendríamos un escándalo en la cocina. Debo asegurarme de no hacer reír a Yao cuando Richard ande por aquí. ¿Voy a convertirme en una de esas mujeres que se toman demasiadas confianzas con los sirvientes y, por ello, acaban ganándose su desprecio?

En fin, que hemos ido al mercado. Yao y yo, por la calle del Pájaro Mitológico. Una escocesa y su sirviente, los dos cargados con cestos de la compra. Ha surgido la cuestión de cómo debíamos caminar por la calle y hemos empezado como niños que van en fila india. Yo iba delante, pero, en realidad, me parecía muy estúpido, así que lo he esperado y hemos seguido caminando uno al lado del otro. Él estaba muy nervioso, seguramente por miedo a que tanta familiaridad llegara a oídos de la señora Yao. Quizás no debería haberle insistido en que camináramos juntos, pero siempre he odiado a esas personas que enseñan a sus perros a caminar pegados a sus talones. La idea de que lo haga un sirviente me parece mucho peor.

Hay algo a lo que aún no me he acostumbrado y es al olor que emana Pekín. Flota por todas partes, como si estuviera contenido entre las murallas de la ciudad. No es uno de esos olores especiados que, supuestamente, caracterizan Oriente, sino más bien una especie de tufo a mantequilla rancia calentada ligeramente en una sartén. El olor parece venir de todas partes, pero el que emana de las alfombras de pelo que se utilizan para cubrir las rodillas en los *rickshaws* es especialmente intenso. Es como si

hubieran untado la ciudad entera con alguna sustancia que desprende este hedor, en algunas zonas muy débil y en otras muy fuerte. Lo percibí cuando Richard y yo fuimos a la Colina del Carbón, aunque en el Templo del Cielo, al otro lado de las murallas de la ciudad, no había rastro de él.

Yao y yo hemos caminado algo menos de un kilómetro hasta el mercado, que era una estructura bastante sencilla en lo que parecía un solar abandonado, si bien había una especie de puerta hecha con postes de madera entre los cuales colgaban un letrero y varias banderolas llenas de frases en chino escritas con enormes caracteres. Detrás estaban los tenderetes, todos plegables, y al fondo los carros en los que habían sido transportados. El carnicero trabajaba al aire libre: fileteaba y cortaba sobre una tabla gruesa y, a cada movimiento suyo, se alzaba una nube de moscas. Las moscas, por otro lado, formaban una sólida capa sobre las piezas de carne que colgaban detrás de él. Y lo mismo ocurría en el puesto de pescado: las moscas se amontonaban sobre un enorme bacalao incluso mientras el pescadero lo limpiaba y fileteaba. Las entrañas, parece, no se depositan en un cubo de la basura, sino en un recipiente que está sobre el mostrador mismo. Mientras yo observaba, una anciana dejó una moneda y, a cambio, le llenaron de entrañas el tarro que llevaba. Me hubiera gustado saber qué *delicioso* plato iba a preparar esa mujer con su compra. Pensaba que las moscas demostrarían menos interés por los puestos de verduras, pero allí también las había a centenares. Desde luego, en ese mismo instante he comprendido lo importante que es lavar las verduras con permanganato de potasio y se me han quitado las ganas de comer ensaladas, sean del tipo que sean, sobre todo desde que he descubierto qué fertilizante utilizan aquí en los cultivos: depositan en las raíces de las plantas eso que jamás debe mencionarse en voz alta. A lo mejor es que en Occidente somos muy maniáticos con muchas cosas, pues no hay pruebas de que los chinos se estén muriendo como resultado de envenenarse a sí mismos. Marie cree que a finales de este siglo habrán inundado el mundo entero, incluso Rusia, pues dice que, de cada tres personas que nacen en el mundo, dos son chinas. No sé de dónde saca esas estadísticas y la verdad es que no me inspiran mucha confianza.

He concentrado toda mi atención en los puestos y los vendedores, así que durante algún tiempo no me he fijado en el interés que yo misma despertaba. Y supongo que eso se debe, en parte, a que ya me he acostumbrado a que nadie me mire en Pekín, al menos abiertamente, lo cual me ha hecho creer que puedo ir a cualquier sitio y resultar invisible. Pero no en el mercado. Tampoco es que hubiera una gran multitud: deduzco que la mayoría de las amas de casa y los sirvientes habían ido a comprar temprano. De los clientes que quedaban, no todos eran mujeres, sino que había bastantes hombres muy bien vestidos, lo cual me ha sorprendido tanto como me hubiera sorprendido ver a un caballero comprando en una tienda de Edimburgo. Uno de esos hombres se ha dedicado a hacerle preguntas a Yao sobre la forastera, mientras me observaba descaradamente. Y Yao no parecía en absoluto incómodo. No he percibido ningún sentimiento de hostilidad, pero precisamente por eso, por haberme relajado tanto, de repente me he erguido y me he sentido avergonzada, sobre todo por la ropa que llevaba.

Esta mañana me he puesto un sencillo vestido con un abrigo encima. Llevaba el pelo recogido bajo un sombrero de fieltro y ni siquiera he cogido parasol. Lo he dejado en casa, convencida de que mi aspecto era lo bastante anodino como para no resultarle de interés a nadie, pero, cuando me he visto en mitad del mercado, he tenido la sensación de que mi vestimenta resultaba absurda. Aquellas personas, pese a no vestir ni de lejos sus mejores galas, poseían una especie de elegancia: los hombres

llevaban largas túnicas cerradas hasta los tobillos y las mujeres casacas sobre pantalones. Iban con la cabeza descubierta y el pelo peinado con sencillez. Las únicas joyas las lucían en las orejas; ni broches ni otros complementos caprichosos. Yo, en cambio, parecía un saco de huesos con mi ropa: la falda era demasiado larga, aunque en Pekín solemos acortarlas un par de dedos para que no se arrastren por la suciedad de calles y callejuelas. Ha sido como si, en ese preciso instante, yo, con mis volantes y adornos, adquiriera conciencia de lo rara que parecía en comparación con el sencillo estilo de los nativos. En China deberíamos vestir ropa china, como hacen ciertos misioneros en el interior, pero soy incapaz de imaginar qué reacción provocaría esa idea en las cenas de las delegaciones. De repente, he querido decirles a todas esas personas: «Adelante, miradme hasta que os canséis, soy una auténtica curiosidad».

Supongo que empiezo a mostrar los primeros síntomas del mal de China, una enfermedad que afecta a los europeos que residen en este país y que tiene como resultado que los expulsen del Lejano Oriente y jamás se les permita volver. Si esa es mi afección, Richard se va a sentir terriblemente abochornado. He pensado entonces en lo mucho que se hubiera enfadado de haberme visto esta mañana en el mercado, con un cesto de la compra colgado del brazo mientras Yao me observaba con el ojo bueno y, al mismo tiempo, inspeccionaba con el malo una pieza de carne de buey cubierta de moscas.

En casa de los De Chamonpierre,
Barrio de las Delegaciones, Pekín
6 de mayo de 1903

Escribo estas líneas en la cama. Vivir aquí es un lujo: en la bandeja del desayuno descansan hermosas piezas de cerámica de Limoges, tan delicadas que me daba miedo servir café caliente en la taza y agrietarla. Hubiera preferido té, pero en un hogar francés el té es un chiste británico a media tarde. Es Marie quien me ha sacado de casa: primero me envió una nota para advertirme de lo que se disponía a hacer y luego llegó casi sin aliento, porque yo era su única esperanza para equilibrar el tipo de comensales en la cena que ella y su esposo ofrecieron anoche. Al parecer, habían reunido a una extraña mezcla de invitados y solo la pequeña escocesa, como me llama Armand, podía arreglar las cosas. Tonterías y nada más, desde luego, halagos de esos que a los franceses les salen automáticamente cuando les apetece, pero, aun así, muy agradables de recibir. Creo que Marie es muy afortunada de tener a Armand y me pregunto si de verdad lo aprecia. Dicen que todos los franceses son muy libertinos, pero me sorprendería que Armand sintiera interés por alguna de las damas del Barrio de las Delegaciones. Según se cuenta, todos los solteros de las delegaciones frecuentan la compañía de mujeres chinas, pero no es un asunto del que me apetezca oír hablar porque me siento incómoda al estar con alguien que se comporta de forma inmoral. Me cuesta mucho mirar a la cara a esos hombres cuando mantenemos una conversación normal y corriente. Sé que es una tontería por mi parte y estoy convencida de que tarde o temprano lo superaré. En fin, que no me imagino a Armand en compañía de una joven china y me niego a considerar esa idea.

No esperaba que mi contribución al éxito de la cena de los De Chamonpierre fuera a ser memorable cuando descubrí que mi misión sería, una vez más, intentar que el conde Kurihama pronunciara alguna que otra frase mientras estábamos sentados a la mesa. Era obvio que a él no le apetecía y lo cierto es que mi misión no alcanzó resultados demasiados sorprendentes. Le dije que había visto fotografías del monte

Fuji y que me gustaría verlo con mis propios ojos. Su respuesta fue: «Ah». Le pregunté si había subido en alguna ocasión a esa famosa montaña y contestó: «No». Quise saber por qué no y añadió: «Muy ocupado convirtiendo en soldado». Estoy convencida de que habla inglés deliberadamente mal porque cree que eso es lo que esperamos los occidentales de los japoneses. De repente, y para mi propia sorpresa, se lo solté. Fue entonces, creo, cuando me miró abiertamente por primera vez. Y entonces se echó a reír. Fue como cuando le arranqué una carcajada a Yao: durante medio minuto –no, unos tres segundos en realidad–, el rostro del conde cambió por completo y pareció casi un muchacho. Aunque él no me lo dijo, Marie me lo contó más tarde: la semana que viene se marcha de Pekín y vuelve a Japón para reincorporarse al servicio militar activo. Marie está casi segura de que el conde Kurihama destacará en la inminente guerra entre Rusia y Japón. No sé por qué está tan obsesionada con esa guerra: opina que Francia y Gran Bretaña deberían estar preparadas para unirse al bando japonés en la batalla contra lo que ella llama «el oso salvaje». Marie ha estado de vacaciones en Japón y dice que es un paraíso. Me han prestado una novela cuya acción transcurre precisamente en ese país: *Madama Crisantemo*, de Pierre Loti. Anoche, antes de dormir, le eché un vistazo. Parece muy francesa, en el sentido de que la heroína es una mujer de dudosa reputación.

Después de haberse visto obligado a soportarme durante la cena, supuse que el conde Kurihama se mantendría alejado de mí en el salón, por lo que me sorprendió que se dirigiera sin vacilar al sitio que estaba a mi lado cuando los hombres se reunieron con nosotras, como si ya lo tuviera planeado. Bebió un café y saboreó su *brandy* mientras permanecía sentado con la espalda erguida como los militares y, guardando un hermético silencio japonés, contemplaba una de las pocas chimeneas abiertas de Pekín. Eso me permitía, si lo deseaba, observar un lado de su cara: detecté que tenía una mejilla claramente sonrosada, debido al alcohol que había consumido. Imité su silencio, sin dejar por ello de advertir que Marie me estaba observando desde el otro extremo del salón, tal vez considerando la posibilidad de acudir a rescatarme para que me uniera a otro grupo. Sin embargo, no fue necesario: el conde, tras terminar su café y su *brandy*, volvió la cabeza y me habló en un inglés pausado pero perfecto. Lo único malo es que le costaba pronunciar la ele y, en su lugar, pronunciaba una erre suave, por lo que la frase sonaba así: «*Hábreme* de Escocia, si no es *morestia*». Era todo un reto, pero empecé por contarle que nosotros también tenemos una montaña sagrada, el Ben Nevis, que también suele tener la cumbre cubierta de nieve. Pareció ligeramente interesado y me preguntó si se trataba de un volcán. Le dije que todos nuestros volcanes se extinguieron ya hace millones de años, de lo cual damos gracias, aunque de vez en cuando se producen terremotos en un lugar llamado Comrie. Añadí que incluso había notado uno de esos temblores mientras me alojaba con mi madre en un hotel próximo a la zona. El conde dijo entonces que, en Tokio, su ciudad natal, suele producirse un terremoto cada diez días o así. Son temblores pequeños, explicó, pero si transcurren uno o dos meses sin que se produzca ninguno, la población empieza a ponerse nerviosa y cree que se avecina un gran sismo. Quise saber qué ocurre cuando se produce un terremoto grande y me contó que la gente se tambalea y que caen tejas de los tejados de las casas. Me pareció todo bastante aterrador y le pregunté si los terremotos eran el resultado de la actividad volcánica, pero replicó que no, que Japón cabalga a lomos de un enorme dragón bastante propenso a tener pesadillas. Creo que, en realidad, lo decía en broma, pero como él no se reía, yo tampoco me reí. Lo cierto es que es un hombre muy extraño. De repente, me di cuenta de que me apetecía arrancarle de nuevo una

sonrisa, pero no tuve mucho éxito.

Marie se acaba de marchar de mi habitación. Se ha presentado de repente para verme, justo cuando yo estaba pensando en levantarme y utilizar su civilizado cuarto de baño. Llevaba un salto de cama de color albaricoque, con mucho encaje, y se ha sentado en mi cama para proponerme que no vuelva hoy a casa, que me quede con ellos hasta que Richard regrese. Le he dicho que espero mañana el regreso de Richard, pero ella me ha observado con aire sabio y afirmado que tendré suerte si lo veo dentro de diez días, porque, como todo el mundo sabe perfectamente en el Barrio de las Delegaciones, no ha ido a Chinwangtao, solo ha hecho allí una escala antes de dirigirse a Mukden: una vez allí, su misión consiste en elaborar un informe acerca de las actividades de los rusos en Manchuria, informe que después será enviado a Londres mediante valija diplomática. No debo, me ha aconsejado Marie, inquietarme por el hecho de que Richard no me lo haya contado, pues tenía órdenes de no contárselo a nadie. Le he contestado que no debía de ser ningún secreto si todo el mundo en el Barrio de las Delegaciones sabe qué está haciendo Richard. Y si es así, ¿lo saben también los rusos? Marie se ha echado a reír y ha dicho que por supuesto que los rusos saben en qué consiste la misión de Richard y que, sin duda, lo estarán esperando en Mukden, pero, dado que oficialmente aún es territorio chino, no pueden hacer nada para impedir sus actividades y tendrán que conformarse con vigilarlo desde el momento en que baje del tren. Lógicamente, Richard ya suponía que lo iban a espiar, pero eso no le impedirá recopilar lo que necesita para su informe.

Como era de esperar, toda esa información no me ha alegrado precisamente y le he dicho a Marie que no me quedaría con ellos porque quiero aprovechar la ausencia de Richard para hacer ciertos cambios en la casa. Ha sido un error, porque Marie se ha ofrecido de inmediato a acompañarme y darme algún que otro consejo, pero, por suerte, enseguida ha recordado que su agenda para los próximos días está prácticamente completa. No me gusta tener la sensación de que me he convertido en su «protegida», porque estoy convencida de que eso pone en mi contra a las demás damas del Barrio de las Delegaciones, lo cual no es bueno ni para mí ni para Richard. Creo que aún no me desenvuelvo muy bien ni con las personas ni con las situaciones.

5

Carta de Mary Mackenzie a su madre

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
19 de mayo de 1903

Queridísima mamá:

Tengo una noticia que te va a encantar. O, por lo menos, ¡a mí me encanta! Richard ha estado fuera de Pekín por asuntos militares y acababa de volver, cuando una noche se presentó en casa y me dijo que la emperatriz viuda Cixí (se pronuncia apoyando la punta de la lengua en la parte posterior de los dientes de arriba) había enviado un comunicado al Barrio de las Delegaciones para expresar su deseo de conocer a algunas de las esposas más jóvenes. Desde hace algún tiempo, y con la esperanza de ahuyentar los recuerdos de la rebelión de los bóxeres, su majestad invita a tomar el té a las esposas de los diplomáticos europeos, pero solo al más alto nivel, es decir, a las esposas de ministros, primeros secretarios, etc. El número de invitados es fijo, como si solo pudiera acceder al Palacio de Invierno una cantidad determinada de mujeres extranjeras cada vez, media docena, por lo general. Y eso, lógicamente, despierta una desagradable sensación entre las demás damas, que consideran que las de rango social más alto están acaparando el privilegio. O puede que la emperatriz de toda China, que es quien dirige en realidad las riendas de este país, porque el emperador es un don nadie, se haya cansado de ver las mismas caras en todas las fiestas, pues, si bien en su invitación no me nombra expresamente, asegura estar informada de que en el Barrio de las Delegaciones se ha celebrado recientemente una boda y añade que desea conocer a la novia y también a otras damas de más o menos la misma edad.

¡Hay una gran escasez de damas que ronden mi edad! En la delegación alemana vive una joven esposa de veintiséis años y en la delegación italiana otra de veintisiete, pero eso es todo, de modo que la amiga con la que me hospedé nada más llegar a Pekín, Edith Harding, también está incluida en la lista…, y eso que debe de tener al menos treinta y tres o treinta y cuatro años y es madre de dos hijos que estudian en Inglaterra. Mi amiga francesa, Marie, aunque en realidad es bastante joven, ya se las había ingeniado antes para que la invitaran a tomar el té en palacio, así que en esta ocasión no tiene derecho. Finalmente se ha decidido que acudamos únicamente cuatro damas, en lugar de las seis habituales.

Mañana es el gran día. La audiencia no tendrá lugar en el Palacio de Invierno, dentro de las murallas de la ciudad, sino en el Palacio de Verano, que se encuentra a cierta distancia fuera de las murallas. Lo mandó construir la emperatriz hará unos quince años, con un coste tremendo, y hay quien dice que se usó el dinero recaudado a lo largo y ancho del Imperio para reforzar la Armada china. Según cuenta la historia, cuando *sir* Robert Hart, inspector británico del Servicio de Aduanas de China, le preguntó a su majestad qué nuevos barcos se habían construido con el dinero

recaudado, la emperatriz señaló un bote de mármol en la orilla de un lago artificial y le preguntó si no le parecía un hermoso buque de guerra. La emperatriz Cixí no es, desde luego, una soberana cualquiera. Entre otras cosas, se rumorea de ella que en más de una ocasión ha utilizado veneno para ascender posiciones. Su corregente, la difunta esposa principal del emperador, murió repentinamente y dejó todo su poder en manos de Cixí, quien, según cuentan, mantiene virtualmente cautivo a su propio hijo. No cabe la menor duda de que la emperatriz se hallaba tras los planes de los bóxeres para eliminar a todos los extranjeros de China. Recuerdo que cuando estudiamos en el colegio a Catalina la Grande me pareció la mujer más despiadada de la historia, pero tal vez ese título debería otorgarse a la mujer con la que voy a tomar el té (té verde, supongo) mañana. Ni en nuestros sueños más descabellados podríamos haber imaginado, cuando me compraste aquel vestido azul en Edimburgo, que me lo pondría para esta ocasión tan especial. Si crees que es demasiado formal para la hora del té, debes saber que, al parecer, la tradición en estas audiencias es vestir como si se tratara de una velada nocturna, porque a su majestad imperial le gusta ver a sus invitadas europeas lo más enjoyadas posible. Te aseguro que, en ese sentido, ¡se va a llevar una decepción conmigo!

A las dos en punto, partiremos las cuatro del Barrio de las Delegaciones en el carruaje del ministro británico. Los guardias del Barrio de las Delegaciones nos acompañarán hasta la puerta de Hatamen, donde nuestra escolta se convertirá en un escuadrón de la Brigada de Caballería del Ejército Imperial Japonés. Como podrás imaginar, estoy entusiasmada: seguramente, esto es lo más cerca que voy a estar jamás de la realeza en cualquier país del mundo, a menos que a Richard lo nombren algún día caballero en el Palacio de Buckingham. Aunque, sinceramente, no creo que eso vaya a ocurrir jamás.

20 de mayo de 1903

Anoche, cuando llegué a casa, estaba tan agotada que no pude comer nada, menos aún escribirte, mamá, pero hoy aún conservo frescos los recuerdos y voy a intentar relatar con todo detalle los acontecimientos de ayer. Lo primero es que me llevé una pequeña decepción. La guardia del Barrio de las Delegaciones que nos acompañó a la puerta de Hatamen consistía únicamente en dos soldados a caballo que nos escoltaban como postillones y que, al parecer, creían que las damas que iban delante de ellos no escuchaban todo lo que decían ni el lenguaje que usaban. Por desgracia, no era así. Y luego, al llegar a la puerta de Hatamen y cruzar el túnel que pasa bajo la inmensa muralla de piedra, descubrimos que la Caballería Imperial, que yo había imaginado elegantemente vestida y con lanzas de las que ondeaban coloridas banderolas, consistía en realidad en dos ancianos montados en ponis de aspecto bastante triste. Es algo frecuente en China: cuando una cree que va a encontrar mucha pompa y boato, nada; y cuando menos se lo espera, se topa con un rutilante despliegue que, en algunos casos, no encaja con la ocasión, por ejemplo, en un funeral. Esa clase de ceremonias aquí carecen de dignidad, no son más que una extravagante muestra de vulgaridad, como si el objetivo fuese poner de relieve lo rico que era el difunto, para lo cual se utiliza mucho oropel y purpurina y se contrata a decenas de plañideras que, a cambio de una tarifa ya establecida, expresan su dolor a gritos.

Realizamos el trayecto por carreteras llenas de baches tan terribles que no hacíamos más que chocar de cabeza unas contra otras, cosa nada recomendable para nuestros sombreros. Por extraño que parezca, la etiqueta nos obligaba a llevar sombrero y

vestido de noche. Mi sombrero era aquel tan pequeño que, en la tienda, a ti te pareció muy descarado y no querías dejarme comprar. Pero si hay que llevar sombrero con vestido de noche, lo más sensato debería ser ponerse un sombrero pequeño; las demás damas, sin embargo, no pensaban lo mismo. La señora Harding llevaba un sombrero adornado con flores, mientras que las otras dos damas lucían sombreros de anchísimas alas que, en caso de brisa fuerte, se convertían en descontroladas velas. Tras unos cuantos kilómetros, nos vimos obligadas a detener el carruaje del ministro para subir la capota posterior, con lo cual recorrimos el resto del trayecto de manera relativamente cómoda, aunque no pudimos ver gran cosa a través de las dos minúsculas ventanillas, que debíamos mantener casi completamente cerradas. Tampoco es que me molestara mucho no ver nada, pues, a juzgar por lo que he visto en los alrededores de Pekín, el paisaje es bastante aburrido: los pobres han cortado o podado casi todos los árboles para utilizarlos como combustible durante el invierno.

No se nos habían dado instrucciones acerca del protocolo en la corte imperial china, lo único que se nos había pedido era que siguiéramos las instrucciones del príncipe Tai, chambelán de la corte. El príncipe ha estado dos veces en Europa, pues la emperatriz lo envío allí en sendas misiones antes de la rebelión de los bóxeres, a la cual el príncipe se oponía tan ferozmente que a punto estuvo de ser decapitado por ello. Por suerte, la emperatriz no llegó a dar la orden y el príncipe se convirtió en el principal mediador en las negociaciones con los aliados tras la conquista de Pekín. Parece que estas reuniones de té con damas europeas se cuentan entre las ideas del príncipe para mejorar las relaciones con los extranjeros.

Nosotras protagonizamos la primera reunión de té en el Palacio de Verano, pues las anteriores se habían celebrado en la residencia de invierno de la emperatriz, dentro de las murallas de la ciudad. Mientras nos dirigíamos hacia allí, empecé a tener la sensación de que los responsables de los preparativos habían sido bastante descuidados. Nuestra ruta atravesaba una zona en la que, según se comenta de vez en cuando, aún quedan bandidos y grupos itinerantes de bóxeres. Sinceramente, no estaba muy convencida de que nuestros ancianos escoltas, con sus rifles en bandolera, pudieran resultar de mucha utilidad en el caso de que nos topáramos con una de esas bandas. Desde luego, no comenté nada al resto de las damas, aunque creo que Edith Harding pensaba más o menos lo mismo. De vez en cuando se acercaba a los labios un pañuelo que desprendía un intenso perfume de agua de colonia.

Pese a todo, llegamos sanas y salvas y entramos por lo que parecía una especie de arco de triunfo que no formaba parte de ninguna muralla, sino que se alzaba en solitario al otro lado de un inmenso lago repleto de plantas de loto, aunque no vi ninguna flor. Al bajar del carruaje, enseguida me llamó la atención la perfecta simetría de la escena que se abría ante mí: primero un puente de mármol delicadamente arqueado; luego escalones, también de mármol, que conducían a otra puerta, decorada con baldosas de color amarillo imperial, y finalmente el tejado de una segunda puerta que asomaba sobre la primera. Y por encima de todo ello, situada en una colina, una pagoda de cinco pisos con una amplia base de piedra, flanqueada por dos pabellones que se alzaban también sobre montículos. Armonizaban perfectamente el uno con el otro y, en mi opinión, parecían dos residencias veraniegas de ensueño. Todo combinaba a la perfección, en realidad, pues los pinos que custodiaban el acceso al puente de mármol eran exactamente del mismo color y tamaño. El sol resplandecía y la escena era un mar de colores, pero no de los parterres de flores, sino de los tejados y columnas. Un escenario de extravagante colorido que, gracias al equilibrio de todos sus elementos, resultaba muy digno.

Era como si cientos de artistas se hubieran reunido allí para trabajar bajo una estricta disciplina y crear así un milagro de armonía. Cuando hablamos de un palacio, pensamos en un edificio, pero esto es una ciudad entera junto a un lago, encaramada a una colina. Todos los elementos –pagodas, templos, árboles– parecen encajar perfectamente entre sí, de manera que nada desvía la atención de la mirada. Pese a que estaba muy nerviosa, sentí una especie de alegría ante tanta maravilla cuando empezamos a cruzar aquel puente reluciente como el alabastro. Tal vez la emperatriz debería haber gastado el dinero en los barcos para su armada construida en Glasgow. Y sí, sé lo mucho que Richard criticaría este derroche, pero no puedo evitar pensar que la emperatriz acertó al despilfarrar inmensas sumas de dinero en toda esta belleza. Los barcos se quedan anticuados y se prescinde de ellos, pero el Palacio de Verano, que parece flotar en lo alto de su colina, perdurará para siempre.

Si te soy sincera, mamá, me gustaría ser poeta para poder cantar sobre este lugar: así es como me siento ahora y como seguiré sintiéndome durante los próximos cuarenta años de mi vida, si es que sigo viva. Puede que la mejor manera de describirlo sea a través de la música. Ya sabes que Händel, cuya música tanto te gusta, va repitiendo frases tan relacionadas con lo que se ha escuchado antes que se tiene la sensación de saber, o casi saber, lo que viene a continuación. Y, cuando eso ocurre, se experimenta una especie de satisfacción porque se reconoce el tema, aunque no del todo, ya que también aparece un elemento sorpresa. Bien, pues el Palacio de Verano es así: no llega a sorprendernos del todo una vez que nuestra mente ha asimilado la idea del diseño, pero, al volver la cabeza, nos encontramos con un escenario que, en parte, nos sorprende y, en parte, encaja con un patrón que ya conocemos. Ay, me estoy explicando fatal, pero cuando me hallaba en el puente comprendí de golpe por qué algunas personas desarrollan una especie de pasión por China, hasta el punto de que, cuando están lejos de este país, no hay nada capaz de compensarlas. Existe una pobreza terrible y el sufrimiento que he visto, incluso desde mi vida privilegiada, es algo que no soporto. Richard dice que no debo pensar en ello, pero lo hago: para mí, es muy duro ver a un mendigo con las piernas putrefactas que, envuelto en harapos, se dirige en murmullos a los indiferentes transeúntes, o ver al culi que conduce mi *rickshaw* tosiendo mientras me espera en alguna parte. Siempre me pregunto si come lo suficiente o si en invierno pasa frío. Y esos son solo dos de los mil ejemplos de miseria que encuentro a cada paso. Y, sin embargo, a pesar de todo ello, se producen momentos –y no solo ante algo tan extraordinario como el Palacio de Verano– en los que todo lo que me rodea resulta de repente perfecto, como un cuadro pintado con asombroso detalle. Solo que, en este caso, la imagen del cuadro está viva y se mueve al ritmo de una extraña música. Pensarás que estoy siendo extremadamente fantasiosa y te preguntarás qué le ha ocurrido a tu hija. Lo cierto es que no sé muy bien de qué se trata, pero creo que, pese al poco tiempo que ha transcurrido, estoy empezando a amar este país. Ansío poder hablar como es debido con las personas, aprender el idioma con un profesor, pero Richard dice que no me hace ninguna falta y no quiere ni oír hablar del tema.

Supongo que estarás impaciente porque me está llevando mucho tiempo hablarte de la emperatriz, pero lo cierto es que a nosotras también nos costó llegar hasta ella desde el puente de alabastro. Cuatro damas que caminaban flanqueadas por cuatro hombres chinos, vestidos con largas túnicas de seda gris. Tal vez fueran oficiales menores de la corte, o sirvientes de rango superior. No hablaron entre ellos ni tampoco con nosotras, y por algún motivo tuve la sensación de que no aprobaban lo que se les había ordenado hacer. Los cuatro lucían pequeños sombreros negros de

forma redonda, pero solo dos llevaban coleta, ese símbolo de la China tradicional que ahora ya está pasado de moda, quizá porque la mayoría de las cabezas que rodaron tras la rebelión de los bóxeres, y que luego se expusieron en público, llevaban coleta. Más que guiarnos, nuestros acompañantes nos conducían como si fuéramos ganado, cosa que inquietó –según pude apreciar– al resto de las damas. En cuanto a mí, ya había superado el nerviosismo y estaba completamente concentrada en todo lo que veía a cada paso: otra panorámica del jardín con un pabellón situado en una esquina, o una puerta circular, o una larguísima galería de columnas pintadas, completamente anodinas excepto por los delicados grabados de la parte superior. En los patios, y a veces también en los jardines, se veían enormes animales de bronce, lámparas y lo que supuse que eran gigantescos quemadores de incienso.

El príncipe Tai nos aguardaba en un espacio abierto frente a un edificio de tejado tan inmenso que daba la sensación de que todas las tejas lo iban a hundir de un momento a otro: era lo único, en todo el recinto del palacio, que no parecía ligero y alegre. Esperaba que el príncipe vistiera un elegante abrigo mandarín, pero llevaba un traje de estilo europeo, probablemente en nuestro honor. Era un hombre bajito, de piernas cortas, y creo que a Richard no le habría gustado mucho su sastre. Hablaba en un inglés excelente pero muy despacio, lo cual es extraño en un chino: cuando hablan su idioma, los chinos siempre parecen parlotear a la velocidad de un tranvía eléctrico. Nos contó que su majestad imperial nos estaba esperando y que, por favor, lo acompañáramos; pero no nos dio instrucciones de protocolo. Tal vez es que no las había, teniendo en cuenta lo excéntrico de la situación: damas extranjeras a punto de adentrarse en el Trono Sagrado de los manchúes. Abrió una de las hojas de una inmensa puerta laqueada, tras la cual yo esperaba encontrar una antecámara que diera paso a otra antecámara, y así una y otra vez; pero no, nos hallamos de repente en el mismísimo salón de audiencias.

Era una estancia muy larga. No se me da bien calcular medidas, pero puede que fuera tan larga como nuestra iglesia de Morningside, y, lo mismo que esta, tenía pasillos laterales, situados tras columnas de madera lacadas en un vivo color rojo. La parte principal del salón carecía de muebles: era una extensión enorme con el suelo de madera pulida y una tarima elevada en el extremo más alejado, sobre la cual se hallaba el trono del dragón, o uno de ellos, en este caso un sillón de ébano tallado. La única figura sentada en él estaba rodeada por, al menos, quince damas de la corte vestidas con relucientes trajes bordados, todas ellas de pie y absolutamente inmóviles. La figura del sillón, que vestía en tonos menos alegres, tampoco se movía.

Mientras avanzábamos por el salón, las tablas, de madera desnuda, crujían bajo nuestros pies. Dicen que las colocan deliberadamente de ese modo para que los crujidos delaten la presencia de asesinos. Ruido hacían, desde luego. Era lo único que se escuchaba, hasta que, de pronto, se oyó otro sonido, este más alto, procedente de una orquesta de flautas, violines y castañuelas chinas de madera, medio escondida al fondo de uno de los pasillos. A unos dos metros de la tarima se habían colocado en semicírculo cuatro sillones de mimbre de Hong Kong, cada uno con su propia mesilla repleta de pasteles y dulces. Los sillones me recordaron el patio de palmeras del hotel Peebles Hydro, donde fuimos de vacaciones hace tres años. Allí también tenían mesitas para tomar el té y los mismos sillones, y se escuchaba la música que tocaba la orquesta tras una pantalla de vegetación. En aquella ocasión, se hospedaba también en el hotel una dama de la aristocracia prusiana, la baronesa Von no sé qué, que se comportaba con la arrogancia de una reina. Disponía de asientos especialmente reservados para ella y su séquito, y todo el mundo se postraba a sus pies cuando se

dirigía a su trono. Por extraño que resulte, en eso estaba pensando mientras me acercaba a la emperatriz. Y, aunque sería lo esperable, lo cierto es que no estaba nerviosa.

Justo antes de que llegáramos a los sillones, Edith Harding debió de captar alguna señal del príncipe Tai que a mí se me escapó, porque se inclinó para saludar con una profunda reverencia. Las otras dos damas la imitaron de inmediato y yo tardé un poco en reaccionar. En la tarima nadie se movió, como si aquellas figuras rutilantes formaran parte de un cuadro, como si todo el mundo estuviera esperando a que bajara el telón para poder respirar de nuevo, solo que allí no había telón. Y en mitad de toda aquella rígida inmovilidad, el movimiento de la emperatriz al levantar una mano del regazo resultó sorprendente.

No era una mano cualquiera, sino un centelleo de garras doradas. Yo ya había oído hablar de aquellos protectores de uñas, pero me impactó verlos con mis propios ojos. Deben de medir unos cuarenta y cinco centímetros, puede que más en los dedos principales, y por mucho que estén hechos de oro fino, esos protectores para las uñas que jamás se cortan deben de pesar bastante. Debido a ellos, la emperatriz no puede hacer prácticamente nada por sí misma: las damas de la corte han de atenderla constantemente y darle de comer, vestirla, todo. Incluso acostarla con esos protectores aún puestos. Durante uno o dos minutos, me quedé allí pensando en el significado de todo aquello y contemplando aquellas manos de nuevo apoyadas en el regazo, como abanicos cerrados. Coma lo que coma la dama imperial, alguien tiene que acercarle los alimentos. La emperatriz con más súbditos en este mundo, solo por detrás del rey Eduardo, necesita casi tanta ayuda como un tullido que carece de brazos. No es de extrañar, pues, que esta mujer se comporte a veces como una loca.

La orquesta que había empezado a tocar tan de repente guardó silencio de nuevo y el príncipe Tai nos indicó que nos sentáramos. Las cuatro damas europeas lo hicimos en sillas que crujían casi tanto como antes había crujido el suelo. Nadie nos había dicho que no debíamos mirar directamente a Cixí, así que yo lo hice y lo que vi fue una figura menuda bajo rígidos ropajes repletos de oscuros bordados. Tenía el rostro muy blanco, casi seguramente maquillado con algún tipo de pintura. Aquella palidez se me antojó inquietante, pues hasta los labios eran de una tonalidad casi gris. El pelo, negro y bastante fino, lo llevaba recogido en un apretado moño a la altura de la nuca, lo cual dejaba al descubierto las orejas. Resultaban considerablemente grandes en comparación con la cabeza pequeña, y las adornaba con lo que me parecieron ópalos. No he visto a ninguna dama china lucir diamantes, quizá porque no son fáciles de encontrar en este país.

Pronto resultó evidente que una de las cosas que la corte imperial no sabe hacer es comportarse de manera informal. En la vida de los miembros de la corte hay una regla para cada cosa, pero el encuentro de ayer se hallaba completamente al margen de esas normas que les han inculcado y, en mi opinión, si las damas de la emperatriz se mostraban tan rígidas era porque estaban aterrorizadas y no sabían qué hacer. Por otro lado, el más pequeño error en la etiqueta o el protocolo, que en el caso de nuestra familia real se ignoraría o, como mucho, recibiría una leve reprimenda, en China podría suponer el destierro de la corte y la caída en desgracia de toda la familia de la doncella. Y teniendo en cuenta la reputación de Cixí, no sería de extrañar también una taza de té envenenada.

Esperaba que los actos, fueran cuales fueran, se iniciaran con algún tipo de discurso por parte del príncipe Tai, así que te imaginarás mi sorpresa cuando, en mitad de aquel silencio, se escucharon unos chillidos que bien podrían haber sido los de una

rata. La emperatriz estaba hablando y, si bien yo veía el movimiento de aquellos labios grises, el sonido casi parecía proceder de algún rincón de los pasillos laterales. Fue un largo mensaje que todas escuchamos sin comprender ni una sola palabra. Y, entonces, los chillidos cesaron tan bruscamente como habían empezado. El príncipe Tai, que durante todo aquel tiempo había permanecido de pie con el aspecto de un director de funeraria, dio un paso al frente y procedió a traducir el mensaje. Nos dijo que la emperatriz nos daba la bienvenida de todo corazón y que deseaba lo mejor para nuestras naciones y las personas que llegaban desde ellas para vivir en la Capital Celestial. Era su imperial deseo que tanto nosotras como sus súbditos viviéramos en total armonía, nos profesáramos el más profundo de los afectos y olvidáramos por completo el pasado. Su majestad imperial había publicado edictos para que esos fueran los sentimientos de su pueblo en todos los rincones del Imperio chino.

Seguimos así durante un buen rato, hasta que el príncipe anunció que se iba a servir el té, tras lo cual podríamos deleitarnos con una conversación informal. Tomar el té consistió en que nosotras lo bebíamos de tazas demasiado grandes y desprovistas de asas mientras el resto de la corte nos observaba. Con sus protectores de uñas, la emperatriz no podía tomar ningún refrigerio en público, por lo que era de esperar que tampoco se les permitiera a sus doncellas. Me entristecí al pensar en aquellas damas que seguían comportándose como estatuas vivientes, cuidadosamente dispuestas en torno a una anciana sentada en un sillón. El príncipe Tai tampoco bebió té, ni se sentó.

La conversación informal no empezó con muy buen pie: el motivo fue que la dama alemana habla muy poco inglés y la dama italiana no lo habla en absoluto. Cuando el príncipe Tai se dirigió a ellas en francés, las dos asintieron desde sus sillones como si lo entendieran perfectamente, pero no dijeron ni pío. Edith Harding, que normalmente suele controlar estas situaciones, tampoco habla francés demasiado bien, por lo que no pudo ir más allá de una conversación bastante intrascendente sobre el tiempo. Yo me quedé con la mente en blanco, supongo que como Edith poco antes, pero de repente mi hada madrina –si es que la tengo– acudió en mi ayuda con un tema que, sin duda, debía de interesar a quien tanto dinero había invertido en él: el Palacio de Verano. Dado que el palacio me había impresionado profundamente, supongo que debí de sonar muy convincente. Mientras el príncipe Tai traducía y sus palabras viajaban hasta el trono del dragón, me di cuenta de que Cixí no me quitaba el ojo de encima, aunque en ningún momento movió la cabeza.

Cuando terminé de elogiar las maravillas de la residencia de la emperatriz y el príncipe acabó de traducirlas, se oyó de nuevo la voz de ratón, pero en esta ocasión el tono era más áspero, como si estuviera dando órdenes. Yo debía dirigirme a la tarima y acercarme a su majestad imperial, cosa que hice –repentinamente inquieta– subiendo los tres escalones situados a un lado de la tarima, escoltada por el príncipe. Sin que nadie me lo dijera, le ofrecí a la emperatriz la clase de profunda reverencia que requiere una práctica especial que no poseo. Por algún motivo, sin embargo, no quise inclinar la cabeza, menos aún de la forma en que aquí se estila, que equivale prácticamente a una sumisión total. Cuando me incorporé de nuevo, me quedé donde estaba: a un metro y medio del trono y en un ángulo que obligaba a la emperatriz a volver la cabeza para mirarme, cosa que hizo. Yo, en cambio, le contemplaba las manos. Uno de los protectores de uñas se movió ligeramente, como si el dueño del abanico se dispusiera a abrirlo y en el último momento cambiara de idea.

El príncipe Tai anunció que su majestad tenía un regalo para mí y enseguida lo trajo un sirviente: era una caja de unos quince centímetros de largo, forrada en seda

negra acolchada. El príncipe me pidió que abriera la caja, supuestamente porque Cixí quería ver mi reacción ante su regalo, así que levanté la tapa. Sobre otra capa de seda acolchada, esta vez de color blanco, descansaban unos pendientes de oro y jade. El jade es, obviamente, de la mejor calidad; pero los pendientes tienen forma de lágrimas alargadas, parecidos a los horribles colgantes que siempre lleva la tía Elsie cuando se pone esos cuellos altos. A mí me quedarían aún peor que a la tía Elsie, pero fingí estar muy contenta y le dije que aquellos pendientes formarían parte para siempre de los tesoros de mi familia. Y, mientras yo decía todo eso, la emperatriz no dejaba de observarme.

No sé qué lleva en la cara, pero debe de ser esmalte para que elimine las arrugas y le dé ese aire inexpresivo: en esa especie de máscara, sus ojos resultan increíblemente vivos. No parecen los ojos de una anciana, sino que rebosan energía y determinación. Puede que suene ridículo, pero tuve la sensación de que me observaba con avidez porque soy joven, que tal vez estaba pensando en todo lo que podría hacer si poseyera mi juventud, pero también enfadada porque ni siquiera una emperatriz puede arrebatarme, para su propio uso, los años que aún me quedan por delante. Creo que ahora entiendo por qué ha convertido al emperador en prisionero y títere. Él también es joven. Y la emperatriz no soporta pensar en un mundo del que ella ya no forme parte porque haya muerto.

Richard acaba de llegar. Lo oigo hablar con el mayordomo en el patio delantero. Esta carta ya es lo bastante larga, así que la voy a terminar rápidamente.

Tu hija, que te adora,

Mary

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
12 de julio de 1903

Después de escribir a mamá para relatarle mi visita a la corte imperial y enviar la carta, supe que había dicho en esas páginas cosas que no debía decir. Y hoy, al recibir la respuesta de mamá –que nos ha llegado gracias al rápido servicio del Transiberiano–, mi intuición se ha confirmado: está enfadada y alterada por lo que, al parecer, me ha ocurrido. En opinión de mi madre, de repente me he vuelto intransigente y mundana, dada a hacer potenciales comentarios sobre personas, los cuales no hacen sino poner de relieve los defectos de mi propio carácter. A mi edad, debería mostrar respeto por las personas mayores, puesto que son más sabias que yo.

Soy estúpida por haberle escrito a mamá como si se tratara de una amiga, no de mi madre. Es como si, en apenas medio año, se me hubiera olvidado cómo es realmente mamá y cómo ha vivido siempre. Por suerte, y como ya es habitual, el correo llegó después de que Richard se hubiera marchado a la delegación. Lee todas las cartas que me llegan, pues está en su derecho como marido. Pero esta no la leerá. Le he prendido fuego y la he contemplado arder en la estufa vacía del salón. En el futuro, me comportaré siempre como una hija obediente y, cuando escriba a mamá, le hablaré del tiempo y de lo bien que lo pasamos en la velada de la delegación italiana. Puede que no me haya ido mal la reprimenda recibida, porque, de lo contrario, mamá no habría tardado en empezar a leer entre líneas y habría descubierto que mi matrimonio con Richard no es lo que yo esperaba al mudarme a China. Ahí también me comporté como una estúpida. ¿Por qué se nos obliga a tomar tan trascendentales decisiones para toda la vida cuando aún somos demasiado jóvenes como para saber lo que

estamos haciendo? Los grandes errores los llevamos colgados al cuello y nos acompañan para siempre.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
17 de julio de 1903

He cambiado de idea y finalmente he ido a ver al doctor Zimmerman, el estadounidense que sustituye al doctor Hotchkiss durante las vacaciones de este en Japón. Ha sido bastante amable y me ha confirmado lo que ya sospechaba: que estoy encinta. Esta noche se lo diré a Richard. Y puede que eso ponga fin a lo que no deseo. No he sido capaz de preguntarle al doctor si era necesario. Marie, que no tiene hijos, no puede ayudarme mucho. Y Edith quizá me ayudaría demasiado. ¡Ay, esta casa con sus altos muros retienen el calor del verano!

6

Templo de la Paz Infinita, montes Occidentales, China
9 de agosto de 1904

Pese a su rimbombante nombre, este edificio está lleno de ratas y, a juzgar por el jaleo que arman en el techo, deben de ser bastante grandes. Bajo las ratas, vivimos prácticamente rodeados de lujos, como no podía ser de otra manera tratándose de Marie y Armand: cuatro sirvientes de su casa de Pekín más la *amah* de Jane. El mobiliario de acampada –al menos, así es como lo llama Armand– resulta comodísimo: sillas de lona, otras más pequeñas de mimbre, mesas plegables, colchones inflados con bombas de bicicleta, incluso alfombras que cubren los suelos carcomidos. Los víveres nos llegan cada dos o tres días desde Pekín, a lomos de una mula, y bebemos lo único –según Armand– que se puede beber con este tiempo tan caluroso: champán. Ha diseñado un sistema para enfriarlo en un pequeño arroyo que fluye entre las rocas, detrás del templo.

Empiezo a descubrir el encanto de los montes Occidentales, aunque al principio no me atrajeran en absoluto. Me preguntaba qué les veía la gente, aparte del hecho de que permiten liberarse de esa sensación de agobio que nos asalta en Pekín. Siendo escocesa, estoy bastante acostumbrada a las montañas, pero las de mi tierra son verdes y estas, a simple vista, tienen un aspecto requemado y una tonalidad entre el marrón y el amarillo. Parecen formar parte de un paisaje dominado por las tormentas de arena procedentes del desierto de Gobi. Solo al hallarse entre ellas se descubren valles secretos cuya vegetación natural ha eludido a los temibles taladores chinos. En dichos valles crecen espléndidos bosquecillos de bambú que alcanzan una altura de seis metros, rododendros del tamaño de árboles y magnolias que, en flor, deben de ser una maravilla. El jardín del templo hubo de estar cuidado en otros tiempos, pero ya hace mucho que está abandonado: Armand ha descubierto en él lo que, en su opinión, es un *ginkgo*. Le gusta la botánica y ha prensado las hojas para identificarlas. Al parecer, el *ginkgo* pertenece a otra era geológica y se extinguió ya hace mucho en todos los rincones del planeta, excepto en China. Es una especie de eslabón entre las coníferas y los helechos. Armand dice que se han encontrado fósiles de hojas de *ginkgo* en la isla de Mull, en Escocia. Es un hombre que domina extrañas áreas de conocimiento que revela de repente, aunque Marie nunca parece apreciar dichas revelaciones. Puede que Armand se muestre tan amable conmigo porque yo sí las aprecio, pero si soy justa, también debo admitir que Marie ve en él cosas que yo no veo, pues cuando Armand está con ella se muestra mucho más alegre que cuando está conmigo. Tal vez sea porque los dos tienen orígenes similares, los dos proceden de familias de rancio abolengo, mientras que los Mackenzie de Edimburgo no tenemos ningún tatarabuelo al que mencionar. De hecho, ni siquiera sabemos mucho de nuestros abuelos. Que yo viva sin antepasados es algo que Richard jamás llegará a comprender, porque su vida en Mannington transcurrió rodeada de incontables generaciones de su familia, todas ellas inmortalizadas en siniestros retratos que lo observaban de niño cuando subía a su habitación. Seguramente, es de lo más triste vivir en el Lejano Oriente sin antepasados, pues aquí los tienen en gran estima, pero,

si soy sincera, no puedo decir que los eche de menos.

En cierto modo, estas vacaciones resultan algo trágicas: son las primeras y seguramente las últimas que voy a pasar con los De Chamonpierre, pues a finales de septiembre se marchan a Washington. Puesto que se trata de una embajada, y no de una delegación, significa un verdadero ascenso para Armand: Marie ya se imagina a sí misma como anfitriona en Estados Unidos, fascinando a la capital entera con sus espléndidas veladas y sus delicias gastronómicas. Y yo me imagino a Armand frunciendo un poco el ceño, porque, a pesar de que disfrutarán de una posición acomodada, creo que le preocupa bastante el gasto excesivo. ¡A cualquier hombre que estuviera casado con Marie le preocuparía!

Sin embargo, Armand también gasta dinero a su manera y ha anunciado que su primera compra en Estados Unidos va a ser un automóvil. Marie, por su parte, ha declarado que jamás ha viajado en uno de esos trastos espantosos y malolientes y que no tiene la menor intención de hacerlo, por lo que tendrá que disponer de su propio carruaje tirado por caballos. Aunque Marie y yo tenemos ciertas reservas la una hacia la otra, lo cierto es que aprecio a los De Chamonpierre y, sin ellos, Pekín me parecerá muy solitario. Marie asegura que a Richard también lo destinarán a Washington tarde o temprano y que entonces podremos estar juntas otra vez. Dice que lo desea y que todo lo que ha deseado de corazón a lo largo de su vida ha terminado por cumplirse.

Debe de ser un don maravilloso. Yo carezco de él y tampoco tengo muchas esperanzas de que envíen a un agregado militar británico a Estados Unidos para ver qué hace el ejército de ese país, sobre todo porque no ha hecho gran cosa desde la guerra hispano-estadounidense, cuando Estados Unidos adquirió las Filipinas y las convirtió en su primera colonia. Tengo la sensación de que, como pueblo, es poco probable que los estadounidenses se involucren hoy en día en guerras más allá de sus fronteras, pues ya tienen bastantes asuntos de los que deben ocuparse en su inmenso territorio. Aun así, nunca se sabe y, al fin y al cabo, Marie tenía razón en lo de que rusos y japoneses irían a la guerra, pues ahora mismo nos hallamos en mitad de una de las contiendas más sangrientas de la historia de la humanidad.

La última carta de Richard llegó desde el cuartel general ruso de un lugar llamado Anping. Aunque, al parecer, está convencido de que los rusos terminarán ganando la guerra, creo que mi esposo preferiría estar siguiendo los acontecimientos desde el bando japonés, pues buena parte de la guerra ha consistido en ataques de los japoneses, mientras los rusos se han limitado a defender posiciones. Diría que Richard no tiene muy buena opinión del virrey del zar en el Lejano Oriente, el almirante Alekséyev, aunque tampoco es que tenga mejor opinión de Kuropatkin, de quien cree que solo está intentando ganar tiempo al traer más refuerzos rusos con el Transiberiano. El poder absoluto de los rusos se impondrá al final, tal y como Armand aseguró el otro día, pues el zar posee un ejército permanente en tiempos de paz formado por más de un millón de hombres, sin contar a los reservistas. De los japoneses, por el contrario, se dice que necesitan más tropas desesperadamente. No creo que puedan obtener la victoria solo con valentía.

Marie se ha enterado, a través de la delegación japonesa, de que el conde Kurihama ha resultado herido otra vez, en la batalla del río Yalu. Lamento oírlo y recuerdo aquella ocasión en que me comentó, muy serio, que Japón cabalgaba a lomos de un dragón propenso a tener pesadillas. Al parecer, al conde lo han ascendido a coronel y ha recibido del emperador una alta condecoración que merecía, sin duda. Marie está convencida de que no tardará en llegar a general.

Resulta extraño estar en China durante esta guerra que se libra para decidir quién

se quedará con el control de Manchuria y que los chinos, ocupados en otras batallas en su propio territorio, no tengan ni voz ni voto. Es humillante para ellos tener que quedarse al margen mientras otros arrasan sus tierras, más aún después de haber sufrido una derrota –y no hace tantos años de eso– a manos de los japoneses. La emperatriz viuda y sus consejeros mantienen un silencio total sobre el asunto, como si la guerra no se estuviera librando al norte de este país. Ha vuelto a trasladar la corte, que es casi como trasladar una ciudad entera, al Palacio de Verano, que podemos ver desde los pasos más altos entre los templos. Lo único que de verdad nos afecta aquí arriba es la lentitud del correo que llega desde nuestros países, pues el Transiberiano ha sido requisado para uso exclusivamente militar. Todo lo que nos envían llega por mar, a través del canal de Suez, y al parecer ahí también se producen retrasos: la última carta de mamá que he recibido estaba fechada casi dos meses antes. Todo eso hace que mi hogar me parezca muy muy lejano, hasta el punto de que ya no sé si realmente lo considero mi hogar. Pese a que aún no llevo ni un año y medio en China, a veces tengo la sensación de que hace al menos diez que me marché de Escocia. Por las cartas de mamá, veo que allí no ha cambiado nada. Todos los cambios se han obrado en mí.

Templo de la Paz Infinita, montes Occidentales, China,
10 de agosto de 1904

Parece que me ha entrado otra vez la manía de escribir, quizá porque yo me levanto muy temprano y Marie es una dormilona. Armand también se levanta temprano, pero se va enseguida a dar un largo paseo. He deseado acompañarlo muchas veces, pero no se lo he insinuado nunca porque estoy segura de que a Marie no le gustaría la idea. Por otro lado, me he propuesto supervisar siempre los preparativos de Meng para la primera toma de Jane, aunque, en realidad, no es necesario porque es una *amah* totalmente entregada a la niña. De hecho, Jane está cogiendo peso muy rápido: el aire fresco de las montañas le sienta bien y ya no tiene ese aspecto de «pajarillo», como decimos en Escocia. Le he pedido a Meng que no la proteja constantemente del sol, porque necesita que le dé un poco, pero ella siempre la tiene a la sombra. Tal vez me equivoque al confiar tanto en Meng, pero Marie afirma que es habitual con las *amahs* en China y que no perjudica en absoluto al bebé, aunque tampoco es que Marie sepa gran cosa acerca de criar hijos. Creo que no le importa en absoluto no ser madre, aunque no sé qué piensa Armand acerca de no tener un heredero para el apellido De Chamonpierre. Supongo que es algo que preocupa a los padres de familia. Sé la decepción que se llevó Richard cuando di a luz a una niña y, de hecho, es casi como si Jane no viera en él a un padre: la niña nunca se ríe cuando él se acerca, a diferencia de lo que hace a veces conmigo y, sobre todo, con Meng. En las pocas ocasiones en que Richard la coge en brazos, Jane empieza chillar y estoy convencida de que Richard se da cuenta. Siempre había pensado que las niñas sentían un cariño especial por su padre ya desde muy temprana edad. Al menos, es lo que recuerdo de mi propia infancia, aunque papá murió cuando yo aún era pequeña. Con él me sentía a salvo de muchas cosas, incluidos los castigos: él nunca me puso una mano encima, siempre le dejaba esa tarea a mamá.

Aún me siento culpable por no haber podido darle el pecho a Jane. Creo que a Richard le enfureció que un ama de cría china alimentara a la hija de un Collingsworth, como si eso pudiera ser fuente de algún extraño contagio. También sé que Edith no lo aprobaba en absoluto: pretendía que yo utilizara esos preparados

artificiales para bebés que pueden comprarse en Tientsin, pero el ama es una mujer alegre y afable y no creo que a Jane le ocurra nada por tomar su leche. De hecho, si no conseguía ganar peso fue porque empezamos demasiado pronto –por orden de Richard– con esos preparados artificiales.

Templo de la Paz Infinita, montes Occidentales, China
18 de agosto de 1904

Aquí no hay absolutamente nada que hacer y, si bien algunos de los templos cercanos están ocupados por otras personas de las delegaciones, no tenemos contacto con nuestros vecinos. Puede que sea porque nosotros estamos bastante aislados, pues corren rumores de que en otros lugares se celebran fiestas. Es terrible decirlo, pero las noticias sobre la guerra, que hablan de miles de muertos, nos llegan como algo irreal y difícil de creer. Armand vuelve de sus excursiones botánicas como si acabara de entregarse a algún placer secreto y, si le insisto, me cuenta que China es una increíble reserva de plantas, en algunos casos únicas. Me cuesta creerlo, pues, al contemplar las montañas, lo único que veo es hierba requemada por el sol.

El otro día tuvimos una pequeña tormenta de arena procedente del desierto de Gobi, pero aquí nos afectó solo de pasada y, por lo que sabemos, en Pekín no fue tan mala como las que tuvimos el verano pasado. De todos modos, y aunque por suerte nos libramos, no hay forma de cerrar a cal y canto estos templos: pese a haber bajado las persianas, comimos ensalada llena de tierra y todo quedó cubierto por una capa de algo más sólido que el polvo. Tuve que proteger la cuna y la mosquitera de Jane con paños húmedos para atrapar la arena e impedir que cayera a las sábanas. Durante las dos horas que estuvimos bajo la nube de arena, Meng insistió en pasear de un lado a otro con Jane en brazos: no se quedó quieta ni un segundo, como si el movimiento fuera en cierto modo una forma de proteger a la niña del ataque de esos demonios del desierto.

Estoy leyendo mucho, con más constancia que nunca. Como si Marie hubiera sabido que aquí yo acabaría sucumbiendo a la lectura, se ha traído casi su biblioteca completa de lo que Armand llama «literatura de ensueño sobre Japón». Por suerte para mí, pues me cuesta bastante trabajo leer en francés, no ha traído más libros de Pierre Loti. Marie dice que Lafcadio Hearn es aún mejor que Loti: Hearn escribe en inglés sobre su país de adopción y lo cierto es que consigue reflejarlo como ese paraíso del que habla Marie, aunque uno de sus libros –*Kokoro*– me turbó bastante y sigue turbándome. Una noche, después de cenar, hablamos de estos temas en general, aunque Armand solo ha leído la mitad de uno de los libros del señor Hearn. Parece que no lo terminó porque prefiere las plantas a las historias fantásticas. El tema del que hablamos fue la reencarnación.

Puede que sea resultado de mi educación escocesa, pero jamás había oído hablar de esa teoría según la cual todos tenemos muchas vidas y, al morir, regresamos a una nueva vida en un estado que, de alguna forma, refleja lo que éramos y lo que hicimos en una existencia anterior. Es una doctrina claramente anticristiana, por supuesto, o al menos así lo creía yo hasta que Armand dijo que en otros tiempos no lo era, que formaba parte de las enseñanzas cristianas de algunas sectas, pero que luego un consejo eclesiástico la consideró inapropiada y la rechazó.

Debo admitir que me atrae la idea de que no todo acabe en los errores que cometemos en una vida, o en la sensación aparente de que ha sido una absoluta pérdida de tiempo, sino que se nos brinde la posibilidad de volver y, gracias al

instinto que conservamos de la otra vida, sacar provecho de dichos errores para no volver a cometerlos.

A Marie también le gustó esa idea, pero Armand dijo que no explicaba de ningún modo el incremento natural de la población. Y que, dado que los habitantes del planeta son cada vez más numerosos, debe de haber alguna fábrica muy ocupada en producir nuevas almas y, al mismo tiempo, enviar a las viejas a una nueva existencia. Marie replicó que eso era una tontería, que era probable que esas nuevas almas no fuesen en realidad nuevas, sino almas viejas que regresaban por primera vez a la tierra desde otro planeta. Llegados a ese punto, Armand se excusó y dijo que se iba a la cama, cosa que hizo después de advertirnos que apagáramos todas las lámparas. Marie y yo seguimos hablando sobre la reencarnación hasta que pensé en mi madre reencarnándose en esta vida desde una existencia pasada y me pregunté si mi nacimiento había sido una recompensa o un castigo. Marie trató de sonsacarme lo que pensaba hasta que se lo confesé: después de haberle contado un poco cómo era mi madre, las dos nos echamos a reír y luego nos pusimos a jugar a un juego que consiste en imaginar qué han sido en su vida anterior algunas de las personas que viven en el Barrio de las Delegaciones, y qué serán en la próxima. Nos reíamos con tantas ganas que Armand volvió, vestido con su camisa de dormir, y Jane se despertó y empezó a llorar.

Marie concluyó que adivinar qué éramos antes y qué seremos en la próxima vida es uno de los juegos de salón más brillantes que se hayan inventado jamás, y que piensa ponerlo en práctica la próxima vez que ella y Armand den una cena formal a la que asista el ministro alemán, un prusiano tieso como una escoba. También quiere ponerlo en práctica con los rusos: dice que el juego debería ser tan eficaz como el buque rompehielos que los rusos utilizaron en el lago Baikal, en Siberia, para que los trenes llegaran hasta allí durante el invierno.

En uno de los libros de Marie sobre Japón leí una historia bastante espantosa, pero también fascinante en cierto modo. Hablaba de una pareja tan pobre que prácticamente no tenían nada que comer. Cuando nació su hijo, el padre decidió que no quería verlo morir lentamente de hambre, así que lo llevó a un río y lo ahogó. Siguieron siendo tan pobres que la muerte por inanición se convirtió en una amenaza constante y el hombre ahogó a otros dos bebés. Luego las cosas les empezaron a ir mejor: la esposa tuvo un cuarto bebé, se lo quedaron y el niño creció sano y gordo. Los padres consentían mucho a aquel hijo que, por fin, habían podido quedarse. Un día, el padre estaba botando una pelota mientras jugaba con el niño, pero, de repente, se sintió tan henchido de amor que paró en seco y dijo en voz alta que los dioses lo habían bendecido a él y a su esposa al concederles el maravilloso regalo de un hijo. El niño lo miró y, con voz muy clara, afirmó: «Me alegra que ahora te sientas así, padre, pues tres veces intenté estar contigo y con madre y las tres me ahogaste». El padre enloqueció y huyó.

Si mamá supiera que pienso en cosas como esa, también creería que me estoy volviendo loca.

Montes Occidentales
7 de septiembre de 1904

Armand acaba de volver de Pekín, donde ha estado los últimos diez días. Nos ha traído la noticia de la fabulosa victoria japonesa ante los rusos en un lugar llamado Liaoyang, tras la cual las tropas del zar se han visto obligadas a retirarse a Mukden.

En la delegación británica no sabían nada de Richard y hace tres semanas que no recibo ninguna carta suya, pero no estoy preocupada porque, al parecer, la retirada de los rusos al norte es bastante ordenada. Lógicamente, Richard estará en el cuartel general y no cerca del frente. Parece que en Pekín hay bastante agitación y también cierta inquietud con el resultado de la victoria japonesa, pues la emperatriz viuda preferiría que fueran los rusos quienes ejercieran una influencia dominante en Manchuria. Odia a los japoneses y son varios los exaltados de la corte a los que les gustaría que China entrara en la guerra al lado del bando ruso para expulsar a los japoneses. Armand cree que la anciana dama ha escuchado a esos exaltados y siente la tentación de hacerles caso. También dice que ahora mismo no es buena idea volver a Pekín, pues es de todos sabido que británicos y franceses apoyan a los japoneses, lo cual hace que en la Ciudad Imperial nos empiecen a tener cierto rencor. Cuando Jane y yo regresemos, con la *amah*, nos quedaremos con los De Chamonpierre en el Barrio de las Delegaciones hasta que vuelva Richard. No le resultará muy cómodo a Marie, que debe tenerlo todo empaquetado a finales de mes. Se ha decidido que nos quedaremos en el templo al menos una semana o diez días más y que Armand permanecerá con nosotras. Marie me contó después que Armand ha traído un rifle para dejar aquí y varios más que entregará a los habitantes del Barrio de las Delegaciones que se alojan en los templos cercanos. A mí no me preocupa especialmente, pues estoy convencida de que en estas colinas no puede ocurrirnos nada, pero estoy un poco inquieta por Jane. Ahora que Richard no está, yo soy la única responsable de ella.

Montes Occidentales,
11 de septiembre de 1904

No ha ocurrido nada. El sol brilla y a mediodía hace calor, pero la temperatura baja bruscamente al atardecer. No hemos recibido más rumores ni noticias de la guerra y, sin embargo, planea en todas partes la extraña sensación de que va a suceder algo que solo puede ser malo. No sé si Armand y Marie también lo perciben: si es así, no lo dan a entender y se comportan como si todo fuera absolutamente normal. Me olvido de esa sensación durante horas y luego, de repente, se me forma un nudo en el estómago. Puede que sean los nervios. Con su habitual buen humor, Edith me dijo que probablemente me sentiría deprimida durante bastante tiempo después de nacer el bebé. Aseguró que ella había tardado un año en recuperarse tras el nacimiento de cada uno de sus dos hijos. Sé que el doctor diría que eso es una tontería y, desde luego, a mí me lo parece. Cuando la enfermera del hospital de las delegaciones me puso por primera vez a mi bebé en brazos, dijo: «Bueno, señora Collingsworth, a mí también me alivia que por fin el bebé esté aquí. Empezaba a pensar que no quería salir».

He pensado en eso a menudo. ¿Y si realmente fuera posible que Jane hubiera decidido demasiado tarde que no quería salir para estar con Richard y conmigo? Es una idea absurda sacada de uno de los libros de Marie, pero supongo que no se podría culpar a la pobre criaturita si hubiera cambiado de opinión.

Montes Occidentales,
12 de septiembre de 1904

Esta mañana me he levantado antes del amanecer tras una noche de sueño agitado, algo que no suele ocurrirme con frecuencia. De hecho, me avergüenzo porque a veces ni siquiera me despierto cuando Jane llora, pero eso es porque sé que Meng está ahí y se ocupa de todo. Supongo que somos muy afortunados de tener estas *amahs* tan leales que están al pie del cañón prácticamente todo el día, aunque a veces me pregunto si eso es bueno para la madre y el bebé.

Me he peinado casi a oscuras y me he puesto una falda que llevo mucho en estas colinas: es de algodón japonés, con un estampado de flores que a mamá le parecería demasiado ordinario para una dama. Y puesto que en la habitación hacía frío y seguramente haría aún más en el exterior, me he puesto un cárdigan gris, de lana de las Shetland, que mamá compró en los almacenes Jenners de Princes Street y me envió la Navidad pasada. Debajo llevo una blusa blanca. Supongo que a Marie no le entusiasmará el conjunto, pues siempre dice que hasta un atuendo informal debe ser elegante. Creo que, en realidad, no le gusta el campo, aunque finge que sí. Solo se siente bien en la ciudad. Una de las cosas que más me agradan de esta especie de acampada en un templo es que no tenemos espejos que nos permitan ver lo espantosas que estamos. Estoy segura de que Marie echa de menos los espejos, pues en su casa tiene muchísimos. En el salón, se reflejan unos en otros, por lo que una persona puede ver al menos cincuenta reproducciones de sí misma que se alejan en la distancia. Lo cual no está mal cuando una lleva el vestido adecuado, pero no anima precisamente en los días malos.

Del templo es fácil salir sin hacer ruido, pero también lo es que un intruso entre sigilosamente, y eso era justo lo que pensaba mientras bajaba los tres escalones que llevan al jardín. Lo cierto es que estamos muy aislados en estas colinas, que se hallan muy lejos de la aldea más cercana y, desde luego, de toda clase de ayuda en el caso de que esta zona no esté del todo libre de bandoleros y grupos itinerantes de antiguos bóxeres. Hasta donde yo sé, solo dos o tres de los templos están ocupados por europeos, pues la mayoría de veraneantes ya han regresado a la ciudad. Creo que el año próximo le pediré a Richard que vayamos de vacaciones a Weihaiwei, bajo bandera británica, pues desde el barco me pareció un lugar realmente encantador. Puede que mi responsabilidad hacia Jane me inquiete más de lo que debería, pero este sitio empieza a ponerme de los nervios, por muy maravilloso que haya resultado estar aquí con Armand y Marie.

Ha llovido esta noche. No mucho, pero lo suficiente para fijar el polvo y que los senderos resulten más firmes. No he salido mucho a caminar desde que llegamos y, en realidad, no sé a dónde conducen todos estos senderos; pero he elegido el que ascendía entre un denso bosquecillo de enormes bambúes. A la luz del amanecer, era casi como pasar por un túnel. Al salir al otro lado, donde el sendero era bastante más empinado, el sol empezaba a asomar justo por encima de las crestas de una cadena montañosa situada al este. De repente, el resplandor era deslumbrante. Los pájaros, sobre todo esos que, según Armand, son una especie de pinzones chinos, han empezado a gorjear furiosamente, como si se hubieran despertado tarde y estuvieran regañándose unos a otros. El camino seguía ascendiendo entre inmensos rododendros, por encima de los cuales se alzaba una clase de roble que crece al abrigo de estos valles. Me había detenido y permanecía completamente inmóvil, cuando he escuchado una especie de susurro entre las hojas y he visto una larga serpiente verde que cruzaba lentamente el sendero, como si no hubiera reparado en mi presencia. Ella también se ha detenido, al parecer para calentarse al sol. Sin embargo, no era el repentino calor lo que hacía que se moviera tan despacio: a cierta distancia de la

puntiaguda cabeza tenía el cuerpo muy abultado, seguramente después de haberse comido un sapo o una de las ratas del templo. La serpiente, pues, estaba digiriendo su desayuno y seguramente seguiría haciéndolo durante un buen rato. No es fácil saber si estas criaturas son o no venenosas, o por lo menos para mí no lo es, aunque hasta yo me he dado cuenta de que, la de esta mañana, era demasiado grande para ser una víbora. No es que las serpientes me den miedo por el simple hecho de ser serpientes, pero tampoco tenía intención de desafiar a aquella por mucho que ya hubiera desayunado. Así que me disponía a regresar al bosquecillo de bambú, cuando he oído un sonido entre el trino de los pájaros, que resultaba audible solo porque era prolongado. Era, sin la menor duda, una voz humana que emitía una especie de sonsonete, al parecer sin detenerse siquiera a recuperar el aliento. Me ha recordado el lamento interminable de los mendigos de Pekín, con la única diferencia de que esta voz era mucho más grave. En un cantante, se hubiera definido como voz de barítono. El sonido procedía de algún lugar situado más arriba, aunque entre tanta vegetación me ha costado ubicarlo. De repente, la voz ha parecido molestar al reptil que me cortaba el paso: sacando una y otra vez su lengua bífida, ha introducido la puntiaguda cabeza verde entre la hierba y luego, despacio, ha seguido arrastrando su largo cuerpo –deformado por la hinchazón– hasta desaparecer, dejándome el paso libre para seguir ascendiendo si así lo deseaba.

Empezaba a sentir curiosidad por aquel cántico en pleno amanecer. Tal vez fuera uno de los sacerdotes que, al verse desterrado del templo, había acampado en el bosque hasta que los demonios extranjeros regresaran a la ciudad y él pudiera rezar de nuevo bajo techo. He avanzado despacio, tratando de no mover piedras, y el murmullo ha aumentado de intensidad a medida que los primeros trinos de los pájaros se iban apagando. El sendero era más llano y de él partía una bifurcación que llevaba a otro templo como el nuestro, pero más pequeño. Lo que en otros tiempos debía de haber sido el jardín, estaba en ruinas. En una especie de saliente rocoso, que permanecía oculto a la vista desde el sendero, se hallaba el devoto, al que solo he podido ver cuando estaba un poco por encima de él.

El hombre, situado de costado respecto a mí, miraba hacia el sol naciente y permanecía completamente ajeno a cualquiera que pasara por el sendero. Llevaba la cabeza afeitada como los sacerdotes y una túnica blanca, el color que en China se utiliza para expresar luto. He reconocido la típica postura budista de oración: el hombre estaba sentado en la posición de loto, con las piernas cruzadas y las palmas de las manos unidas delante del cuerpo a la altura de la cintura. Inclinaba de vez en cuando la cabeza, aunque sin interrumpir el cántico. Junto a él, sobre una esterilla de paja, descansaba un objeto que no he podido distinguir hasta después de haber subido un poco más. Era una muleta.

De repente, he creído saber qué significaba esa muleta: era un leproso. Vestía el blanco de la muerte mientras pronunciaba ya sin esperanza una nueva oración para que el nuevo día le trajera algún alivio. La lepra sigue despertando en mí una especie de pánico, pese a que dicen que no es muy contagiosa. Lo más terrible de esa enfermedad es que el cuerpo se va consumiendo muy despacio mientras la mente permanece intacta. Se me ha ocurrido la espantosa idea de que quienes visitamos en verano estos templos tal vez nos hallemos, en realidad, en una colonia secreta de leprosos, que no son precisamente sacerdotes que se han mudado temporalmente para proporcionarnos un retiro veraniego.

El hombre se ha movido y ha abandonado de repente la postura de oración. Lo he observado sin apenas moverme mientras él tanteaba en busca de su muleta con una

mano, y solo entonces he recordado que algunos leprosos son capaces de moverse a una velocidad asombrosa. Se cuenta la terrible historia de un mendigo leproso que, de repente, se puso en pie y empezó a perseguir a una dama europea: dicen que consiguió atraparla con la mano buena y que le restregó el muñón putrefacto de lo que había sido su otra mano por la piel desnuda del brazo.

He experimentado entonces esa sensación frecuente en las pesadillas de querer huir de algo espantoso y no poder moverme. Mientras yo seguía allí inmóvil, el hombre de blanco ha conseguido ponerse en pie con la ayuda de la muleta y, apoyándose en una sola pierna, se ha inclinado para enrollar la esterilla. Casi parecía una rutina, como si hubiera practicado antes todos esos movimientos para no realizar ninguno innecesario. Y entonces, cuando se ha incorporado con la esterilla enrollada bajo un brazo, me he dado cuenta de que la prenda que vestía era, en realidad, un kimono japonés. El sol ha iluminado la cicatriz que le cruzaba un lado de la cara. Era el conde Kurihama. Estoy segura de que no me ha visto mientras se dirigía a un pequeño templo, pues en ningún momento se ha vuelto a mirar en mi dirección.

No les he contado ni a Marie ni a Armand que uno de los héroes de la guerra ruso-japonesa vive justo en lo alto de la colina. La verdad es que no sé por qué lo oculto como si fuera un secreto. Supongo que porque tengo la sensación de que al hombre del kimono blanco no le apetecería acudir a una cena-pícnic en su honor. Por otro lado, es posible que Armand se tope con el conde a la vuelta de alguna de sus expediciones botánicas, en cuyo caso el conde Kurihama dejará de disfrutar de su intimidad, pero yo no seré yo quien provoque esa situación.

Ya había regresado al templo y estaba tendida en mi catre, cuando he oído a Armand salir para dar uno de sus paseos matutinos. Por lo general, las ratas guardan silencio cuando se hace de día, pero esta mañana estaban muy activas y no dejaban de chillar. Aunque no parece que bajen a las habitaciones, siempre me inquieta que uno de esos animales se acerque a Jane bajo la mosquitera que protege su cuna, así que me he vuelto a levantar para comprobar que estuviera bien y he abierto despacio la puerta corredera.

Meng estaba dormida en un rincón entre dos colchas, pero a través de la malla de la mosquitera he visto que Jane tenía los ojos abiertos. A veces, cuando se despierta, en lugar de ponerse a llorar porque tiene hambre se queda perfectamente inmóvil, contemplando el techo. Puede que esta mañana la hayan despertado las ratas, pero, de haberse asustado, habría empezado a gritar. Ya era de día y, sin duda, Jane me ha visto inclinarme sobre la cuna; pero he tenido la sensación de que no quería que la cogiera, de que no tenía hambre ni necesitaba mimos. Cuando eso ocurre, Jane no parece en absoluto una criatura indefensa. Hace unos días, Marie dijo algo que me inquietó bastante: «¿Sabes?, he visto a tu bebé riéndose de sus propias bromas». Puede que sean las típicas bromas de los Collingsworth. Jane va a ser tan guapa como su padre.

Montes Occidentales
13 de septiembre de 1904

Durante todo el tiempo que llevamos aquí, Marie y Armand se han empeñado en hablar en inglés, al menos cuando yo estoy presente, que es casi todo el día. Dicen que así practican para cuando lleguen a Washington. Él tiene mucho menos acento que ella y, al parecer, también se esfuerza por pensar en inglés. Con Marie, en cambio, a veces tengo que esperar mientras ella busca la palabra correcta y la traduce

mentalmente del francés. Dice Armand que, después de los británicos, los franceses son las personas más arrogantes del mundo a la hora de aprender otros idiomas. En su opinión, el verdadero motivo de que Napoleón quisiera conquistarnos es que estaba convencido de que Dios hablaba francés y que, por tanto, le resultaba desesperante saber que a poco más de treinta kilómetros, al otro lado del canal, estaban los británicos, los cuales no tenían la menor duda de que el Todopoderoso siempre había utilizado el inglés para comunicarse con el hombre, incluso cuando le dictó los diez mandamientos a Moisés.

Armand me parece un hombre muy divertido, mucho más que Marie. No se pelea nunca por acaparar la conversación como hace su esposa, sino que espera el momento adecuado para decir algo y, cuando lo hace, normalmente es un comentario ingenioso. Mamá se escandalizaría prácticamente por todo lo que Armand dice. De hecho, al principio yo también me sorprendía a veces, pero ahora ya no. Es un hombre de gran corazón y creo que a mí me considera una persona sosegada, quizá porque no presumo de mí misma. En realidad, no tengo nada de qué presumir.

Ahora los oigo discutir. En francés. Arman bastante jaleo, pero estoy convencida de que la rabia que sienten en este momento no es muy profunda. Cuando Richard y yo no estamos de acuerdo en algo no nos decimos gran cosa, pero se forma dentro de mí una columna de frialdad. Y dentro de él también, porque lo percibo. Es mejor gritarse el uno al otro. Marie quiere volver de inmediato a Pekín para ver gente, dice que se aburre como una ostra aquí encerrada en un templo de las montañas chinas donde lo más emocionante es una especie de hoja nueva de un árbol prehistórico. Armand le acaba de decir que podrá regresar a la ciudad cuando a él le parezca conveniente, ni un minuto antes. Me parece que Marie acaba de volcar la mesa en la que estaba jugando al solitario. Será mejor que me vaya a dar un paseo.

Por la tarde

Algo le pasa a la mecha de esta lámpara, no hace más que echar humo y ennegrecer la pantalla de cristal. Esta mañana he salido a dar un paseo. El templo del conde Kurihama parecía desierto cuando he pasado por delante. Es el que se encuentra en lo más alto, el último de esta colina. Allí arriba, los vientos del invierno han conseguido inclinar los árboles. He visto un pino cuyas ramas tocan el suelo, como si fueran brazos en los que se apoya. Esta tarde hacía mucho calor, pero he seguido subiendo para contemplar de nuevo las vistas de la llanura de Pekín, pues me han dicho que a veces el sol del atardecer proyecta su luz de tal modo que da la sensación de que la ciudad está en llamas. Las moscas me hacían compañía y había otro insecto, mucho más grande y feo, que me atacaba constantemente como si fuera un cernícalo que se lanza sobre su presa. Parecía una especie de tábano como los que tenemos en Escocia, pero mucho más agresivo. Yo llevaba un sombrero de lona blanca, de alas flexibles, pero no me habría ido mal protegerme mejor de la luz intensa que parecía irradiar de las hojas y la tierra del camino. Ya he renunciado a llevar sombrilla en China. A veces resulta útil, es cierto, pero me da la sensación de que tenemos un aspecto ridículo cuando sostenemos sobre la cabeza esas sombrillas tan recargadas, sobre todo cuando vamos en los *rickshaws*: lo único que conseguimos es que destaquen entre el tráfico de las calles chinas, como si fueran banderas. Me he llevado uno de los bastones de Armand, pues no quiero toparme con otra serpiente en estos caminos sin tener un arma a mano.

El punto desde el que se puede contemplar la llanura, justo donde terminan los

árboles, está a menos de un kilómetro del último templo, pero la distancia me ha parecido mayor debido al calor y la subida escarpada. Tras rodear unos cuantos rododendros doblados por el viento, me he topado con el conde Kurihama, que estaba medio en pie y medio recostado en una formación rocosa, como si quisiera obtener solo el apoyo indispensable. La muleta descansaba a su lado, pero no la tocaba. Debía de hacer varios minutos que me había oído llegar.

No me ha hecho falta imaginar cuál era mi aspecto, pues notaba el rostro –en realidad, no solo el rostro– bañado en sudor. Resultaba obvio que el conde ya llevaba un rato parado allí, donde soplaba un poco de brisa. No se había puesto sombrero y tenía la piel de la cara muy bronceada, a excepción de la cicatriz blanca. Su atuendo era casi formal: traje de tafetán bastante ligero, pero abotonado hasta el cuello, lo cual le daba el aire de un uniforme. Lo único informal eran los zapatos, de lona blanca con suela de caucho. Me he fijado en que descansaba casi todo el peso del cuerpo en una pierna, aunque tenía la otra firmemente apoyada en el suelo.

Yo podría haber fingido asombro de encontrar al conde aquí, en los montes Occidentales, pero no confío en mi talento como actriz, así que nos hemos limitado a darnos cordialmente las buenas tardes, como si fuéramos vecinos que se cruzan cuando uno de ellos sale a echar una carta al buzón. Luego he dicho que hacía mucho calor y me he situado a la sombra de la roca, aunque a cierta distancia de él. Después de la cuesta, el corazón me latía desbocado, así que he cogido uno de esos grandes pañuelos de hombre que siempre llevo cuando hace calor y me he secado la frente y las mejillas. El paisaje que yo esperaba contemplar quedaba oculto entre la neblina.

Me he llevado una sorpresa cuando el conde se ha disculpado por haberse puesto a rezar tan cerca del sendero, interrumpiendo así mi paseo matutino. No se le había ocurrido pensar, ha añadido, que una dama europea pudiera salir sola a contemplar el amanecer. No sé si se estaba burlando de mí o no. Le he dicho que nos había llegado la noticia de que lo habían herido y que esperaba que se encontrara bien. Ha contestado que sí, que no era nada. Sin mirarlo, le he preguntado dónde lo habían herido. Me ha contado que un fragmento de metralla le hizo daño en la parte superior de la pierna, pero que lo único que necesita ahora para restablecerse por completo es un poco de ejercicio. Ha comentado también que, para un soldado, es humillante llevar esta vida ociosa mientras sus compañeros están luchando por el emperador. Le he preguntado por qué había venido a China en lugar de pasar la convalecencia en Japón y me ha respondido que detesta los hospitales y las casas de reposo. Además, quería estar solo para rezar y pedir disculpas a los hombres que han muerto estando a sus órdenes. Dice que tal vez no habrían muerto tantos si él hubiera dado mejor sus órdenes.

Durante todo ese rato, no hemos cruzado ni una mirada, o por lo menos yo no lo he mirado. Estoy convencida de que él también estaba contemplando la llanura. Jamás había oído que un soldado pudiera enviar mensajes al espíritu de quienes fallecieron estando a sus órdenes y pedirles que perdonaran sus errores como superior. Me ha parecido extraño y disparatado, pero también sugiere una especie de hermandad que no tiene absolutamente nada que ver con la forma en que Richard habla de los hombres que tenía a sus órdenes cuando estaba en el regimiento. Puede que ese sea el secreto del éxito de los japoneses ante los rusos: que el rango militar no impide que un hombre establezca un lazo espiritual con todos aquellos que sirven a la misma causa.

Después nos hemos puesto a hablar de la guerra o, mejor dicho, yo me he dedicado a hacer preguntas y él a responderlas. No le cabe la menor duda de que, pese a la gran

cantidad de tropas que los rusos están enviando al este con el Transiberiano, la retirada a Mukden indica que la derrota total no tardará en llegar. En su opinión una guerra defensiva es siempre una guerra perdida y es inevitable que los japoneses terminen cruzando todas las líneas que trazan los rusos para contener el ataque del enemigo. Le inspira un profundo desprecio la negativa a luchar de los rusos, que permanecen mayoritariamente ocultos en Port Arthur. Los rumores acerca de la llegada desde Europa de una nueva y numerosa flota rusa tampoco le preocupan demasiado. Dice que, si esa flota llega por fin a estas aguas, el almirante Togo hundirá todos los barcos rusos. La arrogancia de estas palabras contrasta extrañamente con la humildad que ha demostrado al hablar de los hombres que habían muerto estando a sus órdenes.

Yo estaba convencida de que le dolía la pierna, pero también de que él no estaba dispuesto a demostrarlo delante de mí. He pensado en el escarpado camino que debía recorrer para regresar a su templo, pero también sé lo que diría si me ofrecía a ayudarlo durante el descenso. Le he comentado que tenía que volver y que me hospedaba con Armand y Marie. No ha mostrado el menor interés por ellos. Y pensaba que tampoco sentía el menor interés por mí hasta que me he despedido y, cuando ya empezaba a descender por el sendero dándole la espalda, lo he oído decir: «Señora Collingsworth, por favor, venga a tomar el té mañana por la tarde».

El conde jamás le habría ofrecido una invitación así a una esposa japonesa. Quizá los japoneses piensan que, en el fondo, todas las europeas somos mujeres fáciles.

Montes Occidentales
14 de septiembre de 1904

Que Dios me perdone, pero he ido a verlo. No tengo excusa. Él no hacía más que decir: «¿Bien, bien?», formulándolo como si se tratara de una pregunta. No le he contestado, en realidad, aunque deseaba hacerlo. En lo único que puedo pensar, en mitad de toda esta locura que se ha adueñado de mí, es en su cuerpo. Armand y Marie aún no saben que está aquí. Y no pienso decírselo. No pienso decírselo a nadie. Aún nos quedan cinco días. Se llama Kentaro.

Montes Occidentales
17 de septiembre de 1904

Hoy me he quedado demasiado tiempo. Estoy convencida de que Armand empieza a hacerse preguntas sobre mis paseos, que siempre se producen en el momento más caluroso de la tarde. ¿Y si se le ocurre ir a echar un vistazo al templo vacío que está un poco más arriba del nuestro, por si encuentra plantas interesantes en el antiguo jardín? Puede que ya lo haya hecho. Y nosotros ni siquiera nos habríamos dado cuenta.

Montes Occidentales
18 de septiembre de 1904

Creo que Armand lo sabe. Existen varias formas de que lo haya descubierto. Kentaro recibe provisiones en su templo solo una vez por semana, pero ayer subió una mula de

carga y se dirigió más allá del nuestro. Armand había salido a caminar y no creo que le costara mucho averiguar adónde iba. No me atrevo ni a mirarlo. Confío en que no se lo haya contado a Marie. Desde luego, no tengo intención de quedarme con ellos en su casa de Pekín. No podría. Me alegra que se marchen pronto a Estados Unidos. A Kentaro y a mí solo nos queda un día. En Pekín es imposible que podamos vernos y, por otro lado, él se quedará muy poco tiempo en la ciudad, pues debe volver al cuartel general de Corea hasta que esté preparado para regresar al frente. Solo espero que, para entonces, la guerra ya haya terminado. La pierna le sigue doliendo muchísimo. No me ha dejado ver la herida, siempre lleva un vendaje limpio cuando yo llego. No sé si lo que siento es amor. No lo sé.

Montes Occidentales
19 de septiembre de 1904

Nuestro último día. Me daba igual quedarme demasiado rato. Me daba igual la forma en que Armand o Marie pudieran mirarme a mi regreso. Kentaro estaba sentado en el porche, vestido únicamente con un pareo, con la pierna mala extendida. Al cabo de un rato, yo me he puesto el kimono de algodón que me había dado y me he acercado a él. Tenía una hoja de papel en blanco sobre el suelo de madera y utilizaba un largo pincel empapado en tinta negra para trazar los caracteres chinos. Cuando le he preguntado qué estaba escribiendo, me ha respondido que era un poema. Al cabo de un rato, cuando he creído que ya había terminado, le he pedido que me lo tradujera. Me ha dicho que no debería haber escrito aquí ese poema. Al preguntarle que quería decir con eso, me ha contestado que había venido aquí a prepararse para cumplir con su deber. Que había incumplido el aislamiento. Le he preguntado si se avergonzaba de ello y me ha dicho que no tanto como debería. Era como si, en lugar de respuestas, me ofreciera enigmas. Le he pedido de nuevo que me tradujera el poema y, con una pulcra caligrafía, como si eso le resultara necesario, ha escrito con caracteres ingleses las palabras japonesas. Después, tras tomarse un largo tiempo, ha cogido de nuevo el pincel para escribir las palabras en inglés.

Kono yama no ura ni Detrás de esta montaña
Uguwisu no uta El canto del ruiseñor,
Myonichi hidoi kaze Mañana solo quedará
Narimasho? ¿el viento impetuoso?

Me he echado a llorar. Él me ha abrazado y ha dicho: «No llores, Mary». Me cuesta creer que tal vez no volvamos a vernos jamás. Me cuesta creer que hoy es hoy, pero mañana no es nada. No puede suceder así. ¿Qué podemos hacer?

He bajado la colina con su poema enrollado bajo el brazo como si fuera un pergamino. Él no me ha seguido con la mirada al marcharme, sino que ha entrado de nuevo en el templo. Ya casi atardecía. Al llegar aquí, los árboles proyectaban su sombra en el porche, pero he visto el brillo del cigarrillo de Marie, sentada en una de las sillas. Nadie me ha llamado.

Me he dirigido a mi habitación por un pasillo lateral, me he sentado en el catre y me he quedado contemplando la pared. En la habitación de al lado, Meng le cantaba a Jane: tiene una voz áspera, como si en algún momento sus cuerdas vocales hubieran hecho un sobreesfuerzo, pero a Jane parece gustarle. La voz se ha ido volviendo más suave a medida que Jane se iba quedando dormida. He esperado a que Marie entrara

en la habitación para decirme lo indignados que están conmigo, pero no lo ha hecho. Ha sido Armand quien me ha avisado a la hora de cenar. La cena estaba servida en la mesa de cartas, con las dos velas de costumbre metidas en botellas, pues Marie opina que la lámpara alumbra demasiado. Armand ha mezclado la ensalada, como suele hacer, y la ha aliñado con el mismo cuidado de siempre. No he tratado de explicar por qué me he ausentado desde las dos hasta casi las seis; de hecho, prácticamente no he dicho nada. Ellos hablaban en francés: en realidad, solo hablaba Marie, que enumeraba lo que debían y no debían llevarse a Washington. Debería suplicarles que no comenten nada sobre mí en el Barrio de las Delegaciones antes de marcharse. No creo que lo hagan, aunque sé que, de todos modos, he estropeado nuestra amistad. Si tuviera alguna explicación se la ofrecería, pero ni siquiera acierto a explicármelo a mí misma.

Me da miedo apagar la luz y acostarme. Si existiera algo que pudiera volverme insensible…

No hemos bebido vino durante la cena, el champán se ha acabado. Quiero marcharme de estas colinas. Jamás volveré a este sitio. Debo borrar la imagen de un sendero que asciende entre el bambú. Hay un nombre que no debo pronunciar jamás. No debo pronunciarlo jamás. Nunca volveré a leer el pergamino.

7

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
27 de noviembre de 1904

Parece que el doctor Hotchkiss necesita otro largo permiso en Inglaterra: es demasiado viejo para seguir ejerciendo en el Lejano Oriente, pero no lo bastante como para no estar prácticamente seguro de lo que me ocurre. Voy a tener otro hijo. El médico me habló de lo contento que se iba a poner mi esposo y me dijo que ojalá sea un niño esta vez. Me preguntó cuándo volvería Richard de su misión con los rusos y le contesté que mi esposo se había quedado atrapado en Port Arthur después de que los japoneses sitiaran la ciudad. Añadió que era una pena, pero que yo debía encontrar la forma de comunicarle la noticia a Richard, pues seguro que se pondría muy contento.

Últimamente, unos cuantos demonios han intentado rodear nuestro biombo de piedra y, según parece, uno de ellos incluso ha conseguido colarse conmigo en la consulta del médico. Le respondí al doctor Hotchkiss que no creía que Richard se pusiera muy contento al recibir la noticia, teniendo en cuenta que no nos habíamos visto desde el mes de julio. El doctor, que estaba girándose hacia mí, al oírlo se quedó inmóvil. No era necesario que hiciera ningún cálculo mental: la mujer que estaba sentada en su sofá de piel no estaba, ni de lejos, embarazada de cinco meses.

Cuando lo vi dirigirse lentamente al lavabo, me sentí muy avergonzada. Se lavó las manos, se sentó a su mesa y pasó largo rato escribiendo una receta. Utilizando resueltamente un tono de voz normal, aseguró que me la prepararían en la nueva farmacia que acababa de abrir. Pese a llevar casi cuarenta años ejerciendo su profesión, el doctor sigue siendo un hombre sencillo que cree que las reglas de la vida están claramente establecidas y convenientemente clasificadas, así que lo único que debemos hacer en caso de duda es buscar las normas que se emplean para nuestra situación concreta y aplicarlas. Cosa que yo no he hecho.

Mientras me vestía, pensé en mi madre al recibir la noticia –como, de hecho, pasará tarde o temprano– de que su segundo nieto será medio japonés y ha sido concebido fuera del matrimonio. Ni siquiera me imagino cómo se lo tomará en esa casa cuyas ventanas tienen visillos de encaje para ahuyentar las miradas indiscretas y donde se controla mucho todo lo que se dice, al menos en el caso de mamá, para no dar a las malas lenguas ningún detalle que puedan usar. Seguro que me odiará. No me la imagino sintiendo nada que no sea una profunda rabia. Ojalá me equivoque.

El doctor Hotchkiss se esforzó mucho por ser amable. Sin recordarme exactamente que su consulta es tan sagrada como el confesionario que Marie utiliza tan despreocupadamente, me prometió que me ayudaría en todo lo que pudiera y me preguntó si había algo que deseara contarle. Negué con la cabeza. Y estoy convencida de que, para él, fue un alivio que yo no lo cargara con el peso de una confidencia.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China

He recibido una carta de mamá como respuesta a una que yo le escribí desde los montes Occidentales. Se muestra bastante perpleja de que me llevara a Jane a un lugar tan peligroso y me pregunta qué diría Richard si lo supiera. También cuestiona si ha sido inteligente por mi parte intimar tanto con una pareja francesa en un lugar en el que viven tantos británicos con los que trabar amistad. Dice que le quita el sueño pensar que estamos tan cerca de esa espantosa guerra de Manchuria y que, pese a la opinión que tienen muchos británicos acerca de los japoneses, ella no les tiene ninguna simpatía. Al fin y al cabo, la familia del zar está emparentada con los miembros de nuestra casa real y, en los últimos años, los japoneses se han mostrado muy agresivos y seguros de sí mismos, cosa que no presagia nada bueno en el futuro.

Tengo la sensación de que todas y cada una de las palabras que escribe mamá me llegan desde un lugar situado a mil años luz de donde yo vivo. Supongo que, si se echa un vistazo al mapa, la guerra de Manchuria parece estar librándose muy cerca de nosotros, pero en Pekín las cosas vuelven a estar bastante tranquilas: la emperatriz viuda ha decidido ignorar las voces exaltadas que le exigen que pase a la acción. Ahora está de vuelta en la ciudad, tras haber alargado su estancia en el Palacio de Verano: tal vez se tomó más tiempo para decidir si debía o no arrastrar a China a la guerra.

La noticia me ha llegado a través de Edith, que sigue mostrándose muy leal a la hora de hacerme compañía aquí. Estoy segura de que no sería así de haberle contado a Marie –a Edith o a cualquier otra persona– lo ocurrido en los montes Occidentales. No he acudido a ninguna de las fiestas de despedida que se han ofrecido en honor a los De Chamonpierre, ni siquiera a la que organizó –creo que a regañadientes– la propia Edith. Mis pretextos resultaban bastante aceptables: en primer lugar, que no me gusta dejar aquí a Jane por la noche mientras siga quedando algún vestigio de agitación en la ciudad; y, en segundo lugar, que, si fuera al Barrio de las Delegaciones por la noche, algún reticente esposo recibiría el encargo de acompañarme de vuelta a casa. Parece que nadie estaba tan ansioso por contar con mi presencia como para intentar rebatir esas excusas.

Sé que no debería quedarme encerrada en esta casa como estoy haciendo. He ido unas pocas veces a dar un paseo en *rickshaw*, solo por salir un poco, pero me sentía inquieta hasta que volvía a cruzar la puerta de la casa. No es que le tenga mucho aprecio a este hogar –ni siquiera me he molestado en hacer las cosas que me había propuesto hacer mientras Richard estuviera fuera–, pero es el único refugio que tengo. Me pregunto hasta cuándo.

Si intento imaginar mi futuro, no veo nada. Y eso es algo que jamás me había ocurrido hasta ahora. Incluso cuando no sabía a lo que me enfrentaba, imaginaba algo. Siempre conseguía evocar una imagen para ilustrar el espacio en blanco que se alzaba como un muro delante de mí. Ahora no puedo. El muro sigue estando en blanco. Una noche soñé que me acercaba al muro y lo tocaba. Entonces se esfumaba como si fuera el vapor que expulsa una tetera, pero más allá había otro muro blanco y vacío y sabía que, si me acercaba y lo tocaba, también se esfumaría.

Quizá es que todos tenemos una excusa a la que podemos recurrir para disculpar cualquier cosa que hayamos hecho. No me refiero a disculparnos ante los demás, porque el orgullo nos lo podría impedir, sino una excusa ante nosotros mismos, algo que nos permita decir: «Sí, lo hice, pero…». Si no podemos añadir un «pero» después de lo que hemos hecho, es que, en cierto modo, estamos perdidos. No existe ningún

pero que yo no conociera cuando subí aquel sendero para ir a tomar el té con Kentaro. Fui hasta allí sabiendo lo que él pensaría de cualquier mujer que hubiera aceptado su invitación en los términos en los que él la había planteado. A sus ojos, esa mujer estaba allí para su disfrute. Por otro lado, no creo que yo quisiera, en realidad, lo que después sucedió, pues no tenía ni idea de lo que iba a significar para mí. Lo que sí quería era un final: un final a mi matrimonio con Richard, a mi vida aquí en Pekín, al Barrio de las Delegaciones, a la idea de envejecer inmersa en esta limitada rutina que tal vez un día me condujera a vivir en una casa como Mannington, lo mismo que la madre de Richard, rodeada de unas pocas personas a las que conoce y acepta porque sabe cómo y dónde se han criado, besando a sus primos y sin quejarse nunca de la artritis que la está matando mientras más allá se abre un mundo entero del que no sabe absolutamente nada.

Eso es lo que Richard querría para mí. Y su máxima preocupación es que yo no encaje como debería encajar una esposa, así que hay que educarme para que así sea. Le habría ido mejor si se hubiera casado con una mujer que ya hubiera recibido y asimilado la educación necesaria. Lo cierto es que Richard jamás se ha sentido cómodo conmigo, ni siquiera durante ratos cortos, ni yo con él. Tal vez sea ese el motivo de que siempre esperara la oscuridad completa para entrar en mi dormitorio. La lámpara estaba apagada y no me permitía encender ni siquiera una vela. Venía cuando lo necesitaba, tal vez odiándome un poco porque esa necesidad le parecía una flaqueza.

¡Dios, no odio a Richard! No quería causarle daño con lo que he hecho. No era rabia hacia él, sino hacia la trampa en la que nos hallamos los dos. Quería abrirla. Bien, pues lo he hecho. Y ahora estoy aquí sentada, entre las ruinas que yo misma he provocado, esperando. Lo único que puedo hacer es esperar. ¿Qué otra opción me queda? ¿Coger a Jane y huir a Escocia para tener a mi bebé, mitad japonés, lejos de casa de mi madre?

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
15 de diciembre de 1904

Yao lo sabe. No es porque se me empiece a notar, pues siempre estoy muy atenta a la ropa que me pongo. Yao desprende una especie de amabilidad muy poco masculina que sorprende en alguien con ese aspecto tan demacrado y ese rostro tan poco atractivo. Marie nunca ha podido con él. Decía que le entraban escalofríos cada vez que él le abría la portezuela, y lo cierto es que resulta un poco inquietante cuando Yao te observa a través de la rendija con esos ojos tan dispares. Últimamente ya no tiene tantos temblores. Él apenas sabe unas pocas palabras en inglés y yo apenas unas cuantas en chino, lo cual significa que no podemos decirnos gran cosa el uno al otro, ni siquiera comunicarnos como sería normal entre señora y sirviente; pero, en realidad, tampoco es que las palabras sean necesarias. Desde aquel día en que lo hice reír, sé que es mi amigo. No veo mucho a los demás sirvientes, pues Yao se encarga de todo: gobierna la casa en ausencia de Richard y durante las largas tardes, cuando debería estar en sus propios aposentos, hace escapaditas al salón para ver si necesito algo. Últimamente controla lo que como y, si ve que algo me gusta, pide que me lo preparen una y otra vez, tal vez con demasiada frecuencia. Gozo de buen apetito y lo cierto es que no sufro esos periodos de espantoso malestar que experimenté al principio con Jane. Puede que lleguen más adelante.

Jane sigue ganando peso. En su cuarto hay una estufa para que no pase frío, pero todas las tardes hago que lleven su corralito al salón. Le insisto a Meng para que se tome un poco de tiempo libre y deje a la niña conmigo. A Jane parece gustarle ese acuerdo, pues últimamente llora muy poco, y yo me dedico a mantener conversaciones unilaterales con ella. Seguramente es un poco absurdo, pero no parece que a ella le moleste.

Deberíamos salir más, pero es muy difícil establecer una rutina de bebé al estilo europeo. Para empezar, no tenemos cochecito: tampoco resultaría demasiado útil, pues el suelo de las calles es muy irregular y no hay parques a los que ir. En verano la sacábamos al jardín, pero ahora, pese a que el sol invernal brilla con fuerza, estamos bajo cero todo el día. El aire es seco, pero también muy frío. Así que Jane y yo hibernamos. La única persona del Barrio de las Delegaciones que viene a visitarnos es Edith. Los demás probablemente han olvidado que existo y yo no tengo la menor intención de hacer nada para recordárselo. Ahora que Armand y Marie se han marchado, estoy convencida de que todas las fiestas que se celebran en las delegaciones son exactamente iguales. Edith me ha contado que ya han llegado los sucesores de los De Chamonpierre, pero que no cree que lleguen a ser muy populares. A veces, cuando Edith está aquí, la miro y me pregunto qué dirá de mí dentro de unos meses. ¿Podría refugiarme con ella y su familia, si fuera necesario? No lo creo.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
17 de diciembre de 1904

La carta que Marie escribió a bordo del barco de vapor *Empress of Japan*, que se dirigía a Vancouver, ha tardado bastante en llegar. Son cuatro páginas repletas de la habitual cháchara de Marie, que por escrito no resulta tan efectiva como de viva voz, pero aun así el propósito de la carta está bastante claro: me ha dado a entender, sin hacer ninguna alusión a los días que pasamos en los montes Occidentales, que ni ella ni Armand dirán jamás ni una sola palabra sobre lo que allí ocurrió. Es un detalle por su parte, pero ahora comprendo que, mientras aún estaba en Pekín, Marie tenía sus propios motivos para mantener la discreción. Seguramente estoy siendo un poco mezquina con una buena amiga, pero lo cierto es que estos días no me apetece ser amable con nadie.

Ya han transcurrido casi dos años desde que subí la rampa de embarque del barco de vapor *Mooldera* en Tilbury. La chica que yo era entonces se horrorizaría si tuviera que compartir camarote con la mujer en la que me he convertido.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
19 de diciembre de 1904

Sigo sin recibir carta de Richard y en el Barrio de las Delegaciones tampoco tienen noticias suyas. He enviado una nota a la delegación en la que solicito que me digan todo lo que sepan y me ha contestado muy amablemente el propio *sir* Claude: dice que, de haber tenido información fiable, desde luego que me la hubieran comunicado, pero que no saben nada. Las explosiones de las minas colocadas en las aguas del puerto de Port Arthur han dañado los cables submarinos, que están fuera de servicio.

Y, como era de esperar, las líneas terrestres de telégrafo también están cortadas, por lo que las únicas noticias las traen los pocos correos que consiguen llegar. Y luego están las historias que cuentan los refugiados chinos que huyen de las zonas en guerra, que son muchísimos. Los únicos informes oficiales provienen del bando japonés y hablan de una gran masacre, tanto entre sus tropas como entre las rusas. Según parece, después de ser repelidos en distintas zonas próximas a las defensas exteriores de Port Arthur, los japoneses se dedican ahora a colocar minas y ya han volado varios fuertes utilizando este método. Como dijo *sir* Claude, se está convirtiendo en una de las guerras más salvajes y brutales de la historia de la humanidad. Me asegura que la delegación es perfectamente consciente de que estoy viviendo sola en la capital china e insiste en que, si esta situación me preocupa, debo hacérselo saber de inmediato para que puedan buscarme un sitio en el Barrio de las Delegaciones. Debo darle las gracias por tan amable ofrecimiento, pero lo que me propone es lo último que deseo en estos momentos.

Lo cierto es que *sir* Claude no parecía preocupado por la seguridad de Richard. Yo tampoco lo estoy. De hecho, apenas me permito pensar en él, porque cuando lo hago me invade una especie de terror. No consigo dejar de pensar en Kentaro. Ahora que ya se le ha curado la herida, habrá exigido volver al servicio activo con su regimiento y, aunque no lo maten, jamás volveremos a vernos. De él no puedo esperar ayuda. No sueño con él, pero a veces, cuando me despierto por la noche, cedo a la tentación de regresar a aquel templo situado por encima de todos los demás y nos imagino a los dos tendidos uno junto al otro, descansando para recuperarnos del calor de la tarde, y del que despiden nuestros cuerpos. No nos abrazamos, pero él rodea delicadamente mi mano con la suya. En el exterior, al otro lado de una contraventana medio cerrada, se escucha el canto áspero y ruidoso de una cigarra.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
21 de diciembre de 1904

He recibido una nota de Edith Harding en la que me invita a ir a su casa en Navidad, pues cada vez hay menos esperanzas de que Richard haya regresado para entonces. Dice que le buscarán a Meng un sitio en las dependencias de los sirvientes, para que Jane esté perfectamente atendida durante mi estancia allí. Edith tiene un talento especial para hacer que sus palabras suenen a caridad cristiana y, al mismo tiempo, dejar claro que el deber la empuja por unos derroteros que preferiría evitar. He mandado de vuelta a su sirviente con un mensaje en el que le agradezco esa inesperada generosidad por su parte, pero me excuso explicándole que me veo aquejada de un trastorno digestivo que, pese a no ser grave, me obliga a tomarme las cosas con calma durante estas fiestas. Seguro que no existe una forma más cortés de rechazar el pudin de ciruela de los Harding. Media hora después de que el sirviente se marchara con mi nota, me ha llegado por telepatía el suspiro de alivio de Edith. Creo que ahora aplazará su próxima visita hasta Año Nuevo, pero no es que esa perspectiva me alegre mucho, porque se me empieza a notar. Ni siquiera las cinturillas sueltas y las faldas amplias podrían esconderle a Edith mi estado y no me cuesta mucho imaginar cuál va a ser su reacción.

Si tengo algún plan ahora mismo, y no puedo fingir que sea así, es que Richard sea el primero en saberlo. En cierto modo, no quiero que a su regreso la noticia ya sea de dominio público en el Barrio de las Delegaciones. Cuánto disfrutarían las aburridas

damas del *mah-jong* si así fuera.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
22 de diciembre de 1904

La delegación, obligada a recordar mi existencia tras la nota que envié, me ha mandado un fardo enorme con los periódicos que Richard solía traer a casa. El ejemplar más reciente tiene fecha de hace tres meses. En un viejo ejemplar del *Times* de Londres he leído una detallada crónica, escrita por el corresponsal que sigue a las tropas japonesas, de las primeras etapas de la batalla de Liaoyang, en la que resultó herido Kentaro. Las listas de bajas que durante el verano y el otoño leyeron a la hora del desayuno las familias británicas, de repente, han cobrado vida ante mí. Recuerdo haber visto en dos ocasiones los vendajes empapados de sangre sobre una herida que no terminaba de curarse, quizá por la forma en que Kentaro se obligaba a caminar sobre aquella pierna. He leído, como si fueran los nombres de estaciones de una línea de ferrocarril que se utiliza con frecuencia, los nombres de los pueblos que seguramente cruzó al frente de sus hombres: Anping, Hsiaotuntzu… En esos nombres, sin embargo, solo he visto sangre y ruinas. Esta es la segunda guerra de Kentaro en pocos años. Dijo que era soldado, no poeta, y sin embargo escribió aquel poema que no me atrevo a leer.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
27 de diciembre de 1904

Jane no ha estado muy bien últimamente. Me acuerdo de que, en una ocasión, Edith comentó que los médicos de aquí están acostumbrados a que muchos de sus jóvenes pacientes europeos acaben enterrados en nuestros solitarios cementerios del Lejano Oriente y, de repente, me aterrorizó la idea de que se me castigara a través de Jane por mis actos. El doctor Hotchkiss ha estado aquí en dos ocasiones, una de ellas el día de Navidad. No parecía muy preocupado por Jane y, tal vez, solo quisiera ver cómo estoy yo. No tenía gran cosa que contarle, solo ciertas náuseas por la mañana que no tardaron en desaparecer. Empezó diciéndome que esta vez estaba teniendo más suerte, pero se calló enseguida. Jane ya está mejor, pero no la sacamos de su cuarto, así que me siento yo sola junto a la estufa del salón, pensando en lo que les he hecho no solo a Richard y a Jane, sino también a mí misma y a los demás. Me pregunto cómo será el bebé que llevo en el vientre. Estoy segura de que es un niño.

Esta tarde me he obligado a escribir a mamá. He llenado la carta de mentiras y descripciones de la vida que no llevo. Luego he hecho algo que recordaba del colegio, algo que solía hacer una niña que, en nuestra opinión, estaba obsesionada con la religión. Decía que, si alguien necesitaba consejo, lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos, abrir la Biblia por una página al azar, apoyar en ella el dedo y allí encontraría un mensaje. He apoyado el dedo en una página y he abierto los ojos para leer: «Es mi amado, para mí, bolsita de mirra que descansa entre mis pechos. Es mi amado, para mí, racimito de alheña de las viñas de En-gadí». Me he sentido engañada.

Hutung Feng-huang, 157
Pekín, China
3 de enero de 1905

Edith ha venido hoy, bastante tarde. Eran más o menos las cinco y media, una hora a la que yo pensaba que jamás se atrevería a deambular sola por la ciudad en su *rickshaw*. Yo estaba bañando a Jane en su cuarto. Me he acostumbrado, pues me apetece hacer por ella las cosas que no tengo necesidad de hacer. A Meng no le gusta la idea. No le gusto yo. Se ha dado cuenta de mi estado. Y seguro que soy la comidilla de las dependencias de los sirvientes, excepto cuando Yao se encuentra allí. Él no lo permitiría. Es posible que la noticia haya llegado hasta el Barrio de las Delegaciones a través de los sirvientes, que, en sí mismos, forman una especie de red. Al ver a Edith, estaba convencida de que así había sido y de que había venido hasta aquí solo para comprobar en persona si los rumores eran ciertos. Pero se trataba de otro asunto.

El general Stessel, el ruso que está al mando en Port Arthur, ha entregado la ciudad. Sucedió después de que los japoneses volaran con sus minas uno de los fuertes principales, lo cual provocó la muerte de casi todos los que allí se encontraban. Edith me ha confesado que había venido a verme enseguida porque, si la noticia me llegaba estando yo sola, seguramente habría empezado a imaginarme que Richard tal vez estuviera de observador en el fuerte. En la delegación dicen que es poco probable, pues él desempeña su tarea en el cuartel general, y que lo más seguro es que esté de vuelta dentro de unos pocos días, como máximo a mediados de mes.

Solo entonces he pensado en lo que significaría para mí que Richard hubiera muerto: de ese modo, podría marcharme y tener discretamente a mi bebé en algún lugar como Hong Kong, donde nadie me conoce y no se armaría ningún escándalo. Pero después he sentido asco de mí misma por haber deseado la muerte de Richard en mi propio beneficio.

Edith se ha preocupado. Me ha hecho sentarme y beber un poco de jerez, que es lo único que tenemos en casa. Yo llevaba una bata amplia encima del vestido, pues había estado bañando a Jane, y me he fijado en el rostro de Edith para ver si me estaba observando. Creo que no era así. Mi propia cobardía me lleva a sospechar de todo el mundo. Pero no podré seguir ocultándolo durante mucho más tiempo.

8

Grand Hôtel de Pékin, Pekín
2 de febrero de 1905

Me han echado. Richard paga mi habitación del hotel hasta que pueda conseguirme un pasaje de Tientsin a Shanghái y luego de vuelta a Gran Bretaña en algún barco de la compañía P&O. Me ha dicho que no me merezco viajar ni en tercera, pero que me pondrá en segunda clase. Me ha llamado puta. Supongo que tenía todo el derecho. No volveré a ver a Jane. Asegura Richard que ningún tribunal del mundo le negaría el derecho de proteger a su hija de una madre tan depravada. Ni siquiera me ha dejado entrar en el cuarto de Jane una última vez para despedirme de ella. Le he suplicado que me la dejara ver desde la puerta, pero se ha negado y me ha impedido el paso.

Este último mes ha sido espantoso. Esperaba el regreso de Richard día tras día, pero de Port Arthur fue a Weihaiwei y se instaló en un hotel para escribir el informe que debía enviar a la Oficina de Guerra. Dado que era altamente confidencial, no comunicó su paradero ni siquiera a la delegación, mucho menos a mí. Se ha presentado hacia las seis de esta tarde, sin avisar siquiera de su llegada. Meng acababa de sacar a Jane del corralito que tenemos junto a la estufa del salón y la había llevado a su cuarto. Yo me he puesto en pie cuando ha entrado Richard. Ninguno de los dos ha dicho nada, nos hemos limitado a mirarnos. Yo estaba tan asustada que no podía ni hablar.

Richard no había oído ningún rumor, así que, al menos, las cosas han sido como yo deseaba. Tendrá tiempo para pensar cómo quiere enfrentarse al mundo. Nadie lo culpará. Un matrimonio desafortunado, el marido en el servicio activo y la esposa, inferior a él en posición social, comportándose como sería de esperar en una mujer así. Me pregunto si la gente tardará mucho en comentar que me negué a pronunciar las palabras necesarias para que nos casara un obispo.

Al principio, cuando no he querido revelarle quién era el padre, pensaba que Richard me iba a pegar. Se ha puesto a decir nombres de algunos caballeros del Barrio de las Delegaciones, los que suelen frecuentar a mujeres chinas y podrían haberme considerado una opción más cómoda en ausencia de Richard. Me he dado cuenta de que Richard no solo iba a buscarles problemas a los demás, sino también a sí mismo, y al final se lo he confesado. Durante lo que me ha parecido un rato larguísimo se ha quedado allí, mirándome, y luego se ha dirigido a la puerta del corredor que comunica nuestras habitaciones. Un momento más tarde, lo he oído vomitar.

¿Qué hará con Jane? ¿Enviarla a Mannington? ¿Se criará en esa casa entre oscuros retratos? Estoy convencida de que la ley lo ampara, especialmente en Inglaterra, y de que los Collingsworth harán todo lo posible para que yo no vuelva a ver a Jane, al menos hasta que sea mayor de edad y pueda decidirlo por sí misma. Pero, para entonces, ya no querrá. Mientras yo le suplicaba a Richard desde la puerta del cuarto de Jane que me dejara verla por última vez, me ha gritado que dentro de poco podré contemplar a mi bastardo medio japonés todas las veces que quiera.

Luego me he ido a mi dormitorio y he empezado a hacer las maletas. He traído al hotel todo lo que tenía en esa casa, incluido mi baúl de viaje. Mis posesiones

mundanas, aquí en esta habitación, no son gran cosa: ese baúl, una maleta grande y otra pequeña. Richard no me ha dado dinero. Aún me quedan veintiséis libras del dinero que me entregó mamá hace más de dos años. Lo cierto es que Richard nunca me ha dado dinero de forma regular. Me daba algo de vez en cuando, pero era él quien pagaba todas las facturas y el sueldo de los sirvientes.

¿Por qué escribo todo esto? Tal vez solo esté buscando excusas ante mí misma. Pero no las hay. Y aquí estoy, sentada, sintiéndome fatal. Amo a Kentaro Kurihama y sé que jamás volveré a verlo. Y, en opinión de todos, soy malvada precisamente por eso. Pues que así sea.

Tres *rickshaws* en fila india me han alejado para siempre de la calle del Pájaro Mitológico. En el primero iba yo; en el segundo, mi equipaje, y en el tercero, Yao. Mientras Richard siga siendo responsable de mí, supongo que durante el tiempo que yo permanezca en esta ciudad, no se me permite viajar sola de noche por las calles de Pekín. En el hotel, Yao ha ayudado al botones con mi equipaje: entre los dos han metido el baúl y lo han subido a mi habitación.

He entrado en el vestíbulo justo cuando el reloj marcaba las ocho y veinte minutos. En el comedor, los huéspedes estaban cenando y el ruido era considerable. El subdirector me ha informado de que podía cenar con los demás o en mi habitación. Mi voz ha sonado bastante normal cuando le he dicho que no quería nada, aunque a mí me ha parecido que salía a través de un nudo de hielo. Yao me estaba esperando en la puerta de mi habitación. Ha inclinado la cabeza y, al volver a levantarla, me he dado cuenta de que el ojo con el que me miraba estaba bañado en lágrimas. Jamás hubiera imaginado que vería a un hombre chino llorar por mí. Tenía ambas manos unidas junto al pecho. Se las he cogido un momento, pero no he sido capaz de decir nada. Él ya sabe que apenas conozco palabras en chino.

Ahora es casi medianoche. Mañana no bajaré. Espero no tener que ver a nadie antes de que salga mi tren a Tientsin, aunque puede que transcurran algunos días antes de que zarpe algún barco con destino a Shanghái. Jane casi nunca llora de noche, pero, si lo hiciera, Meng estaría demasiado lejos y no podría oírla. Tal vez Richard le pida que duerma en el cuarto de Jane. Espero que no decida cambiar de *amah*, porque Meng ha visto y oído demasiadas cosas. Jane necesita a alguien conocido. Ojalá pudiera rezar, pero sé que Él no me escucharía.

9

Carta de Mary Mackenzie a madame De Chamonpierre en Washington, D.C., Estados Unidos

Tsukiji San Chome, 13
Tokio, Japón
8 de abril de 1905

Querida Marie:

Nunca en toda mi vida me he sentido tan agradecida por una carta como lo estoy ahora por la tuya. Llegó hace casi una semana y la he releído varias veces todos los días. Ya suponía que te habrían llegado noticias desde Pekín de lo que me había ocurrido, pero lo último que esperaba era que me escribieras para decirme que no dejas de preocuparte por mí. Después de lo que he hecho, no me merezco unos amigos como Armand y tú, y os estoy muy agradecida a los dos. Nadie más me ha escrito desde que llegué aquí, ni tampoco espero que lo hagan, lo cual convierte tu carta en una especie de milagro: significa que aún no he desaparecido del todo de la mente de las personas a las que en otros tiempos conocí. Si algunos fragmentos de esta carta no te parecen muy equilibrados y sensatos, por favor perdóname y recuerda que desde que llegué aquí, y a excepción de mis dos jóvenes doncellas, no he tenido a nadie con quien hablar. De hecho, ni siquiera puedo hablar con las doncellas, pues no saben inglés. El japonés, sin embargo, me parece una lengua mucho más fácil de hablar que el chino y estoy intentando aprender. Dado que lo más probable es que viva en este país durante el resto de mi vida, será mejor que aprenda, ¿no crees?

Aunque no me dices quién te ha contado las últimas noticias sobre mí, pienso que debe de haber sido Edith. Has sido muy inteligente al escribirme a través de la delegación japonesa en Pekín. Al menos le he dado al Barrio de las Delegaciones un tema nuevo de conversación, así que creo que deberían estarme un poco agradecidos. Ya te habrás enterado, supongo, de que me esfumé de mi habitación del hotel antes de que Richard tuviera tiempo de organizar los preparativos para enviarme de vuelta a Escocia. La mañana después de que me echara de casa, un joven de la delegación japonesa vino a verme al hotel. Me negué a bajar al vestíbulo y le pedí que subiera a mi habitación: puesto que mi comportamiento ya ha escandalizado a todo el mundo, lo cierto es que ya no me preocupa en absoluto lo que se considera respetable y lo que no. El joven en cuestión había venido para comunicarme que el conde Kurihama no había regresado sin más a Corea y se había olvidado de mí. Sé que siempre has admirado al conde, así que no te sorprenderá saber que, dadas las circunstancias, hizo lo más honesto: dar órdenes de que me vigilasen –o, mejor dicho, espiasen– y ofrecerme la ayuda necesaria en caso de que ocurriera algo.

He tenido mucho tiempo para pensar en eso desde entonces y lo cierto es que no dice mucho en mi favor que él creyera que, de no haber sucedido algo que ha sacado a la luz nuestra aventura, yo me habría limitado a seguir viviendo con mi esposo y

habría relegado al olvido los montes Occidentales. Su opinión sobre mí no parece mucho más elevada que la mía propia, pues, si soy sincera conmigo misma, debo admitir que eso es exactamente lo que habría hecho: ocultar el secreto y seguir viviendo como esposa de Richard, amparándome en la excusa de que Jane me necesitaba.

Marie, creo que siempre has pensado que yo no estaba tan entregada a Jane como sería normal en una madre, pero me excusabas diciendo que, pese a ser tan solo bebé, la niña parecía asombrosamente independiente, etcétera. Sé que ahora tal vez parezca que me estoy inventando cosas porque me conviene, pero, cuando todo terminó con Richard, lo que más me preocupaba era la idea de que Jane se quedara con él, la posibilidad de que me separara de ella para siempre. Para mí fue casi una sorpresa que fuera eso lo que prácticamente me condujo a la desesperación y no el hecho de haber caído en desgracia como esposa ante el mundo entero. Ahora Richard me parece muy lejano y la casa de aquella calle de Pekín, un lugar en el que viví hace muchísimo tiempo. Pero, cuando pienso en Jane, lo hago en presente: me pregunto qué habrá sido de ella, si Richard se la habrá llevado de Pekín y la habrá dejado en Gran Bretaña con su madre. Si pudieras averiguar algo sobre esa cuestión, tú, que siempre has sido muy inteligente a la hora de averiguar cosas, te estaría muy agradecida.

Querrás saber en qué circunstancias abandoné Pekín. Lo cierto es que la delegación japonesa se encargó de todo. Solo estuve una noche en aquel hotel y me marché sin haber vuelto a tener noticias de Richard: viajé a Tientsin con un acompañante al que claramente desagradaba la tarea que se le había asignado. Al parecer, el hombre pensaba que las mujeres que son infieles a su esposo solo merecen la muerte. ¡Ni Richard podría haberme deseado mejor compañía para el viaje, te lo aseguro! Mi acompañante me subió a bordo de un vapor japonés en Tientsin y se marchó, gracias a Dios, para dedicarse a otras tareas más normales. En el barco, más de lo mismo. Permanecí casi todo el viaje en mi camarote, pero si salía y me encontraba con algún miembro de la tripulación, se mostraban hoscos, aunque corteses. Me sentía casi como si fuera una prisionera, pese a no estar encerrada bajo llave. Cabe la posibilidad, también, de que todo fuera producto de mi imaginación, pues me sentía asqueada de mí misma.

En cuanto a mis primeras impresiones sobre tu querido Japón, bien, no tengo muchas. Para empezar, llegamos a Shimonoseki en plena noche, por lo que mis primeros pasos en suelo japonés los di por el andén de cemento de una estación que se me antojaba interminable, junto al tren más largo que he visto en mi vida: los vagones de tercera estaban marcados con franjas rojas, que eran azules en los de segunda y blancas en los de primera. Otro joven, que en este caso me había recogido en el barco y no parecía tener una opinión mucho más positiva que la de su compañero de la delegación respecto a las esposas descarriadas, me instaló en un compartimento de primera clase. Al amanecer cruzamos interminables plantaciones de té, o al menos a mí me pareció que era té: las plantas se parecían a las que había visto de pequeña en mi libro de geografía, cuando estudiábamos los estados de Ceilán. Luego llegamos a una ciudad llamada Nagoya. Fue allí donde mi acompañante se presentó de repente en la puerta de mi compartimento con una comida envasada que, sin duda, había comprado en el andén. Uno de los recipientes contenía arroz pasado y frío y el otro, una serie de pescados crudos y encurtidos de diversos colores que me parecieron repugnantes, pese a que estaba muerta de hambre. Como es lógico, estos días siempre estoy hambrienta: aquí me dan pan, mantequilla y leche, aunque el resto de mi dieta

es básicamente japonesa porque mis dos doncellas no saben cocinar nada más y, en estos momentos, no me siento capaz de enseñarles nada. Así que me conformo con lo que hay. De hecho, es lo que he estado haciendo desde que llegué a esta encantadora casita: no tomo decisiones y dejo que los acontecimientos sigan su propio curso, aunque tampoco es que esté sucediendo gran cosa. No quiero que pienses que estoy siempre deprimida, porque no es así. Me siento más bien como si mi vida estuviera en calma y las velas arriadas, como si solo me quedara esperar a que mañana sople el viento.

A veces salgo al atardecer, acompañada por una de mis doncellas, Misao San. Tiene apenas veinte años, es muy dulce y gorjea incesantemente como un gorrión. Al parecer, piensa que si me habla sin descanso empezaré a entender su idioma y, en cierto modo, puede que tenga razón, pues ya reconozco algunas palabras y espero poder formar frases con ellas dentro de muy poco. Lo cual debería haber hecho ya hace algún tiempo, de no ser por esta pereza física y mental. Apenas a una calle de aquí se encuentra el río Sumida: a unos dos o tres minutos a pie hay una especie de dique donde permanecen amarrados los buques grandes. Algunos de ellos son vapores, aunque la mayoría son goletas de tres mástiles que se dedican, supongo, al tráfico marítimo. Tsukiji era en otros tiempos concesión extranjera, pero los japoneses ya hace mucho que no permiten concesiones en su territorio y ahora solo quedan aquí unas cuantas casas de estilo europeo.

No he visto al conde Kurihama desde que llegué aquí. Sigue en Corea, creo, y con toda probabilidad en el frente, aunque lo cierto es que no he tenido noticias suyas. He engordado mucho en este embarazo, mucho más que con Jane, y estoy espantosa. En esta casa no hay espejos de los que te gustan a ti, pero tengo uno pequeño que resulta bastante revelador. Hasta la cara se me ha hinchado.

Casi me parece oírte preguntándome por qué he hecho lo que he hecho, por qué he venido a Japón para convertirme en la cortesana de un hombre casado y padre de cuatro hijos. En realidad, ni siquiera sé si es eso lo que tiene pensado para mí: puede que solo me quede en esta casa que él me ha proporcionado hasta que nazca el bebé. El hospital St Luke's está a la vuelta de la esquina y allí es donde nacerá mi hijo. Supongo que te echarás a reír si te digo que el hospital lo dirigen presbiterianos, aunque son presbiterianos estadounidenses y quizá se muestren más amables que los escoceses con las mujeres caídas en desgracia. Un médico japonés del hospital ha venido a visitarme tres veces; es un hombre muy amable, que habla un poco de inglés, aunque no sé si es él quien traerá el bebé al mundo. No me costaría mucho averiguarlo, pero no lo he preguntado: no hacer preguntas a nadie es parte de esta deriva de la que debo recuperarme en cuanto la criatura haya nacido.

La única persona a la que he escrito, aparte de ti, es mi madre. No me quedó más remedio que decirle que me encontraba aquí bajo la protección de un caballero japonés. Me llamará lo mismo que me llamó Richard, solo que ella lo hará mentalmente porque jamás ha pronunciado esa palabra. Me comentaste que Burdeos es un lugar muy burgués, pero Edimburgo lo es diez veces más. Tengo la sensación de que mi madre jamás volverá a establecer contacto conmigo. Solo rezo para que lo sucedido no la haga enfermar gravemente, porque no quiero cargar también con ese peso en mi conciencia.

No es mi intención darte pena y lo cierto es que aún no te he contado por qué he hecho lo que he hecho. Las alternativas eran imposibles. Richard pretendía enviarme a Edimburgo, devolverme a mi madre. Me quedaban veintiséis libras de mi propio dinero y nada más. Pensé en comprar un pasaje para volver a casa, y luego bajarme

en Hong Kong o Singapur y buscar trabajo. Pero… ¿qué trabajo? No tengo ninguna formación. Ni siquiera sé cocinar como Dios manda, así que ni de sirvienta hubiera encontrado empleo. Además, ¿quién quiere sirvientas europeas en el Lejano Oriente? Y, aunque hubiera algo que yo pudiera hacer en alguno de esos sitios, ¿quién iba a contratar a una mujer en mi estado? Marie, no hay nada más inútil en un mundo pensado para los hombres que una mujer que lleva en su vientre al niño que jamás debería haber concebido. El conde me ofreció una salida y yo la acepté, eso es todo. Sé que debo labrarme mi propio futuro, pero en este momento ni siquiera se me ocurre cuál puede ser ese futuro.

No debes pensar que tienes alguna responsabilidad sobre lo ocurrido en el templo. No podías protegerme de algo que ni siquiera sabías hasta que fue demasiado tarde, así que no pienses esas cosas. Pero escríbeme. Te prometo que la próxima vez que te conteste volveré a ser un poco la misma de antes y no esta triste vagabunda. Anoche, mientras pensaba en ti y en Armand en los templos de las colinas, me acordé de nuestras bromas y de nuestras risas…, y lloré.

Me alegra tanto que estés disfrutando de Washington y de que Armand tenga por fin su automóvil Pierce-Arrow… Suena muy lujoso, pero me sorprende que hayas decidido usarlo en lugar del coche de caballos. ¿Crees, de verdad, que los carruajes están destinados a desaparecer, en favor de esas máquinas? Me cuesta imaginarlo, sobre todo porque cuarenta kilómetros por hora parece una velocidad aterradora, si no es en tren. No he oído hablar de esa berlina eléctrica que, según dices, quiere comprarte Armand; pero, si es más lenta que un automóvil, también será más segura. ¿Las conducen las damas o siempre tienen que llevar un chófer? Creo que en Japón también hay algunos automóviles, aunque no he visto ninguno en Tsukiji: aquí solo hay *rickshaws* y carros, y son los bueyes quienes transportan las cargas más pesadas. En Japón todo parece moverse mucho más rápido que en China, como si la gente siempre tuviera prisa por llegar a algún lado. Supongo que te alegrará saber que ahora leo más que antes. El médico me dijo que en el hospital tienen una biblioteca inglesa: envié a Misao San con una nota sobre la clase de libros que me interesan y mi doncella volvió cargada con una buena selección. Estoy ahora a mitad de una novela de Mrs. Humphry Ward, quien, según sus editores, es la escritora más famosa del mundo. Y yo, pobre ignorante, jamás había oído hablar de ella.

Perdóname, Marie, y, por favor, escribe. Te prometo que jamás mencionaré tu nombre ante otras personas, pues no quiero avergonzarte por haberme conocido. Saluda afectuosamente de mi parte al bueno de Armand. Muchísimas gracias.

Tu agradecida amiga,

Mary

Tsukiji San Chome, 13, Tokio
17 de abril de 1905

Mi bebé nacerá en poco menos de dos meses y, aunque mi cuerpo es consciente de ello, creo que mi mente no. Es difícil para alguien de Occidente tomarse la vida en serio mientras vive en una casa japonesa. Mi primera impresión de Tsukiji 13 es la misma que tengo ahora: que, en realidad, no es una casa, sino una caja endeble en torno a un juego de reglas bastante sencillas. El juego resulta entretenido la mayor parte del tiempo, pero también puede volverse muy aburrido. A veces, incluso es más que simplemente aburrido. Desde que llegué aquí, he vivido completamente al estilo japonés: de noche duermo entre colchas, de día me siento en cojines sobre las esteras,

como en una mesa que solo se eleva quince centímetros del suelo y, cuando hace frío, me congelo y se me quedan los pies helados mientras me acurruco junto a un brasero de carbón que desprende un humo asfixiante.

Todos los días al atardecer, mis dos doncellas –Misao y Fukuda– ponen en práctica otro acto de ese encantador teatrillo en el que fingen llevar una casa: cierran por completo los paneles de madera de los porches, para así protegernos de los temibles *dorubos*. Al principio, y por el tono serio con que pronunciaban esa palabra entre risas, pensé que, con *dorubos*, se referían a alguna otra clase de espantosos demonios; pero, según mi guía de conversación, son ladrones. No entiendo muy bien qué es lo que podría robar un ladrón –aparte de dinero– si entrara en alguna de las casas de esta ciudad, pues en ellas casi no hay nada que hurtar. Cuando llegué aquí traje muy poco, pero aun así me topé con insuperables problemas de almacenamiento a la hora de guardar el contenido de un pequeño baúl de viaje y dos maletas: esta casa consta de seis habitaciones, incluida la cocina, pero no tiene ni un solo cajón. Hay armarios de puertas correderas, pero durante el día se usan para guardar las colchas que, por las noches, se convertirán en camas.

Me temo que las casas japonesas no tienen la menor consideración hacia la comodidad de una mujer encinta, y no lo digo solo porque sea una mujer occidental encinta. En mi estado, una no puede repantigarse en un montón de cojines colocados en el suelo. Y si intentas sentarte erguida en uno de esos cojines, la espalda empieza a protestar enseguida. Traté de explicar a mis doncellas que necesitaba por lo menos una silla, pero lo mejor que pudieron hacer, después de mi pantomima, fue traerme una recia caja que en otros tiempos había contenido manzanas australianas. Aunque le pusieron un cojín encima, seguía sin poder apoyar la espalda en ningún sitio. Finalmente, apelé al señor Ikeda y no tardó en llegarme una silla: es bastante ligera, de mimbre, y tiene un respaldo bajo, lo cual me va muy bien.

Puesto que el tiempo es cálido y agradable, de día pido que coloquen mi silla sobre las tablas de los estrechos porches; pero una noche empezaron los problemas: había que volver a entrar la silla y, al añadirle mi enorme peso, las cuatro patas empezaron a dejar marcas en las bonitas esteras de paja de la sala, cosa que llevó a mis doncellas al borde de las lágrimas, como si las marcas en las esteras fueran lo único que les provocara un profundo pesar en esta vida. En lo que a mi respecta, la situación tampoco era especialmente satisfactoria, ya que, al apoyarse las patas en una superficie blanda, mi posición no era demasiado segura. Finalmente, solucionamos el problema rompiendo la caja de manzanas y colocando las tablas sobre la estera para que sirvieran de apoyo a las patas de la silla. La solución está muy bien, lo único malo es que no puedo mover la silla de su posición. Misao San, por otro lado, se comporta como si la silla y las tablas en las que se apoya fueran una atrocidad que cuestiona todo lo que le han enseñado desde pequeña. Además, aumenta su trabajo, no demasiado arduo, dicho sea de paso. Una vez que los paneles correderos de los porches se han retirado de sus guías y depositado en las cajas en las que se guardan durante el día, la pobre Misao tiene que volver a entrar en la casa y cargar con mi ligerísima silla durante dos metros y medio para sacarla al porche, tras lo cual lleva las cuatro tablas a la cocina, regresa con un cepillo y un recogedor y barre con cuidado la zona en la que se hallaba la silla. El resto de la habitación solo se barre una vez por semana, aunque los porches se pulen a diario con trapos engrasados que, sospecho a veces, se han usado antes para secar mis platos.

En mi cocina de Tokio tampoco entro: parece lo más prudente, pues, de todas formas, tampoco podría hacer nada allí. Consta de un suelo de tierra al que se llega

bajando dos escalones, pues está a un nivel más bajo que el resto de la planta baja. En lugar de una cocina de fogones, tiene tres robustos braseros de carbón, cuyo calor se regula utilizando un abanico de papel rígido: para una cocción rápida, hay que agitarlo enérgicamente, mientras que para una cocción lenta no hay que agitarlo. De hornear parece que no saben nada, pues no se ve ningún horno por ninguna parte, pero Fukuda San sabe freír a la perfección y se le da especialmente bien el pescado rebozado. Aquí lo llaman *sakana tempura* y me he aprendido el nombre para poder pedirlo a menudo. El agua corriente llega hasta un grifo situado sobre un fregadero de cemento con un desagüe abierto debajo. Sospecho que debe de haber una fuga grave en alguna parte, pues vierte agua sucia a nuestro estanque ornamental. De vez en cuando tenemos que sacar muertos los peces de colores que Misao San consigue en las ferias vespertinas y trae a casa. Lo único moderno de la cocina, y de la casa en general, es que tiene luz eléctrica, lo cual es toda una sorpresa en comparación con las lámparas de aceite de Pekín y los candiles de gas que tiene mi madre en Edimburgo. La iluminación de buena parte de Tokio se basa ahora en ese sistema, gracias a una empresa alemana –no británica–, y la ciudad dispone también de una red de tranvías eléctricos. En las noches tranquilas los oímos traquetear a lo lejos, junto al distrito de Ginza, pero de momento las líneas no llegan a Tsukiji. Podría decirse, por otro lado, que las instalaciones sanitarias son un poco mejores que las de Pekín, pero tampoco mucho.

Hay momentos en los que casi me siento feliz aquí, cosa que, supongo, debería avergonzarme. Es como si en esos momentos pudiera cerrar todas las puertas de mi mente, excepto la que da a esta salita, de modo que no tengo ni pasado ni futuro, y puedo regodearme en la indolencia irreflexiva de mi embarazo. De noche, los vientos del mundo a veces buscan resquicios en los paneles herméticamente cerrados, pero Misao y Fukuda no han dejado ningún hueco y yo me siento a salvo entre mis dos colchas. Ni siquiera pienso en Kentaro, que me ha proporcionado todo esto.

Tsukiji San Chome, 13, Tokio
27 de abril de 1905

El doctor Ikeda ha venido a visitarme tres veces esta semana. Estoy segura de que le pagan muy bien para que me prodigue todas las atenciones necesarias, pero parecen demasiadas visitas. Creo que está preocupado por la posición del bebé. Me hace preguntas acerca de los movimientos del feto, si los noto y dónde, pero me temo que mis respuestas no le parecen satisfactorias. Debe de ser el doctor más silencioso del mundo. Habla inglés bastante bien, pero no utiliza más palabras de las estrictamente necesarias. No tengo ni idea de lo que piensa acerca de mí, como paciente y como persona, aunque intento hacer lo que me pide. Hasta hace poco me obligaba a practicar un poco de ejercicio cada día, por ejemplo, un paseo hasta el malecón; pero veo que ahora no quiere que me mueva mucho.

A veces tengo mucho miedo, puede que más que cuando esperaba a Jane, aunque esas cosas se olvidan. No sé si quiero que el doctor Ikeda, en el caso de que estuviera dispuesto a contármelo, me diga qué es exactamente lo que cree que va mal. Soy tan cobarde y patética…

Leo mucho, aunque no siempre consigo concentrarme del todo, y a veces me parece estar viendo mis vidas anteriores a través de las palabras: primero con mamá en Edimburgo; luego con Richard, mientras Jane me miraba desde su cunita… Sin embargo, es como si viera esas imágenes a través de un cristal polvoriento. Tengo

sueños extraños: la otra noche soñé que iba paseando por Princes Street con el vestido azul de noche que me compró mamá, aunque era claramente de día y lucía el sol. Había alguien conmigo, pero no podía ver quién era, como si me costara mucho girar la cabeza para mirar. Lo que sí veía era la elegante multitud de los sábados: las damas que fingían comprar, pero que, en realidad, solo querían lucir sus vestidos nuevos, para después irse a tomar el café con sus amigas en algún restaurante. Princes Street tiene una ligera pendiente justo en el centro, por lo que, desde ciertos puntos, se puede ver a la multitud que pasea a casi un kilómetro de distancia. Estaba yo en uno de esos puntos cuando, de repente, justo delante de mí, se abría un enorme agujero negro. Desde el otro lado, como si se dirigieran hacía mí, se acercaban varias personas que reían y charlaban y que no podían haber visto el agujero. Yo estaba en el borde mismo y sabía que me iba a caer, que el agujero me iba a tragar. Fue entonces cuando me desperté, bañada en sudor. A diferencia de la mayoría de los sueños, este tardé en olvidarlo.

A veces pienso en los pequeños incidentes, aparentemente sin importancia, que han cambiado mi vida. Por ejemplo, haberme alojado en casa de Margaret Blair y haber conocido a Richard, una posibilidad entre diez mil. Y luego aquel paseo matutino por un bosquecillo de bambú chino para reunirme con Kentaro. Dado que esas cosas tan nimias tienen la capacidad de cambiarme la vida por completo, ¿es que soy tonta de remate? ¿O también los demás forjan su vida a partir de pequeños incidentes como esos? Supongo que las personas que triunfan de verdad en la vida son las que no dejan que les ocurran incidentes, las que planean su existencia como si fuera el rumbo de un barco en una carta de navegación y jamás apartan la mirada de la brújula.

Tsukiji San Chome, 13, Tokio
29 de mayo de 1905

Últimamente no me encuentro bien, he vomitado mucho. El doctor Ikeda me ha obligado a quedarme en la cama durante una semana, principalmente tendida boca arriba. Hoy me han colocado otra colcha enrollada debajo de la espalda, para que pudiera apoyarme, y he estado leyendo los periódicos.

A diferencia de lo que ocurre en Pekín, aquí se publica todos los días un periódico en inglés, el *Japan Advertiser*, y me resulta bastante extraño volver a tener noticias del mundo con tanta rapidez después de los acontecimientos que se han sucedido. Ayer se libró una terrible batalla entre la flota rusa que ha navegado hasta aquí desde Europa y la Armada japonesa. Tal y como dijo Kentaro, el almirante Togo ha derrotado por completo a los rusos y ha hundido la mayor parte de sus barcos. El supuesto poder invencible del zar se ha visto socavado y, al menos en el Lejano Oriente, destruido posiblemente para siempre. Según el editorial, la guerra en tierra firme no puede durar mucho más, lo que significa que la victoria total de los japoneses es ya una certeza. En el futuro, Japón se contará entre las grandes potencias del mundo.

Mientras estoy aquí tumbada en mi casa de papel y madera, atendida por dos jovencitas amables, pero bastante tontas, me pregunto cómo es posible que Japón vaya a convertirse en una de las grandes potencias mundiales. Aunque no he visto casi nada del país, tengo la sensación de que es una tierra muy pobre, si no tan pobre como China. Durante mis paseos por el malecón veo un puente que ahora jamás utilizo: prefiero evitarlo y seguir caminado hasta el siguiente, pues en uno de sus extremos se sienta un mendigo leproso, vestido con los mismos harapos que tan a menudo veía en Pekín y murmurando la misma letanía. A veces, un niño acompaña al

hombre: viste los mismos harapos y, al parecer, el hombre le ha enseñado a gritar –o puede que le dé un pellizco para que lo haga– cada vez que alguien se acerca al puente. La enfermedad ha destruido casi por completo uno de los lados de la cara del hombre, por lo que da la sensación de que el interior de la boca está vuelto hacia fuera. Siempre que hemos ido en esa dirección le he dado limosna, aunque tampoco es que yo tenga mucho dinero: solo mis veintiséis libras, convertidas en casi doscientos cincuenta yenes. Aun así, a un mendigo solo se le dan unos pocos sen. Misao cree que no es necesario darles nada. Ella y el pobre lisiado deforme del puente también forman parte de este pueblo que pronto habrá derrotado a una de las grandes naciones de Occidente. Entonces pienso en Kentaro, rezando y pidiendo disculpas a las almas de los hombres que murieron estando a sus órdenes. Pensar que Dios pueda estar del lado de un hombre así, y de miles como él, es perturbador.

Tsukiji San Chome, 13, Tokio
4 de junio de 1905

He pasado mala noche y, cuando por fin me he quedado dormida, Fukuda San ya se había levantado y estaba trasteando en la cocina. El jaleo que arma cuando hace algo, que es mucho, no ha conseguido despertarme, pero sí lo ha hecho una voz ruidosa y estridente en el pequeño recibidor de nuestra casa. Era una mujer y, al parecer, estaba casi gritando. Instantes más tarde, y pese a que la mujer hablaba en japonés, me ha resultado evidente que no era japonesa, pues se expresaba con un marcado acento inglés. He oído a Misao tratando de interrumpirla, pero sin éxito, y de repente me he sentido muy incómoda al pensar que solo dos puertas de papel me separaban del recibidor. De haberse tratado de una casa europea, estoy bastante segura de que no habría existido forma de impedirle el paso a nuestra visitante, que habría echado a correr por el porche hasta la habitación en la que yo me encontraba; pero las esteras impedían que pusiera en marcha un ataque sorpresa, pues la dama tenía que desatarse o desabrocharse los zapatos. He oído a Misao pronunciar la frase que, de tanto escucharla, ya me resulta familiar: «Choto maté kudasai» ('Por favor, espere un momento'). Un instante más tarde, la doncella ha retirado el panel, lo cual significaba que yo quedaba expuesta al jardín. La visitante, interceptada en la entrada, podía aparecer en cualquier momento por una puertecita de la valla de bambú. Algo en aquella voz ruidosa que hablaba japonés con tanta seguridad me ha hecho pensar que no sería precisamente fácil quitársela de encima.

Misao me ha traído una tarjeta de visita. En letra impresa podía leerse «Señorita Alicia Bassett-Hill». Y en una de las esquinas superiores, también en letra impresa, «Sociedad para la Divulgación del Evangelio Cristiano». Escrito a lápiz, decía «Sigue al dorso». El mensaje escrito en la parte posterior de la tarjeta era tan enérgico como la voz: «Quería pasar antes, pero he estado con neumonía».

Aquella mujer debía de ser, casi con toda seguridad, una vecina. Sé que en la zona de Tsukiji viven unos cuantos extranjeros, pero en mis breves paseos no he visto rastro de ninguno de ellos. Y, lógicamente, la barrera del idioma significa que no puedo sacarles ningún cotilleo a mis doncellas. Lo que he experimentado esta mañana, y sigo experimentando ahora, es un pánico total. Me siento como si alguien hubiera puesto los medios necesarios para espiarme aquí, en Tokio. Lo primero que he pensado es que todo esto era obra de mamá, pero luego me he convencido de que debía de tratarse de Richard. En Pekín ya había oído hablar de los «británicos indeseables», como se les suele llamar: sus actos o su forma de vida causan bochorno

en los países extranjeros en los que viven, motivo por el cual el cuerpo consular los envía sencillamente de vuelta a casa, siguiendo órdenes de la embajada. Yo no me he registrado en la embajada de Tokio, por lo que me comporto como si viviera en la clandestinidad. Que, en cierto modo, es justo lo que estoy haciendo.

No le he dicho ni una palabra a Misao, que seguía esperando, pues sabía perfectamente que aquellas finas paredes eran capaces de dejar pasar hasta el más leve suspiro. Me he limitado a negar enérgicamente con la cabeza y le he entregado de nuevo la tarjeta mientras le indicaba por señas que debía devolvérsela a su propietaria. Mi agitación, al parecer, ha asustado a Misao, que ha bajado de nuevo al porche. Instantes más tarde, he escuchado de nuevo aquella voz ruidosa y petulante que hablaba en japonés con acento inglés, luego un taconeo sobre las losas del camino de entrada y, por último, la puerta exterior que se abría y cerraba deslizándose sobre las ruidosas guías de metal. Misao San me ha traído un regalo de la señorita Bassett-Hill: un surtido de galletas Huntley & Palmers en su caja metálica. Me temo que no voy a poder evitar un encuentro con la dama en cuestión.

10

Tsukiji, Tokio
16 de julio de 1905

Me precipité por aquel agujero negro que en sueños se abría delante de mí. Recuerdo al doctor Ikeda mirando hacia abajo. Parecía estar muy muy arriba, como si fuera un rostro en la boca de una cueva vertical. Una de las enfermeras me dijo que, después de la operación, el doctor Ikeda pasaba una y otra vez a ver qué tal me encontraba. La mujer admitió a medias que estaba convencida de que yo me iba a morir. Tuvieron que sacarme al bebé, no hubo más remedio. Han pasado casi cuatro semanas y sigo teniendo dolores, pero insistí en darle el pecho a mi hijo en cuanto me recuperé lo bastante de los fármacos que me habían administrado. Mi bebé es un niño, claro. Tiene un poco de pelo oscuro y una voz poderosa. Y ya dispone de dos esclavas, Misao y Fukuda, o tres si me incluyo yo también. No es difícil darse cuenta de que a las doncellas les encanta que el niño parezca japonés. No hago más que pensar en posibles nombres para él, pero de momento no he avanzado mucho en ese terreno.

Tal vez debería bautizarlo, aunque me parece que los presbiterianos no creen en la idea de que los niños que mueren sin haber recibido el bautismo van al infierno. Yo, desde luego, no lo creo. Y, probablemente, no tiene ningún sentido plantearme la idea del bautismo cuando el padre del bebé profesa una fe tan distinta.

Solo le he escrito a mamá en dos ocasiones desde que llegué a Japón, sin respuesta por su parte. ¿Debería comunicarle que tiene un nieto, o acaso la noticia impresionaría a todos los que viven en esa casa? La señorita Bassett-Hill me envió una enorme malla de naranjas el día posterior a mi regreso del hospital. Sin duda, sabe que he vuelto a casa con un bebé que no es fruto de mi matrimonio, por lo que, siendo misionera –mejor dicho, soltera y misionera–, debería estar escandalizada. Entonces, ¿por qué me manda naranjas, a menos que se le haya encomendado la misión de visitarme, haga lo que haga? Pensar en ella me incomoda.

Tsukiji, Tokio
23 de julio de 1905

La violenta tormenta de anoche acabó con el asfixiante calor de los últimos diez días. Al parecer, estaba decidida a seguir dando vueltas sobre la zona del río Sumida y, más concretamente, sobre nosotros. Por el fragor de los truenos, parecía que el mundo se estaba acabando. Las doncellas me hacían compañía: Misao chillaba de terror casi sin descanso, pero el bebé durmió profundamente durante toda la tormenta, cosa que nos asombró a las tres. La luz empezó a parpadear y se fue en un par de ocasiones, aunque volvió momentos más tarde. Y, de repente, se desató una lluvia torrencial. Si bien el canal que está en el lado opuesto de nuestra calle tendría que haber actuado como desagüe, no fue así y pronto entró agua por debajo de la puerta exterior. De entre las losas brotaban chorros, como si fuera el agua que se libera de un embalse. La entrada de la casa quedó inundada en apenas unos minutos y el estanque del jardín se

desbordó. Sin embargo, lo que parecía el principio de un desastre mayor ya había desaparecido esta mañana: el aire es fresco y el sol calienta, pero la humedad que hemos estado soportando estos últimos días ha remitido. Yo me hallaba sentada en el porche, en mi silla, y Misao estaba en el jardín, sobre una estera con el bebé. Y entonces la he oído preguntarle al niño si era su amigo: «Anata boku no o-tomodachi desu ka?». Mi bebé ha sonreído mostrando las encías y, justo entonces he sabido cómo llamarlo: Tomo. A las doncellas les encanta el nombre.

Esta tarde he decidido que ya he jugado bastante a la enfermita y he salido a dar un larguísimo paseo, que ha consistido en recorrer el camino de piedras hasta nuestra puerta, atravesarla y luego cruzar la calle hasta la orilla del canal, donde me he quedado mirando el barro que había dejado la marea al retirarse y he pensado que ya había caminado bastante. He oído cierto alboroto en nuestra puerta, pero no me he vuelto enseguida a mirar. Cuando lo he hecho, he visto un *rickshaw* con las varas apoyadas en el suelo y, por un momento, he pensado que me habían pillado y que era la señorita Bassett-Hill quien acechaba bajo la capota subida. Sin embargo, lo que ha salido del vehículo no era una persona, sino un enorme paquete que Misao y Fukuda han cargado entre las dos, visiblemente muy entusiasmadas. Cuando por fin he entrado en casa, el paquete estaba sobre la estera, en mitad de la salita, y el bebé seguía al sol, pues, al parecer, se habían olvidado momentáneamente de él. Resultaba obvio que el paquete en sí era un objeto digno del más profundo respeto, o casi veneración, pues Fukuda y Misao estaban sentadas sobre las piernas contemplándolo. Yo me he acomodado en mi silla y luego casi he tenido que obligarlas a desatar el cordel que rodeaba el papel marrón, cosa que han hecho siguiendo al pie de la letra el ritual observable en estos casos. Primero me han entregado un símbolo de papel blanco y rojo doblado, que indica un regalo, y luego una etiqueta en la que podía leerse una palabra inglesa en caracteres ingleses –«Mary»–, seguida de una dirección escrita en japonés con trazos negros. Además de la capa de papel marrón había otro envoltorio, bajo el cual ha aparecido finalmente un pez rojo de tela.

Era un pez muy grande, casi de un metro de largo por medio de ancho, que se elevaba unos sesenta centímetros por encima de su base de madera tallada, decorada en alegres tonos verdes con algas artificiales y helechos de agua. Las aletas y la cola eran de tela bordada, pero las escamas y la cabeza estaban artísticamente pintadas a mano. Yo ya me había imaginado que el pez tenía algo dentro, pero las doncellas lo han empujado por encima de la estera en mi dirección y Misao me ha enseñado cómo acceder al interior: a través de una abertura en la parte de la cola. He metido la mano, he tirado y enseguida han salido metros y más metros de crepé de seda en un tono gris claro que servía de fondo a un estampado de espléndidas hojas y peonías en flor. Resultaba evidente que aquella tela estaba destinada a convertirse en el más exótico de los kimonos. Con los últimos pliegues de tela ha salido algo más, un monedero brocado en oro que contenía veinte billetes nuevos de cien yenes.

Por lo que leí en los libros de Marie sobre Japón, sé que el pez es el símbolo del bebé varón. He permanecido sentada en mi silla de mimbre sobre las tablas del porche mientras mis doncellas me observaban con mirada radiante, y me he preguntado si aquella era la forma que tenía Kentaro de reconocer el nacimiento de su hijo. Aunque también podía tratarse de un pago como prostituta: dos mil yenes que le permiten lavarse las manos respecto a mí y a Tomo. He contemplado de nuevo la seda. Ninguna mujer respetable de este país se atrevería a mostrarse en público vestida con esa gruesa seda y su alegre estampado de flores. No, esa tela solo es apta para el kimono de una cortesana.

Tsukiji, Tokio
27 de julio de 1905

Anoche no pude dormir. Es algo que suele decirse cuando alguien no ha dormido bien, pero me refiero a que no pegué ojo. Hora tras hora oía al sereno que bajaba por nuestra calle haciendo sonar sus castañuelas de madera y gritando que estaba muy ocupado buscando ladrones, pero que no había visto ninguno y podíamos estar tranquilos.

No dejaba de pensar en lo que puedo hacer con dos mil yenes. Es exactamente la cantidad de dinero que mamá insistió en que me llevara cuando partí de Edimburgo. Ahora vuelvo a tenerla. Mil dólares es mucho más de lo que tienen la mayoría de los emigrantes europeos cuando parten hacia el Nuevo Mundo, pero he oído decir que los estadounidenses son muy estrictos y rechazan a toda persona que tenga una moral corrupta. Estoy segura de que, si acudiera al cónsul, es exactamente como me definiría. Además, Tomo es japonés de nacimiento, así que no podría llevármelo tan fácilmente adonde yo quisiera. Por otro lado, ¿no sería injusto criar a un niño medio oriental en Occidente? Seguía dando vueltas y más vueltas a mis pensamientos, pero no llegaba a ninguna parte.

Sigo dándole el pecho a Tomo, si bien no es mi intención hacerlo tanto tiempo como las mujeres japonesas, que, al parecer, amamantan a sus hijos durante años. Por lo general, mientras lo tengo en mis brazos, me contento con no pensar, con disfrutar de esos minutos. Tomo no suele llorar nunca, excepto cuando quiere algo. Y dado que tiene a tres mujeres a su disposición, suele obtenerlo rápidamente. Lo miro cuando está tendido de espaldas en la estera, moviendo las piernecitas como si pedaleara, y me acuerdo de Jane, que no se quejaba mucho y apenas lloraba, pero jamás parecía tan alegre como mi hijo. Es como si Tomo supiera que tiene ante sí un futuro dorado. Nada más lejos de la realidad en su caso, pero él parece convencido. Experimento de nuevo la extraña sensación de que mi bebé sabe cosas que para mí permanecen ocultas. Lógicamente, solo es producto de mi imaginación.

Tsukiji, Tokio
4 de agosto de 1905

La guerra en Manchuria sigue adelante, aunque se empieza a rumorear que los estadounidenses están tratando de lograr un acuerdo de paz entre Rusia y Japón. La otra noche me desperté y me pregunté de repente qué sería de mí si Kentaro moría. Qué egoísta me estoy volviendo. Me repito una y otra vez que, si estoy asustada, es por Tomo; pero no es cierto: puede que las mujeres que tienen hijos sufran el doble que las demás, pero la mitad del miedo lo sienten por sí mismas.

Ayer Misao y yo fuimos en *rickshaw* a una sucursal del Yokohama Specie Bank, no muy lejos de Ginza, donde abrí una cuenta con mil ochocientos yenes. Me quedé doscientos, que pretendo destinar a conocer Tokio y el lugar que ocupo en esta ciudad, si es que ocupo alguno. De hecho, ya vislumbro un posible futuro para mí, quizás el más agradable de las muchas cosas que podrían ocurrirme: convertirme en la segunda esposa de Kentaro. En este país, un hombre no necesita esperar a que su primera esposa muera para tener otra: la concubina y sus hijos viven en una casa separada y adquieren una posición bastante estable en la sociedad. El actual príncipe heredero no es el hijo de la emperatriz, sino el hijo que tuvo el emperador Meiji con una cortesana: en ningún país, excepto en este, podría heredar el trono. La mayoría de

las concubinas son exitosas *geishas* que han abandonado esa profesión para vivir con un protector. Y, por lo que parece, a las esposas legales no les molesta especialmente esa clase de acuerdos.

Ningún cristiano decente aceptaría la clase de vida en la que yo deseo sumergirme. Es como si ya nada pudiera avergonzarme. ¿Acaso significa eso que me dirijo a una lenta destrucción?

Tsukiji, Tokio
9 de agosto de 1905

Lo que más temía finalmente ha ocurrido: he recibido una nota de la señorita Bassett-Hill en la que me invita a comer pasado mañana. Dice que, ya que al parecer he empezado a salir, desea que esté completamente recuperada de mi reciente confinamiento y posterior convalecencia. La nota, entregada en persona, comienza con un «Querida señora Collingsworth», por lo que deduzco que lo sabe todo de mí y eso significa que también deben de saberlo en la embajada británica. ¿Por qué una dama soltera y misionera iba a querer relacionarse con alguien cuya reputación, como es mi caso, ha caído en desgracia, a menos que sea para espiarme? No creo que se trate simplemente de amabilidad. Seguro que la embajada le ha dado instrucciones de averiguar todo lo que pueda acerca de mí, para acusarme ante los japoneses y que estos me deporten. Es posible que Richard esté detrás de todo esto. Me gustaría declinar la invitación, pero eso solo serviría para demostrar que estoy asustada, así que debo ir y afrontar las consecuencias, algo a lo que no estoy acostumbrada. Si la rechazo ahora, volverá una y otra vez.

Tsukiji, Tokio
11 de agosto de 1905

No sé muy bien qué pensar acerca de lo que me ha ocurrido hoy. La casa de la señorita Bassett-Hill es de estilo japonés, un poco más grande que esta, pero con un jardín bastante más amplio y repleta de muebles traídos de Inglaterra. Las esteras están cubiertas de gruesas alfombras, aunque todavía hay que quitarse los zapatos en la entrada. Cuando he llegado al salón, no podía creerme lo que estaba viendo: escritorios, librerías, un sofá de terciopelo y unas cuantas sillas apiñadas, todo ello con un aire bastante inestable sobre el suelo blando. La librería, enorme, temblaba cada vez que yo me movía en mi silla y tenía la sensación de que las finas paredes se nos iban a caer encima debido al peso de los retratos que colgaban de ellas. Al parecer, la señorita Bassett-Hill ha sentido la necesidad de traer todos esos recuerdos de sus antepasados a las salvajes tierras de Oriente. En toda la habitación no había ni un solo objeto, aparte del diseño básico y las maderas, que hiciese pensar en Japón. Hasta las puertas correderas están acristaladas como si quisieran imitar los ventanales franceses. Lo que antes había sido una hornacina para los adornos formales está ocupada ahora por un enorme y antiguo escritorio, sobre el cual cuelga una lámpara eléctrica cuya pantalla está hecha de cuentas verdes.

Al principio no me he dado cuenta de que había otra persona en la sala: era una mujer y estaba sentada en una mecedora de base fija. Solo la parte superior se movía gracias a unos muelles que han crujido cuando se ha puesto en pie. La dama en cuestión lucía una sencilla blusa blanca y una falda marrón que dejaba al descubierto

sus tobillos, como si la prenda se hubiera encogido después de muchos lavados. Llevaba el pelo negro recogido en uno de esos moños altos estilo Sally Lunns que yo llevaba en China, pero que no tardé en abandonar para peinarme el pelo hacia atrás y recogérmelo en un moño a la altura de la nuca. Esta segunda invitada a la velada, si es que era una invitada, parecía, sin embargo, haber perdido bastantes horquillas: su peinado recogido, no demasiado elaborado, se hallaba en peligro inminente de desmoronarse y ya eran muchos los mechones que se le habían soltado. Solo cuando la vista se me ha acostumbrado a la luz del interior, después de haber estado bajo el resplandor del porche, me he dado cuenta de que la dama en cuestión era japonesa. Nuestra anfitriona, vestida de negro de pies a cabeza como si estuviera de luto por los pecados de este mundo, nos ha presentado.

–Baronesa Sannotera, le presento a la señora Collingsworth. Estoy convencida de que harán buenas migas. Y ahora, debo ir a ver qué está haciendo mi terrible cocinero con la comida. –Antes de marcharse, y en un tono casi desgarrador, ha añadido–: La baronesa acaba de salir de la cárcel.

Lo único que me ha quedado claro en ese momento es que la comida iba a ser muy distinta a lo que yo había imaginado. La señorita Bassett-Hill abandonó la estancia y la baronesa, que no parecía en absoluto abochornada por la presentación, se ha dirigido a una mesilla auxiliar y ha dicho, por encima del hombro: «Estoy segura de que Alicia aprobará que se tome usted un jerez».

Necesitaba algo. Y mientras regresaba con dos vasos en la mano, la baronesa ha añadido, de nuevo en un inglés perfecto: «Cuando una se relaciona con expresidiarios, siempre resulta de utilidad saber cuánto tiempo han estado en la cárcel. A mí me condenaron a seis meses, pero solo cumplí tres gracias a las influencias familiares. Y eso que era mi tercera condena».

He tenido la sensación de que me estaba desafiando a preguntarle por qué había estado en prisión, así que lo he hecho. La respuesta ha sido inmediata: «Por mirar al emperador Meiji».

Cuando me lo ha explicado me ha resultado bastante difícil de creer, pero, al parecer, la ley prohíbe terminantemente mirar de forma directa al emperador, a quien, desde luego, se le considera una especie de dios. Cuando se pasea con su carruaje por las calles, se espera de la multitud que le dedique una profunda reverencia y que mantenga esa posición hasta que el emperador se haya perdido de vista. Las ventanas de los pisos superiores deben permanecer cerradas y, durante los desfiles nacionales, la policía se coloca de frente al público por si a alguien se le ocurre desobedecer el edicto. La baronesa había elegido un lugar muy destacado cerca del puente que cruza el foso que rodea el palacio. Cuando el emperador Meiji se dirigía a la inauguración nacional del Parlamento, ella se mantuvo deliberadamente erguida mientras a su alrededor todo el mundo se inclinaba. También le gritó a su majestad imperial que las mujeres japonesas no debían seguir en la esclavitud. Se había organizado un buen escándalo que había acabado con la presentación de cargos y la baronesa no solo había recibido incontables amenazas de muerte, sino también muchos regalos en forma de dagas ceremoniales por parte de sociedades patrióticas, las cuales le insinuaban que se quitara la vida para expiar la vergüenza que había causado a su familia y a su país. Las dos condenas anteriores habían sido por manifestarse delante de la redacción de uno de los periódicos de Tokio durante una campaña a favor del derecho al voto de las mujeres, y por haber afirmado durante una conferencia que el emperador no es divino y no debería ser venerado. Este último incidente le había valido una pena de cárcel de tres meses, más tarde reducida a dos.

No he tenido que explicarle nada acerca de mi persona a la baronesa Sannotera, pues la señorita Bassett-Hill ya le había revelado todo lo que sabe de mí, que obviamente es mucho. La baronesa me ha contado que se había unido a las sufragistas durante su estancia en Inglaterra después de haber presenciado los festejos en Londres tras la liberación de Mafeking: se trataba, según ella, de la celebración de la victoria de otra guerra absurda que jamás se habría librado si las mujeres hubieran tenido voz y voto en la manera de gestionar los asuntos internacionales. Estaba yo pensando que aquella mujer se iba a ganar más penas de cárcel si seguía expresando aquellas opiniones en Japón, cuando nuestra anfitriona nos ha llamado desde otra estancia y, al reunirnos con ella, ha dicho: «Puede que los franceses le hayan tomado cariño a Japón, pero sus vinos desde luego que no. Esperaba mucho de esta botella, pero una vez más mis esperanzas se han visto truncadas».

La señorita Bassett-Hill no es una especie de espía de la embajada ni de mis parientes. Se enteró de mi existencia a través del doctor Ikeda en St Luke's, donde trabaja como voluntaria dos días por semana. Ha sido una comida extraordinaria. Jamás olvidaré aquella figura erguida y vestida de negro que, sentada a la cabecera de una mesa que también se tambaleaba sobre las blandas esteras, nos hablaba acerca de la costumbre de ciertos misioneros de enviar estadísticas sobre el número de conversos que consiguen cada año. Tampoco olvidaré lo que ha comentado sobre su propio trabajo.

–Llevo treinta años aquí y dudo mucho que haya conseguido convertir a una sola persona. No parece que a los japoneses les importe mucho el anglicanismo. Tal vez ni siquiera sean capaces de entenderlo. De hecho, yo tampoco estoy muy segura de entenderlo. Y luego, claro, está el hecho de que yo soy muy de la Iglesia alta.

Ya en la puerta, la baronesa se ha vuelto hacia mí mientras subía a su *rickshaw*.

–Dos mujeres de mala reputación como nosotras deberían ser amigas. ¿Qué le parece?

Me parece que sí. La semana que viene iremos juntas al teatro kabuki.

Tsukiji, Tokio
16 de agosto de 1905

Si Aiko Sannotera es solo una muestra de lo que les va a ocurrir a las mujeres japonesas durante el siglo xx, entonces más vale que los hombres de este país se vayan preparando para vivir una revolución. En mi opinión, Aiko es como una puerta abierta al mundo tras haber pasado largo tiempo encerrada en la celda que soy yo misma. Mis doncellas le tienen pánico: quizá podrían aceptar esa actitud tan poco femenina en una extranjera, pero que una japonesa –y baronesa, por si fuera poco– esté tan emancipada las deja absolutamente perplejas. La nieta del ministro de Finanzas, que debería comportarse como una auténtica dama, les habla como si fueran sus iguales en lugar de usar el lenguaje habitual para dirigirse a los criados, cosa que las saca de quicio.

Aiko se divorció hace seis años de su esposo. Dice que el pobre tenía una paciencia de santo, pero finalmente no pudo soportarla más: al menos en calidad de esposa, pues siguen siendo amigos y es él quien consigue que le acorten las penas de cárcel. Además, los dioses castigaron a la rebelde con la esterilidad y, si bien su esposo estaba dispuesto a adoptar a un heredero para perpetuar el apellido Sannotera, Aiko le sugirió que lo que debía hacer, en realidad, era intentarlo con otra mujer. Aiko se alegra de que la propuesta fuera un éxito, pues el barón tiene ahora dos hijos y una

hija.

Anoche fuimos al teatro kabuki y nos sentamos sobre esteras en uno de los pequeños palcos, en una zona que en Europa llamaríamos la platea central, rodeadas de familias que ocupaban sus palcos vallados. Muchos de los asistentes comían ávidamente, lo cual es necesario para aguantar una representación de ocho horas. De todas formas, se puede desviar la atención del escenario y concentrarse en los cotilleos de las familias o incluso en algo distinto, por ejemplo, el grupo de hombres de negocios que contaban con la compañía de varias *geishas*. Debo admitir que disfruté de un teatro en el que mientras un actor se disponía a aliviarse junto a un decorado de papel que representaba unos cerezos en flor, los espectadores del palco vecino se concentraban en conseguir que al abuelo se le pasara el hipo que le había entrado después de haber bebido demasiado vino de arroz.

La trama de la obra debió de recordarle a Aiko su propia historia familiar. Con una voz aguda, que incluso se elevaba por encima de los chillidos del agonizante actor, me contó que su abuelo, el ministro de Finanzas, había sido asesinado. Cuatro espadachines habían irrumpido en el hogar familiar tras asesinar al guardián de la puerta, a dos doncellas y luego a la abuela de Aiko, que había intentado proteger a su esposo postrado en cama. Finalmente, habían llegado al propio anciano, a quien literalmente habían despedazado. El delito por el cual lo habían asesinado era haberse resistido a los intentos del Ejército y de la Marina para conseguir más subvenciones y poder así expandirse.

No es difícil ver de dónde ha sacado Aiko esa obcecación suya en no dejarse intimidar por las autoridades. Y tampoco es difícil ver por qué piensa que Japón está listo para mil reformas que podrían sacar al país de lo que ella llama «feudalismo disfrazado». Estar con Aiko no es una balsa de aceite, pues no permite que nadie relaje la mente en su presencia. Y eso es justo lo que necesito. Ya he descansado demasiado y durante mucho tiempo.

Tsukiji, Tokio
20 de agosto de 1905

Aiko ha estado aquí esta tarde. Es un encanto con Tomo, y eso que yo no esperaba que tuviera el más mínimo instinto maternal. Debe de conocer a Kentaro, pues aquí la clase alta está bastante unida, pero no lo ha mencionado jamás. Dudo que sea por no herir mi sensibilidad, pues ella hiere la sensibilidad de todo el mundo, sino que más bien sospecho que la idea de que yo me muestre sumisa ante los caprichos de un hombre japonés le parece intolerable. Lo que seguramente le gustaría verme hacer es envolver a mi hijo en una colcha, huir de Tokio en plena noche y superar de una vez por todas mi dependencia de los hombres.

Como «nueva» mujer, hay algo que Aiko olvida: que ella nació en el seno de una familia adinerada y se casó con un hombre rico. Su idealismo nunca se ha visto amenazado por el hecho de no saber qué iba a comer al día siguiente. No estoy tratando de quitarle méritos ni de excusarme a mí misma: sé que ella daría su vida por una causa que le pareciera importante, pero, al mismo tiempo, no vería nada malo en pedir que su última comida antes de la ejecución se la enviaran de un restaurante de lujo en una bandeja lacada en oro, todo ello pagado por su exmarido. Creo que si nos llevamos bien es por esas cosas que cada una considera absurdas en la otra. La nuestra no es una afinidad total, ni lo será jamás, sino que es ya una especie de guerra. Con el tiempo, la convertiré en una adversaria más fuerte y digna. Y, en solo

diez días, ella ha conseguido devolverme a la vida real, cosa que le agradeceré eternamente.

Tsukiji, Tokio
24 de agosto de 1905

La guerra ruso-japonesa ha terminado tras la firma del tratado de paz en Estados Unidos, concretamente ayer en Portsmouth, New Hampshire. Es posible que Kentaro regrese pronto a Tokio. No quiero pensar en lo que eso puede significar para mí y para Tomo.

Hoy he ido a Ginza por primera vez y he comprado pastelillos caseros en Fugetsudo –deliciosos *macaroons* hechos con auténtica almendra molida– y luego me he paseado por unos almacenes de cuatro plantas que se llaman Matsuzakara. Había distintas secciones dedicadas a los productos importados de Europa, en las que varias mujeres elegantemente vestidas parecían estar gastando dinero a lo loco. Tal vez fueran las esposas de esos especuladores de la guerra que tanta mala publicidad reciben en la prensa últimamente.

En Maruzen, la librería, he comprado un ejemplar de *Things Japanese*, de Basil Hall Chamberlain, libro que me recomendó Aiko. Según me dijo, está repleto de sencillas verdades acerca de los habitantes de este país. También he encontrado un ejemplar de segunda mano de las obras completas de Shakespeare: están contenidas en un único volumen y la letra es muy pequeña, pero anoche leí *Macbeth* de un tirón porque no podía parar. Tomo hacía ruiditos de cachorrillo mientras dormía, como si la luz le molestara.

Supongo que Macbeth no debería caernos muy bien, pero a mí sí. Mientras leía, tenía la sensación de estar viviendo todo lo que le ocurría a él desde que piensa por primera vez en asesinar, lo que fue el principio de su destrucción. Lo más terrible de la obra es la idea de la persecución del destino, cuyo instrumento son las brujas, de modo que el lector sabe que Macbeth no tiene escapatoria, que su muerte es inevitable. Es un poco la misma idea que siguen teniendo sobre Dios los presbiterianos estrictos de Escocia: que, antes de que nazcamos, Dios ya ha decidido si iremos al cielo o al infierno. Endosarle eso a Dios es un poco malvado. No creo en el destino tal y como aparece en *Macbeth*. Yo no estaba inevitablemente destinada a subir una colina y permitir que un soldado japonés me dejara encinta. Lo que hice entonces obedeció a una decisión propia, no puedo culpar ni a Dios ni al destino, solo a mí misma. Y muchas veces, cuando miro a Tomo, me alegro de haber hecho lo que hice.

11

Carta de Mary Mackenzie a madame De Chamonpierre en Washington D.C., Estados Unidos

Tsukiji San Chome, 13, Tokio, Japón
16 de septiembre de 1905

Querida Marie:

Una vez más, me alegro muchísimo de tener noticias tuyas y jamás podré agradecerte lo mucho que has hecho como «detective». Digas lo que digas, sé que te has tomado muchas molestias.

Ya me había imaginado, claro, que Jane estaría en Mannington, con la madre de Richard. Lo único que deseo en estos momentos es que se parezca lo bastante a su padre, o llegue a parecerse lo bastante a él, como para que ese mundo le resulte totalmente agradable. Estable es, eso desde luego. Espero, por su bien, que Jane no herede mucho de mí, aunque estoy segura de que *lady* Collingsworth hará todo lo que esté en su mano para que eso no ocurra. También me alegra que a Richard no vuelvan a destinarlo a China después de su permiso en Inglaterra. Me inquieta pensar en el daño que seguramente he causado a sus aspiraciones profesionales, pero supongo que todo el mundo entenderá que él no tiene la culpa. No he tenido noticias del divorcio, pero imagino que, según las leyes inglesas, Richard puede divorciarse de mí sin tener que notificármelo en ningún momento.

Mi hijo Tomo está muy bien. Ha estado la mar de sano desde que nació, aunque el parto no fue fácil, pues estaba mal colocado en el útero. No sé muy bien qué significa eso, pero los médicos del hospital tuvieron que operarme antes de que el embarazo llegara a término, y el resultado es que no podré tener más hijos. Como mujer que ahora forma parte de lo que tú llamarías el *demi-monde*, creo que eso es bueno. No es que me preocupe demasiado. Con Tomo corro el riesgo de convertirme en una madre demasiado permisiva, así que voy a tener que controlarme. Mis dos doncellas no parecen tomarse muy en serio la mayoría de las cosas de esta vida, excepto los bebés, y especialmente los bebés varones, así que no solo puedo dejar tranquilamente a Tomo con ellas, sino que el problema va a ser impedir que lo conviertan en un niño demasiado mimado. De hecho, ya es como un principito que ve sus deseos satisfechos al instante. Es asombroso que un bebé tan pequeño sea consciente del poder que tiene y de cómo usarlo.

Ya no estoy aislada en esta casa como lo estaba la primera vez que te escribí. Ahora tengo dos amigas, una dama inglesa y otra japonesa: esta última no solo es baronesa, sino también un personaje bastante peculiar en este país. Se ha empeñado en mostrarme el mundo de Tokio y más allá, pues el mes que viene iremos a no sé qué colinas del país para la contemplación ceremonial de los colores del otoño en los arces. La baronesa siempre viste ropa europea…, bueno, si es que puede llamarse así… Te aseguro que formamos las dos una pareja muy curiosa que despierta un

considerable interés, como ya ha ocurrido en varias de nuestras salidas, una de ellas al teatro. Así que ya lo ves, no estoy absorta en mí misma. Espero que te alegre la noticia, pues, cuando vivía en Pekín, decías de mí que siempre estaba encerrada en aquella casa. Tokio me gusta: no es que sea una ciudad bonita, con sus interminables kilómetros de casitas de dos plantas, todas de madera gris, pero está llena de vida y aquí abundan mucho más que en China los entretenimientos sencillos para toda clase de público. Los espectáculos suelen ser baratos, muchas veces incluso gratuitos. Voy a menudo a los mercados nocturnos que abren a diario, con sus tenderetes plegables a lo largo de la calle principal: Ginza. Los puestos están iluminados con lámparas de acetileno y en ellos se puede comprar casi cualquier objeto que exista en la tierra. Además, todas las semanas se celebra un festival de uno u otro tipo: la mayoría de ellos se organizan en templos, pero, en general, son muy alegres. Tengo la impresión de que los japoneses se toman la religión bastante a la ligera y no creen en gran cosa más allá de los fantasmas. Japón es un país excepcional para los fantasmas: todo está encantado, incluso los árboles.

Del conde Kurihama no he tenido noticias. Seguramente esté centrado en lo que, al parecer, va a convertirse en una ocupación permanente de Corea, cosa que supongo que te alegrará, ya que piensas que los japoneses deberían reinar en Asia. Yo no estoy tan segura de eso, aunque mi bebé sea medio japonés.

¿No me cuentas nada del Pierce-Arrow de Armand? Espero que no le esté dando problemas. Por lo que leo en los periódicos, esos automóviles son lujos muy caros. Un grupo de nuevos ricos japoneses –principalmente especuladores de la guerra, aquí llamados *narikin*– se han dedicado a importar automóviles, pero lo cierto es que se estropean continuamente o se salen de las carreteras y acaban medio sumergidos en los campos de arroz, de donde hay que sacarlos con bueyes. Estoy pensando en comprarme una bicicleta. Aiko, la baronesa, se acaba de comprar una: un modelo para damas, con tres velocidades, que ahora utiliza para recorrer como una bala las calles de Tokio. ¡Me temo que se ha convertido en un gran peligro para personas y propiedades, y no tardará en protagonizar un espectacular accidente!

Como puedes ver, estoy de bastante mejor humor que la última vez que te escribí. Aquí el otoño es maravilloso; los días son soleados y las noches, frescas. Una vecina toca por las noches el *samisen*, un instrumento de cuerda que las *geishas* suelen hacer sonar muy bien, así que quizá debería aprender a usarlo. Sus notas son frescas, vibrantes, y transmiten una especie de profunda tristeza. No se parece a nada que haya escuchado en China. También se oye a veces una flauta de bambú que suena como la voz grave de una contralto.

Me preguntas por los terremotos. Se han producido unos cuantos, pero la mayoría de baja intensidad. Más que sacudidas bruscas de la tierra, son leves vibraciones y lo cierto es que, pese a vivir en una endeble casa de madera, no he tenido miedo. Lo que sí me da miedo son los terribles incendios llamados «flores de Yedo»: arrasan distritos enteros de la ciudad y provocan temibles tormentas de fuego. Desde que vivo aquí, seis mil casas han quedado reducidas a cenizas en una sola noche, en el distrito de Ueno. Aunque Ueno se encuentra a una considerable distancia de nosotros, aquella noche el cielo se tiñó de un tono rojo sangre durante todas las horas de oscuridad. Dicen que los canales que cruzan esta zona actúan como barrera protectora, pero el viento es capaz de trasladar durante kilómetros y kilómetros las brasas de madera. Aiko me ha contado que, a lo largo de los últimos cincuenta años, y a excepción de la parte central y de los alrededores del Palacio Imperial, casi toda la ciudad ha ardido en varias ocasiones y se ha reconstruido posteriormente. Como es lógico, aquí la gente

no parece sentir un gran apego por la permanencia de las cosas materiales: todo habitante de esta ciudad sabe que las posibilidades de perder todas sus posesiones al menos una vez en la vida son muy altas. Y a muchos les sucede hasta dos y tres veces.

La baronesa debe de ser la única mujer que cree que es malo que su país haya derrotado a Rusia en la guerra. Dice que solo sirve para hinchar aún más la ya inflamada arrogancia japonesa tras la derrota de China, acaecida años atrás. Me habla incluso de algunos militares envalentonados que afirman que el próximo país en caer será Gran Bretaña, por mucho que exista entre ambas naciones un tratado de amistad y alianza. Aunque seas francesa, me consta que estarás de acuerdo conmigo en que, si los japoneses se atreven alguna vez a intentar tal cosa, se llevarán una desagradable sorpresa.

Muchísimas gracias por escribirme y, por favor, no tardes en volver a hacerlo. Mejor aún, en tu próximo permiso de Washington, ¿por qué no vienes de visita a tu querido Japón? Hoy en día, el viaje tampoco es tan largo: solo unos cinco días desde donde tú estás hasta Vancouver y, de allí, otros doce hasta Yokohama. El mundo se está acelerando demasiado para mí, pues he descubierto que soy una persona lenta, pero también es cierto que todas las cosas que hace unos años resultaban imposibles hoy en día son fáciles. Puede que dentro de cincuenta años viajemos en máquinas voladoras, quién sabe. No hace mucho leí en un periódico escrito en lengua inglesa que dos estadounidenses, según se dice, consiguieron volar unos cuarenta kilómetros en tan solo media hora en no sé qué campo de pruebas, pero debo admitir que me parece difícil de creer. Me pregunto qué será lo siguiente. Os mando a ti y a Armand todo mi cariño.

Saludos cordiales,

Mary

P.S.: Dile a Armand que no debe poner en riesgo tu vida circulando a gran velocidad en el Pierce-Arrow. Según leo en los periódicos, los automóviles se están convirtiendo en una gran amenaza en las calles e incluso en las carreteras de Estados Unidos.

Tsukiji San Chome, 13
Tokio, Japón
19 de septiembre de 1905

Hoy, después de comer, Aiko se ha presentado en su bicicleta para enseñarme a montar. El único lugar adecuado era la calle, delante de nuestra casa, que a esas horas estaba completamente vacía. Misao y Fukuda han salido a presenciar el espectáculo. Aún no saben qué pensar de Aiko. Que una extranjera se comporte como si estuviera chiflada es de esperar, pero, al parecer, es la primera vez que ven a una japonesa que se contagia de esa misma locura. Por otro lado, la voz de Aiko no es que resulte demasiado femenina para las costumbres japonesas: a veces, por mucho que ella crea que está hablando con una sola persona, se la escucha desde la otra punta de un salón abarrotado. Como instructora, vociferaba. No existe otra palabra para definirlo. Finalmente, tras decidir no hacer ni caso de todo lo que me decía, he conseguido mantener el equilibrio durante unos treinta metros. La verdad es que iba bastante bien hasta que la rueda delantera ha chocado con una piedra, con lo cual me he desviado. Solo me quedaban dos opciones, dejarme caer o irme derechita al canal. Me he dejado caer y las doncellas han acudido de inmediato a socorrerme al grito de «*Ara! Ara!*», mientras la perversa Aiko se quedaba junto a la verja, riéndose.

Tras el incidente, hemos mandado a buscar dos *rickshaws* y, después de dejar la bicicleta atada con un candado en la rueda de atrás, hemos paseado por Ginza. Dos hombres *kurumaya* tiraban de los *rickshaws*: sin duda, nos consideraban extranjeras a las dos y se han dedicado a animar el trayecto, al menos para Aiko, comentando a gritos el tema de la posible moral de sus dos pasajeras. Las conclusiones a las que han llegado no han sido, al parecer, demasiado favorables. Aiko se ha puesto furiosa, pero se ha contenido hasta que hemos llegado a los almacenes Matsuzakara, donde les ha soltado un rapapolvo en un lenguaje que no parecía muy propio de las clases altas japonesas. Los hombres se han quedado boquiabiertos. Creo que no les ha dado propina.

Hemos subido en el recién instalado ascensor eléctrico estadounidense. Chirriaba tanto que he tenido la sensación de que se iba a declarar en huelga de un momento a otro y, sin más, dejarnos caer hasta el sótano desde cuatro o cinco pisos de altura. Nuestro destino era la sección de moda extranjera para señoras, donde, según Aiko, se visten buena parte de las cortesanas, como solía hacer ella cuando pertenecía a ese mundo. Lo único que puedo decir es que no debía de ser una corte muy bien vestida. Varios de los modelos, expuestos en lo que parecían maniquíes de costura sin cabeza, reflejaban el último grito en la moda de 1890 y tenían aspecto de llevar ahí desde entonces, acumulando polvo. Aiko se ha fijado en mi reacción y me ha hablado de una fiesta al aire libre a la que había asistido en una ocasión: la mayoría de las damas se habían vestido «a la moda extranjera» en aquella sección. Una de ellas incluso lucía un enorme sombrero «rueda de carro» decorado con plumas de avestruz. Las polillas se habían apropiado del sombrero y a la dama se le caía una pluma cada vez que se inclinaba para saludar. El protocolo de palacio es estricto en estas fiestas y exige que cada cual se quede en el sitio que se le ha asignado según su clase social, de modo que, cuando la velada tocó a su fin, la dama de la corte, que seguía saludando, se hallaba en el centro de una especie de círculo mágico hecho de plumas de avestruz.

Aiko buscaba lo que ella llamaba un «conjunto de dos piezas» que le resultara útil para montar en bicicleta, pero, por más que hemos buscado, no hemos encontrado nada remotamente parecido. Yo me he tomado la búsqueda incluso más en serio que ella, pues Aiko amenaza ahora con escandalizar a todo Tokio encargando en Londres o Nueva York esas bombachas de ciclista que están de moda entre las damas más atrevidas. Estoy bastante convencida de que, si se pusiera algo así en esta ciudad, la policía no tardaría en arrestarla y acusarla de anarquista. En realidad, hay momentos en los que sinceramente me pregunto si no lo es.

Al cabo de un rato, la dependienta –que lucía un kimono oscuro precioso, pero que no promocionaba precisamente la ropa que debía vender– nos ha llevado a un pequeño compartimento oculto tras cortinas y nos ha mostrado libros «de moda» para que eligiéramos en ellos algo que nos gustara, asegurándonos que después nos confeccionarían la ropa a medida. Los libros no tenían fecha, pero los diseños parecían más bien los que mi madre debía de encargar en la época en que yo nací. Finalmente, hemos abandonado la sección entre reverencias: Aiko seguirá llevando esas prendas de *tweed*, raídas y encogidas, que trajo de Inglaterra hace tantos años, pero, desde luego, está mucho más cerca de la moda actual que las propuestas de Matsuzakara.

Tsukiji, Tokio
23 de septiembre de 1905

Por fin he ofrecido mi primera comida en casa, con la misma lista de invitados de la única comida a la que he asistido en Tokio: Aiko y la señorita Bassett-Hill. Puesto que no dispongo de comedor, hemos comido al estilo japonés en una mesita baja, sentadas en cojines. El menú era una especie de compromiso entre mis expectativas para la ocasión y los resultados que, en mi opinión, podía alcanzar Fukuda San. El plato principal consistía en una de sus tortillas planas, esta vez bastante más plana que de costumbre: de ella sobresalían trozos de pollo, como si quisieran huir de aquella especie de manta de huevo que los asfixiaba. Hemos empezado con algo bastante seguro, una lata de consomé importado marca Crosse & Blackwell que compré, a un precio no especialmente barato, en la nueva sección de productos de alimentación de lujo de Matsuzakara, y hemos terminado con los deliciosos y dulces caquis, que están ahora en todo su apogeo. Además, son muy baratos, pues compré seis por diez sen, aunque Fukuda dice que eso es carísimo. Con el vino no me atreví, porque estaba convencida de que, eligiera el que eligiera, decepcionaría a la señorita Bassett-Hill; pero después me he alegrado al verla hacer una mueca tras beber el primer sorbito de Best British Sherry importado.

La señorita Bassett-Hill desea que la llame Alicia, lo cual supongo que no es una muestra de que hayamos intimado, sino más bien de que la incomoda referirse a alguien en mi situación como señora Collingsworth o señorita Mackenzie, así que prefiere llamarme Mary. Creo que ha tenido una pequeña discusión con su conciencia respecto al hecho de relacionarse con alguien que, al parecer, se toma a la ligera los votos hechos en una ceremonia anglicana bendecida por un obispo, y de la Iglesia alta por si fuera poco. Sin embargo, la señorita Bassett-Hill es, por su carácter, incapaz de mostrarse crítica con los pecadores curtidos o de lanzarles, siquiera, una *piedrecilla*, motivo por el cual nunca aumentará mucho su lista de conversos. Pese a su mirada sombría y torva, es un encanto de mujer: siempre se muestra muy alegre y su risa, precisamente porque de entrada no te la esperas, resulta siempre muy contagiosa. Me gustaría imitarla en muchos sentidos, aunque no especialmente en ese aspecto más que evidente de solterona, cosa que, de todas formas, en mi caso sería imposible. Alicia es lo que Aiko jamás será: una persona muy civilizada.

Mis invitadas se han quedado hasta casi las cuatro y han declinado tomar el té. Aiko se ha marchado sobre dos ruedas.

12

Tsukiji San Chome, 13, Tokio
26 de septiembre de 1905

Ayer vino Kentaro. Yo me hallaba en el jardín, junto al estanque, y Tomo tumbado en una colcha a mi lado. Misao estaba cosiendo las piezas de un kimono de invierno que había descosido para lavarlo y después había puesto a secar sobre una tabla para no tener que plancharlo. Oímos el ruido de la verja al abrirse, pero pensamos que sería el vendedor de tofu. Fukuda lo recibió en el vestíbulo y le dijo dónde me encontraba yo. Apareció de repente tras el extremo de la valla de bambú y se quedó allí, mirándome. Yo no lo había visto jamás vestido con ropa japonesa, excepto kimonos ligeros. El *hakama* completo que vestía, más las prendas que llevaba encima, lo hacían parecer más alto y, al mismo tiempo, prácticamente cuadrado. Su atuendo era de apagados tonos grises y marrones, que le daban el mismo aire que los samuráis que había visto representados en el teatro kabuki. Solo le faltaba el moño y las dos espadas asomando por un costado de su chaqueta *haori*.

Misao, presa del pánico, recogió su costurero y se escabulló entre Kentaro y yo por las losas del patio, inclinando la cabeza una y otra vez. Subió al porche y desapareció. Kentaro se acercó lentamente, sin dejar de mirarme. Era como si aún no hubiera visto a Tomo: el bebé estaba medio adormilado bajo los últimos rayos del sol de la tarde y apenas se movía. Me apoyé en una roca ornamental para ponerme en pie. Le hablé en japonés, utilizando una frase que he oído pronunciar muchas veces a mis doncellas: «Dozo o-hairi nasai». Kentaro me respondió en inglés, sin sonreír: «¿Adónde me invitas, Mary? ¿Al estanque?».

Creo que le tendí las manos, aunque la verdad es que no lo sé. En cualquier caso, él me las cogió, lo cual ahora me parece extraño, pues los hombres japoneses nunca tocan a sus mujeres excepto para empujarlas o para cargarlas con lo que sea que haya que transportar. Kentaro y yo nos quedamos allí, cogidos de la mano y mirándonos a los ojos. Lo que sentí en ese momento fue una especie de hambre voraz. Recuerdo haber sentido lo mismo mientras subía por aquel sendero en los montes Occidentales. En aquella ocasión, eso fue lo primero que más tarde intenté apartar de mi mente, antes incluso que todas las demás cosas que debía olvidar si, de verdad, quería volver a ser dueña de mí misma. Ya no quiero ser dueña de mí misma. Ahora no tengo por qué intentarlo.

Yo fui la primera en mirar a Tomo. Kentaro casi parecía reacio a hacerlo, pero finalmente me soltó la mano y se volvió despacio. Debió de pasar casi un minuto contemplándolo, tras lo cual dijo: «Yappari nihonjin desu ne?». Aquella pregunta a medias no iba dirigida a mí, pero de todos modos respondí: «Sí, es japonés».

Kentaro pareció sorprendido. Tal vez fuera porque considerara que, al empezar yo a aprender su idioma, estaba en cierto modo invadiendo una parte de su vida de la cual quería mantenerme al margen. Me preguntó si tenía profesor y le contesté que no, que lo que sabía lo había aprendido de las doncellas. Me cuidé mucho de mencionar a Aiko, pues no es solo el instinto el que me dice que a él no le va a gustar mucho la idea de que la poco convencional baronesa y yo seamos amigas.

Cuando Kentaro anunció que se quedaría a cenar, comprendí que se refería a pasar la noche. Entré en casa con Tomo y lo dejé sobre una colcha dentro de un cuadrado de listones de madera que encargué a un carpintero de la zona. Kentaro me siguió hasta las esteras y, de repente, exclamó en alta voz: «¿Qué es esa cosa?». Le expliqué que era para que el niño estuviera seguro porque no tardaría en empezar a gatear y podía caerse del porche a las baldosas de piedra del jardín, casi a un metro de altura. «¡Que se lo lleven! Mi hijo no va a estar encerrado en una jaula», gritó en un tono abrupto, casi violento. Luego añadió que él se encargaría de vigilar a nuestro bebé mientras yo ayudaba a las doncellas a preparar la cena.

Acababa, pues, de ordenarme que me retirara. Quería estar a solas con el niño. Ni siquiera me había preguntado cómo se llamaba y yo no había pronunciado el nombre en su presencia. ¿Tal vez no le parecía importante saber qué nombre había elegido yo?

Salí de la estancia y me quedé en el estrecho pasillo que estaba detrás del vestíbulo. De repente, deseé poder odiar a Kentaro. Me había relegado de golpe al papel de sumisa esposa, mientras el hombre de la casa se quedaba junto al fuego fumando un cigarrillo. Oí a las doncellas charlando alegremente en la cocina, pero lo último que me apetecía era unirme a ellas, pues no había absolutamente nada que yo pudiera hacer allí. Misao, por lo general una muchacha dulce, también puede tener muy mal genio: lo que las dos muchachas deseaban en ese momento era estar solas mientras trabajaban juntas ruidosamente y cuchicheaban acerca de Kentaro. Cualquier sugerencia que yo pudiera lanzar sobre el menú de la cena provocaría una grave ofensa. Al fin y al cabo, ellas eran japonesas: ¿cómo no iban a saber lo que le gustaría comer a un hombre japonés?

Podría haber salido a dar un paseo, pero en lugar de eso subí la escalera y me dirigí a la pequeña habitación que uso. Desde allí, y a través de las puertas *shoji* abiertas, se divisa lo que yo defino como una estampa japonesa, aunque nada panorámica: un abarrotado diseño de tejados curvados, además de las copas de los árboles de nuestro pequeño jardín y los jardines vallados de los vecinos. Si sumáramos el canal que está al otro lado de la calle, podría haber disfrutado de unas vistas bastante más amplias, pero la casa está orientada casi al este, por lo que lo único que puedo ver, a menos que estire el cuello, es la paulonia sin podar de la intérprete de *samisen*: entre sus amplias ramas y gigantescas hojas en forma de oreja de elefante anidan cientos de gorriones.

Me senté al estilo japonés, algo que he estado practicando y que ya no me resulta tan doloroso como antes, pues ahora apoyo el trasero en los talones. No es frecuente ver a los hombres sentarse en esta postura; de hecho, yo jamás los he visto. Seguramente, fueron ellos quienes idearon esta postura para que la incomodidad constante volviera dóciles a sus esposas. Lo curioso es que, cuando una mujer se sienta en cualquier otra postura en estas casas, tiene un aspecto espantoso y muy poco femenino, tan completamente fuera de lugar en el entorno como la silla de madera que yo usaba durante el embarazo y que ahora permanece discretamente apartada de la vista al fondo de uno de los porches. A veces aún la uso por las noches, pero por las mañanas siempre vuelvo a encontrarla en su rincón, de nuevo apartada de la vista, sin que nadie me pregunte si tal vez me apetece usarla durante el día. Lo que se toleraba mientras yo llevaba a Tomo en el vientre se ha convertido ahora en un objeto de disputa entre mis doncellas –especialmente Misao– y yo. En esta pequeña guerra de voluntades las dos muchachas japonesas se muestran tan testarudas como yo, y tengo la sensación de que el uso de esta casa es solo un préstamo y de que en ella se me

permite jugar a juegos extraños como invitar a dos damas a comer, pero que, en realidad, la casa pertenece, por el derecho que les otorga su raza, a Misao y a Fukuda. Algo que no he hecho es aceptar las sugerencias de Misao, expresadas en esa mezcla de mímica y lenguaje que hemos desarrollado, acerca de confeccionarme un kimono con la alegre seda de estampado floreado que llegó con el paquete. No tengo la menor intención de dejarme ver, ni de permitir que Kentaro me vea, vestida con la clase de atuendo que en el teatro kabuki siempre identifica a las rameras.

No se escuchaba sonido alguno cuando me senté junto a la ventana baja, abierta a un minúsculo balcón. Allí ha colocado Misao un pino enano, plantado en una maceta azul, para que reciba las lluvias otoñales. A Tomo, desde luego, no parecía molestarle el hecho de estar a solas con su padre, por lo que me pregunté si existiría alguna misteriosa forma de comunicación entre varones; sin duda, el bebé estaba expresando silenciosamente su alivio ante aquel descanso de la atención constante de tres solícitas féminas. Últimamente me he dado cuenta de que hay algo un poco inquietante en el hecho de tener un hijo que pertenece a medias a otra raza, como si desde el principio mismo, cuando la criatura apenas ha abierto aún los ojos, se pudieran intuir esos aspectos completamente foráneos que siempre seguirán ahí. Cuando Jane me miraba, yo siempre pensaba que en sus ojos se advertía una especie de sabiduría que difícilmente podía haber adquirido durante su brevísima existencia; pero con Tomo es distinto, es más bien algo doloroso, la certeza de haber sido expulsado de algún sitio y de que después alguien haya cerrado la puerta, del mismo modo que Kentaro acababa de enviarme a otro lado para que me ocupara de asuntos de mujeres. Pero aquí no puedo ocuparme de asuntos de mujeres, no puedo simplemente ponerme a cocinar, fregar y olvidar.

El atardecer era precioso. Aunque estamos bastante cerca de Ginza y del centro de negocios, aquí los ruidos de la ciudad nunca resultan demasiado molestos. Lo es bastante más la presencia cercana del río: las sirenas de los pequeños vapores y remolcadores, que a menudo reciben la austera respuesta de la gran campana de bronce del templo de Hongwanji. De la casa de al lado surgieron las primeras notas de *samisen*, como es habitual en esta hora melancólica. Aunque jamás he visto a la intérprete, la imagino como una viuda anciana: el lento rasgueo se me antoja una canción interminable que habla del pasado, un pasado lleno de dolor pero que tal vez solo lamenta a medias. Me quedé allí sentada, escuchando, y mi rencor se aplacó un poco, como si, de repente, hubiera comprendido que no tenía el menor sentido. Al cabo de un rato me empezó a doler el cuerpo, como suele ocurrirme cuando paso demasiado rato en esta posición, pero no me moví ni me relajé: parece que la disciplina de este país se me empieza a meter en la sangre.

Oí a Misao cuando se atrevió a molestar al amo y señor y le preguntó si deseaba cenar. Esperé hasta asegurarme de que Misao había tenido tiempo suficiente de poner la mesa y luego bajé la empinada escalera sin que nadie me llamara: encontré a Kentaro sentado con las piernas cruzadas en el rincón del bebé, haciendo juguetes de origami. Varios de ellos, ya terminados, formaban una pequeña procesión que desfilaba hacia la pequeña colcha. Al ver la imagen, me dio un vuelco el corazón.

El samurái que se había presentado de improviso en nuestra casa se había quitado su chaqueta *haori*, que Misao debía de haber guardado en alguna parte, y parecía completamente concentrado en lo que estaba haciendo, es decir, entretener a un bebé. Tomo estaba tumbado boca abajo, una posición en la que raramente se coloca, y no me cupo duda de que eran las manos de su padre las que lo habían obligado a darse la vuelta y quedarse así. El niño estaba absolutamente inmóvil, con la mirada de negros

ojos fija en los dedos que trabajaban el papel. Yo creía haber entrado silenciosamente en la sala, pero Kentaro se volvió y me sonrió. Era la sonrisa que yo recordaba del templo, la sonrisa que le quitaba años al curtido soldado.

Más tarde, hicimos tanto ruido en la pequeña habitación de arriba que la casa temblaba como si se hubiera producido uno de esos pequeños terremotos. Tomo, que se había quedado abajo, se despertó y empezó a gritar. Intenté levantarme para ir a consolarlo, pero Kentaro me retuvo. Al cabo de un rato, oímos a Misao salir de la habitación de las doncellas y, al poco, se puso a cantarle a Tomo la cancioncilla que suele usar y que a mí siempre me parece una mezcla entre nana y marcha fúnebre.

Tsukiji, Tokio
9 de octubre de 1905

Me paso los días esperando a que venga. Nunca me dice cuándo va a venir, no tiene horarios, no hace promesas. El jueves me trajo lo que una mujer japonesa utilizaría como adorno para el fajín, un broche dorado con tres pequeños rubíes. Tengo la sensación de que las doncellas me miran de una forma en que hasta ahora no me habían mirado, como si sintieran una profunda curiosidad que me incomoda. No tengo ninguna duda de que Tomo reconoce a su padre, pues, cuando llega Kentaro, el bebé demuestra un gran interés.

Esta mañana he intentado ejercer cierto control sobre mis sentimientos escribiendo a Marie. He procurado recurrir a esa visión frívola de las cosas que tan fácilmente usaba en otras ocasiones, pero no me salían las palabras. No he tenido noticias de Aiko y estoy segura de que mantiene las distancias porque sabe que Kentaro ha vuelto y que viene a visitarme. Aún no le he contado a Kentaro nada sobre ella, pues, por un lado, no se me ha presentado la ocasión y, por el otro, él nunca me pregunta nada. Aunque casi siempre se muestra amable, tengo la sensación de que no dispone de espacio en su vida para establecer una relación más profunda conmigo. Puede que decir eso sea injusto, pero lo cierto es que no hay entendimiento entre nosotros acerca de lo que piensa el otro. Tal vez Kentaro no sienta la menor curiosidad por lo que me ronda la mente. La segunda esposa es para relajarse: sí que el esposo tiene cierto deber hacia ella, pero es mucho más ligero que el que se tiene hacia una primera esposa. O tal vez me lo esté imaginando debido a esta situación incierta en la que me encuentro. Y es incierta porque, aunque sé que Kentaro siempre se ocupará de mí, deseo más de lo que en estos momentos nos ofrecemos el uno al otro. No sé realmente en qué consiste ese más, pero, de todas formas, lo deseo.

Tsukiji, Tokio
11 de octubre de 1905

Estoy segura de que Kentaro sabe que no puedo tener más hijos y de que se alegra por ello. Sin duda, debe de haber visto al doctor Ikeda. ¿Es posible que fuera algo pactado entre ellos, para asegurarse de que no llegaran otros bebés después de Tomo? No, eso no es posible, al menos en un hospital como el St Luke's. Además, he oído decir que el doctor Ikeda es cristiano. No, no puedo permitirme imaginar esas cosas.

Kentaro me comunicó ayer que Fukuda San se marcha a final de mes. Su madre, que vive en la prefectura de Sagami, está muy enferma y necesita cuidados. En cierto modo, tengo la sensación de que es una excusa que ya ha utilizado a menudo con

anterioridad y no puedo evitar preguntarme si, por algún motivo, la chica no es del agrado de Kentaro. El otro día me pareció que Fukuda había estado llorando, pero tal vez fuera porque le preocupa su madre. La echaré de menos. En algunos aspectos es mucho más madura que Misao y, si bien esta es en la práctica la niñera de Tomo cuando dejo al bebé, me siento mucho más tranquila al saber que Fukuda estará ahí para cuidarlo. De hecho, no salgo a menos que esté segura de que las dos van a estar en casa e, incluso en esas ocasiones, durante mis salidas con Aiko me asalta una y otra vez la preocupación por todas las cosas que puedan ocurrir, incluidos los incendios, esos grandes enemigos de la vida en Tokio que yo también he empezado a temer. Los terremotos no son más que pequeñas sacudidas que da el dragón de Kentaro. En una casa de ladrillo quizá me sentiría nerviosa, pero, al estar rodeada solo de madera ligera y papel, tengo la sensación de que no me quedaría atrapada. Alicia dice que el verdadero peligro son los pesados techos de tejas, que a veces caen de una sola pieza –como si se tratara de una tapa– sobre la estructura derrumbada de una casa.

Desde el regreso de Kentaro no he estado ni una sola vez en la ciudad. Solo he salido a dar paseos por el río; a veces me acompaña Misao con Tomo atado a la espalda al estilo japonés. No me convence demasiado ese método para sacar de paseo al bebé, pues es muy posible que Aiko esté en lo cierto cuando afirma que el hecho de que los bebés tengan siempre las piernecitas separadas en torno a la espalda de una mujer ha dado como resultado incontables generaciones de patizambos. Es más que evidente que Kentaro lo es un poco, pese al duro ejercicio físico al que ha sometido su cuerpo.

Después de haberme sentido libre durante un tiempo, vuelvo a ser medio prisionera en esta casa, pues Kentaro jamás propone que vayamos juntos a ningún lado. No es apropiado que los hombres de su clase se dejen ver en público con su esposa, ya sea la primera o la segunda. Es como si creyeran que, tras haberse gastado mucho dinero para instalar a una mujer en una casa, tienen derecho a encontrarla allí a cualquier hora del día o de la noche.

Una de las cosas que estoy decidida a hacer, con aprobación o sin ella, es aprender el idioma. No puedo seguir viviendo en un país con cuyos habitantes no puedo comunicarme. Necesito un profesor; puede que incluso aprenda a leer y escribir en japonés, por mucho que, para eso, sea necesario memorizar miles de caracteres.

Tsukiji, Tokio
26 de octubre de 1905

Las noches empiezan a ser muy frías y no tardaremos mucho en apiñarnos ante los braseros de carbón vegetal, como ocurre en invierno. No entiendo por qué en estas casas no se puede tener una estufa de carbón o de leña. Podría instalarse sobre una base de cemento y, aunque no quedara muy bonito, qué agradable resultaría cuando en el exterior empezara a caer la nieve de Tokio. Se lo mencionaré a Kentaro cuando esté de mejor humor. Últimamente está un poco raro: a veces no aparece durante dos días; en una ocasión, incluso fueron tres. Habla muy poco cuando está conmigo, como si viniera aquí para olvidar lo que le preocupa, seguramente algún asunto familiar. Debo recordarme a mí misma una y otra vez que él tiene un mundo completamente distinto en su otra casa de Tokio y que, con cuatro hijos, sin duda se le presentarán muchos problemas de los que no querrá hablar conmigo. Nunca menciona a su otra familia y estoy bastante segura de que no le ha hablado de Tomo a su otra esposa. Lógicamente, ella conoce mi existencia y la del niño igual que yo conozco la suya.

Le he escrito una extensa carta a mamá que, lógicamente, no obtendrá respuesta. Antes de llegar a Japón nunca había sido capaz de escribirle cartas largas, pero, de repente, mi madre se ha convertido en alguien muy lejano. Los recuerdos que tengo de aquel mundo de Edimburgo los veo a través de la neblina de todo lo que ha ocurrido desde entonces, así que me siento libre para hablar con ella a través del papel, como si no fuéramos más que entrañables conocidas, en lugar de ser yo la hija pecadora a la que ha perdido para siempre. Estaba releyendo lo que había escrito cuando, de repente, me ha asaltado una idea: ¿y si Tomo me escribe algún día como estoy haciéndolo yo ahora, desde la enorme y segura distancia del alejamiento? Se me han llenado los ojos de lágrimas, en parte por mí y en parte por mamá. Espero no estar volviéndome demasiado sentimental, porque esas muestras de debilidad no le gustarán nada a Kentaro.

Tsukiji, Tokio
28 de octubre de 1905

Pese a que el sol se está poniendo, en el jardín aún se está bien a primera hora de la tarde, por lo que me hallaba fuera sentada en mi silla de mimbre leyendo traducciones de poemas japoneses. Los ha traducido al inglés un profesor de literatura de la Universidad de Tokio, procedente de Oxford. Tiene la creencia de que la poesía debe rimar siempre, pero a mí me da la sensación de que ha convertido los sentimientos en eslóganes publicitarios. Kentaro ha aparecido de repente, como tiene por costumbre, y me ha quitado el libro de las manos. Se ha quedado de pie unos momentos, pasando las páginas. Luego me ha devuelto los poemas y ha pronunciado una sola palabra: «Kusai». Es la misma palabra que utiliza Fukuda cada vez que vuelvo a casa con algún queso comprado en las tiendas de Ginza. El significado es ‘apesta’.

Le he insinuado que me escribiera otro poema como el que me escribió en los montes Occidentales. Me ha mirado fijamente: «¿Lo guardaste, Mary?». Le he dicho que sí y que, si no le entusiasmaba la idea de ponerse a escribir poesía así de buenas a primeras, podríamos organizar una especie de competición entre los dos, que es al fin y al cabo uno de los pasatiempos preferidos de los japoneses. A Kentaro le resulta muy difícil resistirse a un desafío, sea de la clase que sea, así que enseguida se ha sentado en el suelo con las piernas cruzadas y ha aceptado papel y lápiz. Sin embargo, la inspiración me ha visitado primero a mí. En el estanque, medio escondido entre las hojas, flotaba uno de los pececillos de Misao, envenenado como de costumbre. Negándome a seguir las indicaciones del profesor de Oxford sobre la rima, he escrito:

Estanque sucio,
pez muerto.

Le he mostrado el papel a Kentaro y luego he observado el lento cambio que se producía en su expresión: primero ha aparecido esa mirada casi infantil, que después ha dado paso a una sonora carcajada. Se ha dejado caer de espaldas, desternillándose de risa. Nos hemos seguido riendo los dos hasta que se nos saltaban las lágrimas. Reírnos juntos es, a veces, un acto de amor más íntimo que cualquier otro.

Tsukiji, Tokio

Fukuda San se quedó una semana más, lo cual me lleva a pensar que la enfermedad de su madre no debía de ser tan grave. Pero ahora ya se ha marchado: tenía los ojos secos cuando se inclinó para despedirse, antes de alejarse en un *rickshaw* rodeada de bártulos, pero no me miró. Nos hemos separado para siempre sin que yo haya conseguido saber si en algún momento ha sentido aprecio por mí. De lo que no me cabe duda es que adoraba a Tomo. La sustituta llegó apenas dos horas después de la marcha de Fukuda: es una mujer bastante mayor que ella, muy solemne y discreta con su kimono de color marrón oscuro y su *haori* negro. Me di cuenta de que a Misao le cayó mal nada más verla y tuve enseguida la sensación de que, con Okuma San en la cocina, la atmósfera de nuestro pequeño hogar iba a cambiar, y no precisamente para bien. Sin embargo, es justo concederle un periodo razonable de prueba antes de quejarme. Kentaro dice que la señora «entiende» de cocina extranjera, signifique lo que signifique eso, pero si empieza a servirme delicados suflés elaborados no sé cómo en un brasero de carbón vegetal, no tardaré en considerar a Okuma San como un tesoro de valor incalculable.

Unos cuantos días antes de que Fukuda se marchara, le pregunté a Kentaro si debía darle una propina y él me respondió que no era necesario, que la habíamos tratado muy bien. Luego le aclaré que le daría la propina del dinero que yo me había traído de Escocia y no del dinero que estaba dentro del pez, ahora a buen recaudo en un banco para que vaya dando intereses. Al oírme, Kentaro sonrió de inmediato y me dijo que hiciera lo que me pareciera bien. Kentaro no es nada tacaño con el dinero. Después de Richard, supongo que esperaba que todos los hombres lo fueran, al menos un poco, pero parece que el conde Kurihama siente por el peculio el desdén propio de un samurái. Aunque también podría tratarse, claro, de la indiferencia de un rico hacia algo por lo que jamás ha tenido que preocuparse.

Le di veinte yenes a Fukuda, que es bastante más, creo, de lo que gana en un mes. Al principio se mostró reacia a aceptar el dinero, casi como si no quisiera nada mío, así que finalmente dejé el sobre en la cocina y me marché. No me lo han devuelto.

Creo que nunca me acostumbraré al hecho de que se pueda compartir casa y hábitos de vida con alguien durante largo tiempo hasta el punto de que, al menos en términos físicos, creemos conocer bien a esa persona y que luego, de repente, se cierre una puerta o una verja y no solo no volvamos a ver jamás a la persona en cuestión, sino que, con el tiempo, incluso dejemos de pensar en ella. Apenas me acuerdo ya del pobre Yao, el hombre de los ojos torcidos que tanto lloró en nuestra despedida, y estoy segura de que él tampoco piensa en mí, aunque fue un gran apoyo en los momentos difíciles y me ofreció amabilidad cuando yo no tenía derecho a esperarla de nadie. Me parece tristísimo perder a las personas de este modo. Incluso Jane, mi hija, es ya una silueta detrás de una sábana, como uno de los personajes de aquel juego de salón, el de las sombras chinescas, al que solíamos jugar. A veces me pregunto si bajo los disfraces tras los que me oculto para soportarme mejor a mí misma soy, en realidad, una persona dura y egoísta, alguien que persigue lo que quiere y aparta todo aquello que le pueda impedir conseguirlo. He tratado de fingir que lo que ocurrió en el templo fue casi un accidente, algo que escapaba a mi control. Pero… ¿es posible que deseara a Kentaro desde aquel día en casa de Marie, cuando dijo que Japón cabalgaba a lomos de un dragón? Hace unas cuantas noches, antes de que nos entrara sueño, estuve a punto de preguntarle en qué momento había sentido interés por mí. Pero no lo hice, porque temía su respuesta: que solo le había

interesado porque estaba disponible. No creo que él lo expresara con esas palabras, pero más o menos.

13

Carta de Mary Mackenzie a sir Claude Macdonald, embajador británico en Tokio

Hospital St Luke's, Tsukiji, Tokio
11 de enero de 1906

Querido *sir* Claude:

Jamás pensé que tendría que acudir directamente a usted. Nunca olvidaré la amabilidad que me dispensó en la época en que me casé con Richard, pero, teniendo en cuenta las cosas que más tarde hice, supongo que lamentará dicha amabilidad. No tengo ningún derecho a pedirle ayuda ahora, pero lo hago porque estoy desesperada y no tengo a nadie más a quien recurrir.

No sé qué habrá oído contar usted acerca de mí y de lo que supuestamente he hecho, pero, sean cuales sean las historias que circulan, no estoy –por mucho que la gente lo crea– loca. Lo han definido cortésmente como crisis nerviosa. Estoy en una habitación privada de este hospital y todo el mundo es muy amable conmigo, pero sé que me vigilan. Si esta carta le llega, es porque he conseguido sobornar a una limpiadora para que la envíe. Las enfermeras y los doctores seguramente aceptarían cualquier carta que yo les entregase y prometerían enviarla, pero no lo harían. Puede que me equivoque al aseverar tal cosa, pero no lo creo.

Dicen que intenté asesinar a mi doncella. No es cierto. Le suplico que tenga paciencia conmigo mientras le explico las circunstancias en las que hice lo que hice. Tal vez fuera una especie de locura pasajera, pero, en ese caso, fue el resultado de haber soportado una semana de un dolor tan espantoso que nadie que no haya pasado por lo mismo podrá jamás comprender. Me quitaron a mi hijo. Ahora ya no me cabe duda de que fue algo deliberado, algo que ya estaba planeado desde hacía tiempo: son muchas las pistas que apuntan hacia ese hecho, aunque en los días previos a los sucesos yo no percibí ni una sola de las señales de advertencia. Ahora, tres semanas más tarde, sigo sin saber dónde está mi bebé, pero lo más terrible de todo es que estoy convencida de que todas las personas con las que he estado en contacto –doctores, enfermeras, agentes de policía– saben mucho más que yo acerca de lo que le ha ocurrido a mi hijo, pero tienen órdenes de no contarme nada. Así pues, *sir* Claude, ¿es de extrañar que me haya comportado como si hubiera perdido la cabeza?

Le voy a contar lo que sucedió exactamente y esta es la única verdad, pese a todo lo que le haya dicho la policía o haya leído usted en la prensa. El día en que se llevaron a Tomo era frío y lluvioso, y amenazaba nieve. Yo estaba esperando la visita del hombre bajo cuya protección llegué a Tokio. No había venido desde hacía tres días y estaba convencida de que nos visitaría esa tarde. Mi doncella Misao, que también era la niñera de mi pequeño, dijo que Tomo no había salido a tomar el aire en todo el día y que se lo cargaría a la espalda para llevarlo al río antes de que anocheciera. La ayudé a atarse el niño a la espalda y luego a taparlo con la amplia chaqueta *haori* que llevaba, de manera que solo asomaba la cabecita del niño. Los acompañé a la verja y

los observé mientras se alejaban por la calle en dirección al puente que cruza el canal. Esa fue la última vez que vi a Tomo.

Al cabo de una hora más o menos, al ver que no regresaban, fui a buscarlos y pasé un buen rato recorriendo el dique del río Sumida. Luego, pensando que tal vez Misao hubiera vuelto a casa por otro camino, regresé. La nueva cocinera estaba en casa, pero no Misao ni el bebé. Temí que hubieran sufrido un accidente. Envié a la cocinera a buscar a la policía. Vinieron. Aquella fue la primera de lo que me parecieron un centenar de visitas. Un hombre que no vestía uniforme hablaba inglés bastante bien, pero parecía empeñado en buscar incoherencias en lo que yo le contaba, como si, en realidad, no quisiera ayudarme. Les pedí que se pusieran en contacto con mi protector, pero me informaron de que se había marchado el día antes a Corea para cumplir con sus deberes militares. Mis únicas amigas de verdad en Tokio son una anciana británica a quien no puedo abrumar con mis problemas y una dama japonesa que ya ha tenido bastantes con la policía debido a sus opiniones sobre determinados asuntos. Pero ella, sin duda, me habría ayudado; así que al día siguiente fui al hotel en el que vive: sin embargo, se había marchado a Osaka y no había dejado ninguna dirección en esa ciudad. O, al menos, eso me contaron. Acto seguido, recurrí al doctor que me ha atendido desde que llegué a Japón y que sigue haciéndolo aquí, en el hospital. Se mostró muy amable y prometió ayudarme, pero su ayuda se redujo a darme pastillas para que pudiera dormir. De nada sirvieron. La policía dijo que no había ni rastro de Misao y que no se había registrado ningún accidente en el que se viera implicada una doncella con un bebé a la espalda, ni había en ningún hospital pacientes que encajaran con esa descripción.

Sir Claude, perdí a mi hija por culpa de mis actos. Ahora he perdido también a mi hijo. Supongo que imagina usted cómo me sentí durante aquella primera semana, que ahora me parece tan lejana como si hubieran transcurrido cien años y, al mismo tiempo, tan cercana como si todo hubiera ocurrido ayer mismo. Salí por mi cuenta a buscarlos por la ciudad, siempre con la esperanza de que, al volver a casa, se hubiera producido algún milagro y Tomo estuviera allí esperándome. Pero lo único que encontraba a mi regreso era la casa vacía, excepto por la cocinera, una mujer que no me demuestra la más mínima simpatía. Ahora sé que la eligieron cuidadosamente para sustituir a la chica que me habría ayudado sin dudarlo, pero a la que mandaron lejos de aquí. Dios sabe que, desde que abandoné Edimburgo para venir al Lejano Oriente, me he sentido sola en muchas ocasiones, pero nunca así: durante aquella semana, me convertí en una mujer que vagaba por las calles de una ciudad cuyo idioma ni siquiera podía hablar, buscando a su hijo, acudiendo a la policía una y otra vez para suplicar ayuda. Nadie me la ofreció, salvo la dama inglesa, que quiso acogerme en su casa. Ahora creo que ella probablemente imaginaba lo que le había ocurrido a Tomo, aunque se ha negado a admitirlo las veces que ha venido a visitarme a esta habitación en la que me tienen prisionera. Fue un detalle por su parte querer acogerme, pero yo tenía que regresar a mi pequeño hogar por si se producía un milagro y Tomo regresaba.

Me han quitado a mi hijo y se lo han entregado a alguien para que lo críe. Empecé a comprenderlo hacia el final de aquella semana, mientras permanecía a oscuras entre mis colchas. Puede que durante aquellas primeras noches durmiera a ratos, pero no lo creo. Me encontraba mal con frecuencia. No comía mucho, aunque la cocinera no hacía más que llevarme comida, como si se hubiera empeñado en cumplir con su deber. Debo confesar que la odiaba. Recordaré, durante el resto de mi vida, la frialdad de su rostro cuando me traía una bandeja repleta de esas especialidades «extranjeras»

que, supuestamente, yo deseaba.

Sir Claude, lamento muchísimo escribirle esta carta tan larga; pero, para que usted pueda ayudarme, debe comprender lo que de verdad ocurrió. Las historias que corren acerca de lo que hice no son ciertas. Lo que sucedió fue que oí abrirse la verja exterior a eso de la una de la madrugada, una hora demasiado tardía para que fuera la cocinera que regresaba de la casa de baños. Estaba abajo con mis colchas, así que me puse en pie, me dirigí a la puerta de la cocina y la abrí muy despacio. La puerta corredera de la habitación de la doncella estaba justo enfrente y no me cupo duda de que salían susurros del otro lado de los paneles. Crucé la cocina sigilosamente y escuché de nuevo. Sí, se oían susurros y reconocí perfectamente las dos voces. Abrí la puerta de golpe. Misao estaba arrodillada sobre la estera delante de un cesto de mimbre, guardando su ropa. Había regresado en secreto para recoger sus cosas. Nunca había desaparecido.

Fue entonces cuando me comporté como la loca que dicen que soy. ¿Y le sorprende? Misao trató de correr hacia la puerta de la habitación de la doncella, que da al patio delantero, pero la alcancé y la arrojé a la estera. Admito que me puse a gritar. Chillé el nombre de mi hijo y luego pregunté «Doko? Doko? Doko?», que, como usted bien sabe, significa '¿Dónde?'. Estoy bastante segura de que eso fue todo. Jamás dije que tuviera intención de matarla. Es cierto que le golpeé la cabeza varias veces, pero fue contra la mullida estera, no contra una columna de madera como afirma la policía. No resultó herida. Difícilmente pudo haber sido así, teniendo en cuenta que se liberó de mí, cruzó corriendo la cocina y se dirigió a la parte principal de la casa. La seguí, es cierto, pero por mucho que insistan en ello, yo no llevaba cuchillo alguno. No cogí ningún cuchillo mientras cruzaba la cocina. El que encontraron debió de cogerlo Misao, quien, sin duda, tenía la intención de usarlo para defenderse de mí. Yo pensé que se había dirigido a la habitación de abajo, donde yo había estado durmiendo hasta ese momento, pero no, se había dirigido arriba, probablemente al recordar que las contraventanas de esa planta eran mucho más fáciles de abrir. Yo aún estaba abajo cuando la oí abrirlas. Fui estúpida y decidí subir la escalera en lugar de salir al jardín. Ella saltó. Cuando finalmente llegué a la verja, la calle estaba vacía, pero de todos modos eché a correr. Desde la esquina vi un *rickshaw* que doblaba otra esquina. Era, seguramente, el que la había traído hasta aquí para poder recoger sus cosas. Me resultó imposible seguirlo y me detuve a descansar, apoyada en una valla. Al regresar a casa, la cocinera ya había ido a la comisaría de policía, que está bastante cerca, y un agente me estaba esperando. El hombre que habla inglés llegó enseguida y empezó a hacerme preguntas otra vez. Puede que algunas de mis respuestas sonaran incoherentes. Me custodiaron toda la noche y por la mañana me trajeron aquí. Y esa es toda la verdad.

Sir Claude, no sé muy bien si después de haber llegado a Japón en mis circunstancias sigo siendo ciudadana británica, aunque creo que así debería ser. Tengo en casa, o tenía –puede que los policías lo hayan cogido– un pasaporte británico con mi nombre de soltera, Mackenzie: no lo devolví después de casarme con Richard y empezar a figurar en su pasaporte en calidad de esposa. Si dicho pasaporte me da algún derecho a solicitarle ayuda, entonces lo único que le suplico es que averigüe qué le ha ocurrido a mi hijo Tomo. No le pido a la embajada que intente devolvérmelo, pues me doy cuenta de que eso sería muy difícil, teniendo en cuenta que el padre es japonés y que mi hijo ha nacido aquí. Pero me aliviaría mucho saber dónde está y tener la seguridad de que recibe buenos cuidados. No saberlo es una pesadilla de la que creo que jamás despertaré. Estoy convencida de que, como

embajador, puede usted obtener información de las autoridades japonesas si la solicita. Le suplico que lo haga.

Atentamente,

Mary Mackenzie

Hospital St Luke's, Tsukiji, Tokio
17 de enero de 1906

Me han traído el cuaderno y la estilográfica que pedí, tal vez porque sienten curiosidad por saber qué puede escribir una loca en estas páginas. Espero que disfruten leyéndome mientras hablo conmigo misma, porque no hay nadie más con quien pueda hablar.

Alicia vino ayer. En cierto modo, la he mantenido al margen de todo lo ocurrido, pues me siento lo bastante fuerte para hacerlo. Es tanto por su bien como por el mío. Puede que Alicia sea de la Iglesia alta, pero una parte muy importante de ella ha pasado a ser completamente japonesa. Y es precisamente esa parte la que me observa ahora, como si pensara que ver a alguien en mi situación es realmente muy triste, pero que, en el fondo, lo que me ha ocurrido es por mi propio bien. Si la acusara de pensar que Tomo será mucho más feliz con las personas a las que ha sido entregado, se escandalizaría y aparecería de nuevo su parte inglesa. La parte japonesa, sin embargo, no se escandalizaría. Y no tiene nada de extraño. En muy poco tiempo me he sorprendido a mí misma adoptando ciertas costumbres japonesas a la hora de pensar y hacer las cosas. Alicia lleva aquí treinta años y solo ha visitado Inglaterra en tres ocasiones, ninguna de las cuales ha disfrutado. Así que básicamente profesa una versión japonesa de la Iglesia alta, que no debe de ser muy distinto a profesar el sintoísmo japonés, pues en ambos casos se venera a los antepasados.

Si puedo escribir así, es que estoy mejor. Y en cierto modo, lo estoy si pienso en Tomo solo como el bebé al que he perdido y no voy más allá. Pero si voy más allá y lo recuerdo tumbado en su colcha moviendo las piernecitas, entonces todos los ladrillos del muro que tan cuidadosamente he colocado para fingirme fuerte se vienen abajo y yo, impotente y sin esperanza, me hundo de nuevo en el dolor.

Mi carta a *sir* Claude no ha obtenido respuesta. Tal vez ni siquiera le llegara. Alicia dice que Aiko aún sigue en Osaka, o en algún otro lugar alejado de Tokio. Aunque ninguna de las dos lo dice, ambas pensamos que es muy probable que esté encerrada en la celda de alguna cárcel del sur, que esté más prisionera que yo. Esta mañana, el doctor Ikeda me ha dedicado más tiempo que de costumbre, como si le rondara por la mente algo de lo que quisiera hablar conmigo pero no pudiera, porque hablar nunca se le ha dado bien, ni en inglés ni en su propia lengua. Sea cual sea el papel que ha desempeñado recientemente, de forma voluntaria o porque no tenía más opción, creo que me compadece, y tal vez algo más que eso. Existe una especie de vínculo entre una mujer y el médico que ha traído al mundo a su hijo: en mi caso, la vida de Tomo estaba literalmente en sus manos porque yo no podía hacer nada.

Tal vez quiera explicarme por qué estoy retenida en este hospital cuando es evidente que no existe ningún motivo físico que lo justifique. Si ese es el caso, no tiene de qué preocuparse, porque soy capaz de encontrar la respuesta yo sola. Estoy aquí porque han llegado órdenes de arriba, y no me refiero solo al jefe de la policía de Tokio, sino a alguien que está aún más arriba. Ahora sé que Kentaro pertenece a una de las antiguas familias aristocráticas que aún conservan el poder de hacer lo que les venga en gana sin que nadie se atreva a cuestionarlo. No permitirá que su amante

vaya a la cárcel acusada de intento de asesinato. De todos modos, es una acusación que resultaría difícil de probar en cualquier tribunal honesto, pues no deja de ser la palabra de Misao contra la mía. La cocinera había huido de la casa para ir a buscar a la policía y no vio nada, excepto a mí golpeando la cabeza de Misao contra la estera. Estoy segura de que a esa mujer no le importaría en absoluto mentir para perjudicarme, pero también estoy convencida de que los Kurihama harán lo posible por evitar toda clase de publicidad sobre el asunto, no vaya a ser que salgan a luz los verdaderos motivos de lo ocurrido. Porque, llegado el caso, ya me encargaría yo de que así fuera. Kentaro me conoce lo bastante como para saber cuál sería mi reacción en los tribunales. Así que me tienen aquí «protegida», en un hospital, donde tengo libertad para sentarme en una silla junto a la ventana y contemplar el intento de jardín que ocupa el patio. En un país donde abundan los hermosos jardines, este es bastante triste. Si el tiempo lo permite, los pacientes salen a pasear un poco o más bien a caminar con paso vacilante, como los reclusos enfermos por el patio de una cárcel.

Hospital St Luke's, Tsukiji, Tokio
23 de enero de 1906

Aiko no estaba en ninguna cárcel de Osaka, aunque desde luego se ha arriesgado a que la arrestaran al hablar ante las organizaciones de mujeres que existen en ciudades como Himeji o Hiroshima sobre los derechos de las mujeres en el marco de la Constitución del emperador. Al parecer, las mujeres tienen algunos derechos, aunque los hombres han hecho todo lo que está en sus manos para que no llegue a oídos de ellas. Como ángel de la ilustración, Aiko es peligrosa y, a su vez, está en peligro. Y ella lo sabe muy bien.

La admiro. Ha nacido para llevar la clase de vida que yo habría disfrutado y agradecido, pero el agradecimiento no forma parte de su carácter. En Japón solo existen un centenar de mujeres capaces de cuestionar el mundo de los hombres, y ellos lo saben. Varios detectives seguían a Aiko a todas partes en el sur: vestían ropa de calle, pero no se molestaban en esconderse. También la escuchaban y observaban desde el fondo de los salones en los que daba sus charlas. Aiko está convencida de que tienen órdenes de arrestarla si se atreve a mencionar de nuevo el nombre del emperador Meiji, así que en sus conferencias sobre la Constitución –que, supuestamente, el mismo emperador ha proporcionado a su pueblo– tiene que ingeniárselas para no nombrarlo en ningún momento. Ahora que tengo cierta experiencia con la policía japonesa, temo de verdad por Aiko.

Durante largo rato no hemos hablado de ningún tema personal, ni suyo ni mío, por lo que la conversación resultaba poco natural. Es evidente que ella se ha obligado a venir hoy a verme. Y la culpa es solo mía, pues desde el día en que regresó Kentaro no hice tentativa alguna de ponerme en contacto con ella. Me he ganado su desprecio al convertirme en una mujer dispuesta a sentarse tras una valla de madera esperando para complacer a su señor. Ella sabe tan bien como yo que si Kentaro no me hubiera arrebatado a Tomo, yo aún seguiría sentada detrás de esa valla.

No estábamos hablando de nada interesante –me parece que comentábamos la comida del hospital–, cuando, de repente, la certidumbre de lo que ha ocurrido me ha golpeado con fuerza, como aún suele sucederme cuando creo que he conseguido mantener a raya mis sentimientos. Quiero estar con Tomo. Y, casi como si me arrancaran las palabras, he gritado: «¿Qué han hecho con él, Aiko?».

Ella no me estaba mirando, pero lo ha hecho en ese momento. Me ha parecido ver algo cercano al miedo en su mirada. Ha transcurrido un largo rato, hasta que finalmente ha dicho: «¿Es que el conde Kurihama no te insinuó siquiera lo que deseaba para el niño?». He negado con la cabeza y luego le he contado que, para mí, fue una alegría ver que se había encariñado con Tomo, ver que lo aceptaba.

Y entonces Aiko ha empezado a hablar, muy rápido. Mi desgracia, según ella, era precisamente que el conde hubiera aceptado al hijo que había tenido conmigo, porque eso significaba que lo consideraba un Kurihama. La legitimidad no tiene la menor importancia en Japón. Lo que sí habría importado hubiera sido que el niño tuviera un aspecto occidental. Si yo hubiera sido una mujer pelirroja de ojos verdes y Tomo hubiera heredado de mí esos rasgos, el barón jamás lo habría reconocido como un vástago de los Kurihama. Así pues, había perdido a mi bebé porque parecía totalmente japonés. Un hijo aceptado por el conde tenía muchas posibilidades de ser adoptado por una buena familia, probablemente en algún lugar alejado de la capital, como Kioto u Osaka. Se convertiría en un *yoshi*, un hijo adoptado: como tal, llevaría el apellido de sus padres adoptivos y, con el tiempo, se casaría con la hija de estos. Por mucho que sus palabras me resultaran casi brutales, Aiko solo estaba resumiendo lo que yo vagamente recordaba haber leído en alguna parte: que las familias de clase alta no dudaban en perpetuar su apellido gracias a ese sistema. Y eran muy pocas las familias del país que, queriendo adoptar un heredero de su linaje, rechazarían a un niño con la sangre de los Kurihama, por mucho que la madre fuera una extranjera.

Me han invadido las náuseas y mi protesta ha resultado demasiado débil: «¿Es que las mujeres no tienen ningún derecho en este país?». La respuesta de Aiko ha sido áspera: «No. Y tampoco es que tengan muchos en el tuyo. Perdiste a tu hija, ¿recuerdas?».

La verdad es que no he llorado mucho desde que me quitaron a Tomo. En una o dos ocasiones he tenido la sensación de que me despertaba llorando, con las mejillas húmedas, pero, en general, ha sido más bien como si mis lúgubres pensamientos hubieran secado las lágrimas y me negaran el alivio de derramarlas. Sin embargo, en ese momento, sentada delante de Aiko, he empezado a llorar. No de forma lastimera, no entre desagradables hipidos, pero sí sin poder controlarme. De repente, Aiko se ha puesto en pie y se ha arrodillado junto a mi silla. Yo me he inclinado hacia delante y ella me ha rodeado los hombros con un brazo. «Mary, Mary», me ha dicho. Y luego, con cierta torpeza, como si nunca hubiera abrazado a nadie ni la hubieran abrazado a ella, me ha apoyado la cabeza en su hombro. Y así es como he llorado durante, creo, largo rato. Mi tristeza ha obtenido cierto alivio.

Hospital St Luke's, Tsukiji, Tokio
3 de febrero de 1906

La embajada británica recibió mi carta sin problemas y, tras estudiarla durante dos semanas, me la han devuelto en el interior de un sobre grande de apariencia notable. Antes de abrirlo, he contemplado la cimera grabada del rey Eduardo, mientras me preguntaba si alguno de sus súbditos ha conseguido distanciarse tanto de su monarca, en cuerpo y mente, como yo. Las páginas que escribí bajo tensión han caído del sobre y me han regañado por haberme dirigido a las autoridades en un lenguaje tan íntimo. La carta de la embajada ahondaba en la reprimenda. Ni siquiera es de *sir* Claude, sino que la firma el primer secretario, quien me informa de que en el sobre encontraré, adjunta, mi carta a su excelencia y luego, en un lenguaje cortés y formal, me

comunica que el plenipotenciario de su majestad británica en Japón se lava las manos de cualquier responsabilidad para con Mary Mackenzie, o Mary Collingsworth, o como ahora me haga llamar. Me recomienda que me dirija al cónsul británico, quien, bajo determinadas circunstancias, se halla en situación de organizar la repatriación de ciudadanos británicos a su país. Se me recuerda que mi hijo no solo es japonés por nacimiento, sino también por el reconocimiento de la paternidad, que no ofrece lugar a duda. Dadas las circunstancias, y según las prácticas legales tanto británicas como japonesas, la nacionalidad de la madre es irrelevante. En opinión del primer secretario, mi hijo no ha desaparecido, sino que ha sido apartado de la custodia de su madre por una persona, o personas, con la autoridad necesaria para hacerlo. Debo ser consciente de que la situación se complica aún más por tratarse de un hijo ilegítimo, por lo que solo podrá ser considerado legítimo en algún momento del futuro si reside en el país. La embajada británica no puede en ningún caso interferir en una situación como la descrita, cosa que el primer secretario está seguro de que, tras una breve reflexión, comprenderé. Se reitera en su anterior propuesta de contactar inmediatamente con el consulado británico, que sin duda podrá, al menos hasta cierto punto, aliviar mi angustia.

Todo lo que acabo de escribir se basa en lo que recuerdo, pues he sido lo bastante estúpida como para romper en pedazos la carta del primer secretario en cuanto he terminado de leerla. También incluye una advertencia: si, por el motivo que sea, tengo la suerte de encontrar a mi hijo y luego intento sacarlo del país, estaré cometiendo un grave delito según las leyes japonesas. Lo que quiere decir es que la embajada no me enviará paquetes de comida a la cárcel.

Hace quince días, o incluso una semana, esa carta me habría hundido en la desesperación. Hoy, en cambio, estaba lista para recibirla. Todo el mundo quiere que abandone Japón lo antes posible, aunque sea el contribuyente británico quien tenga que pagar el precio de mi pasaje en segunda clase en un buque de la compañía P&O con destino a Londres. Pues no pienso irme. Que los japoneses me deporten si quieren, aunque no creo que lo intenten: como deportada, podría hablar con algún reportero del *Japan Advertiser*, periódico cuyo redactor jefe es también el corresponsal del *Times* de Londres. Si se hiciera público mi caso, podría convertirse en una desagradable nota al pie en el Tratado de Alianza y Amistad que recientemente han firmado Gran Bretaña y Japón. Y si, con eso, alguien piensa que me estoy dando demasiado importancia, no hay que olvidar que lo último que desea Kentaro es que él y la familia Kurihama queden bajo la potente luz de los focos. Puede que todo esto me haga parecer fría y calculadora, pero así es como debo comportarme ahora si quiero sobrevivir.

Para empezar –no se lo he dicho a nadie– pienso abandonar el hospital St Luke's hoy mismo. La ropa que llevaba cuando me trajeron aquí está colgada en el armario: después de comer, durante la hora de reposo, me la pondré y luego bajaré a la entrada del hospital, donde siempre hay *rickshaws* disponibles.

Hotel Okatsu, Ekoro Machi, Azabu-Ku, Tokio
4 de febrero de 1906

El hotel de Aiko es bastante triste. Un olor a fritanga recibe a los huéspedes en la misma entrada. La habitación desde la que escribo no es que esté sucia, pero tiene un aire descuidado, como si las doncellas no tuvieran ni idea de cómo cuidar los muebles «extranjeros». Esta noche, por primera vez desde que llegué a Japón, dormiré en una

cama. La cama tiene un colchón de pelo y un somier de muelles medio hundido. Los únicos objetos bonitos de la habitación son el aguamanil y la jofaina del lavamanos, que son de elegante cerámica azul holandesa. Me pregunto cómo habrán llegado hasta aquí. Las paredes son de fino papel y, desde la habitación de al lado, me llega una tos de fumador.

Aiko está en Sendai, como yo ya sabía. El recepcionista se ha puesto un poco nervioso cuando le he preguntado si volverá mañana. Más nervioso se pondrá cuando llegue la policía y empiece a hacerle preguntas sobre mí. Puede que el mismo detective que espía a Aiko se dedique a espiarme también a mí, aunque los japoneses no tienen necesidad de economizar con la mano de obra.

Estoy aquí sentada, con mi cuaderno abierto sobre un tapete de encaje hecho a máquina y amarilleado por el paso del tiempo. Supongo que debería sentirme deprimida, pero no es así. La emoción que experimenté al abandonar el hospital y dirigirme a la casa que Kentaro había alquilado para su amante extranjera aún no ha desaparecido. Es casi como aquella imagen que vi, en la que aparecían nadadores hawaianos que cabalgaban sobre olas gigantescas subidos en sus tablas. Todo se basa en una cuestión de equilibrio: la más mínima vacilación y te caes. Yo estoy decidida a mantener el equilibrio. Aún conservo el dinero que me dio Kentaro y estoy decidida a usarlo. Al fin y al cabo, me lo he ganado.

Tal y como esperaba, Okuma San estaba en la casa en calidad de portera: la sorpresa y la conmoción que he observado en sus facciones son, sin duda, las primeras expresiones reales que veo en su rostro. No me dio explicación alguna. Me limité a ordenarle que llevara a la habitación de abajo mi baúl de viaje, que estaba guardado en un cobertizo exterior. Fui arriba a preparar mi maleta y la bajé yo misma. Pasé un momento difícil mientras descolgaba de su clavo un cuadro enrollable de cigüeñas que compré en un puesto del mercado nocturno, porque, mientras lo hacía, una de las pelotas de Tomo cayó de un estante y se alejó rodando por la estera. Y entonces, sobre una repisa, vi colocadas en hilera las figuras de origami que Kentaro había hecho para su hijo.

Okuma trajo el baúl, jadeando y resoplando, tras lo cual se escabulló sin decir ni una palabra. Un segundo más tarde oí el sonido de sus zuecos al cruzar al patio y corrí rápidamente tras ella sobre las baldosas, calzada solo con medias. Le estaba diciendo al conductor del *rickshaw* que se marchara. Le grité las palabras más feas que conozco en japonés –«Dame! Bakayaro! Ike!»– y ella huyó, probablemente para dirigirse a la comisaría. No sé si volvió con un agente, pero si fue así, lo único que encontraron fue la casa vacía.

La policía, desde luego, no tardará mucho en dar conmigo, pues el recepcionista ya debe de haber informado sobre mi llegada aquí, pero no tengo la menor duda de que, en este caso, la burocracia juega a mi favor. Antes de dar cualquier paso para ponerme de nuevo bajo custodia, es necesario informar a Kentaro, que está en Corea. Cualquier intento de sacarme de este hotel, incluso de noche, podría acabar provocando un escándalo. Por otro lado, ya debe de saberse que me puse en contacto con la embajada británica, aunque no haya servido de nada. Sospecho que la policía recibirá órdenes de no hacer nada de momento, excepto vigilarme. Las armas que tengo a mi disposición son endebles, pero estoy aprendiendo a usarlas.

Supongo que entiendo a Kentaro mucho mejor de lo que él me entiende a mí. Intenté odiarlo durante un tiempo, para intentar eludir mi dolor, pero no pude. Kentaro sabía perfectamente que jamás habría podido convencerme para que aceptara la idea de que Tomo fuera adoptado por una familia japonesa, así que cumplió de

nuevo con su deber. A juzgar por el momento elegido, justo antes de que lo destinaran, es probable que no soportara la idea de quedarse aquí y presenciar el sufrimiento que él mismo me había causado. Tal vez me esté halagando a mí misma al pensar que le importo hasta ese punto. Es posible que Kentaro crea que, con el tiempo, llegaré a entender por qué ha actuado de esa manera. Y lo cierto es que lo entiendo, pero lo que no puedo hacer en este momento, ni podré hacer jamás, es admitir que lo ha hecho por el bien del niño. Y, precisamente por eso, ya no puedo seguir viviendo bajo su protección, ni podré jamás.

He empezado a rezar de nuevo: no por mí, como hacía en aquel barco durante el tifón, sino por Tomo. No tengo la sensación de que mis plegarias estén siendo escuchadas. Si lo pienso bien, me parece que jamás llegué a rezar por Jane, ni siquiera cuando más triste me sentía por haberla perdido. Tal vez sea porque tengo la sensación de que nadie que esté bajo la tutela de los Collingsworth en Norfolk necesite también la ayuda de Dios

Hotel Okatsu, Tokio
6 de febrero de 1906

Aiko desaprueba totalmente mis planes y sus objeciones me hacen pensar en las que pondría mi madre. Sí, tal vez Aiko esté dispuesta a morir por cualquiera de esos principios a los que se entrega en cuerpo y alma, pero su determinación está aún muy condicionada por su origen familiar y el lugar que ocupa en la sociedad. Pese a estar divorciada, sigue siendo la auténtica baronesa Sannotera y es evidente que considera a la nueva baronesa una mujer sin valor alguno, excepto por su capacidad de tener hijos. Tras ese fervor de Aiko, percibo una especie de actitud caritativa, como si se viese a sí misma como un ser superior que se dedica a hacer buenas obras entre los seres inferiores. En secreto, intuyo también que piensa que la docilidad de las mujeres japonesas ante los hombres es más propia de borregas estúpidas. Ella quisiera liderarlas en una gran procesión, enarbolando pancartas, pero ellas prefieren quedarse en casa cosiendo sus kimonos y barriendo sus esteras, y se niegan a desfilar detrás de nadie. El discreto respeto que le inspira mi valiente gesto de abandonar la protección de Kentaro se esfumaría al instante si supiera que uso su dinero para pagarme el alojamiento y la comida, y que seguiré haciéndolo hasta que mi rinconcito se acabe. La única forma en que he declarado mi independencia es negándome a aceptar más dinero de él, en el caso de que me lo ofrezca. Aunque Aiko está de acuerdo en que debo buscarme un trabajo –e incluso en que debo cobrar por dicho trabajo–, debe de tratarse de algo acorde con una mujer de mi posición. Lo que se niega a ver es que, si yo hubiera tenido alguna posición social en el sentido en que ella lo dice, la perdí en el instante mismo en que me convertí en la amante de Kentaro.

Debo contar con la ayuda de Aiko para llevar a cabo mis planes, pues necesito una intérprete. También preciso de los excelentes modales de la baronesa para poder enfrentarme a los elementos hostiles, que, sin duda, serán muy poderosos. Poseer excelentes modales es algo que hasta ahora nunca se me ha dado bien –ni creo que se me dé bien jamás–, lo cual se habría convertido en una tremenda desventaja como esposa de un Collingsworth. Da la sensación de que las damas que aparecen en los retratos de Mannington se han convertido, con el paso del tiempo, en dragones que acechan tras la lujosa plata del servicio de té de la familia. Las personas que aparentemente me aceptan lo hacen porque les parezco una cosita insignificante, alguien que, con toda probabilidad, no se atreverá nunca a desafiarlos ni a luchar por

su condición social según los protocolos. Ahora me doy cuenta de que en eso se basaba precisamente mi amistad con Marie: yo no suponía la más mínima amenaza para la reina de la sociedad pekinesa, reconocida como tal por todos los hombres, aunque no por las mujeres.

Es fácil amar a quienes no suponen una amenaza para nosotros. Recuerdo ahora aquella espantosa cena en el templo, cuando tanto Marie como Armand sabían que yo acababa de estar con mi amante. Marie me ignoró durante toda la cena. Estaba escandalizada, pero no por mi degradación moral, sino más bien por el hecho de que alguien a quien le había brindado su afecto se hubiera atrevido a salirse del papel que ella le había asignado. Creo, además, que Marie también encontraba atractivo a Kentaro y no comprendía qué era lo que él había visto en mí. Puede que me perdonara más tarde, cuando entrevió lo que seguramente es la verdad: que el conde Kurihama se había limitado a tomar lo que se le ofrecía. Aun así, supongo que debía encontrarme, al menos, aceptable: conservo su poema, aunque haya perdido a su hijo.

Hotel Okatsu, Tokio
10 de febrero de 1906

Me sentía agotada cuando hemos vuelto al hotel después de lo que, sin duda, puede considerarse un triunfo de Aiko contra todo pronóstico. Cuando me siento así de cansada lo único que deseo es recuperar a mi niño, por alto que sea el precio que tenga que pagar personalmente. Me he quitado las prendas que, con tanto esmero, me había puesto para nuestra cita en los almacenes Matsuzakara y me he dejado caer en la cama. No tengo ninguna fotografía de mi hijo y no me llevé de la casa ningún objeto que le hubiera pertenecido. Nunca veré crecer a Tomo, nunca veré su rostro de niño transformarse en el de un adulto. A estas alturas, ya debe considerar madre a otra mujer. Odio a Kentaro. ¡Lo odio!

A veces es mejor dar rienda suelta a los sentimientos, en lugar de intentar controlarlos. Solo desde que escribo estoy más calmada. No sé si es cierto que lo odie. El deber, una vez que él tiene claro cuál es, o cree tenerlo, es lo más sagrado de su vida. Todo debe ser sacrificado en aras del deber. Trabajar todos los días es justo lo que necesito, volver a casa por las noches tan cansada que no me queden ganas de pensar en nada más.

Aiko no quiere contarme cómo ha organizado la entrevista de hoy en Matsuzakara, pero creo que, después de haber aceptado finalmente ayudarme, ha recurrido a un método que poco tiene que ver con su forma de afrontar las cosas y que básicamente consiste en utilizar ciertos contactos que normalmente despreciaría, entre ellos, su exesposo. A las dos en punto hemos subido con el ascensor hasta el despacho privado del señor Hiro Matsuzakara. Nos ha recibido su secretario en una sala que, a excepción de un escritorio, unas cuantas sillas y un suelo enmoquetado, tenía un aire totalmente japonés. Varios paneles de papel ocultaban, desde el interior, las ventanas de un edificio moderno. Los adornos formales se reducían a un pequeño ciruelo en flor y un cuadro enrollable que representaba una cascada.

Puede que Aiko se haya visto obligada a esperar en las comisarías de policía, pero no está acostumbrada a hacerlo en la antesala del despacho de un ejecutivo de la nueva clase rica de Tokio. Yo tenía la sensación –y creo que el joven secretario también, pues parecía muy nervioso– de que en cualquier momento se levantaría de su silla, se dirigiría a la puerta interior corredera y la abriría de golpe antes de que nos llamaran. A los hombres japoneses les resulta muy intimidante, pues tienen el

convencimiento de que Aiko hará probablemente lo contrario de lo que ellos esperan de nuestro sexo.

Me cuesta adivinar la edad de los hombres japoneses, pero diría que el señor Hiro Matsuzakara debe de rondar los sesenta y pocos. Tiene la cara redonda, lleva el pelo muy corto y luce unas gafas que agrandan sus ojillos de mirada nada benévola. Sabía muchas cosas acerca de Aiko, aunque ella jamás habría admitido saber mucho sobre él, y ha resultado obvio que no se profesan mucho aprecio. En lugar de sentarse torpemente en el borde su silla, como haría una dama japonesa, Aiko se ha apoyado en el respaldo con los pies firmemente asentados en el suelo, como si esa postura la ayudara a lanzar palabras hacia el otro lado de un enorme escritorio de madera negra sobre el cual descansaban muy pocos objetos, a excepción de un jarrón que contenía el lirio de rigor. Se han turnado los dos para hablar a toda velocidad, ignorándome por completo, por lo que me he sentido como una niña a la que llevan a una nueva escuela que sabe que no le va a gustar. El director de la escuela tampoco quería admitirme, pero que finalmente lo haya hecho demuestra las presiones a las que se ha visto sometido. Está claro, pues, que los antiguos amigos de Aiko aún están dispuestos a ayudarla en un asunto tan poco comprometedor como buscarle trabajo a alguien. De repente, el señor Matsuzakara ha vuelto la cabeza hacia mí y ha empezado a hablar de un modo completamente distinto a como lo había hecho en japonés. En lugar de disparar una palabra tras otra, daba la sensación de que tenía que buscarlas una a una y pronunciarlas con gran dificultad.

–¿Cómo… usted… *vendel*… *mistidos*?

He tardado más de medio minuto en comprender lo que me estaba preguntado: que cómo tenía pensado vender sus vestidos. Me había mandado, pues, una señal medio en inglés para hacerme saber que no me hacía falta usar a mi intérprete. Yo no tengo ni la más remota idea de cómo vender ya no solo vestidos, sino nada en general, pero he tenido la sensatez de abordar primero el lado más doméstico, es decir, la forma en que se ofrecen los productos al público en la sección de vestidos, que, en mi opinión, es muy pobre en comparación con otras secciones de los almacenes. A partir de ahí, me he ido animando y le he dicho que los vestidos en sí están pasados de moda entre diez y veinte años, que en Londres los vestidos de sus maniquíes solo podrían encontrarse en tiendas de vestuario de teatro». Aiko ha tenido que traducir lo de «vestuario de teatro, pero, por lo demás, no ha habido otras interrupciones: el señor Matsuzakara me observaba fijamente mientras escuchaba y solo algún que otro destello de sus gafas me indicaba que había movido la cabeza unos milímetros. Se parecía un poco a esas ranas que suelen pintarse sentadas en una hoja de loto, motivo recurrente en la pintura japonesa, y daba la sensación de que en cualquier momento abandonaría la inmovilidad absoluta con un salto inesperado. La idea de que el señor Matsuzakara saltara hacia mí por encima de su escritorio debería haberme desanimado, pero, por algún motivo, no ha sido así. Me ha escuchado, luego se ha producido una larga pausa, después ha llamado a su secretario y este ha convocado de inmediato a un tal Hinobe. El señor Matsuzakara nos ha explicado entonces quién se iba a unir a la entrevista.

–Hinobe *lesponsable mitidos inglese señola*.

No hemos tenido que esperar mucho a que llegara el director de la sección de moda extranjera. Era un hombre de unos cuarenta y tantos, o quizá cincuenta y pocos, con el pelo negro salpicado de canas, un traje gris de estilo europeo y la piel también gris. Me ha parecido que tenía la espalda ligeramente encorvada cuando finalmente se ha incorporado, después de inclinarse tres veces ante su jefe, que estaba a escasa

distancia. Hay quien dice que el rostro de los japoneses es impenetrable, pero yo ya no lo creo. El señor Hinobe me estaba mirando con un profundo odio que, estoy casi segura, no disminuirá nunca.

14

Carta de Mary Mackenzie a madame De Chamonpierre en Washington D.C., Estados Unidos

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
3 de diciembre de 1906

Mi queridísima Marie:

Eres, sin duda, una amiga leal. Yo no te he escrito durante un año, pero en el momento en que recibes una carta mía, y pese a la ajetreada vida que debes de llevar en Washington, te sientas a escribirme. No tengo palabras para expresarte lo mucho que eso significa para mí, viviendo como vivo. Muchas gracias, también, por lo que dices sobre Tomo y por lo que no dices. Sé que aquí mucha gente cree que era lo mejor para él, aunque, desde luego, no lo manifiestan delante de mí. Ciertamente no he superado el dolor por todo lo ocurrido, pero, al menos, me he adaptado, y supongo que eso ya es algo.

Dices que en mi anterior carta no te contaba gran cosa acerca de la vida que llevo aquí. En realidad, no hay mucho que contar. Vivo en una pequeña casa de un barrio periférico en el que nadie quiere vivir. La casa se cae a pedazos, así que el alquiler es muy barato. Me levanto todos los días a las siete para salir de casa a las ocho y hacer un trayecto de una hora en tranvía hasta el centro de la ciudad. Mi empleo en los almacenes Matsuzakara significa que a las nueve, o un poco más tarde, empiezo una larga jornada de probar vestidos europeos a mujeres japonesas cuyos cuerpos no están pensados para lucir nuestra moda. A la una voy a comer a un pequeño restaurante situado detrás de Ginza, donde la comida «extranjera» es, al menos, comestible. Hacia las cinco y media o seis de la tarde cojo otro tranvía de vuelta a Otsuka, donde mi doncella para todo ya me tiene preparada la cena.

La casa tiene una habitación arriba y dos abajo y, dado que la doncella tiene que dormir en una de las de abajo, casi nunca nos separan más que unos milímetros de papel. Estamos físicamente tan cerca la una de la otra que a veces ¡hasta me parece escuchar los pensamientos de Hanako!

¿Qué hago para distraerme? Bueno, ya te hablé de mi amiga la baronesa: de higos a brevas vamos juntas al teatro, porque eso forma parte de mis clases de japonés. Aparte de eso, a principios de otoño exigí a mis reacios jefes que me dieran vacaciones, y la baronesa y yo pasamos tres deliciosos días en la casa que tiene su exmarido en Kamakura. Fui a nadar todos los días y probé la vida que llevan los japoneses ricos. Si te digo la verdad, es una vida muy discreta, pues las inmensas mansiones están ocultas tras aburridas vallas y modestas verjas para no irritar al proletariado, es decir, a las personas como yo. No tengo ni idea de lo que piensa la actual baronesa respecto a la cordial relación que mantiene su marido con su primera esposa –tan cordial que incluso le presta la casa–, aunque me lo puedo imaginar.

Soy muy pobre. Lo que me pagan en Matsuzakara se considera un salario más que respetable para una mujer, pero aun así sigue siendo una miseria. Sin embargo, me las apaño, sobre todo porque aquí la comida es barata. Voy a hacer la compra los domingos, pues los almacenes en los que trabajo han adoptado la costumbre europea de cerrar ese día. En mi barrio, en cambio, no parece que las tiendas cierren nunca. Aunque decidiera hacer la compra a las diez de la noche, hallaría muchísimos comercios abiertos. Ya no me desplazo en *rickshaws*, ahora siempre cojo el tranvía: las líneas de tranvías ya llegan a toda la ciudad y funcionan muy bien, aunque van siempre abarrotadas. Cuando voy a trabajar por la mañana casi nunca encuentro asientos vacíos y lo mismo a la vuelta, lo cual es bastante agotador después de haberme pasado todo el día de pie.

Leo mucho, todo lo que cae en mis manos. Me compré seis volúmenes de la Enciclopedia Británica, décima edición, en un tenderete nocturno. Son los que van de KYS a PAY y me los estoy leyendo de cabo a rabo, así que algún día seré la mujer mejor informada del mundo en todos los asuntos que van de KYS a PAY. Seis volúmenes de un total de veintiocho deben de contener, sin duda, una buena porción del conocimiento humano. Luego están las clases de japonés: me las da un estudiante de la Universidad de Waseda a cambio de clases de inglés. Es lo que creo que ahora en Estados Unidos llaman «un ligue»; nos conocimos en un tranvía. Un poco desvergonzado por mi parte, pero una mujer en mi situación puede mostrarse desvergonzada sin que eso le quite sueño.

Desde luego, no voy a perder el sueño por Akira Suzuki: tiene diecinueve años y es muy dulce, aunque no tiene pinta de reírse mucho. Se pone muy serio cuando habla sobre la filosofía moral alemana, especialmente sobre un tal Kant. Dado que mi volumen KYS no contiene ninguna entrada sobre Kant, no puedo mantener un debate sobre ese tema con Akira, lo cual parece que es una decepción para él. Al terminar nuestra quinta o sexta clase aquí, en esta minúscula casita, me soltó de repente que creía que una esposa extranjera le sería de gran ayuda en su carrera como profesor de filosofía europea y me preguntó si estaría dispuesta a casarme con él. Pude esquivar el problemilla diciéndole que, por lo que yo sé, sigo casada. Akira esperó otras tres clases antes de regalarme lo que a mí me pareció un libro de grabados a color, pero que resultó ser una serie de imágenes muy gráficas de las relaciones íntimas entre hombres y mujeres. Mi reacción ante aquella no demasiado sutil insinuación de iniciar otro tipo de relación fue envolver el regalo de Akira en un paño ceremonial, que aquí llaman *furoshiki*, y devolvérselo a la semana siguiente junto a una bolsa pequeña de naranjas. Le gusta mucho la fruta. Ahora estoy esperando, pero sin ponerme demasiado nerviosa, su siguiente paso. Tengo la absurda sensación de que a este muchacho y a mí nos separa una vida entera, pese a que solo soy cinco años mayor que él.

Mi situación es bastante curiosa. Nadie puede negar que, en los diez meses que llevo en la sección, el negocio ha mejorado muchísimo. Y eso tiene bastante que ver conmigo, no necesariamente gracias a mis dotes como vendedora, aunque tampoco se me da mal del todo, sino al interés que despierta el hecho de que una mujer extranjera trabaje en unos almacenes japoneses. La noticia se publicó en uno o dos periódicos locales, lo cual hizo que muchas mujeres vinieran a cotillear. A unas cuantas de ellas las perseguí, con una crueldad que te sorprendería, hasta que compraron un vestido. Los modelos que se vendían eran horribles cuando empecé a trabajar, pero ahora han mejorado mucho. Creo que la idea de enviar a un comprador a Europa ni siquiera se les había ocurrido y, cuando insinué que la inversión tal vez

valiera la pena, el propietario se horrorizó y me dijo que mi tarea consistía en idear diseños para que los fabricaran las mujeres y chicas japonesas que trabajan en los almacenes y que se pasan largas jornadas cosiendo a mano y a máquina. Y eso es lo que hago, aunque la mayoría de mis *diseños* son patrones en papel sacados directamente de revistas inglesas de corte y confección. De vez en cuando trato de diseñar algo; uno o dos de esos *modelos* han tenido cierto éxito. Lo más importante es diseñar para mujeres de piernas cortas.

He convencido al señor Matsuzakara para que abra una sección de corsés junto a la de moda. Parece que es algo que jamás se les había ocurrido y que, en mi opinión, hace mucha falta. El cuerpo de las japonesas hay que coaccionarlo para que se parezca, aunque sea remotamente, a una figura europea, así que también estamos empezando a fabricar nuestros propios corsés en el taller. Gracias a la nueva flota ballenera japonesa, es fácil encontrar huesos de ballenas para las varillas.

Así que aquí me tienes, convertida en vendedora y diseñadora a tiempo parcial, a cargo de un equipo de dos personas: una joven que asegura que algún día trabajará por libre y una señora asustadiza y viuda que no se atrevería a matar ni a una mosca por miedo a perder su empleo. Yo ya no temo perder el mío, aunque al director de la sección le encantaría echarme si pudiera. Sin embargo, sabe –y lo que es más importante, también lo sabe el señor Matsuzakara– que, si me echan, lo primero que haré será bajar por Ginza hasta los almacenes Mitsukoshi, que, además de ser los rivales directos, también son muchísimo más grandes y ya me han contactado de una forma muy indirecta y oriental. Como resultado de ese acercamiento, el señor Matsuzakara me ofreció un aumento de sueldo.

El propietario me prodiga ahora bastante atención. Se dedica a visitar nuestra sección como si le interesara más que ninguna otra y a charlar conmigo en su espantoso inglés, ignorando por completo al encargado de la sección, el señor Hinobe. Por lo que sé de los varones japoneses, es posible que el anciano propietario esté considerando la posibilidad de animar su vejez con una nueva concubina y, por lo visto, me ha elegido a mí como candidata.

Es realmente extraordinario que una persona tan vaga como yo, que ni siquiera se molestó en aprender a cocinar en Edimburgo y que durante años se acostumbró a no hacer absolutamente nada, descubra ahora que, en realidad, le gusta trabajar. Lo que hago me deja los pies destrozados, pero creo que se me da bien. Y tal vez como consecuencia de mi trabajo, últimamente incluso me visto mejor: al parecer, a las modistas que trabajan como esclavas en el taller de los almacenes les caigo bien y, lógicamente, debo promocionar la sección a través de mi persona. Cuando vengas de vacaciones a Japón, Marie, te regalaré un elegante vestido confeccionado aquí con seda de Nagano, que es mi material preferido.

Tal vez creas que mi ambición es convertirme en *couturière*. Abrir la Maison Mackenzie detrás de Ginza, quizá. Desde luego, una iniciativa de ese tipo podría prosperar muy bien aquí, pues cada vez son más las mujeres japonesas que se visten al estilo europeo.

Espero que esta larga carta te ayude a ver que mi vida en Tokio no carece de intereses, ni a veces, incluso, de pequeñas diversiones. No tengo ninguna noticia de mi hijo y creo que la idea es que jamás la tenga. El principal motivo de que yo siga viviendo en este país ya no es que me dé miedo ir a otra parte, sino la esperanza inquebrantable de que algún día me devolverán a Tomo aquí, en Japón. Las castañuelas del sereno cuando hace su ronda aún me despiertan algunas noches y me arrancan de un sueño en el que juego con mi niño, tendidos los dos en la estera de

paja. En esos momentos, mientras mi doncella ronca en el piso de abajo, me siento la mujer más sola de la tierra. Pero tengo amigos de confianza, por lo que a veces doy gracias a Dios, si es que está ahí. Con todo mi cariño para Armand y para ti.

Atentamente,

Mary

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
9 de noviembre de 1907

Sigo sumida en una especie de estado de aturdimiento. Si escribo lo que ha ocurrido, tal vez me dé cuenta de que no es tan grave. Tal vez sea algo que debería haber esperado, pero lo cierto es que jamás había imaginado esa posibilidad.

La importante visita en el minúsculo despacho de Hinobe, al fondo de la sección, vestía un sombrío kimono de señora mayor y un fajín oscuro. Las prendas exteriores eran negras, a excepción del leve moteado blanco de la seda. No lucía ninguno de los tradicionales peinados japoneses, ni tampoco se había aplicado aceite alguno en el pelo. Lo llevaba recogido en un sencillo moño a la altura de la nuca, más o menos como yo. Dado que tenía la cara redonda, el peinado no le resultaba muy favorecedor. Estaba sentada en el borde de su silla con la espalda muy recta, pero no porque el mobiliario extranjero le resultara incómodo, como suele ocurrir, sino porque despreciaba aquella clase de asiento. Sobre la mesa descansaba una bandeja lacada con dos tazas de té verde y un platillo de galletas. Yo estaba bastante convencida de que la dama había rechazado educadamente el tentempié; pero, si Hinobe se sentía desairado, no lo demostraba en absoluto, pues le brillaban los ojos como si apenas pudiera contener la emoción. Me vio entrar, pero decidió ignorar mi presencia durante al menos un minuto, como tiene por costumbre. Así pues, yo también hice lo que suelo hacer en estos casos: presentarme al cabo de tan solo veinte segundos.

Hinobe se fingió sobresaltado por mi presencia, por mucho que él mismo me hubiera mandado llamar, y se mostró exageradamente cortés conmigo, aunque utilizando el lenguaje que reserva para dirigirse a sus inferiores. No era más que otra muestra de la batalla constante que libramos a diario. Me invitó a sentarme, pero, dado que eso suponía rodear su escritorio para coger una silla, no lo hice. La visitante se levantó muy despacio, se volvió, me miró y saludó con una inclinación.

He aprendido mucho sobre los saludos japoneses. Podría escribirse un libro entero sobre ese arte, sujeto a reglas más estrictas que los arreglos florales. Existe un saludo para quienes están al mismo nivel social, que puede variar según las circunstancias del encuentro, y otro para los superiores; un saludo para sirvientes, comerciantes e incluso conductores de tranvía; un saludo de hombres a mujeres, siempre una inclinación superficial, y otro de mujeres a hombres, siempre una inclinación profunda. Luego existe una amplia variedad de saludos entre mujeres, que en sí mismos constituyen un lenguaje propio. Sin decir ni una sola palabra, una mujer puede colocar a otra en el sitio que le corresponde y burlarse si esta no se da cuenta de que se le está asignando una posición social, como suele ocurrir con las recién llegadas al que, probablemente, es el país más educado del mundo. La inclinación de la visitante fue muy generosa, casi como si me considerara una dama. Hinobe, de repente, lanzó el chisporroteo a la mecha de la bomba que yo ya había empezado a oír.

–La honorable dama que se encuentra aquí es, ni más ni menos, que la condesa

Kurihama.

Tanto Hinobe como prácticamente cualquier otro empleado de los almacenes, por no hablar del alto porcentaje de clientas que acuden a mi sección solo para observarme, conocen las circunstancias por las cuales vine a Japón. Dichas circunstancias se hicieron discretamente públicas, supongo que siguiendo órdenes del señor Matsuzakara. No había nada que yo pudiera hacer al respecto, así que no me quedó más remedio que aceptarlo. Lo que me resulta imposible de aceptar es la descarada curiosidad de la condesa, al parecer lo bastante fuerte como para haber motivado una visita a los almacenes con el único objetivo de verme. No es de extrañar, pues, que su saludo me colocara prácticamente en la categoría de dama. Mediante aquella vulgar acción, la condesa se había rebajado y lo sabía. Hinobe habló con una voz de falsete cargada de entusiasmo: «La condesa nos ha hecho un gran honor. Su esposo, el coronel conde Kurihama, acaba de ser nombrado agregado militar en la embajada japonesa de Londres y la condesa ha tenido el detalle de acudir a nosotros al objeto de que le confeccionemos el vestuario adecuado para su vida en Inglaterra. ¿Lo entiendes?».

Lo entendía perfectamente. Significa que me voy a pasar semanas atendiendo a esa mujer, organizando pruebas de corsés, vestidos de día, vestidos de baile, trajes para la corte, sombreros y hasta zapatos. Cada vez que Kentaro salga con su esposa en Londres, contemplará la obra de su amante. No creo que él me la haya enviado, seguramente es ella la que ha preferido venir aquí en lugar de acudir a la mujer rusa de Harbin que está haciendo el mismo trabajo que yo, aunque bastante peor, por lo que he oído, en Mitsukoshi.

De Londres importamos *maniquíes* de modista, que, en realidad, son estructuras de alambre que se pueden modificar cambiando las medidas para convertirlos en duplicados exactos de la figura de la clienta. Yo los uso para todos mis diseños, sean originales o no, y ahora las chicas del taller confían plenamente en ellos. Las medidas deben ser muy precisas y he formado a una modista para que las tome con exactitud, pero Hinobe, casi como si se lo hubiera ordenado la propia condesa, insistió en que las tomara yo personalmente. El minúsculo vestidor y la imagen de la esposa de Kentaro allí de pie, vestida solo con un kimono interior, me provocaron una tensión insoportable. No conseguía comportarme como la profesional que soy. En un momento determinado, de hecho, me di cuenta de que estaba temblando y estoy segura de que ella lo notó.

Ella podría decirme dónde está Tomo ahora, cómo se encuentra mi bebé, pero, si se lo preguntara, negaría saber nada del hijo que tuve con su esposo. No percibí malicia en ella, pero al mismo tiempo sé que se alegraba de tenerme allí, de rodillas junto a ella, con una cinta de medir en la mano. Me trataba del mismo modo en que yo aprendí a tratar a mis sirvientes chinos: aceptas lo que hacen por ti sin reconocer que también son personas. Cuando le pedí a la condesa que se diera la vuelta y levantara un brazo, lo hizo con una discreta sonrisa, pero no dijo nada. Estaba observando su propia imagen en el espejo. Estoy convencida de que, de vez en cuando, me miraba, pero no la sorprendí en ninguna de esas ocasiones.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
17 de noviembre de 1907

Hinobe ha cometido hoy un error de cálculo, cuya gravedad aún está por verse. He

recurrido a la excusa de un ligero resfriado para no estar presente cuando la condesa Kurihama viniera a la primera prueba de un vestido de baile y, en mi lugar, he enviado a una de las chicas del taller. No tengo manera de saber si la condesa se ha quejado, pero Hinobe me ha llamado a su despacho y, al llegar, me lo he encontrado iracundo. ¿Quién me había creído yo que era al enviar a una jovencita para atender a una clienta tan importante como la condesa Kurihama? Se ha puesto a gritar y ha utilizado un lenguaje que le hubiera resultado ofensivo incluso a una mujer de la calle. Yo estaba a punto de marcharme sin decir ni una palabra, cuando ha llegado el señor Hiro Matsuzakara: ha entrado hecho una auténtica furia, por lo que deduzco que nos había estado escuchando. No me he quedado para ver a Hinobe palidecer ante el rapapolvo. He preferido marcharme, pero no para atender a la condesa en el minúsculo vestidor.

Nishi Kogura Machi, 97, Tokio
18 de noviembre de 1907

Hoy no había ni rastro de Hinobe en la sección de moda. A las once, se me ha convocado por el tubo acústico al despacho del señor Matsuzakara. Me esperaba una taza de té con galletas de arroz. Soy la nueva jefa de la sección y mi salario es de ciento ochenta yenes al mes. Es un logro casi increíble para una mujer en Japón, ha venido a decirme el anciano, reconociendo que, sin duda, su decisión iba a traer cola, pero que estaba dispuesto a adaptarse a los tiempos y a darme la oportunidad de demostrar lo que valgo. Sabe perfectamente que ya lo he demostrado, porque, de lo contrario, jamás habría accedido a adaptarse a los tiempos. También sabe que, si hubiera seguido obligándome a trabajar a las órdenes de Hinobe durante mucho más tiempo, yo no habría tardado en marcharme de sus almacenes porque ya no me inquieta en absoluto la idea de buscar otro trabajo en Tokio. Por la tarde me he enterado de que a Hinobe lo han puesto al frente de la sección de juguetes, al fondo de la primera planta. No creo que nos veamos con mucha frecuencia, si es que nos vemos. Diría que las modistas también están satisfechas con el cambio. Estoy en deuda con ellas. De habérselo propuesto, podrían haber conseguido que lo que hago aquí me resultara imposible.

19 de noviembre de 1907

La condesa Kurihama ha venido para otra prueba. No la he atendido yo. Cuando se marchaba, nos hemos saludado y, en mi mejor japonés, le he dicho que esperaba que estuviera satisfecha con los progresos de su vestuario. Ha respondido, en un tono de lo más amable, que lo estaba. Judy O'Grady y la esposa del coronel son, en el fondo, como hermanas, escribió Kipling. Bien, la condesa y yo no lo somos, desde luego.

15

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
8 de diciembre de 1907

Debo impedir que este horrible asunto siga torturándome. La pobre mujer estaba desequilibrada, lo cual no es de extrañar después de haber sido la esposa de Hinobe durante veinte años. Ojalá pudiera dormir. Mis pesadillas son de esas que se tienen cuando se está en vela en una habitación a oscuras. Anoche, el ruido que hacía un ratoncillo al morder la estructura de madera de las esteras me llevó casi al paroxismo. Si yo golpeaba la paja, el ratoncillo se quedaba en silencio un instante, pero luego empezaba otra vez. Por lo general los ratones no me asustan, pero aquel se mostraba tan decidido que estaba convencida de que acabaría abriendo un agujero en la paja y luego empezaría a roer el relleno de mi colcha.

Sabía que aquella mujer no estaba bien bastantes segundos antes de ver el cuchillo. No era la clase de mujer que pudiera estar interesada en nuestra sección: iba desaliñada y llevaba un kimono marrón de un estilo bastante pasado de moda, con bolsillos en las mangas mucho más grandes de los que se llevan ahora. El lugar ideal para esconder un cuchillo. Debió de reconocerme a partir de la descripción que Hinobe le había proporcionado y tuvo que haberme visto de frente, pues la ropa occidental no era suficiente para identificarme; la mayoría de las dependientas visten así. Fue esa mirada la que me puso sobre aviso, además de la expresión de sus ojos al volverse y fingirse interesada en el abrigo de invierno que lucía uno de nuestros nuevos maniquíes de cera. Son muchas las mujeres que vienen a la sección solo para curiosear, sin intención de comprar nada. Tantas, de hecho, que he tenido que desarrollar una táctica para deshacernos de ellas. A una señal mía, o por iniciativa propia, una de las vendedoras se pega a la molesta visitante y discretamente la va conduciendo hacia la salida, como hacen los perros pastores escoceses con las ovejas.

La mejor de mis ayudantes, Emburi San, se acercaba justo en el momento en que la mujer se abalanzó sobre mí. El cuchillo que llevaba en la mano medía, al menos, doce centímetros y lo sostenía por encima de la cabeza para descargar su golpe. Me salvó el mostrador de los guantes. Retrocedí para ocultarme detrás y la mujer tuvo que rodearlo para llegar hasta mí. Emburi San, rápida como un gato que persigue a un pájaro, le arrebató el cuchillo de la mano de un golpe.

Me quedé paralizada de terror durante unos instantes, claro, pero no son esos momentos los que me persiguen ahora, sino los terribles hechos que les sucedieron. Hinobe se cortó el cuello durante la noche y murió desangrado bajo los pinos en los alrededores del Palacio Imperial, abiertos al público. Lo encontró un vigilante del parque por la mañana: a su lado, envuelto en una tela impermeable por si llovía y el agua estropeaba la caligrafía, se hallaba su último mensaje. Había decidido reunirse con sus antepasados porque no deseaba seguir viviendo en un Japón en el que se podía sustituir a un leal y veterano empleado por una mujer extranjera que había llevado una vida inmoral.

No leo japonés lo bastante bien como para entender la prensa, así que le he hecho

prometer a Aiko que me comentará todo lo que se diga sobre mí en los periódicos japoneses, pero me consta que no lo está haciendo. Mi doncella Hanako tampoco es de mucha ayuda: asegura que es analfabeta, o casi analfabeta, pero la he visto con periódicos en las manos y sé que está leyendo las historias que a mí no me llegan a través de Aiko. El *Japan Advertiser* ha sido bastante discreto y, además de referirse a mí como la señora Mary Mackenzie, ha evitado todo sensacionalismo, pero tiene una tirada limitada y, por lo poco que Aiko me ha contado, no me cuesta mucho imaginar que los grandes rotativos de la ciudad empezaron hablando de mí en sus titulares y probablemente aún siguen el tema en las páginas interiores. La prensa japonesa no publica fotografías, al menos que yo haya visto, y tampoco creo que me hayan hecho fotos sin que yo me dé cuenta, pero aun así tengo la sensación de que se me observa como nunca se me había observado. Y tampoco creo que la hostilidad de esas miradas sea cosa de mi imaginación.

Si creyera en las Parcas, que no creo, me resultaría fácil ver lo mucho que se están divirtiendo conmigo. Primero se me permite encontrar un lugar seguro y acomodarme en él y luego, sin previo aviso, me echan a patadas. Casi me parece oír sus risas.

Hiro Matsuzakara me ha defendido noblemente durante este trance, arriesgándose a atraer las críticas de la prensa hacia sí mismo y sus grandes almacenes al no despedir a la mujer que ha causado la muerte de un hombre. Pero lo cierto es que sigo en la sección por un único motivo: el escándalo ha atraído a muchas más curiosas y ha duplicado –como mínimo– la clientela, pues un considerable número de las damas que integran la nueva clase rica de Tokio han decidido, al parecer, que es muy elegante comprarle la ropa a una especie de asesina.

14 de diciembre de 1907

Aiko se acaba de ir. Pretendía asustarme y lo ha conseguido. Quiere que vuelva a vivir con ella en el hotel porque cree que aquí no estoy a salvo. Ha admitido no haberme contado muchas de las cosas que la prensa japonesa ha publicado sobre mí. Mi implicación en el suicidio de Hinobe ha provocado algo más que una pequeña oleada de sentimientos xenófobos. Uno de los periódicos, en concreto, ha hecho todo lo posible por alentar esos sentimientos a través de cartas, artículos e incluso editoriales sobre las sutiles influencias occidentales que se van filtrando con el objetivo de socavar los cimientos de la vida de los japoneses. Aunque yo no soy exactamente el centro de dichos sermones, mi nombre va surgiendo. Aiko afirma haber escuchado ayer, de labios de una fuente de confianza, que la embajada británica arde en deseos de deshacerse de mí porque me he convertido en un motivo de bochorno, y que se ofrecen a hacer todas las gestiones necesarias para sacarme del país si el Ministerio japonés de Asuntos Exteriores decide deportarme oficialmente. No sé si creérmelo o no.

Ayer, la condesa Kurihama canceló su pedido de vestuario extranjero: se llevó dos de los vestidos que ya estaban terminados, pero lo más seguro es que acuda a la rusa de Mitsukoshi para las demás prendas. El señor Matsuzakara no parecía tan preocupado como yo esperaba por haber perdido a esta clienta, pero… ¿por qué iba a estarlo, si cada día nos llegan más pedidos?

No pienso dejar esta casa para vivir en un hotel. Tengo la sensación de que mi mejor oportunidad para salir de esta situación rápidamente es seguir comportándome con normalidad, del trabajo a casa y de casa al trabajo. En cierto modo, bajar del tranvía y recorrer la calle hasta mi casa es como volver a un pueblo. En las tiendas

que voy encontrando –la pescadería, la verdulería– me conocen y el domingo fui a hacer la compra como de costumbre, sin percibir hostilidad alguna. También puede ser que el pueblo que es esta calle no simpatice con el resto de Tokio en lo que a mí respecta y, precisamente por eso, no dude en mostrarme su generosidad. Desde luego, los perros de la zona ya no me ladran cuando paso y el gato rollizo del vecino viene a visitarme los días soleados.

19 de diciembre de 1907

Mi doncella, Hanako, se ha marchado. Ha debido de empaquetar sus cosas en cuanto yo me he ido esta mañana a los almacenes. Ha sido honesta y no se ha llevado nada que no fuera suyo. Akira Suzuki ya hace más de dos semanas que no aparece por aquí para nuestra clase de intercambio.

Aiko y yo nos hemos visto en el pequeño restaurante al que suelo ir a comer. No habíamos quedado, se ha presentado sin más. Hay algo que le preocupa en lo que a mí respecta, aunque por motivos que no me ha explicado: se trata de las sociedades secretas, en concreto la Sociedad del Dragón Negro, que no están dispuestas a permitir que la historia de Hinobe caiga en el olvido. Según dice ella, en la policía abundan los miembros de estas sociedades, todas ultranacionalistas y xenófobas. Algunas de ellas incluso afirman que Japón nunca debería haber abierto sus fronteras al mundo exterior. No parece que ese razonamiento tenga mucha lógica, pues esas sociedades apoyan a los militaristas que tantos éxitos han cosechado en los últimos años fuera de Japón. Aiko, claro, no olvida el brutal asesinato de su abuelo, cosa que hace que su opinión sea bastante extrema, pero, cuando le he preguntado abiertamente si cree que la Sociedad del Dragón Negro tratará de terminar el trabajo que empezó la mujer de Hinobe, ha eludido darme una respuesta directa y se ha limitado a decir que podrían producirse ciertos movimientos destinados a asustarme para que abandone Japón.

Después de esa conversación a la hora de comer, descubrir que Hanako se había marchado no le ha hecho mucho bien a mis nervios, sobre todo después de mi otra experiencia con la huida de una sirvienta. Pero no voy a pasar ni un momento de mi vida escondiéndome en una habitación de hotel. Seguramente resultará inútil tratar de encontrar otra sirvienta, así que todos los días tendré que traerme a casa algo ligero para cenar y también habré de aprender a encender un brasero de carbón vegetal y conseguir que no se apague.

¡Qué valiente soy! Seguro que me pasaré la noche hecha un ovillo en mi cama, aterrorizada, sobre todo si se levanta uno de esos típicos vientos repentinos de Japón y empieza a sacudir las contraventanas.

21 de diciembre de 1907

Creo que me están siguiendo. Intento atribuirlo a mi imaginación, porque, en realidad, no he visto al hombre. Si es que es un hombre. Es más la sensación de que alguien camina detrás de mí a cierta distancia incluso en el centro, a mediodía. He intentado varios trucos para descubrir a mi perseguidor, pero, excepto en Ginza, no hay muchos escaparates que puedan servirme de espejo. Las tiendas de las calles laterales exponen sus mercancías en la calzada, bajo toldos, y no es fácil meterse en una de ellas para mirar disimuladamente hacia atrás. Seguramente es solo que tengo los nervios de punta, por lo que debería acudir al doctor Ikeda y pedirle que me dé

algo para tranquilizarme. O comprarme una botella de *whisky*.

La semana que viene ya estarán puestos los adornos para la celebración del Año Nuevo. Habrá bambú y ramas de pino en todas las puertas y en todas las tiendas. Me gustaría hacer lo mismo que todo el mundo, pero no sé cómo prepararlo sin la ayuda de una doncella. El señor Matsuzakara quiere decorar los almacenes al estilo de la Navidad «inglesa», como dice él, con la intención de imponer a los japoneses otra ocasión para intercambiar regalos. Habrá incluso un árbol y un Papá Noel. Me piden constantemente consejo sobre asuntos de los que sé muy poco, pues la Navidad no se celebra especialmente en Escocia. Lo único que hacía mi madre era ir a misa por la mañana. Nos hacíamos regalos, claro, pero no había ni árbol ni pudin de ciruelas, pues toda esa parafernalia seguía considerándose parte de las prácticas papistas. La idea de pasar sola la Navidad no me preocupa en absoluto, pero sí me aterroriza la idea de un hogar vacío en Año Nuevo.

23 de diciembre de 1907

Anoche se produjo un terremoto. El tiempo tendría que haberme puesto sobre aviso, pues, si bien nevó a principios de mes, de repente empezó a hacer un tiempo más agradable, casi bochornoso: lo que mis doncellas de Tsukiji llamaban «tiempo que anuncia terremoto». Se produjo hacia la una y media de la madrugada, cuando aún estaba despierta: primero fue una especie de quietud, como si los sonidos de la noche se hubieran apagado de repente, y luego un estrépito parecido al de un pesado tren de mercancías cruzando un puente de hierro. En cuanto empezaron los temblores me di cuenta de que aquel terremoto iba a ser muy distinto a los otros que ya he vivido. Me puse el kimono enguatado que uso como bata y ya me hallaba en la estrecha escalera, cuando las sacudidas se volvieron tan violentas que me sentí como si estuviera dentro de un vagón de tren conducido por un maquinista ebrio. Me tambaleé, perdí el equilibrio y fui resbalando hasta caer en una estera, donde tuve la sensación de que me estaban manteando. Por encima de los crujidos y lamentos de la casa me llegaban los gritos de los vecinos que ya habían salido a los jardines. El mío es tan pequeño que la posibilidad de que me cayera una teja encima era muy grande, pero, aun así, tenía que llegar hasta allí. Escuché, procedente de la cocina, un gran estrépito de objetos que caían de sus estantes mientras me dirigía a la puerta corredera exterior, al tiempo que encendía una luz. El resplandor me permitió ver que la única curiosidad de mi jardín, una inmensa camelia, estaba protagonizando una extraña danza, como si de repente la hubiera poseído un demonio pasajero y todo en ella hubiera cobrado vida, hasta las puntas de sus hojas verdes, resistentes al invierno.

No era fácil mantenerse en pie, tenía que separar mucho las piernas para conseguirlo. Avancé así hasta la verja del jardín, donde, con un poco de suerte, no me alcanzarían los tejados de las casas al venirse abajo. Más allá de la valla de madera que envuelve mi casa como si fuera un paquete, la gente seguía gritando. Se veían luces por todas partes, lo cual era una buena señal porque significaba que las líneas eléctricas no habían quedado cortadas. El terremoto cesó antes de que eso ocurriera. Yo estaba observando la verja, cuando vi moverse una sombra justo al lado. La puerta se abrió, la sombra salió a la calle y desapareció.

No hago más que repetirme que tal vez fuera uno de los muchos ladrones que merodean por aquí. Debería acudir a la policía, pero confío en ellos tan poco como Aiko y, de todas formas, ¿qué podrían hacer? En esta ciudad, son centenares los ladrones que actúan todas las noches.

25 de diciembre de 1907

La Navidad «inglesa» del señor Matsuzakara ha sido un éxito: la barba de Papá Noel era tan rala que parecía más bien la de un sabio chino y la música me pareció inadecuada. Habían instalado un fonógrafo Edison en la entrada y una chica se encargaba de hacer girar constantemente la manivela. Al parecer, solo tenían un cilindro de cera disponible, el de *Jingle Bells*. He oído la música de estas máquinas en Escocia, pues uno de los amigos de mamá fue lo bastante estúpido como para comprarse una. Puede que, como novedad, resulten interesantes, pero me cuesta imaginar a un verdadero amante de la música escuchando durante mucho rato ese débil sonido chirriante. Me alegré de que la música no sonara lo bastante alta como para llegar hasta nuestra sección a través del hueco central de los almacenes. A lo largo del día, sin embargo, cada vez que miraba hacia abajo veía una multitud aparentemente fascinada que se apiñaba en torno a la corneta. Supongo que, puestos a inventar cosas nuevas todo el tiempo, mejor que sean juguetes de este tipo y no nuevos instrumentos de guerra; pero si el fonógrafo se vuelve realmente popular y se extiende su uso, puede llegar a convertirse en una tremenda molestia. El mundo ya tiene bastante ruido, no necesita más.

Hoy no tengo que prepararme la cena, pues los almacenes se la obsequian a los empleados que se han quedado a la inauguración. En realidad, somos todos, porque nos *invitó* el señor Matsuzakara en persona y nadie se atreve a rechazar sus invitaciones. La cena nos la envió empaquetada desde un buen restaurante, pues, por una vez, los trozos de tentáculo de pulpo eran comestibles, si bien no precisamente deliciosos. Creo que los habían cocinado al vapor. Por lo general, se ve que no tengo los dientes lo bastante afilados como para roer lo que parece la suela de cuero de la bota de un granjero escocés. Si los japoneses quieren de verdad fomentar la llegada de visitantes a este país, tendrán que mejorar bastante su gastronomía, pues dudo que los viajeros occidentales hablen con entusiasmo de pegotes de arroz frío envueltos en algas, por muy exquisitamente que los sirvan en bandejas lacadas y los acompañen de otras formas de flora marina, en teoría, comestibles. Presentar una comida como si fuera un espectáculo visual puede ser la causa de una tremenda decepción.

Supongo que pasar a solas la Nochebuena en mi pequeñísima casa japonesa debería provocarme cierta melancolía, pero no es así. Estoy en la cama, con una bebida caliente a base de leche en polvo, y lo que más me preocupa es que me duelen los pies.

27 de diciembre de 1907

Se confirma que me han estado siguiendo y que alguien vigila mi casa, pero no es un policía de paisano ni un matón enviado por la Sociedad del Dragón Negro. Cuando alguien se ha estado conteniendo a causa del miedo, por lo general es fácil recuperar la risa; pero yo aún no me río.

Llegué a casa cansada y no estaba pensando en nada concreto hasta que abrí la puerta de la verja. Sin ver ni escuchar nada inusual, supe de inmediato que alguien se ocultaba entre las sombras del pequeño jardín. Estuve a punto de regresar a la seguridad que me ofrecían las farolas y tiendas de la calle, pero entonces me asaltó la fatalista sensación de que tarde o temprano tendría que enfrentarme a lo que me estaba persiguiendo, fuera lo que fuera.

El marco de la puerta de mi verja es muy bajo, lo que significa que hay que

agacharse para entrar. Está bastante deteriorada y se desliza sobre unas guías de hierro tan oxidadas que la puerta suele salirse y quedarse atascada. Entré, cerré de nuevo la puerta de listones de madera y, al mismo tiempo, me las arreglé para sacarla de sus guías. Luego me dirigí por el camino de baldosas hasta la puerta principal, que también es corredera y solo puede cerrarse por fuera con un candado. No encontraba la llave y tuve que rebuscarla en mi bolso, esperando en todo momento oír pasos a mi espalda. Conseguí abrir la puerta y casi me precipité al suelo de cemento del vestíbulo. Recordé en ese momento que la luz de este había iluminado antes la camelia danzarina durante el terremoto. Si dejaba la puerta abierta, pues, la luz iluminaría el jardín hasta la puerta de la verja. Encontré el interruptor y entonces me volví.

Junto a la puerta, como la otra vez, había una sombra que trataba de salir. Cogí un parasol hecho de bambú y papel de aceite y eché a correr. El hombre me daba la espalda y estaba tratando de colocar la puerta de nuevo en sus guías, cuando lo golpeé en un lado de la cabeza con mi arma. Fue una locura por mi parte, porque, de haber tenido un cuchillo, aquel hombre podría haberlo usado fácilmente para atacarme. Pero Akira Suzuki no llevaba nada. Se giró y me miró como si yo fuera una especie de demonio. Vi que las varillas del parasol le habían dejado marcas rojas en la mejilla.

No quería entrar en casa conmigo, pero lo obligué. Lo llevé a la cocina y lo puse a avivar el fuego de los braseros de carbón vegetal. Estaba hambrienta. Sin exigirle explicaciones ni nada, freí el pescado que había traído a casa. Era suficiente para dos y, cuando estuvo listo, le pregunté si quería compartirlo, pero respondió que no con la cabeza. Puse una tetera al fuego y, mientras yo comía, él siguió abanicando la llama para que el agua hirviera. La cocina es la parte más fría de una casa que, en invierno, si no se calienta a lo largo del día, nunca pierde del todo su característico ambiente glacial. Los braseros que se usan para cocinar no es que calienten mucho la estancia, a menos que estén en marcha durante horas, cosa que ahora no sucede nunca. Akira estaba temblando. Le ofrecí té y comió una galleta.

En realidad, no tenía muchas preguntas que hacerle: solo necesitaba unas cuantas piezas más para completar un rompecabezas y él me las proporcionó. Akira era uno de esos parientes lejanos que, según las tradiciones familiares japonesas, siempre dependen del núcleo central, en este caso, Kentaro. Eran primos segundos. Era el dinero de Kurihama el que pagaba los estudios de Akira en la Universidad de Waseda. El encuentro en el tranvía no había sido ninguna casualidad, pues el chico era el contacto permanente de Kentaro conmigo. Daba igual que yo no tuviera relación alguna con Kentaro. Las pequeñas pruebas a las que se me había sometido, al margen de las clases de inglés y japonés, las había ideado el propio Kentaro: al parecer, mi examante seguía controlándome y trataba de descubrir cuáles eran mis planes, aparte de aprender un idioma, vender vestidos y volver por las noches a una casa gélida. Quería saber si yo contemplaba la posibilidad de volver a casarme y, en el caso de que eso no fuera posible, si tenía pensado echarme un amante joven y disponible. Me pregunto si fue el propio Kentaro quien eligió el libro de los grabados obscenos.

27 de enero de 1908

Hoy ha llegado a mi despacho de los almacenes Matsuzakara una carta certificada dirigida a mí. Contenía una libretita azul con un crédito de cinco mil yenes en la sucursal del Yokohama Specie Bank en Nihonbashi. He cerrado otra vez el sobre y lo

he devuelto al banco a través de uno de los mensajeros de los almacenes, junto a una carta dirigida al director en la que expresaba mi deseo de que ese dinero se transfiriera a una cuenta a nombre del hijo que tengo con el conde Kentaro Kurihama. En la carta lamentaba no poder proporcionales el nombre adoptivo de mi hijo y les comunicaba que, si eran tan amables de dirigirse al conde, este, sin duda, podría proporcionales dicha información, así como la dirección actual de mi hijo.

Tengo veinticinco años. Ayer se publicó una breve noticia en el *Japan Advertiser* en la que se informaba de que el coronel conde Kurihama y la condesa, junto a dos de sus cuatro hijos, habían zarpado en el *Haruna Maru* con destino a Londres, donde el conde asumirá su nuevo cargo como primer agregado militar de la embajada japonesa.

16

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
17 de enero de 1909

Jamás pensé que volvería a esta casucha horrible con una sensación de alegría, pero anoche, en el *rickshaw* que me traía desde la estación central de Tokio, seguida de otro *rickshaw* cargado con mi equipaje, tenía ganas de cantar la absurda canción que se me había metido en la cabeza: *Scots wha have wi' Wallace bled*. Según me contó una vez Alicia, los metodistas japoneses la han convertido en una especie de himno. Para mí, era un himno de alabanza por estar de vuelta en la capital tras una condena de sietes meses de trabajos forzados en los almacenes Matsuzakara de Osaka. No me faltó mucho para echarme a llorar cuando doblamos la esquina de mi calle, con su mezcla de olores, sus tiendas aún abiertas que exponían las mercancías sobre los desagües cubiertos por planchas de madera y los hombres casi desnudos, a excepción de sus tangas, que volvían medio cocidos de la casa de baños. Me sentía en casa. Hasta los perros parecían acordarse de mí, pues no ladraron. Tras lo que se me había antojado una eternidad siendo objeto de sospecha, incluso de escarnio a veces, volver a casa era casi una bendición.

Esta mañana, antes de salir hacia los almacenes, ha llegado el cartero con una circular y me ha dicho que he vuelto honorablemente, para después preguntarme qué me había parecido Osaka. Le he contestado que me había parecido una ciudad espantosa, tras lo cual él ha regresado hacia la verja muerto de risa. Mientras la abría, se ha girado y me ha soltado: «Se ha convertido usted en una auténtica hija de Edo, señora». Creo que tiene razón.

Es absurdo etiquetar a la población de cualquier lugar del mundo diciendo que son todos iguales, pero esa es exactamente la sensación que tuve en Osaka: sus habitantes son rígidos y lo único que les interesa, por lo que pude ver, es ganar dinero. La ciudad es un lugar inmenso de fealdad concentrada que, aparentemente, no tiene ningún lado frívolo, a menos que consideremos que ese lado frívolo es el barrio de las prostitutas. Según cuentan, es el doble de grande que el distrito Yoshiwara de Tokio.

Como he tratado de explicarle esta mañana al anciano Hiro, estaba completamente equivocado al pensar que una sección de moda extranjera en los almacenes de Osaka pudiera dar beneficios. Los hombres de negocios de Osaka no quieren que sus esposas vistan ropa occidental: las tienen en casa encerradas, fregando, cocinando, teniendo un hijo al año y sin gastar jamás en frivolidades ni un solo céntimo del dinero de sus esposos. Una investigación algo más profunda habría revelado que, en el improbable caso de que a una mujer de Osaka se le permitiese vestirse con finas prendas extranjeras, no tendría ni un solo lugar en la ciudad adonde ir a lucirlas.

Una nube o, mejor dicho, más de una empañan un poco el placer que me provoca estar de vuelta en Tokio. La más grande de esas nubes es que mi estancia de siete meses en Osaka ha sido un completo fracaso y, por tanto, Hiro se dispone a cerrar la sección que yo dirigía allí para concentrarse en los trajes europeos de sarga oscura, muy demandados entre los hombres de negocios de esa ciudad. Aunque se ha

mostrado muy amable, es evidente que, para él, todo lo sucedido ha colocado un gran interrogante sobre el éxito de Mary Mackenzie en el negocio Matsuzakara.

La segunda nube, aparecida esta mañana, es el hecho de que los ingresos no han descendido mientras Emburi San estaba al frente de la sección. Es una joven encantadora, pero, cuando me ha dado la bienvenida esta mañana, he percibido en sus ojos el centelleo de quien ahora sabe que es perfectamente capaz de llevar la sección sin mí. Y, sin duda, Hiro también se habrá dado cuenta de que una chica japonesa, a la que paga más o menos la mitad que a mí, ha desempeñado con éxito mi papel durante siete meses. Además, como «atracción» extranjera ya no soy tan interesante como lo era hace unos años, si es que sigo siendo interesante. La sección puede funcionar perfectamente durante mucho tiempo con las ideas que yo he aportado, y también cabe la posibilidad de que Emburi San sea capaz de proponer nuevas ideas que funcionen tan bien como las mías. Creo, por otro lado, que los almacenes Mitsukoshi, aquí en Ginza, ya no están esperando el momento de hacerse conmigo si aquí no me quieren. Pese a que no llevo tanto tiempo en este país, ya he percibido un marcado cambio en la actitud hacia todo lo extranjero: en su día, todo lo foráneo era objeto casi de veneración, pero ahora la sensación es que todo lo que se fabrica en Occidente aquí también se puede fabricar, puede que incluso mejor.

Hasta la fecha no han conseguido demostrarlo del todo. Tenemos una máquina de coser producida en el país, que se vende por la mitad de lo que cuesta un modelo importado, pero no hace más que estropearse y ya no la usa ninguna de las chicas. Sin embargo, pienso que estos pequeños percances iniciales se irán resolviendo con el tiempo. El mundo está empezando a comprar los productos japoneses: los algodones baratos de Osaka inundan la India y se venden a un precio mucho más bajo que los productos británicos. Es en una ciudad industrial como Osaka donde se percibe ese afán intenso y decidido de conquistar como pueblo, que es quizás uno de los motivos –además de su fealdad– por los cuales no me gustó la ciudad. En el nuevo Japón que está surgiendo no habrá sitio para los extranjeros. No existirá necesidad alguna de una nueva rebelión de los bóxeres para expulsar a la fuerza a los extranjeros, pues a ellos ya no les resultará rentable quedarse aquí.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
23 de enero de 1909

Hoy he visitado a Alicia, a quien no veía desde hace nueve meses, y he tenido la sensación de que ha envejecido últimamente, aunque sigue conservando intacto su pícaro sentido del humor. Desde luego, no es una solterona amargada y su mayor problema ahora mismo es qué hacer con sus vecinos estadounidenses que, si bien no son misioneros, han alquilado la casa de una misión no muy lejos de donde vive ella. Los nuevos vecinos, al parecer, la consideran una anciana exiliada, triste y solitaria, y Alicia debe ahora dedicar una considerable parte de su tiempo a resistirse a la hospitalidad de los estadounidenses, lo cual me recuerda aquellos tiempos en los que yo intentaba resistirme a la suya. En otoño del año pasado la invitaron a celebrar con ellos lo que llaman el «Día de Acción de Gracias», que, según Alicia, es una festividad anual para dar las gracias a Dios por haberlos librado de los británicos. La ceremonia consiste en una comida más abundante aún que la tradicional comida navideña en Inglaterra, por lo que la pobre Alicia se encontró fatal cuando volvió a su casa y no recuperó el color durante casi una semana. Asegura que son tremendamente amables,

pero que una de las cosas que ella nunca ha necesitado es que la compadezcan por no haber tenido nunca un marido ni haber experimentado la felicidad conyugal. Dice también que ya no sabe qué hacer para quitárselos de encima, que la esposa no hace más que presentarse en su casa con paquetitos de galletas, lo cual me recuerda de nuevo las atenciones que ella tuvo al principio conmigo y la indiferencia con que yo las recibía.

Tengo que ayudarla con el problema de los Dale, motivo por el cual comeré con ellos la semana que viene. Hemos tenido que pensar en un menú apropiado para la ocasión, pues Alicia no sabía qué ofrecerles para comer: al parecer, les gustan todas las cosas que ella jamás ha puesto sobre la mesa, como maíz hervido, que hay que roer de una mazorca embadurnada de mantequilla, y puré de boniatos. No me he atrevido a proponerle rosbif o pudin de Yorkshire, pues ya tengo experiencia con la carne cruda –o dura como suela de zapato– que prepara la cocinera de Alicia y que, sin duda, tendría a los estadounidenses encerrados una semana en casa con indigestión. Le he propuesto, pues, fiambres de la nueva tienda de *delicatessen* que han abierto en Ginza, pero a Alicia le ha parecido que resultaría bastante extraño que, en un hogar de la Iglesia anglicana, se sirviera comida judía a unos invitados supuestamente baptistas.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
30 de enero de 1909

He conocido a los Dale. Cada vez que Emma Lou o Bob Dale llamaban a Alicia por su nombre de pila, que era a menudo, Alicia arqueaba tanto las cejas que le llegaban casi hasta la línea de nacimiento del pelo. Era su forma silenciosa de protestar ante aquella confianza. Ella insistía en llamarlos señor y señora Dale, pero no servía en absoluto para frenar su informalidad. Emma Lou es de un sitio llamado Pasadena, en California, que no tenía la menor intención de abandonar, así que aún está bastante conmocionada por el hecho de hallarse en Tokio. Él, en cambio, es de Nebraska, un estado que, al parecer, desdeñan los californianos, pues Emma Lou se ha referido en varias ocasiones al hecho de que su esposo se criara en una granja. Yo no he caído de inmediato en la cuenta de que Hicksville no es, en realidad, el nombre del pueblo en el que nació Bob, sino un nombre genérico que se usa para referirse a localidades pequeñas y provincianas en el Medio Oeste de Estados Unidos. Alicia, sin embargo, no lo ha captado en ningún momento, por lo que ha seguido formulando educadas preguntas acerca de la población de Hicksville y el tiempo que suele hacer. Emma Lou ha dicho que son muy habituales los tornados y que la gente se esconde en sótanos reforzados mientras el tornado arranca de cuajo las casas, por encima de sus cabezas. La respuesta de Bob ha sido que al menos ellos no tienen terremotos, que, a juzgar por lo que ocurrió hace apenas dos años en San Francisco, le ha dado el punto de la victoria.

Bob Dale es banquero e idealista, una combinación que probablemente solo pueda darse en Estados Unidos. Durante la comida, nos ha ofrecido un pequeño resumen de su filosofía en los negocios: básicamente, que la honradez es la mejor política. Aunque lógicamente no lo he dicho, he pensado que no tardará en descubrir que, como principio de trabajo, eso es un tanto ingenuo aquí en Japón. Se define como lo que él llama «un abstemio total», cosa que probablemente tampoco le durará mucho aquí. Según su esposa, es porque no ha superado aún el hecho de verse y oírse a sí mismo

siendo vitoreado en el campo de fútbol de su universidad. Alicia ha servido *sherry* y vino blanco. Emma Lou ha probado ambas cosas mientras nos comentaba que hoy en día los vinos californianos son mejores que los franceses o alemanes, ante lo cual nuestra anfitriona ha puesto una cara que venía a decir que, si bien se esfuerza por aceptar las opiniones liberales, hay ciertas herejías que siguen siendo anatema.

Me temo que, al hablarles de mí antes de nuestro encuentro, Alicia debe de haber hecho gala de su candor habitual. Cuando me ha presentado, me ha dado la impresión de que Emma Lou tenía que refrenar su curiosidad por saber más, mientras que Bob parecía bastante incómodo en compañía de alguien a quien solo se puede clasificar, incluso recurriendo a toda la caridad humana, como una mujer de vida alegre. No se ha relajado hasta darse cuenta de que mi interés por su carrera como banquero era real y, justo entonces, debe de haber recordado de repente que todos los pecadores merecen el perdón. Casi me ha parecido ver esa idea emanar de él, mientras lo animaba a relatar su entrevista en la sede central de su banco en Kansas City para hablar de su nuevo cargo en Tokio.

Esta noche he tenido la sensación de que los Dale van a ser muy importantes en mi vida. Se parece mucho a la sensación que tuve con Armand y Marie, también desde nuestro primer encuentro, como si la casualidad de ese contacto hubiera sido, de hecho, algo más. Me cuesta creer que haya relaciones en nuestra vida orquestadas desde «fuera» y, sin embargo, a veces me sorprendo a mí misma creyendo en lo que no creo. Supongo que eso se debe a que no tengo una personalidad definida, o al menos una personalidad que me sirva para definirme. Cuando pienso en Aiko, en Alicia o en Kentaro, que tienen una identidad absolutamente inequívoca, me pregunto si es producto del azar de sus circunstancias o algo que han alcanzado deliberadamente. Es muy probable que Kentaro viva su vida según un conjunto de normas inculcadas desde la infancia, pero también es evidente que Aiko se ha inventado las suyas, pues no forman parte, en absoluto, del mundo en el que se ha criado. Puede que el factor hereditario sea simplemente el don de una personalidad fuerte y las personalidades fuertes lleguen a esta vida exigiendo un conjunto de normas por las cuales regirse. Tal vez esas normas les sean proporcionadas o quizás las adquieran con gran esfuerzo, pero se convierten en algo tan vital para su identidad como la ley de Moisés para los judíos ortodoxos. Y son esas personas las que dejan una huella real en su entorno, mientras que las personas como yo no dejamos ninguna. Debería sentirme avergonzada, pero no es así.

Hongwanji Machi, 4
Tsukiji, Tokio
19 de abril de 1909

Estoy recostada en un colchón importado y vuelvo a hacer lo que hice en el vapor que me trajo a Oriente: fingir que no llevo un diario y contar mentiras una vez más. En esta ocasión he dicho que tengo que tomar unas notas para el trabajo, porque no quiero que Emma Lou sienta la tentación de preguntarme qué escribo bajo su techo.

Me alojo en casa de los Dale sencillamente porque no estoy preparada para emergencias como una neumonía doble, pues tiendo a vivir con la despreocupada creencia de que esas cosas solo les ocurren a los demás. Ya a principios de marzo tenía que arrastrarme hasta los almacenes, donde mi rendimiento debe de haber alimentado de forma considerable las sospechas del anciano Hiro, es decir, que falta poco para que deje de resultarle útil. Emburi San hacía todo lo posible para cubrirme cada vez

que metía la pata en la sección o me quedaba sentada a mi escritorio, incapaz de pensar, pero lo que no podía disimular era mi aspecto, que incluso a mí me hacía rehuir los espejos.

Yo pensaba que era solo un resfriado tozudo que se negaba a desaparecer, hasta que una mañana, cuando sonó el despertador a las siete menos cuarto y traté de apartar la pesada colcha, no pude. Lo único que pude hacer, al rato, fue arrastrarme hasta el recibidor interior para abrirle al cartero. Fue él quien informó de que me hallaba prácticamente inconsciente en una casa sin doncella. A mediodía llegó el doctor Ikeda para hacerse cargo de mí otra vez y me alegré mucho de verlo. Me puso una inyección y hacia las dos volvió para meterme en un *rickshaw* con la capota de invierno subida. La cubierta inferior impermeable que me tapaba las piernas era lo único que impedía que me precipitara hacia delante y cayera entre las varas.

Permanecí poco menos que inconsciente durante buena parte del trayecto desde Tokio hasta el hospital St Luke's, en Tsukiji, y lo único que recuerdo haberle oído decir al doctor Ikeda cuando llegamos fue una disculpa: «*Peldón*, hospital muy lejos. No habitación *plivada*». Me daba igual tener una habitación privada o no, lo único que quería era una cama. Y me la dieron: en un pabellón ocupado mayoritariamente por pacientes de posoperatorio, ninguna de las cuales –al menos durante el tiempo que estuve allí– se humilló a sí misma quejándose por el dolor que soportaban. Las mujeres japonesas aportan al hecho de vivir unas cualidades tan admirables que entiendo la frustración de Aiko al no conseguir que despierten y se enfrenten de forma coordinada a los hombres, mucho menos admirables que ellas. Si de verdad son los mansos quienes heredarán la tierra, entonces a las mujeres debería corresponderles Japón, pero no creo que sea así.

Más adelante se me ofreció la oportunidad de tener una habitación privada, pero no la acepté por dos motivos: primero, las pacientes del pabellón que podían moverse me estaban cuidando bastante mejor que las enfermeras; y segundo, ya no me financia un miembro de la aristocracia japonesa. Mis únicas visitas eran Aiko, de vuelta tras una cruzada en Sendai, y Alicia, que me traía toda clase de útiles regalitos, como agua de lavanda y pañuelos. También vino Emburi San, que me trajo el regalo del anciano Hiro: una caja de empanadillas rosas y blancas de harina de arroz –de las baratas–, atada con una cinta ceremonial también rosa y blanca. Ella, por su parte, me trajo una piña de Formosa, que no resultaba muy fácil de comer en la cama, pero aun así fue un detalle encantador por su parte. Emma Lou Dale empezó a venir todos los días cuando superé la crisis: me trataba más como si fuera su hermana favorita que como si fuera alguien con quien había coincidido en una comida.

Me asusté bastante cuando me dijo que debía instalarme en su casa para pasar la convalecencia y mi reacción fue algo brusca. No, ni hablar de ello, le contesté, cosa que hirió claramente sus sentimientos porque dejó de venir durante dos días. Alicia sí vino, en cambio, para informarme de que Emma Lou estaba embarazada y asustada. Ya le habría dado miedo tener a su primer hijo en Pasadena, rodeada de su querida familia, de modo que la idea de que eso fuera a ocurrir en Tokio, donde, aparte de Bob y de su casa prestada, todo le resultaba extraño, había despertado en ella una serie de temores, cada uno de los cuales desembocaba en otro. Alicia me dijo que debía ir a casa de los Dale a recuperarme y permitir que Emma me mimara.

La verdad es que he disfrutado de los mimos. Los Dale han heredado de los misioneros, ausentes temporalmente, la cocinera y la doncella, pero Emma Lou se empeña en traerme personalmente las bandejas con la comida. Yo espero que mi estancia aquí le resulte útil en algún sentido, porque, desde luego, no tengo forma de

devolverle tanta generosidad. Estoy convencida de que la idea de que yo ocupe la habitación de invitados en una misión debe de haber despertado recelos en Bob, pero también sé que Emma Lou habrá acallado cualquier protesta, si es que la ha habido. Me he abandonado a la calidez protectora de Emma Lou, como hice en aquella otra casa no muy lejos de aquí cuando esperaba el nacimiento de Tomo. Para mí es como un descanso de la vida real y no quiero ni pensar en lo que pasará cuando vuelva a los almacenes Matsuzakara.

Hasta el momento, Emma Lou no ha dicho nada sobre su embarazo, ni siquiera lo ha insinuado. Y yo no puedo sacar el tema si no lo hace ella. Me pregunto cómo se habrá enterado Alicia. ¿Se lo habrá comentado el doctor Ikeda en el hospital? Creo que Alicia se ha equivocado de vocación: tendría que haber sido detective.

Hongwanji Machi, 4
Tsukiji, Tokio
22 de abril de 1909

Hoy he estado abajo un par de horas y, cuando he vuelto a subir y me he instalado de nuevo en mi acogedora cama, le he dicho a Emma Lou que siempre estaré en deuda con ella; ella me ha respondido que estamos aquí para ayudarnos la una a la otra, y luego se ha echado a llorar. Entonces me lo ha contado todo: que está embarazada de tres meses, que no siente solo el miedo natural a lo desconocido, sino que la aterroriza la sensación de que todo a su alrededor le es ajeno, el hecho de que la gente hable un idioma que no entiende e incluso esta casa, donde tiene que sentarse en las sillas de otros y dormir en la cama de otros. Me ha explicado que ha estado buscando otro sitio al que pudieran mudarse para construir su propio hogar, pero que no ha encontrado nada que pudiera imaginar como un hogar. Me ha preguntado si alguna vez, en este país, había vivido en una casa que considerara mi hogar. Era evidente que Alicia le había hablado de la casucha en la que vivo ahora, así que he obviado ese lugar y me he remontado a la casa que, en su día, me alquiló Kentaro. Mientras se la describía, Emma Lou ha abierto mucho los ojos y he sabido que había oído hablar del secuestro de mi hijo. De repente me he visto a mí misma golpeando la cabeza de Misao contra la estera y he guardado silencio. «Tú eres valiente, yo no –me ha dicho Emma Lou al cabo de un rato–. Yo quería quedarme en casa y ya está. Creía que Bob ya se había establecido en California, que es lo habitual cuando alguien viene del Medio Oeste. Una vez en California, ya no quieren moverse de allí. No me comentó en ningún momento que quisiera venir a Oriente. ¡Pero, si a mí ni siquiera me gustaba visitar el barrio chino de mi ciudad! Hay algo en esa clase de sitios que me asusta».

No sé en qué puedo serle útil a Emma Lou. ¿Debo decirle que no pasa nada por tener un hijo en un lugar extraño? No, no puedo mentirle a esta muchacha.

Takayama, prefectura de Miyagi
16 de julio de 1909

El dragón de Kentaro ha vuelto a moverse, esta vez de una forma que me resulta desconocida. La playa forma una especie de medialuna entre dos montículos, cada uno de ellos de unos treinta metros de altitud, junto a los cuales, a la sombra de viejos pinos, se apiñan los chiringuitos veraniegos. Son unas treinta construcciones de madera gris envejecida que, en invierno, se cierran con contraventanas para

protegerse de las tormentas que, tras recorrer desde el sureste increíbles distancias a través del océano, golpean con una fuerza asombrosa. Es habitual que después de la hora de comer cese toda actividad de forma temporal, cosa que muchos agradecen alegremente. Yo, sin embargo, no me tumbo en mi catre de lona, sino que prefiero la hamaca que cuelga entre dos árboles. Hoy me he saltado las normas y, poco después de las dos, he paseado frente a casas que, por su aspecto, parecían recién evacuadas. No había ni rastro del centenar aproximado de veraneantes que viven en ellas. Hasta los niños se habían visto obligados a echar una siesta, tras abandonar sus patinetes en la hierba reseca. Una pelota de béisbol yacía abandonada en un sendero. En algunos de los porches, los perros privilegiados de los extranjeros levantaban la cabeza al verme pasar, pero ninguno de ellos se atrevía siquiera a interrumpir con un gruñido la paz impuesta por el calor.

He adoptado ese hábito japonés de llevar a todas partes, durante el verano, un abanico de papel. Aunque tenga que sudar, lo agito vigorosamente para disfrutar de un poco de aire, pero, por lo demás, creo que mi aspecto es bastante decente. Eso sí, la forma en que he de vestirme me resulta un tanto sofocante. Metí en la maleta dos blusas blancas de manga larga para estas vacaciones y las lavo continuamente, de modo que no me he puesto nada más. Me he conformado, pues, con lo que en Takayama se considera elegante, pues creo que se lo debo a Emma Lou y a Bob. Especialmente a Bob. Ahora mismo le soy muy necesaria para ayudar a Emma Lou y lo cierto es que él se muestra agradecido, pero al mismo tiempo, y dado que nos hallamos en un lugar cuya población está constituida, en un noventa por ciento, por misioneros, ha experimentado algún que otro momento de inquietud ante la idea de compartir techo con una mujer con mi pasado o, mejor dicho, ante la idea de que alguien sepa que comparte techo con alguien como yo, motivo por el cual nunca me instalo en la hamaca sin asegurarme antes de que la falda me cubre hasta los tobillos. En este país, a un extranjero le resulta imposible llegar a una comunidad formada por otros extranjeros sin que lo acompañe también su historial. El mío, por suerte, no ha provocado que a los Dale se les haga el vacío, pero tampoco ha fomentado la confraternización: en otras palabras, que ningún vecino se ha presentado en nuestro porche con un pastel de calabaza recién horneado.

Cuando he llegado a las dunas, estaban completamente desiertas: las olas apenas tenían la fuerza suficiente para arrastrar unas cuantas piedrecillas hasta la orilla. Unas pocas millas mar adentro, aparentemente inmóvil, había un sampán de pesca de considerable tamaño, con las dos velas desplegadas a la espera de que soplara el viento. Las nubes grises ocultaban el sol, pero dejaban pasar el calor: el mar estaba tan calmado que las aguas parecían de peltre bruñido. La vista alcanzaba hasta el horizonte. Estaba sentada en una duna, contemplando el mar, cuando el horizonte se ha alzado sin previo aviso.

Lo que hasta entonces había sido una línea perfecta, justo allí donde el mar gris se fundía con un cielo de un tono gris algo más claro, se ha convertido de repente en una línea irregular que recordaba los dientes de una sierra. En lo alto de algunos de esos dientes se veían motas blancas. Aquella cosa que se dirigía hacia mí tenía su propio color, un tono violeta que se iba volviendo verde bajo el desigual encaje blanco que coronaba la cresta serrada. Y, sin embargo, el mar que nos separaba seguía en calma, todavía de un gris acerado.

No he dejado que el terror me paralizara y he echado a correr. Ya estaba trepando por el sendero que lleva al montículo, cuando el sampán de pesca ha empezado a surcar la ola gigante: ha subido hasta la cresta, donde una repentina ola de espuma lo

ha engullido antes de expulsarlo hacia el otro lado. Justo donde el sendero giraba de nuevo en dirección al mar, a unos diez metros de altitud, he visto cómo el tsunami se hinchaba para invadir la costa. El pulso me latía en las sienes y me ha impedido hasta entonces percibir el rugido, pero en ese momento lo he escuchado: un sonido casi animal, como si fuera el prolongado mugido de un toro.

La ola ha impactado justo cuando yo llegaba al primero de los pinos. Se ha estrellado contra los acantilados y ha hecho que la tierra temblara. Me he caído. No me he vuelto para mirar cómo el océano cubría la tierra, lo único que quería era acallar aquel rugido. He seguido trepando, esperando que en cualquier momento el agua me agarrara con uno de sus tentáculos. Cuando por fin me he girado, la playa estaba inundada, lo mismo que las dunas cubiertas de vegetación que quedan justo detrás. Los alerces jóvenes de una plantación se mecían en un lago formado por remolinos de agua.

Me he quedado allí viendo cómo el océano se retiraba: era como un enorme rastrillo que arrancaba a su paso árboles, hierbas, redes de pesca y hasta una cabaña de madera, que arañaba la arena y arrastraba las rocas hasta un punto situado más allá de la línea de la marea baja, dejando al descubierto el irregular lecho del mismo fondo marino. Y entonces he visto otra ola gigantesca que se acercaba.

Se han producido otros dos tsunamis. Eran más pequeños que el primero, pero han seguido exactamente el mismo patrón, como si se hubieran empeñado en terminar la destrucción: primero el temblor de la tierra tras el impacto contra los acantilados, luego el horrendo rugido al devastar una playa indefensa y después la succión que lo arrasaba todo y dejaba un paisaje llano donde antes había pequeñas lomas y dunas. El último tsunami ha dejado tras de sí un oleaje sin espuma, como si nos lo hubiera enviado desde muy lejos una formidable tormenta, pero seguía sin soplar el viento. El silencio posterior se ha visto solo alterado por los aullidos de los perros.

Me he pasado el resto del día temiendo la llegada de la noche y lo que pueda ocurrir en una oscuridad sin luna. He sido consciente, como nunca hasta ahora lo había sido en Japón, de la inseguridad física casi absoluta en que vive todo el mundo en este país. Muchos de los desastres naturales están localizados, como si tuvieran una especie de carácter personal, casi como si el demonio de cada distrito adaptara sus obras para crear un terror recurrente. En estas islas, el miedo que acecha siempre en algún rincón de la mente no es el aterrador terremoto ni la espantosa inundación, sino más bien la amenaza de un infinito y repetitivo patrón de catástrofes menores, como los diecisiete tifones que arrasan todos los años –sin fallar ni uno solo– la isla de Kyushu, o el volcán que, durmiendo tranquilamente al sol, se alza sobre un pacífico valle expulsando una inocente columna de humo blanco, hasta que una noche, de repente, se convierte en un violento estallido rojo cuya lava tal vez no llegue a los campos, pero cuyas cenizas y piedra pómez acabarán por asfixiar las cosechas de arroz.

Jamás seré capaz de volver a contemplar el horizonte del océano sin recordar que es capaz de levantarse. Tras las olas de esta mañana, en el mar calmado de Takayama no ha quedado ni rastro del sampán de doble mástil que esperaba el viento.

Takayama, prefectura de Miyagi
17 de julio de 1909

En una comunidad de trastornados, no es de extrañar que Emma Lou esté más trastornada que la mayoría. Se ha obsesionado con la idea de que su bebé nacerá de

forma prematura y está convencida de que si eso ocurre estando aún en Takayama, morirán los dos. No sirve de nada decirle que elegimos este centro turístico porque está cerca de Sendai, en cuya universidad trabaja como profesor de obstetricia un amigo del doctor Ikeda, y que dicho profesor ya está informado acerca de su caso. Tampoco es que yo crea que haya un «caso», pues no parece que existan más complicaciones que una pelvis ósea ligeramente estrecha, lo cual, al parecer, es poco frecuente aquí y preocupa un poco a los médicos. De todos modos, Emma Lou no sabe nada de todo eso.

Recuerdo haber atravesado periodos de aguda depresión cuando estaba esperando a Jane, pero no era una depresión crónica y no estaba inmersa en ella. Me parece que, en cierto modo, el embarazo ha incrementado mucho la sensación de irrealidad que experimenta Emma Lou respecto a todo lo que la rodea, como si le costara creer que se halla realmente en un lugar extraño, Japón, y que lo que le sucede le está sucediendo aquí. Intuyo que culpa a Bob, aunque no por haber engendrado un hijo: no va por ahí el resentimiento, sino que tiene que ver con el hecho de que es el responsable de haberla traído hasta aquí, donde ella tiene que interpretar un papel –para el cual no ha ensayado–, en un decorado que le resulta tan extraño como inquietante. Después de las terribles olas, se fue a la cama a llorar. Hoy se ha levantado, pero no es que se mueva mucho: se pasa el día en la tumbona del porche. Creo que debería hacer un poco de ejercicio.

Bob y yo hemos hablado de llevarla de vuelta a Tokio, pero el calor de la ciudad la estaba volviendo loca. Soy yo quien debería irse, pues no puedo pasar tanto tiempo lejos de los almacenes Matsuzakara ahora que mi futuro allí es tan incierto. Y, sin embargo, me resulta imposible abandonar a estos dos a su suerte. Tengo la sensación de que Emma Lou me necesita como nadie me ha necesitado desde que llegué a Oriente. Es casi como si dependiera totalmente de mí. Parece que a Bob se le han contagiado los temores de su esposa y aquí, sin la posibilidad de huir a su despacho, empieza a cargar con la culpa de ser el responsable de todo esto. Dicen que la llegada del primer hijo es una gran alegría… Tonterías, puede convertirse en un auténtico infierno.

17

Carta de Mary Mackenzie a Marie de Chamonpierre en Roma

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
19 de febrero de 1910

Querida Marie:

Me horroriza pensar que han pasado cinco meses desde tu última carta y que yo ni siquiera me he molestado en contestarte. Siempre hay excusas y la mía es que, desde el pasado otoño, estoy inmersa en uno de esos periodos de cambio que suelen asaltarme cada vez que aparentemente consigo instalarme en una cómoda y agradable rutina. En realidad, esta vez no es exactamente así, pues ya hacía tiempo que lo veía venir y, por culpa de mi débil carácter, no hice nada para evitarlo. La cuestión es que ya no soy una de las reinas de la moda en Tokio (si es que lo he sido alguna vez), pues el pasado septiembre me despidieron de mi empleo en los grandes almacenes. Después de haber llegado a una especie de cumbre en la que no podía cometer errores, todo empezó a ir cuesta abajo. Me enviaron a Osaka para abrir una sección de moda en los almacenes Matsuzakara de esa ciudad y lo pasé fatal: vivía en un hotel medio extranjero, sufría continuas indigestiones por culpa de la comida medio extranjera y no tenía ni un solo amigo. Me habían entregado cartas de presentación para algunas personas de Kobe, pero estaba demasiado lejos para viajar hasta allí, incluso durante el fin de semana, así que las únicas cosas que tuve durante siete meses fueron mi trabajo, que iba de mal en peor, y mi propia compañía.

En realidad, no puedo culpar a los almacenes Matsuzakara por lo ocurrido. Después de volver a Tokio tendría que haber dedicado todos mis esfuerzos a redimir mi reputación, pero, al parecer, no me quedaban muchas energías. La cosa se complicó aún más cuando caí enferma de neumonía: como resultado, en los almacenes tuvieron mucho tiempo para darse cuenta de que podían seguir adelante sin mí. Para terminar de arreglarlo, me tomé unas largas vacaciones veraniegas con unos amigos en un centro turístico de playa, así que tampoco es exactamente una sorpresa que al anciano Matsuzakara se le agotara la paciencia y cumpliera con el doloroso deber de deshacerse de mí. Al principio me enfadé mucho, como suele ocurrir cuando consideramos que algo en esta vida es una injusticia, pero me bastó tomar un poco de distancia para comprender que yo no era exactamente víctima de un atropello. Sin embargo, y como no quiero parecer demasiado noble, te diré que Hiro Matsuzakara jamás será uno de mis personajes favoritos en este país de hombres emprendedores y mujeres subyugadas.

Y ya que sigo hablando de mí, cosa a la que dedico alrededor del noventa por ciento del contenido en las cartas que te escribo, terminaré contándote dónde estoy y qué hago en la actualidad. Aún vivo en mi casita japonesa en el no precisamente moderno barrio de Otsuka. Con el tiempo, la casa se ha deteriorado tanto que durante

el último terremoto de considerable magnitud prácticamente se me cayó encima. También tengo un empleo o, mejor dicho, una serie de empleos, proporcionados por unos amigos que vienen a ser, durante mi vida en Tokio, lo que tú y Armand fuisteis para mí durante mi vida en Pekín. Son estadounidenses. Él es banquero y, en consecuencia, conoce a muchos misioneros estadounidenses. Cuando Bob me propuso dar clases de inglés en las escuelas de las misiones, me quedé boquiabierta por motivos que no son necesarios explicar. Los Dale conocen mi historia; sería lógico pensar, pues, que lo último que desean en este mundo es correr el riesgo de patrocinarme entre sus compatriotas más solemnes y pudorosos. Creo que fue la esposa quien obligó al marido a proponérmelo. También es posible que la vida indiscutiblemente intachable que he llevado a lo largo de los últimos años –¡trabajaba tanto que no me quedaba tiempo para nada más!– me otorgue el estatus de pecadora redimida. Si ese es el caso, me alegro muchísimo, porque al menos podré seguir comiendo.

No quiero que te hagas una idea equivocada: no soy una maestra entregada que moldea el destino de los niños y niñas de este país. Nada más lejos de la realidad: solo soy una especie de profesora especial que se ocupa de los niños retardados, tan estúpidos que ningún maestro podría dejar huella en ellos, menos aún en asuntos morales. Después de aceptar el empleo, me di cuenta de que se trata de una tarea para la cual no encontraron a nadie más. El horario de las clases es bien extraño: de media tarde hasta las nueve de la noche. No me molesta especialmente, porque las veladas a solas en mi casucha tampoco es que fueran para mí un motivo de alegría. Ahora, cuando llego a casa, ceno algo rápido, me meto entre mis colchas y duermo profundamente. No tengo doncella, pero la esposa del verdulero me envía de vez en cuando a su hija para limpiar un poco. Por otro lado, tengo las mañanas y la mitad de las tardes libres para hacer mis compras, lo cual me gusta.

Después de varios años librando una guerra con los braseros de carbón vegetal de mi cocina, me he comprado una cocina de aceite. Es un modelo estadounidense muy elegante, con dos quemadores y un horno de verdad, en lugar de un horno portátil. Gracias a ellos, me he vuelto bastante exigente con la comida: necesito un ágape consistente a mediodía antes de salir de casa para enfrentarme a los rostros completamente inexpresivos de mis alumnos. La cocina, por otro lado, tiene la ventaja de que calienta de verdad un espacio que antes era como el interior de un congelador, motivo por el cual me estoy convirtiendo en una cocinillas. Antes de modernizarme, cuando tenía que soportar sabañones durante todo el invierno, solía pensar casi con nostalgia en aquella horrenda, aunque maravillosa, estufa de Pekín, o en tu sistema de calefacción.

A veces pienso en aquel paraíso de flores que me evocaban los libros sobre Japón que me prestaste en Pekín. No pretendo resultar desagradable, Marie, al insinuar que probablemente tus viajes a este país tuvieron lugar durante la época en que florecen los cerezos y que iniciabas tus excursiones desde el mejor de los hoteles. Recuerdo el entusiasmo que mostrabas al hablar de Nikko, que aún no he tenido la ocasión de visitar, pero… ¿de verdad te parecieron bonitas las ciudades? Aunque seguramente no sea muy objetiva, si pienso en Osaka me atrevería a decir que las ciudades japonesas son las más feas que he visto jamás. Tokio posee cierto encanto, pero aparte del Palacio Imperial con su foso verde, tampoco es que haya gran cosa que ver. Desde un centro comercial de ladrillo rojo, sin ningún atractivo especial, se extienden en todas direcciones, a lo largo de kilómetros y kilómetros (o, al menos, esa es la sensación que da cuando viajas en un tranvía traqueteante), las grises casitas de dos plantas, con

tejados también grises. Los únicos adornos son los enormes postes sobrecargados de cables eléctricos y de líneas telefónicas. Las calles, estrechas y sinuosas, son algo mejores. A mí me gusta mucho mi calle, pero no la considero bonita.

Desde la última vez que estuviste aquí, Japón ha empezado a mostrar las cicatrices de la industrialización. El pasado otoño fui de excursión con una amiga japonesa a un precioso lugar, a las afueras de Tokio, que habíamos visitado juntas tan solo cuatro años antes. En aquella ocasión fuimos en tren: el paisaje estaba formado por campos de arroz, aldeas de casitas cuyos tejados eran de paja y pequeños templos ocultos entre bosquecillos de altos árboles. De fondo, las colinas a las cuales nos dirigíamos. La segunda vez, en cambio, viajamos en tren eléctrico y lo único que pude reconocer fue la silueta de las colinas al fondo. Los campos de arroz habían dado paso a fábricas con negras chimeneas de hierro y las aldeas había desaparecido, sustituidas por barrios de chabolas en los que vivían los trabajadores de las fábricas. Los templos seguían ocultos entre sus bosquecillos de cedros japoneses, pero daba la sensación de que no sobrevivirían mucho más tiempo.

Tokio se está hinchando. La ciudad reclama espacio a la bahía y se construyen fábricas en terrenos aún tan inestables que los edificios deben construirse de forma especial para soportar los terremotos. ¿Sabes que, si quisieras regresar a Japón para pasar las vacaciones y decidieras cruzar el Pacífico, los dos buques que cubren ese trayecto en menos tiempo son japoneses y se han construido aquí? Se llaman *Tenyo Maru* y *Chiyo Maru*. Cuando vivíamos en Pekín, prácticamente no había ningún barco de pasajeros, del tamaño que fuera, que se hubiera construido aquí: todos eran de fabricación británica. Ahora ya nunca volverán a utilizarse los astilleros británicos, excepto para los buques de guerra. Según parece, los japoneses aún no poseen los conocimientos necesarios para fabricar esa clase de barcos, pero es cuestión de tiempo.

Ya sé que protestarás, y casi me parece oírte, pero Japón ya no es un país de personas gentiles y amables que viven en el ayer. Puede que la mayoría de las mujeres sí, pero los hombres no, desde luego. Incluso entre mis alumnos varones, cuya inteligencia está bastante por debajo de la media, el aprendizaje se enfoca siempre al mismo fin: las cuestiones prácticas. Y por cuestiones prácticas se entiende solo una cosa: fabricar en Japón cualquier objeto, desde un simple sacapuntas hasta un gigantesco transatlántico, de manera que dentro de poco los japoneses ya no necesitarán nada del exterior, excepto materias primas. Cuando empecé a trabajar en Matsuzakara importábamos prácticamente todas las telas de Europa; cuando me marché, se producían todas en fábricas locales, incluso una tela que imitaba el tartán escocés. Y es la velocidad de ese cambio lo que resulta aterrador.

Puede que mi inquietud sobre estas cuestiones nazca del hecho de que, cuando trabajaba en los almacenes, tenía la sensación de estar haciendo algo que en este país nadie podía hacer tan bien como yo, pese a no tener formación alguna para ese trabajo. Ahora, en cambio, vivo en una especie de limbo: se me tolera, pero no soy importante, ni siquiera despierto ya mucha curiosidad. Aun suponiendo que sea así, no es imaginación mía ese marcado cambio de actitud experimentado en el país: el surgimiento de una especie de desdén hacia Occidente. Los japoneses han sabido copiar en muy poco tiempo todo lo occidental y no tardarán en superarnos. Ahora ya sé bastante japonés como para leer la prensa y percibo, en artículos y editoriales, una especie de afectación y arrogancia que me hace pensar en esas compañías de soldados que suelen marchar a paso de ganso por las calles de la ciudad.

Me interesó mucho lo que me contaste sobre el conde Kurihama y su puesto como

agregado militar en Londres. O bien ha mejorado muchos sus modales desde que lo conozco, o bien su carácter reservado es del agrado de los ingleses. No hemos tenido ninguna clase de contacto. De hecho, antes de que se marchara a Gran Bretaña dejé bastante claro que no deseaba ningún contacto en el futuro. Acerca de lo que ha sido de mi hijo, no sé más que la última vez que te escribí. Intento pensar en cómo será ahora, pero, en realidad, solo puedo imaginarlo. Lo cierto es que, si me cruzara ahora con mi pequeño Tomo en alguna calle, cogido de la mano de una mujer japonesa, no lo reconocería. Cuando pienso inesperadamente en esas cosas me siento destrozada, pero no es una sensación que dure mucho. Nunca hablo de él, ni siquiera con las personas que me conocían cuando aún estaba a mi lado. Solo hablo contigo. Estoy convencida de que a mis amigos estadounidenses debe de parecerles antinatural que nunca mencione a mis hijos. Jane ya tiene seis años y crece sin mí. Es lo mejor para ella.

No sé por qué, pero no te imagino en Roma. En Washington sí, con el automóvil Pierce-Arrow y la casa que describiste con el césped que llega hasta la acera misma. Incluso me imagino la ciudad. Pero Roma no. Para mí, Roma es un dibujo de ruinas en un libro de texto. Roma es Tiberino, es Rómulo y Remo, todo ello mezclado con su santidad el pontífice, que vive al lado de aquella enorme catedral. No imagino cocinas ni salas de estar en Roma, menos aún vuestra cocina y vuestra sala de estar, sobre todo después de que admitieras que Armand y tu habéis «ocupado»… ¡parte de un palacio! ¡Eso suena maravilloso! ¿Tienes una gran escalinata curva por la que desciendes arrastrando uno de tus fabulosos vestidos para cenar a la luz de las velas con tus cuarenta invitados en un salón de suelos de mármol? Ya lo ves, no me entra en la «sesera», como decimos en Escocia. En mi mundo, la llegada desde Estados Unidos de una cocina de gas con dos quemadores (¡y horno!) es el mayor acontecimiento en años. Pero, por muy separados que estemos en tantos sentidos, sabes que el cariño que siento por ti y por Armand no cambia. Y agradezco muchísimo tus cartas.

Sinceramente tuya,
Mary

P.S.: Supongo que en Roma habrás vuelto a los carruajes, ¿no? ¿O acaso Armand se ha hecho enviar su Pierce-Arrow desde el otro extremo del Atlántico? Alguien me comentó que esos automóviles tienen en el interior de las puertas, en el compartimento del pasajero, manijas chapadas en oro. Bob Dale, de quien ya te hablado, tiene pensado traer algún día a Japón un Franklin refrigerado por aire. Asegura que son los mejores automóviles del mundo. Yo le digo que el *rickshaw* es ideal para las embarradas calles de Tokio, pero Bob no soporta viajar en ellos: aduce que no es justo que un hombre haga el trabajo de un caballo. Estoy convencida de que Bob cree que vivir en China ha hecho mella en mi conciencia, y puede que tenga razón. Estos días, sin embargo, estoy siendo muy moral y no cojo *rickshaws*. Tampoco es que me lo pueda permitir. Lo mío es el tranvía.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
7 de abril de 1910

He pasado este sábado de primavera, el primero espléndido de verdad, en compañía de Emma Lou y Bob. Era uno de esos días en que Tokio finge no habernos enviado un

viento frío y cortante que empaña los ojos. Puesto que tenía que cambiar de tranvía cerca de las puertas del parque Hibiya, he decidido entrar a dar un paseo antes de dirigirme a la nueva casa de los Dale. Los primeros lirios ya habían florecido y, de repente, me he encontrado a mí misma en mitad de una de esas solemnes ceremonias, de aire casi religioso, dedicadas a observar las flores. Estaba rodeada de grupos de familias con dóciles niños: todo el mundo respetaba los senderos o se agrupaba en puntos estratégicos, formando pequeñas multitudes. Ir a contemplar los cerezos en flor es una excusa para emborracharse, pero, al parecer, los lirios atraen a una clase distinta de ciudadanos, los cuales creen mayoritariamente que la llegada de la primavera debe celebrarse con decoro. El parque en sí es muy decoroso: los días, ya más cálidos, no se llenan de un estallido de color, no se ven narcisos ni flores de azafrán por ningún lado, tan solo alguna que otra mancha violeta entre las verdes plantas perennes, dispuestas de una forma que solo expresa una discreta alteración de la naturaleza. Pienso en los óvalos y rectángulos repletos de flores tan típicos de los jardines de Princes Street, en Edimburgo, todos con un patrón tan rígido que recuerda el diseño de una alfombrilla, y me pregunto qué pensarían los japoneses de esa formalidad tan despiadadamente impuesta. Supongo que se indignarían ante tal insulto a la naturaleza.

Emma Lou está otra vez encinta. Me lo ha confesado esta tarde después de comer, cuando Bob estaba en lo que él llama «patio», trabajando en no sé qué proyecto propio porque, según dice, no consigue que el jardinero haga lo que él quiere. Ya antes de que Emma me contase nada, tenía la sensación de que algo estaba empañando su felicidad como madre del pequeño Bob, a quien ella llama Junior. Tal vez la idea de tener que volver a pasar por lo mismo le haya traído a la mente el recuerdo de lo que sufrió durante su primer embarazo. Puesto que el parto en sí no presentó complicaciones o, al menos, no se lo comunicaron a Bob, el flamante padre está encantado ante la idea de que lleguen más niños Dale para llenar las enormes habitaciones y largos pasillos de esta casa. No me sorprendería mucho que creyera que, ahora que Emma Lou ya ha superado con éxito la primera prueba, debería entregarse alegremente a la tarea de formar una de esas familias estadounidenses muy numerosas como las que aparecen en el *Saturday Evening Post*, reunidas en torno a la mesa el Día de Acción de Gracias. Y yo diría que Emma Lou no está tan convencida como Bob de querer ser el vehículo que mantiene esa tradición.

No me gusta especialmente la casa que Bob ha comprado, en mi opinión, un poco a lo loco. La construyó un inglés en 1895, en aquella época esplendorosa en que un hombre de negocios británico en Oriente era considerado una especie de mesías del nuevo progreso y podía vivir como un príncipe. La casa es de sólidas paredes de ladrillo, agrietadas en algunas partes –sobre todo en los techos– por los sismos. Personalmente, no me gustaría mucho vivir debajo de todo ese pesado yeso durante un terremoto de los potentes. Ya han invertido mucho dinero en su nueva vivienda, y es evidente que aún les queda mucho por gastar. La cocina dispone de todas las comodidades modernas: agua caliente y fría que cae en un fregadero de porcelana blanca, y una nevera eléctrica, la primera que veo en toda mi vida. Se trata de un trasto enorme y blanco que tiene en lo alto una especie de rueda muy gorda. De vez en cuando empieza a vibrar de una manera inquietante. Emma Lou está muy orgullosa de ese monstruo; dice que, sin nevera, es muy difícil conservar la comida de una forma higiénica, así que supongo que en mi casa yo nunca comeré comida higiénica. Ni siquiera he preguntado lo que ha costado traer esa nevera desde California, pero imagino que más de lo que yo gano en un año.

Los nuevos sirvientes de los Dale parecían un poco intimidados ante la idea de tener que trabajar rodeados de tanto esplendor doméstico. Prácticamente se espera de ellos que sean técnicos, pues no solo deben aprender a manejar la nevera, sino también una especie de escoba eléctrica para la moqueta que hace tanto ruido como un tren de mercancías al pasar por una estación. Si mi reacción ante tales joyas de la vida moderna no es muy entusiasta, tal vez se deba al hecho de que no puedo permitírmelas. Aun así, ¿qué iba a hacer yo con una escoba eléctrica para moqueta si lo único que tengo son esteras de paja? Y en cuanto a la nevera, me aterroriza la idea de que pudiera explotar por la noche y quemar mi casa. Para mí, hasta el gramófono de los Dale, que supuestamente lleva a los hogares la mejor música del mundo, es una especie de horror: las voces suenan terriblemente agudas, acompañadas de una especie de chirrido permanente, como si alguien arañara una pizarra con las uñas. Mientras los fabricantes no eliminen ese chirrido, creo que puedo pasar sin gramófono.

Todo esto no es más que hacer virtud de lo que no puedo tener. Los escoceses tendemos a santificar la pobreza y creemos que las gachas saladas y las tortitas de avena, sumadas a una dieta mental de pensamientos elevados, nos sitúan mucho más cerca del trono del Todopoderoso de lo que llegarán a estar jamás los autocomplacientes ingleses. No me hace falta rebuscar mucho para encontrar en mí restos de esa arrogancia puritana, que, en cierto modo, me ha resultado muy útil en la vida que ahora me veo obligada a llevar en Tokio. En algún rincón de mi mente sigo albergando la idea de que existe cierta virtud en el hecho de no poder entrar en una tienda a comprarme unos zapatos cuando me apetece, en la necesidad de tener que ahorrar durante seis meses para poder renovar el calzado, tal vez teniendo que renunciar a una comida a la semana para conseguirlo. En algún lugar, quién sabe cómo, todo eso queda registrado a nuestro favor en un gran libro de contabilidad. Se nos van añadiendo marcas en la columna del «haber», mientras que, a los ricos de este mundo, que se regodean en sus lujos, se les van añadiendo marcas rojas en la columna del «debe», página tras página, y llegarán a la eternidad con una deuda que nunca podrán terminar de pagar.

Bob Junior es un bebé muy sano, rubio como sus padres, así que puedo jugar con él sin que me recuerde a Tomo. Lo crían con leche en polvo importada, pues Emma Lou ha rechazado la leche fresca tras el supuesto escándalo según el cual se infecta a las vacas con bacilos de tuberculosis, porque los animales enfermos producen más leche. Yo no termino de creerme esa historia y sigo encargando que me traigan una botella a diario de leche fresca. Si tuviera que matarme un bicho japonés, a estas alturas ya lo habría hecho. Comparado con China, Japón es un paraíso pasteurizado.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
19 de agosto de 1910

Un día extraordinario como resultado de aquella extraña carta que me envió Bob Dale la semana pasada: quería verme en su despacho a mediodía para una entrevista privada y me pedía que, en el caso de que Emma Lou y yo nos viéramos antes de la entrevista, por favor no le mencionara nada al respecto. Hice lo más sensato cuando se recibe una carta de ese tipo, o sea, nada, ni responder por carta ni por teléfono, aunque Bob había subrayado en rojo el número del banco. En realidad, no había planeado ir, pero entonces, y como era de esperar en mí, me ha podido la curiosidad y

esta mañana a las once ya estaba en un tranvía camino del centro.

La placa de la sede en Tokio del Kansas and Midwest Warranty Trust Banking, escrita en inglés y en japonés, se encuentra en la pared de cemento de uno de los recién terminados bloques de oficinas de Nihonbashi. La sede se halla en la planta baja, con entrada directa desde la calle, y por dentro es muy espaciosa, con sus columnas cuadradas de mármol y esa atmósfera discretamente silenciosa que siempre se respira en los mejores bancos. Allí dentro se tiene la sensación de estar en el santuario exterior de un templo dedicado a los verdaderos dioses de nuestro tiempo. Había mucha caoba por todas partes; no es una madera muy frecuente en Japón, por lo que debe de ser importada y ha venido ya tallada según unos gustos que no son propios de este país. Tras una elaborada rejilla decorativa había un cajero japonés junto a una minúscula banderita estadounidense que, ya fuera casual o accidentalmente, ondeaba movida por la corriente de aire de un ventilador eléctrico. Solo había otro ser humano a la vista, una mecanógrafa que tecleaba en su máquina con uno o dos dedos, igual que hacía yo en Matsuzakara con las cartas extranjeras. A la velocidad que escribía la pobre mujer, dudo que pudiera terminar más de dos cartas al día. Aunque vestía al estilo occidental, incluida una blusa abotonada, también era japonesa. Llevaba el pelo recogido en esa clase de moño al que yo renuncié ya hace mucho. Por algún motivo, los empleados de la antesala del despacho de Bob daban la impresión de no haber descubierto aún por qué estaban allí. En un momento determinado, incluso he tenido la sensación de que el cajero se disponía a gritar para pedir ayuda.

Bob debía de estar con el reloj en la mano esperándome, aunque yo no le había confirmado que iría. Se ha abierto una puerta de caoba y ha salido: la sonrisa profesional lo hacía parecer una persona distinta, de modo que, de no ser porque lo conozco, me hubiera preguntado –como suele hacerse con los enterradores– cómo era su vida privada. Hemos hablado durante una hora, al final de la cual, y como diría el propio Bob, yo aún no me había metido en el papel. Papel que, desde luego, no me incumbe en ningún sentido. Al parecer, el Kansas and Midwest Warranty Trust, de gestión local, está progresando muy lentamente en la tarea que tiene asignada en Japón, es decir, poner en circulación una gran cantidad de dólares estadounidenses dentro de la economía japonesa. El Midwest Warranty ha gastado mucho en mármol caro y caoba, como parte de su apuesta para convertirse en el primer banco estadounidense dispuesto a invertir su dinero en la expansión de la industria local. Según un cálculo de la situación, existen importantes vetas que la minería financiera podría explotar, pero Bob reconoce, sorprendido y apesadumbrado, que esos sondeos han pasado por alto un pequeño detalle: la reacción de los japoneses ante la idea de que un montón de dólares procedentes del Medio Oeste los ayuden a dirigir sus negocios.

La respuesta había sido muy sencilla: muchas gracias, pero no. Bob apenas se lo podía creer y tenía la sensación de que las tácticas que utilizaron son erróneas, motivo por el cual probaron otras: publicidad discreta, contacto personal a través de cartas de presentación, incluso ir de puerta en puerta sin cartas de presentación. Yo misma podría haberle dicho que eso último era completamente inútil en un país como Japón. Fuera donde fuera, lo recibían de forma cordial y le endilgaban la siempre conveniente frase *Ah, so desuka?*, que puede significar cualquier cosa pero que, muy a menudo, indica la salida. Bob finalmente había captado el decepcionante mensaje: los nuevos industriales japoneses preferían autofinanciarse y estaban dispuestos a luchar con una moneda, el yen, que aún no se había convertido en una divisa internacional

estable.

Me han preocupado las repercusiones que todo eso pueda tener para la vida de Emma Lou y Bob aquí en Japón, pero no entendía qué papel desempeñaba yo en todo eso, ni por qué me había convocado a una reunión formal en su despacho. Por otro lado, y como estoy acostumbrada a hacer la comida principal a mediodía, a eso de las doce y media me ha entrado hambre. A la una y cuarto estaba famélica y no esperaba que Bob me invitara a acompañarlo al restaurante donde suele ir a comer, el asador del hotel Imperial, porque en un sitio así no sería raro que coincidiéramos con alguien que más tarde podría encontrarse con Emma Lou en el American Club. A las dos menos cuarto le he propuesto que nos dirigiéramos al pequeño restaurante detrás de Ginza al que solía ir cuando trabajaba en Matsuzakara.

Mientras masticaba trozos de carne de buey viejo, de pronto se me ha ocurrido la no muy brillante idea de que la baronesa Sannotera podría, a través de su marido, buscarnos contactos útiles. Bob se ha escandalizado. No quiere que se relacione a la baronesa con el Midwest Warranty, pues, en su opinión, Aiko es una radical que estuvo en la cárcel por ofender al emperador. Peor aún, no le parece muy inteligente que yo me relacione con esa mujer, menos aún ahora que trabajo en las escuelas de la misión. Me estaba empezando a sentir molesta por ese consejo, cuando, de repente, Bob ha abordado el verdadero propósito de nuestro encuentro.

Su idea es prestarme dinero. Me lo he quedado mirando mientras me explicaba la nueva política del Midwest Warranty en Japón. Si los industriales japoneses no quieren sus dólares, entonces lo que va a hacer es usarlos para financiar a extranjeros y que estos se queden los yenes de los japoneses. Como idea, es simple. Las operaciones de su banco se adaptarán al país y asumirán funciones de representación, se encargarán de la distribución, de las salas de exposiciones, etcétera. Dicho de otra manera, protegerán a las nuevas empresas extranjeras que, de otro modo, no tendrían posibilidades de abrirse un mercado en Japón. En mi caso, la financiación sería para abrir un salón exclusivo de moda occidental. Con el tiempo podría ampliarse para crear nuevas líneas, más baratas, que pudieran producirse en grandes cantidades y luego comercializarse en los nuevos puntos de venta que se están abriendo en las ciudades de todo el país: los grandes almacenes.

Mientras Bob me hablaba de todo eso, me ha resultado bastante obvio que se me ha *investigado* como posible propuesta comercial. De hecho, Bob sabía mucho más de lo que les había contado a él o a Emma Lou sobre mi época en Matsuzakara: que en mis inicios había adaptado para el mercado local los modelos que aparecían en las revistas occidentales de moda y que, más adelante, incluso había empezado a diseñar mis propios modelos. Lo que no sabe –y que, instintivamente, he omitido contarle– es que nunca llegué a trasladar esos diseños al papel: trabajaba directamente mis ideas sobre la tela en uno de nuestros maniquíes importados y luego le pedía a Emburi San que hiciera algunos bocetos. También era mi ayudante quien, en fases posteriores, se encargaba de dibujar en papel los patrones detallados que enviábamos al taller para que los fabricaran las modistas. Sin la ayuda de Emburi San no me resultaría fácil abrir un salón, ni tampoco sin todas aquellas chicas expertas en coser prendas de estilo occidental. Me he quedado allí sentada, pensando en la posibilidad de utilizar el dinero de Bob para comprarle al anciano Hiro prácticamente toda una sección de sus almacenes. Bob está decidido a no permitir ni la más mínima insinuación de corrupción o soborno. De las paredes de su despacho no cuelga ningún lema bordado en lana roja y enmarcado, pero tampoco hubiera resultado tan extraño que fuera así.

En un momento determinado ha dejado el trozo de masa de hojaldre que se estaba

comiendo y me ha mirado. Me ha preguntado en qué estaba pensando. Le he contestado que en los problemas de personal. Ha extendido una mano por encima de la mesa y la ha apoyado en la mía. Luego la ha apartado con la misma rapidez, al tiempo que se volvía para mirar a su alrededor.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
22 de agosto de 1910

Me he pasado los tres últimos días sumida en un mar de dudas, recelosa de mi primera reacción ante la oferta de Bob. No es que me inquiete saber si puedo hacer lo que él quiere y alcanzar el éxito, así sea a medias; lo que me pregunto es si realmente quiero hacerlo. Me he acostumbrado de nuevo a vivir sin responsabilidades reales. Me pagan una miseria por el trabajo que hago, no tiene el menor futuro y a veces es agotador, sobre todo porque van pasando alumnos y yo tengo la sensación de que no voy a ninguna parte; pero puedo irme a dormir –y lo hago– sin preocupación alguna, a menos que sea una de esas noches bochornosas de «tiempo que anuncia terremoto». Si hago lo que Bob quiere, tendré que trabajar muchísimo y no me quedará tiempo para leer, que se ha convertido en el mayor de mis placeres, tal vez hasta en un vicio. Y al final de todo ese trabajo, puede que me espere otro fracaso, como en Osaka.

Hace un par de noches se produjo un violento temporal. Tenía la sensación de que los rayos iban a destrozar las contraventanas, herméticamente cerradas. Me acordé de aquel tifón en el *Mooldera* y de lo mucho que le recé a Dios para que no me dejara morir durante la travesía a China. Siento, de nuevo, el infantil deseo de pedirle al Señor que me mande una señal para hacerme saber si debo o no abrir el salón de moda Mary Mackenzie en la antigua capital de los sogunes. Si lo pienso fríamente, supongo que me siento muy sola. Y puede que el trabajo duro sea el remedio.

Nishi Kogura Machi, 97
Otsuka, Tokio
23 de agosto de 1910

Probablemente porque me siento inquieta e insegura acerca de lo que debería hacer, de golpe vuelvo a tener a Kentaro tan presente como en aquellos días en los que me sentaba junto al estanque y esperaba a escuchar el ruido de la verja al deslizarse sobre sus guías de metal. Todas las veces, antes de que nos viéramos, me poseía una intensa conciencia de él. Sé que él sentía lo mismo, aunque fuera de forma menos acusada. Lo veía en sus ojos cuando se acercaba a mí, del mismo modo que él lo veía en los míos. Era como si el acto mismo de venir a visitarme, de elegir un momento preciso para hacerlo, lo ayudara a cerrar la puerta a todas las demás parcelas de su vida y le permitiera estar completamente disponible durante un breve periodo de tiempo. Lo que me ofrecía estaba limitado por esa estricta disciplina que observa y que incluso ahora, después de tanto tiempo en este país, sigo sin entender del todo. Pero hay algo que sí sé: yo no era solo su amante extranjera, no se trataba únicamente del placer que nos proporcionábamos mutuamente, sino que también obteníamos una especie de paz mental. Y para Kentaro era tan real como para mí, por mucho que él cerrara esa paz del mismo modo que cerraba la puerta al marcharse. Oh, Dios, es esa paz lo que no he vuelto a encontrar desde entonces, y la anhelo tanto como anhelo volver a

sentir su cuerpo sobre el mío.

Esta noche hace tanto calor que me he arrastrado por debajo de la mosquitera para abrir una ventana, arriesgándome así a que entre un ladrón. De todas formas, si alguien hiciera discretas preguntas sobre mí en esta calle, no tardaría en descubrir que no vale la pena robar en casa de la extranjera. La luz atrae a miles de mosquitos, que se lanzan contra la malla. Se oye el silbato de un tren y el gong de un templo que lanza su mensaje a la ciudad. No creo que la aguda conciencia que tengo ahora mismo de Kentaro signifique que va a volver a mi lado. Solo quiere decir que, por algún motivo y en alguna parte, él ha abierto una puerta, ha entrado en un lugar que no se usaba desde hace mucho y vuelve a estar disponible para alguien.

Nishi Kogura Machi, 97, Otsuka, Tokio
24 de agosto de 1910

Durante nuestra segunda reunión *secreta*, Bob se ha mostrado bastante sorprendido al descubrir lo mucho que llegué a aprender mientras permanecía sentada a los pies de Hiro Matsuzakara, gran maestro de las prácticas comerciales modernas. Bob tenía pensado prestarme siete mil quinientos dólares –quince mil yenes– para el proyecto del salón de moda, cifra que a él le parece generosa. Yo le he dicho que no era ni remotamente adecuada y he señalado que iba a tener que alquilar un local en el centro de Tokio, preferiblemente cerca de Ginza, que tendría que contratar a una ayudante muy competente y pagarle un sueldo generoso y que, para empezar, iba a necesitar por lo menos seis costureras, más las máquinas de coser y un taller cómodo en el que trabajar. Aparte de todo eso estaba el *stock*, que, calculado así por encima, costaría al menos tres mil yenes, y que debía estar en las perchas y los estantes cuando abriéramos las puertas. Resumiendo, que no tenía la menor intención de comenzar a trabajar a menos que dispusiera de un capital mínimo de treinta mil yenes.

Bob me ha mirado como si le costara imaginar esta vena dura en la mujer a la que ayudó a encontrar un empleo de subsistencia como profesora de niños ligeramente retrasados. Ha dicho que, para un desembolso de quince mil dólares, tiene que consultar con la sede central en Kansas City por carta, no solo por telegrama. Le he respondido que me parecía bien y que me quedaría en casa esperando noticias, lo cual ha destapado su farol. Sin hablar más de la oficina central, ha pasado a exponerme las condiciones del préstamo de Midwest Warranty a Maison Mackenzie.

Las condiciones me han parecido fascinantes. La mitad del dinero que se me va a conceder se considerará directamente un préstamo personal, que tendré que devolver a lo largo de los próximos quince años a un modesto interés del cuatro por ciento, que está muy bien. Lo que ya no está tan bien es que la otra mitad del capital, la que Midwest Warranty invierta en mi negocio, les garantiza un sesenta por ciento de la propiedad, condición que seguirá siendo operativa incluso cuando yo haya terminado de pagar mi mitad del préstamo. Es más, durante mis años de esclavitud para saldar la deuda, el cuarenta por ciento de los beneficios que yo obtenga irán directamente a las arcas del banco, condición que se prolongará indefinidamente. En la práctica, ese sesenta por ciento de la propiedad convierte al banco de Bob en mi jefe, cosa que les permitiría despedirme en cualquier momento con tan poco preaviso como Hiro Matsuzakara. Para terminar, si el negocio quiebra yo seguiré atada a ese préstamo personal de siete mil quinientos dólares y, presumiblemente, tendré que continuar con las clases de inglés para pagarlo.

Mi reacción a todo eso ha sido espetarle a Bob que, si el Midwest Warranty hubiera existido en la época de Shylock, sin duda podrían haberle dado al usurero judío unos cuantos consejos útiles. He terminado diciendo que no estoy dispuesta, bajo ninguna circunstancia, a aceptar un acuerdo que otorgue al banco el sesenta por ciento de la propiedad de mi negocio, pero que sí me plantearía aceptar un cuarenta por ciento y un veinte por ciento de los beneficios.

Bob ha considerado que mi propuesta era inviable y nos hemos ido a comer, cada uno por su lado. Yo he ido al restaurante que está detrás de Ginza y he pedido carne de buey y especial dos verduras. No tenía tanta hambre como de costumbre y me he saltado la tarta. Me estaba tomando algo que se anunciaba como café americano, cuando, al levantar la mirada, he visto a una mujer japonesa que se disponía a abandonar el restaurante. Iba elegantemente vestida de seda gris: falda y torera sobre una sencilla blusa blanca. Su atuendo era quizá demasiado formal como para no completarlo con un sombrero. Hacía mucho calor, pero ella no parecía sufrirlo. Lo lógico, mientras se dirigía a la puerta, era que me diera la espalda, pero ha vuelto la cabeza y, a los pocos segundos, me ha ofrecido una tímida sonrisa. Me ha invadido una sensación de euforia. Tal vez el Señor, en su infinita bondad, me haya enviado una señal. Era Emburi San.

18

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
14 de septiembre de 1912

El emperador Meiji, el dios al que le gritó Aiko, ha muerto. Anoche, junto a otros dos millones de personas, presencié la primera etapa de su viaje a las tumbas imperiales de Kioto. Era un espectáculo de hace quinientos años y las personas que lo protagonizaban, en silencio, parecían fantasmas. Hoy la sensación de irrealidad continúa, pues la capital está completamente cerrada: no circula ni un solo tranvía, no se oye el ruido de los zuecos ni me despierta el aullido de las sirenas de las fábricas. Desde las ventanas de mi nuevo piso la imagen de los tejados es como un mar de olas grises que se dirigen a esta colina, mientras que las chimeneas negras de las casas de baños, que no echan humo, asemejan a los postes atrapados por la marea alta. La continuación de la quietud impuesta anoche resulta inquietante a plena luz del día. Sigo esperando la tranquilidad que me inspiran los sonidos familiares, algo sencillo como la corneta del vendedor de tofu, pero no oigo nada.

En cierto modo, esto me recuerda la muerte de la reina Victoria. Yo tenía diecisiete años cuando Edimburgo se vistió de luto por la soberana que había gobernado durante más años que cualquier otro monarca en la historia de Gran Bretaña. De la noche a la mañana, el color desapareció de las calles al vestirse de negro todas las mujeres. Era como si a nadie se le hubiera ocurrido pensar que una anciana no podía vivir eternamente: a todos aquellos que, en cierto modo, esperaban pasar sus días cómodamente arropados bajo la manta de su reinado, la idea de haber sobrevivido a la soberana les resultaba aterradora. Mamá estaba casi convencida de que el gobierno del frívolo y probablemente inmoral príncipe de Gales, que ahora extrañamente es el rey, no tardaría en traer consigo un rápido declive en la calidad de los modales, tanto en público como en privado. En nuestro hogar, y en los hogares de toda Gran Bretaña, se derramaron lágrimas por una irreemplazable figura maternal. Durante meses, las plegarias por el nuevo monarca en las iglesias de todo el país contenían una única súplica apenas velada: que, en su gran misericordia, Dios Nuestro Señor no nos abandonara, ni tampoco al Imperio, en una oscura época de declive y decadencia. Es probable que a estas horas se estén rezando oraciones similares en los templos de Tokio, cuyos gongs permanecen hoy en silencio. Como aquellos victorianos que, de repente, perdieron a su reina, los japoneses se encuentran ahora en una especie de trance cuando piensan que su gran emperador, el artífice de la nueva constitución, su guía durante años en los cambios y las guerras en el extranjero, va a ser sustituido por un hijo que, según dicen, está medio loco.

Seguí la procesión desde la relativa comodidad de una silla plegable en una zona situada delante del parque Hibiya: la zona en cuestión estaba reservada a la embajada estadounidense y algunos ciudadanos destacados, entre ellos Bob Dale. Yo aproveché la entrada de Emma Lou, pues la pobre estaba ya demasiado cerca del final de su cuarto embarazo como para que le apeteciera asistir a un funeral, por mucho que fuera el de un emperador. A principios de septiembre aún debería hacer calor, pero no

era así: hacía un frío más propio de las lluvias otoñales y en torno a la una de la madrugada, cuando ya llevábamos más de cuatro horas en nuestro sitio, no me habría importado tener a mano el abrigo de pieles que compré en Pekín. El cual, por cierto, sigo usando, aunque Emburi San no soporta que me lo ponga para ir a la tienda.

Bob se está comportando muy amablemente conmigo, y eso tiene bastante que ver con las cifras de beneficios que envía últimamente a Kansas City relativas a lo que a él le gusta considerar nuestro negocio conjunto. Además, está encantado con mi actual plan de cambiar el color del luto en Japón, al menos en las mujeres que visten al estilo occidental: del blanco al negro. En cierto modo es un proyecto de gran envergadura, pues va en contra de una tradición que se remonta a miles de años y que tiene sus raíces en China; pero tengo la esperanza de que atraiga a mi clientela. Si lo consigo, provocaré el pánico en las secciones de moda extranjera de grandes almacenes como Mitsukoshi y Matsuzakara, que ya se han abastecido de nuevas colecciones de otoño e invierno en colores variados. Debo admitir que había apostado por la muerte de Meiji, pues, cuando hace algunas semanas empezaron a correr insistentes rumores que así lo confirmaban, incluso dejamos de lado los encargos para concentrarnos en el negro: vestidos para la corte, vestidos de calle… Todo. Tenemos ya muchas pruebas de que nuestros dos modestos escaparates, que dan a una calle secundaria de Tokio, despiertan un gran interés entre las amantes de la moda. Cuando mañana subamos las persianas de esos escaparates, será para exponer un gran repertorio de prendas de color negro azabache. No he llorado por el emperador Meiji como hice, prácticamente siguiendo las instrucciones de mi madre, por la reina Victoria, pero sí me vestiré de luto por él.

En Japón, los dramas –sean del tipo que sean– no van con prisas y, desde luego, tampoco el funeral del Hijo del Cielo. Ya era más de medianoche cuando las luces de las calles, adornadas como si fueran farolillos ceremoniales, se apagaron. No quedó ni una sola ventana iluminada en ninguna parte. Los ruidos se fueron amortiguando hasta desaparecer, como si obedecieran órdenes. La procesión tenía sus propias luces: antorchas de resina de pino que ardían con luz tenue, cargadas por hombres que caminaban separados por una distancia de unos cien metros. La procesión avanzaba con la lentitud de una tortuga, pero el sonido de los pasos quedaba totalmente amortiguado por la capa de dos palmos de grosor de arena plateada que se había esparcido por todas las calles del recorrido. No se oyó tampoco el ruido de los cascos al pasar la Caballería Imperial. Los jinetes sujetaban las riendas con fuerza, pero los caballos no resoplaban. Los participantes que iban a pie parecían vestidos para el teatro *noh*, con sus túnicas medievales de amplias líneas que recordaban más a China que a Japón. Todos vestían enteramente de blanco, a excepción de unos cuantos tocados. Había banderines escritos en caracteres negros sobre fondo blanco, sujetos por arriba y por abajo a pértigas de bambú pintadas también de blanco. Por muy elaborada que pudiera parecer la procesión, también es cierto que carecía de pompa: era lo opuesto a un funeral de Estado en Occidente, como si aquí el objetivo más allá del boato fuera el silencio.

Y entonces, a lo lejos, el silencio se vio interrumpido. Se me puso la piel de gallina. El sonido era mitad lamento mitad chirrido, y se producía a intervalos de unos treinta segundos. Se escuchaba cada vez más alto, como si fuera una intrusión violenta en un ensayado silencio, un quejido que no pretendía ser lastimero, sino solo la lúgubre, intransigente y, por algún motivo, inmediatamente reconocible voz de la muerte. Un carro avanzaba entre gemidos en nuestra dirección: tenía dos ruedas y un diseño sencillo construido en madera sin pintar. El cuerpo del emperador se hallaba bajo un

tejado de forma curva, en el interior de un ataúd que se vislumbraba apenas cuando la brisa movía las cortinas laterales. Siete bueyes blancos, colocados uno detrás de otro, tiraban del carro: siete cabezas que oscilaban de un lado a otro mientras las patas de los animales se hundían, con tímida delicadeza, en la arena blanda.

Tras el carro llegaban los sacerdotes en el más absoluto silencio, si bien yo esperaba algún cántico, y tras ellos los oficiales militares y navales de más alto rango, en fila de a cuatro pero sometidos a una nueva disciplina, la de aquella arena que les impedía desfilar. Vestían todos uniforme y, supuestamente, lucían sus medallas; pero, al parecer, los habían situado de forma deliberada en los huecos entre antorcha y antorcha, de tal modo que, en la práctica, se veían reducidos a sombras.

Nos dejaron a oscuras durante más de media hora después de que el último de los portadores de antorchas doblara la esquina. Y así nos quedamos esperando, incómodos, hasta que los lamentos se fueron apagando. Las decoradas farolas de la calle se encendieron entonces, pero de dos en dos y sin prisas, como si no tuvieran el menor deseo de seguir el cortejo fúnebre y, durante largo rato, no hubo movimiento alguno entre el público, ni el más mínimo intento de cruzar los bucles que formaban las barreras de cuerda. Cuando finalmente nos dejaron marchar, nadie hablaba demasiado. Me pregunto si en algún otro lugar del mundo hubiera sido posible que una multitud tan numerosa volviera a casa en un silencio tan profundo.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
15 de septiembre de 1912

Hoy, cuando he llegado a la tienda, me he encontrado a Emburi San llorando, cosa que nunca hasta hoy le había visto hacer. Me ha dicho que el general Nogi, algo así como el duque de Wellington japonés, gran héroe de todas las guerras en el Japón continental, se había suicidado. Había dejado una nota en la que afirmaba que su vida no tenía sentido ahora que ya no podía servir a su querido Meiji y también deploraba la corrupción y depravación moral que en los últimos años afectaba a su país, en parte como resultado de las influencias occidentales. Por lo que intuyo, se trata de un llamamiento directo a la casta militar para que recupere la antigua disciplina del código de los guerreros, y supongo que tendrá un gran impacto en el país. Me imagino a Kentaro tomándose todo esto como algo personal, como un mensaje llegado del otro mundo que le exige una nueva e implacable dedicación. Kentaro, lo mismo que Nogi, pertenece a la vieja aristocracia.

Aquí, los periódicos se explayan con tiernos detalles a la hora de describir el suicidio: cuentan que el general Nogi regresó a su casa la noche anterior al funeral de Meiji, donde él y su mujer se dieron un baño y se pusieron sus kimonos ceremoniales. Luego, en el salón de su casa, se sentaron ante el altar dedicado a los adornos formales, cuyo único objeto era un retrato del difunto emperador. La esposa de Nogi le ofreció una taza de vino de arroz, que él bebió. Luego, Nogi cogió una daga, se la clavó a su esposa e, inmediatamente después, se abrió el vientre con una espada corta. La prensa afirma en largos artículos de lenguaje pretencioso que Nogi, desde el otro mundo, seguirá sirviendo al emperador al que tanto amaba y que él y su mujer velarán eternamente por el destino futuro de Japón. Hay algo en todo eso, una especie de nota discordante e histriónica, que me asusta de verdad. En algún lugar de este país se está criando mi hijo, que ahora tiene siete años.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
18 de octubre de 1913

La última entrada de mi cuaderno aporta una nota irónica a esta. Estamos inmersos en una ola de protestas en Tokio, que se suman a las feroces escenas protagonizadas por los diputados de la Dieta. Y el origen de todo esto es, precisamente, aquello contra lo que el general Nogi advertía a sus compatriotas: la corrupción. Parece que el primer ministro, el almirante Yamamoto, va a tener que dimitir, cosa que no supondrá una gran pérdida para el país, pero lo que realmente ha conmocionado a todo el mundo es el alcance de los sobornos y la corrupción: primero fue Siemens, que quería vender equipos inalámbricos a la Marina, y luego la nefasta alianza entre Vickers y la compañía nacional Mitsui en el contrato para construir el crucero *Kongo*. La cuantía de esos sobornos es abrumadora: un contralmirante japonés cobró más de cuatrocientos mil yenes y un vicealmirante más de trescientos cincuenta mil. Dos directores de la compañía Mitsui, además de dos ingleses y un alemán, serán juzgados en Tokio acusados de corrupción.

Bob se ha puesto bastante insoportable con todo este tema. Emma Lou dice que, siendo del Medio Oeste, tiene prejuicios hacia todo lo que venga de Europa, y especialmente de Gran Bretaña. Y supongo que yo, en cierto modo, ¡he contribuido a aumentar ese último sentimiento! He renunciado ya a nuestra comida semanal en el Imperial porque me he cansado de que me sermonee sobre el tema –o alguna de sus variantes–, del declive de las civilizaciones. Según Bob, el Imperio británico está empezando a desmoronarse porque nuestras empresas recurren a sobornos en lugar de salir al mercado a vender productos sólidos basándose únicamente en sus méritos. He intentado hacerle ver que las compañías petroleras estadounidenses tampoco es que tengan un historial inmaculado, pero siempre me silencia diciendo que la estructura económica estadounidense se cimienta en el hecho de que se puede ser un buen hombre de negocios y, al mismo tiempo, un buen baptista. Puede que sí, no voy a discutirle ese punto. Lo que sí me parece un poco injusto es su inspección semanal y exhaustiva de los libros del salón Mary Mackenzie, con la única intención de asegurarse de que Midwest Warranty está recibiendo realmente su veinte por ciento de beneficios y no un dieciocho por ciento encubierto gracias a una entrada falsa.

Me preocupa Emma Lou. Después de cuatro hijos y una hija, está a punto de convertirse en esa madre de familia numerosa que ilustra en las revistas la celebración del Día de Acción de Gracias; debería lucir la misma expresión de espiritualidad práctica que la madre de la imagen, pero no es así. Está muy delgada, casi esquelética, y aunque compra vestidos caros en nuestra tienda, los lleva como si la ropa ya no le importara en absoluto. Yo también tengo momentos en los que me siento así, y probablemente luzco ese mismo aspecto, pero, en mi caso, el síntoma es siempre un deseo oculto de rendirme y dejar de luchar. No creo que ese sea también el caso de Emma Lou: es como si, de forma deliberada, no quisiera parecer atractiva, como si lo buscase. A las dos nos cuesta muchísimo hablar de temas personales: las confidencias le resultan tan extrañas a ella como a mí y ninguna de las dos se siente capaz de exponer el contenido de su vida privada para que los demás lo manoseen. Emma Lou nunca ha intentado saber cómo es tener un amante japonés, ni qué se siente al vivir ignorando el paradero de un hijo, o recibiendo solo muy de vez en cuando noticias de una hija. Muchas de las mujeres que conozco ya habrían cogido un cincel y un mazo para ir tallando, hasta agrietarlo, el bloque de piedra que es mi reserva.

Emma Lou me ha pedido que pase con ella el mes de agosto en la casa que ha alquilado en Karuizawa, y creo que será mejor que vaya, aunque durante el fin de semana tenga que soportar los sermones de Bob sobre el inminente declive y posterior caída del Imperio británico.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
9 de enero de 1914

Ayer cumplí treinta y un años. Llevo once en el Lejano Oriente, la mayoría de ellos cuidando solo de mí misma, y a estas alturas, teniendo en cuenta mi edad y mi experiencia, ya debería ser una mujer sensata y equilibrada, preparada para afrontar la aparición de las primeras canas. En cambio, anoche me acosté a eso de la una y media y no pegué ojo: estuve despierta toda la noche, escuchando los gongs de los templos hasta la siete de la mañana y pensado en un noruego de Minnesota, estadounidense de tercera generación a quien, según dijo él mismo, Harvard había pervertido y convertido en bostoniano. Algunas personas parecen hechas a medida del nombre que llevan, y ese es exactamente el caso de John Hansen: no le he preguntado cuánto mide, pero, si no llega al metro noventa, poco le falta. Es consciente de su elevada estatura y siempre anda un poco encorvado para mantener el contacto con los que estamos aquí abajo. Es tan rubio que cuando le salgan canas, apenas se le notarán; tiene el rostro huesudo y alargado, así como sus dedos. Juraría que detecto un leve acento noruego cuando habla su inglés estadounidense, pero él dice que eso es porque nunca he conocido a ninguna persona refinada de Nueva Inglaterra, y que su acento es el de la clase alta de Boston. Afirma que tardó cinco años en perfeccionarlo, porque en el mundo de los corresponsales extranjeros nadie tiene la menor oportunidad, a menos que sea de Boston.

Nos presentó Bob Dale hace siete semanas, pero, en realidad ya hace trescientos años que nos conocemos, bajo distintas formas. John insinúa, supongo que animado por las copas de *whisky* de centeno, que en uno de esos encuentros éramos un par de *semi*, o cigarras japonesas, que cantaban en la misma rama. Yo no canto nunca y él tampoco, pero los dos lo habíamos estado intentado entre los pinos que se alzan sobre el foso en el recinto exterior del Palacio Imperial, al que se permite el acceso del público siempre y cuando la gente se comporte con decoro y respeto. Supongo que no debía de haber ningún policía cerca, porque no nos echaron. Esto no es amor, es demasiado agradable. Pero sí puedo quedarme tumbada en la cama e inventarme un canto gregoriano con su nombre.

Ninguno de los dos tiene claro su futuro. Él tiene mujer y dos hijos, que viven en un sitio llamado Waltham. Su esposa se llama Elizabeth y hace tres años le dijo que, si se negaba a buscar un trabajo normal y seguía dando tumbos por el mundo, dedicándose a escribir artículos para el *Christian Science Monitor*, podía dar por terminado su matrimonio a todos los efectos. Eso sí, Elizabeth esperaba recibir la mitad del importe de todos los cheques que él cobrara y que ni se le pasara por la cabeza intentar engañarla, pues conocía a alguien que ocupaba un puesto importante en el *Monitor* y no le costaría mucho averiguar cuánto ganaba exactamente John. Motivo por el cual, asegura John, siempre será pobre. Por eso está buscando una mujer simpática y de buen corazón que esté dispuesta a mantenerlo según el estilo de vida que a él le gustaría llevar, y que además no haga muchas preguntas. Bromea con que aún no soy lo bastante rica, pero que, si me esfuerzo mucho y abro una fábrica de corsés, puedo

convertirme en una buena candidata.

Echaba de menos esta alegría. Entre los dos la construimos. Él ya no siente nada por Elizabeth, pero adora a sus hijos, un niño y una niña, y eso es triste. Durante todos estos años prácticamente no he hablado con nadie de Tomo, pero con John sí. «Pobre zorra mía», fue lo que dijo. Y luego pidió otra ronda de bebidas.

Estoy bebiendo mucho, cosa que nunca había hecho. Es así, supongo, porque intento seguir su ritmo. Si no bebo, John afirma que ve en mis ojos el destello de una presbiteriana reformista escocesa y que eso ya lo ha vivido antes, solo que en la versión de Nueva Inglaterra. Para mí Tokio siempre ha sido la ciudad de Kentaro, la ciudad en la que se me ha proporcionado un lugar de sufrimiento, pero ahora es mía y de John. Y, en estos momentos, lo que nos pertenece es el rugido del invierno, en forma de tormenta de nieve y granizo, y medio palmo de barro en cada calle; pero cuando llegue la primavera nos adueñaremos de los ciruelos en flor y de los cerezos en flor y luego, con el calor, de la playa de Kamakura. En marzo tiene que viajar a Shanghái, pero solo durante dos semanas.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
2 de febrero de 1914

A John le gustaría venir a vivir conmigo a este apartamento. No me lo ha propuesto, ninguno de los dos ha dicho una sola palabra sobre la cuestión, pero sé que eso es lo que él quiere. Yo también lo deseo y, sin embargo, son muchos los impedimentos. La extrema respetabilidad de este bloque de apartamentos no es uno de ellos. Algunas de mis vecinas son japonesas *modernas*, mantenidas al estilo extranjero por hombres de negocios que viven en alguna otra parte de la ciudad. Desde ese punto de vista, pues, no sería un problema. Desde el mío, por algún motivo, sí lo es.

He intentado reflexionar acerca del porqué. Supongo que parte del motivo sigue siendo mi madre en Edimburgo, pese a todo lo que he hecho con mi vida desde entonces, pero la otra parte del motivo es la forma en que he vivido desde que me negué a seguir bajo la protección de Kentaro. Una de las razones por las que soporté aquella casucha japonesa primero, mis clases de inglés después y otras muchas cosas era la sensación –probablemente ridícula– de que debía recuperar completamente el dominio de mí misma y que eso, en parte, pasaba por adquirir cierta respetabilidad a los ojos del mundo. Me aterra perder lo que tengo con John, adoptar una actitud que lleve hacia eso o, simplemente, decir la palabra que pueda desencadenarlo. Pero si le abro las puertas de mi casa y dejo que se instale aquí, viviré de nuevo desafiando al mundo que me rodea. Y sé lo que eso significa: una etiqueta que me acompañará durante el resto de mi vida.

Tampoco puedo engañarme a mí misma diciéndome que, con John, tendré cierta seguridad, porque eso no me lo va a ofrecer. De hecho, la rutina ya empieza a amenazar lo que tenemos. Ayer lo estaba esperando en el vestíbulo del hotel Imperial. Cuando entró, me vio, me saludó con la mano y luego se puso a charlar con un grupo de tres periodistas, a los que mantuvo alejados de la barra mientras les contaba una historia y los hacía reír. Es una tontería, en realidad, pero hace dos semanas eso no hubiera sucedido.

Anoche me desperté pensando que tal vez en Tokio se sepa que no puedo tener más hijos. Aquí, los chismorreos sobre los extranjeros circulan por todas partes, por lo que no debería angustiarme la idea de que, antes de conocerme, John hubiera escuchado a

alguien hablar sobre mí en cualquier conversación de bar. Me pregunto cómo sería vivir en una sociedad en la que uno coge lo que quiere sin preocuparse de nada ni pensar en las consecuencias que eso podría tener para uno mismo y para los demás. ¿Sería una bendición o un infierno?

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
9 de julio de 1914

He vuelto a visitar a mis amigas, a las que tenía muy abandonadas. Alicia me ha parecido, de repente, frágil y se ha mostrado bastante fría, quizá porque ya no nos vemos tanto como antes. También puede ser que haya oído hablar de John Hansen y piense, tal y como ella misma lo expresaría, que he vuelto a «descarriarme». Últimamente se ve mucho con la esposa del embajador británico y parece que la embajada ha acogido a Alicia bajo su protección, lo cual supongo que, en el fondo, es natural: a medida que envejecemos buscamos a los nuestros y perdemos la predisposición a experimentar.

También he ido a visitar a Aiko. Corren rumores de que tiene un amante, un líder radical japonés, pero, si eso es cierto, desde luego no vi ni el más leve indicio de presencia masculina en la casita en la que ahora vive Aiko, rodeada de lo que solo puedo definir como mugre: parece que su indiferencia hacia las comodidades básicas es tan acusada como su total falta de interés en la moda. Desde luego, mi empresa solo le inspira desdén y la considera una forma de indulgencia hacia la subyugación de nuestro sexo, parte de una conspiración masculina para tener contentas a las mujeres con frivolidades. Tachó de sofistería mi argumento según el cual, dado que las convenciones y los climas exigen que nos vistamos, no tiene nada de malo hacer que la ropa sea lo más atractiva posible, o por lo menos pulcra, arreglada y limpia. Ya hace tiempo que tengo la vaga sensación de que Aiko no comparte, en realidad, la creencia tan arraigada en su pueblo de que la higiene personal es una virtud.

Actualmente Emma Lou es, desde luego, la amiga con la que más cómoda me siento, pues ya no queda en ella ni rastro de aquella muchacha histérica de Takayama. En otros tiempos, y gracias a Bob, Emma Lou esperaba que el mundo se lo ofreciera todo en bandeja, pero, a la larga, ha comprendido que complicarse la vida con esa clase de esperanzas es una pérdida de tiempo, y que lo más sensato es conformarse con lo que se tiene a mano y echar un vistazo alrededor para darse cuenta de que hay quien está mucho peor. Es la vieja tradición evangélica de dar las gracias por lo que se tiene, que, en cierto modo, encaja mucho con Emma Lou. Hay momentos en los que me parece intuir algo explosivo bajo esa nueva calma. Emma Lou es mucho más inteligente de lo que yo creía cuando la conocí, y lo es cada vez más, mientras que Bob parece estar hundiéndose día tras día en la combada silla de sus dogmatismos. Creo que le ha ido bastante bien en su idea de financiar una serie de compañías extranjeras con potencial para hacerse un hueco en el mercado japonés. Ninguna de esas compañías es demasiado grande, pero sí lo bastante como para que Bob tenga la sensación de que está consiguiendo al menos una parte de lo que tenía pensado hacer en este país.

El martes pasado, cuando Emma Lou y yo nos encontramos para tomar una taza de ese té que le he enseñado a preparar, me sorprendió al preguntarme, de repente, si John Hansen y yo nos carteábamos. Le respondí que, si tres cartas mías y una suya podía llamarse así, entonces sí nos carteábamos. También le conté, sin que me lo

preguntara, que tras sus dos semanas en Shanghái, John se había marchado a Hong Kong, luego a la Indochina francesa y después a Singapur, y que últimamente estaba embarcado en un proyecto para una serie de artículos sobre la administración holandesa de Indonesia que lo llevaría a Java. Supongo que Emma Lou debió de percibir en mi voz algo que yo no quería transmitir, porque me dijo, en voz baja: «No te eches a perder otra vez, Mary».

Era seguramente un buen consejo, pero no supe cómo agradecérselo, así que tomé otra taza de té. Ella hizo lo mismo. Luego bajaron los niños. Emma Lou está probando una *amah* nueva que la ayude a cuidar de ellos: es una tosca chica de pueblo a quien los niños estadounidenses inspiran terror, y no le falta razón.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
4 de agosto de 1914

John está en Yokohama y se hospeda en el Grand. Cuando me ha telefoneado, no me ha dicho que ya llevaba dos días en Japón, pero sí que ha venido con el transatlántico *Porthos*, y yo sé perfectamente cuándo atracó porque en la tienda estábamos esperando un cargamento de encaje belga que viajaba en sus bodegas y que tendría que habernos llegado ya hace mucho. Me ha invitado a comer mañana en el Imperial. Cuando alguien ha decidido afrontar con firmeza algo que se está convirtiendo en un problema, la hora de la comida es una buena elección: sin luces tenues, sin música y con unos camareros que dejan bastante que desear.

No tengo motivos para estar resentida: esa aventura que hemos vivido es, en gran parte, el resultado de una especie de hambre voraz por mi parte. Lo deseaba tanto que, finalmente ocurrió. Es humillante admitirlo y también tener que ver otra vez a John sabiendo esa verdad. Pero, al mismo tiempo, siento curiosidad por saber de qué forma un hombre como John pone fin a una relación y se deshace discretamente de ella. Sé lo que haría un japonés: nada, sencillamente marcharse sin decir ni una palabra. Pero en la sociedad estadounidense, las mujeres se han ganado el derecho a ser escuchadas y a que sus sentimientos se respeten. Es ese hermoso fetiche de la igualdad, que incluso Bob ha aceptado en su relación con Emma Lou, probablemente como resultado de haber estudiado en una universidad mixta. Los ingleses, como los japoneses, aún no se complican la vida con esas tonterías.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio

La comida con John ha resultado ser memorable, aunque no por los motivos que yo esperaba. He llegado casi media hora tarde, pues he tenido que quedarme para las pruebas de vestuario de una de nuestras clientas más temperamentales, que ha conseguido despertar la antipatía incluso de Emburi San, por lo general una joven muy afable. John ya estaba sentado a la mesa, esperando con dos *whiskies*. Se ha puesto en pie, ha rodeado la mesa para apartarme la silla y luego, casi hablándome al oído, ha susurrado: «Mary, anoche Gran Bretaña le declaró la guerra a Alemania. Vengo de la agencia de noticias. Los telegramas han llegado demasiado tarde para publicar la exclusiva en los periódicos de mañana».

Me he sentado sin saber qué decir. Mi reacción ha empezado a producirse después,

mientras John bebía *whisky* y hablaba. El asesinato de un archiduque en no sé qué ciudad de los Balcanes no había significado gran cosa para mí. De hecho, había quedado eclipsado por la noticia de un accidente de tren en una vía secundaria de Tokio, que se había saldado con dos muertos y catorce heridos. Aquello sí era real: yo había viajado en esa misma línea con Aiko.

Durante más de diez años, la política europea ha quedado completamente al margen de mis áreas de interés, por lo que me resulta difícil creer que el asesinato de un hombre del cual no sé absolutamente nada pueda desembocar en una guerra que involucra a casi toda Europa y, seguramente, a buena parte del mundo. John está convencido de que eso es lo que va a ocurrir, pero me pregunto si tal vez es porque tiene una visión muy estadounidense y duda de que, en realidad, este estallido europeo llegue a convertirse en un fuego duradero. Al fin y al cabo, el káiser ya ha agitado su sable en bastantes ocasiones, pero la cuestión es que es primo del rey Jorge y querido nieto de la reina Victoria, a quien insistió en medir para su ataúd.

John cree que la guerra podría prolongarse durante años y, si es así, Japón dispondría de una oportunidad única para convertirse en la potencia dominante en Asia. A nadie en Occidente le interesará mucho lo que esté pasando aquí, sobre todo en la China continental, excepto quizá a los estadounidenses. Incluso en su caso, también ellos desviarán la atención hacia Europa. John se muestra bastante cínico ante la idea de que Japón se convierta en el gallardo aliado de Gran Bretaña y Francia, y dice que si las fuerzas armadas conducen a este país al conflicto armado será solo para asegurarse de que nadie proteste por la expansión japonesa en el continente asiático.

De repente, me he sentido muy triste, pero John estaba eufórico. Se ve a sí mismo como un hombre que puede desempeñar un papel en esta época de agitación y cambios, papel que él mismo ha diseñado a su medida. El martes zarpa hacia Estados Unidos en el *Mongolia* sin haberlo comunicado a Boston, porque de esa forma evita que le envíen un telegrama para ordenarle que se quede aquí y cubra las noticias del Lejano Oriente. Tiene pensando viajar pronto a Europa, si no para el *Monitor* para algún otro periódico. Nos hemos despedido en el vestíbulo: ha prometido escribirme, pero sé que no lo hará, y yo tampoco.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
17 de septiembre de 1914

John tenía razón. Japón ha entrado en guerra, en el bando de británicos y franceses, después de tres semanas de aparente indecisión. ¿Es posible que Kentaro, que sigue en Londres, haya tenido algo que ver con esto, que con sus despachos haya convencido a Tokio de que los aliados resistirán a las hordas del káiser? De todos modos, Japón ya le ha asestado su primer golpe a Alemania al tomar Tsingtao.

He empezado a detestar este piso, con sus habitaciones minúsculas y sus vistas de tejados que se extienden hasta el horizonte. No dejo de pensar en encontrar una casa en Yokohama, preferiblemente en el Bluff, desde donde se ven tanto el monte Fuji como el mar. Significaría coger todos los días los nuevos trenes eléctricos y cubrir la distancia entre ambas ciudades en menos de cuarenta minutos.

Comienzo a sentirme como una especuladora de la guerra: aquí todo apunta a la ausencia de austeridad. De hecho, reina más bien lo contrario de la austeridad, pues, de repente, se ha despertado un gran entusiasmo por todo lo británico, incluida la

ropa de Mary Mackenzie. Vestir al estilo occidental está de moda: de momento, sin embargo, no he leído en la prensa nada que aluda a un posible servicio auxiliar femenino que tal vez requiera uniformes que yo podría producir, lo cual sería la excusa perfecta para ampliar el negocio con una pequeña fábrica.

En la embajada británica se celebran encuentros para hacer vendas con sábanas. Alicia ha declinado asistir, pues dice que ya está demasiado vieja para ayudar en una guerra, y a mí no me han invitado. Se rumorea que la embajadora fuma en público durante esas veladas. ¿Hará lo mismo Marie en estos tiempos que corren?

19

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
28 de mayo de 1915

El hundimiento del *Lusitania*, y la muerte de muchos de los estadounidenses que viajaban a bordo, ha provocado que Estados Unidos concentre toda su atención en Europa. Desde luego, aquí los militares no han perdido el tiempo a la hora de aprovechar la situación. Las Veintiuna Exigencias que Japón ha hecho a China son escandalosas. De haberse hecho a otro país, probablemente habrían motivado una declaración de guerra. Y, sin embargo, parece que esta transparente declaración de los planes de Japón en lo que a China respecta va a pasar casi desapercibida en el resto del mundo.

Las exigencias incluyen derechos territoriales absolutos y permanentes en la península de Kiaochow y en Tsingtao, que los japoneses arrebataron a Alemania el año pasado; el derecho exclusivo de colonizar el sur de Manchuria, además de la libertad total para explotar todos los recursos minerales de la Mongolia Interior. La península de Port Arthur, conquistada a los rusos mientras yo aún vivía en Pekín, y que sigue siendo territorio chino, pasará a manos de Japón en una concesión de noventa y nueve años. Además, Japón obtendrá más derechos de explotación minera en el centro de China y se le prohibirá a China otorgar nuevas concesiones costeras o insulares a las potencias extranjeras. Para terminar, como si fuera una especie de insultante guinda del pastel, se ha insinuado que China *haría bien* en aceptar la presencia de consejeros japoneses en su Gobierno y en su Ejército, esto último con la idea de crear, en un futuro no muy lejano, una fuerza militar conjunta chino-japonesa.

Puede que la sensación de asombro que me han causado todas esas medidas sea un poco exagerada, dado que me crie en un país cuyo rey es también emperador de la India y cuyo imperio no dejaba de expandirse durante mi infancia. Recuerdo lo que me contó el capitán del barco, cuando navegábamos frente a las costas chinas, acerca de cómo los británicos nos quedamos con Weihaiwei, ciudad sobre la cual no teníamos más derechos que los japoneses sobre Tsingtao. Puede que menos, pues ni siquiera luchamos por ella. Si Kentaro se ha alzado para defender esos veintiún puntos –cosa que, sin duda, jamás haría delante de mí, pero puede que sí haya hecho en Londres–, me imagino lo que habrá dicho. Se habrá hecho eco de los puntos de vista de la casta de gobernantes a la que pertenece y no me sorprendería mucho que se hubiera ganado el interés y la atención de otra casta gobernante, la de Inglaterra. Habrá sostenido que Japón debe convertirse en el protector de Asia, lo mismo que Gran Bretaña es la protectora de la India y de casi la mitad de África, desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. Y habrá añadido que la expansión imperial de Japón se está produciendo algo más tarde que la expansión de las otras «grandes potencias», pero que difícilmente se puede criticar a Japón por ello. También me lo imagino insinuando cortésmente, mientras toma una copita de oporto en alguna mansión inglesa durante el fin de semana, que los británicos no están en condiciones de amonestar a su aliado oriental en la guerra contra Alemania por intentar hacer en el

Lejano Oriente, aunque de forma limitada, lo que Gran Bretaña ha hecho a gran escala por todo el mundo.

Ni siquiera yo podría haber rebatido esos argumentos, al menos desde el punto de vista de alguien que defiende la política británica, y puede que me esté mostrando un poco sentimental sobre la cuestión de esos veintiún puntos que tan odiosos me parecen, pero es solo porque los chinos me inspiran un afecto que no siento, ni sentiré jamás, por los japoneses. Ya sé que no estoy siendo muy racional. Cuando vivía en Pekín no hablaba el idioma y, precisamente por ello, mis contactos eran muy limitados. La mitad de los extranjeros que viven ahora en la ciudad han corrido recientemente el riesgo de que los decapiten y claven sus cabezas en estacas. La vida que llevaba en Pekín tampoco era exactamente un dechado de felicidad y, sin embargo, ahora pienso que, si tuviera que marcharme para siempre de esta parte del mundo, el país con el que soñaría es China: el tintineo de los cascabeles de los camellos que avanzaban en procesión en Hatamen, la anciana con pendientes de jade que le sonrió a la radiante novia, el Palacio de Verano flotando en sus colinas, una anciana malvada sentada en el trono del dragón… Me atrevería a decir que los chinos necesitan disciplina, ya sea impuesta desde dentro o desde fuera, pero no creo que los japoneses sean los más adecuados para encargarse de esa tarea. Intuyo que, como conquistadores, se muestran desalmados y exigen sumisión total a quienes conquistan. A veces creo que la verdad acerca de los japoneses es que se muestran desalmados con todo lo que no forme parte de estas islas y de su «modo de vida» nacional.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
11 de junio de 1915

En mitad de una guerra que parece estar haciendo pedazos el mundo, yo gano dinero y busco una casa. Debería sentirme culpable: de vez en cuando noto punzadas, pero el hecho de ser una paria –en parte, al menos– ha mermado mi sentido del deber hacia el país en el que nací o, mejor dicho, hacia cualquier país. Sigo teniendo pasaporte británico, pero me siento apátrida y, desde luego, muy alejada de esas damas que siguen enrollando vendas en la embajada.

Durante el último mes he estado unas cuantas veces en Yokohama, paseando a solas. Se están construyendo muchos edificios nuevos en el distrito del Bluff, que en otros tiempos fue casi una concesión extranjera e incluso hoy en día sigue mayoritariamente ocupada por europeos y estadounidenses. Sin embargo, ya son muchos los nuevos ricos japoneses que se trasladan a la zona: la mayoría no quieren seguir viviendo al estilo tradicional y se construyen mansiones de cemento que nada tienen que envidiar a las de sus vecinos. Precisamente al lado de una de esas casas que se están edificando, entre hormigoneras funcionando a toda máquina, encontré mi casa. Era una construcción de otros tiempos que había sobrevivido, una casita modesta, casi oculta bajo el tejado. La valla de madera que rodeaba el jardín estaba combada en algunas partes y, en otras, a punto de desmoronarse.

No opuso resistencia alguna a mi intrusión, pues la puerta de la verja estaba podrida. Me quedé allí, contemplando algo que sabía que iba a reconciliarme definitivamente con el país en el que pasaré el resto de mi vida, aunque eso sea pedirle mucho a una casa con jardín. En los nuevos edificios de cemento no había visto más que parterres de rosas. Los rosales resisten bien en este país; se puede conseguir que florezcan, pero lo hacen diciendo que odian estar aquí. Contemplé las

enredaderas, el estanque seco donde antes nadaban peces, el sendero de losas –lo único de color verde, el único sosiego para la mirada–. También había un pino muy viejo que había perdido parte de las agujas tras haber soportado los últimos inviernos sin esa especie de abrigo de paja que los japoneses les ponen en otoño a estos árboles para prolongar durante siglos su esperanza de vida. La casa era bastante más grande que aquella casucha de Otsuka que abandoné sin derramar ni una sola lágrima, y estaba bastante mejor diseñada. Sin embargo, también se hallaba en un estado mucho más ruinoso: varias tejas se habían desprendido y en algunos sitios el techo estaba combado, cosa que no era un capricho del arquitecto, sino el resultado de las vigas podridas.

No sé por qué esa casa se me presenta como un desafío al que no puedo resistirme y, sin duda, debo de estar loca por querer un sitio así. Me arruinaré para restaurar el jardín y conseguir que vuelva a ser habitable, lo cual añadirá nuevas preocupaciones domésticas a las que ya me crea el trabajo.

Me dirigí al puesto de policía más próximo para informarme sobre una propiedad que nadie parecía querer. Encontré allí a un policía gordo, pagado de sí mismo, que vestía un uniforme blanco. Estaba sentado en una silla de mimbre que parecía demasiado frágil como para seguir aguantado su peso mucho más tiempo. Llevaba la cabeza afeitada y la gorra, con su blanquísimo protector de verano, estaba sobre el escritorio, delante de él. También sobre la mesa, colocada a lo largo tras un set de escritorio, se hallaba su espada. Me miró y supe al instante que su considerable experiencia a la hora de tratar con extranjeros aquí en el Bluff no había servido en absoluto para que se ablandara con nosotros. Yo, además, era una mujer a la que había que poner en su sitio. De haber estado Aiko conmigo, se habría producido en cuestión de segundos una ardiente discusión, pero el siseo de la serpiente que era mi anhelo me hizo entrar en razón. Así, saludé con una inclinación de cabeza y, tras pedirle que me excusara por molestarlo, me senté en un banco y esperé a que se dignara a atenderme. Se oía el tictac de un despertador. El policía mojó en tinta negra un puntiagudo pincel, trazó una delicada caligrafía con la elegancia de un artista, y luego me miró otra vez antes de decir: «Nani?».

Era la forma más escueta de preguntarme qué quería, sin molestarse siquiera en aproximarse a un tono cordial. Tanto en los almacenes Matsuzakara como en mi propia tienda, pero también gracias a mis conversaciones con pescaderos, verduleros y conductores de tranvía, he aprendido bastante sobre el lenguaje femenino y creo que, para ser extranjera, no se me da nada mal. Para empezar, hay muchas omisiones, es decir, palabras que están reservadas exclusivamente a los hombres y que una mujer jamás se atrevería a usar, pero sí se permiten esas otras palabras que los hombres jamás usan: la mayoría de los hombres preferirían hacerse el harakiri antes que pronunciarlas con sus propios labios. Muy pocas mujeres occidentales pierden el tiempo con esas sutilezas, pero yo lo hice como muestra de respeto ante un rechoncho agente de la ley. Así pues, le conté que era una indefensa mujer de Tokio que apelaba a su clemencia y le suplicaba que la ayudara con un problema.

¡Funcionó! Funcionó tan rápido que en cuestión de minutos, me estaba tomando una taza de té que el hombre había pedido a gritos a la vivienda de la parte posterior del puesto de policía. Lo trajo una esposa que no siempre seguía al pie de la letra la costumbre de adorar al marido. Me dijo el agente que nunca, en todo el tiempo que llevaba trabajando en aquel barrio, había encontrado a una extranjera que conociera tan bien como yo el verdadero corazón de la nación nipona. Y cuando supo qué era lo que yo deseaba, es decir, vivir en una de las pocas casas auténticamente japonesas que

quedaban en el distrito, el artista oculto bajo un uniforme y un sobrepeso considerable abandonó su escondrijo. Él, durante sus rondas por el barrio, también había contemplado las ruinas de la que, en otros tiempos había sido una hermosa casa y sentía un gran pesar.

La casa había pertenecido a una anciana pareja que había perdido a sus dos hijos en la guerra ruso-japonesa. Tras la muerte del anciano, la esposa había preferido cortarse las venas y morir desangrada antes que enfrentarse al mundo en solitario. Lógicamente y como resultado de tantas desgracias, se decía que la casa estaba encantada y que nadie quería alquilarla, así que se había ido deteriorando con el paso del tiempo. El heredero era un sobrino que dirigía una fábrica de camisas en Omori, a medio camino de Tokio, un hombre moderno que no necesitaba para nada una casa vieja situada, además, demasiado lejos de su trabajo. Durante unos años, la casa había sido para él más una carga que otra cosa. Últimamente, sin embargo, y tras el reciente *boom* de la construcción en el Bluff, los terrenos se habían revalorizado. El policía creía que el dueño de la fábrica pedía un precio ridículo, aunque, por lo que él sabía, aún no había recibido ninguna oferta.

Salí del puesto de policía y dejé allí a un aliado que me había prometido que, en el caso de que yo consiguiera comprar la propiedad de los Misune, él haría todo lo que estuviera al alcance de sus considerables poderes para buscarme personas honestas que me ayudaran con las reformas.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
19 de junio de 1915

No sé gran cosa sobre la ciencia de la psicología, que de repente se ha vuelto tan popular, pero sí he oído hablar de la teoría según la cual una mujer que lleva viviendo sin un hombre tanto tiempo como yo tiende, a mi edad, a volverse peculiar en un sentido u otro. Mis amigos, sin embargo, no se han mostrado tan caritativos conmigo, sino que me han gritado que estoy loca. De todas formas, y como ya imaginaba esa reacción, esperé a que las negociaciones para comprar una casa en ruinas se hallaran ya en una fase avanzada antes de decir ni una palabra de lo que había hecho a las fuentes de las que tendrá que salir el dinero necesario para las reformas.

El lunes por la mañana, al día siguiente de mi encuentro dominical con el agente de policía, me dirigí a Omori para visitar la fábrica de camisas Misune. Dentro de unos cuantos años, el señor Yunikichi Misune dispondrá de un verdadero ejército de personal y de secretarias entrenadas para no conceder ninguna cita, pero, por suerte para mí, me acerqué a él en un momento en que su única defensa ante el mundo era un recadero con ceceo.

No utilicé mi combinación de lenguaje femenino y mansedumbre con el fabricante de camisas, pues él no hubiera apreciado mucho la representación: era un joven de unos treinta años, desde luego no muchos más, al que Bob definiría, sin duda, como ambicioso. Y su ambición lo está llevando tan lejos que, apenas llevaba diez minutos con él, cuando ya me había contado que había empezado a vender sus camisas en Birmania. El hecho de que haya conseguido entrar en otros mercados nacionales desde una fábrica que parece más bien una escuela abandonada me causó cierta sorpresa, hasta que me enseñó su maquinaria: modernas y relucientes máquinas de cortar tela, importadas de Alemania apenas unos meses antes de que estallara la guerra. Con esa maquinaria, un solo trabajador que opere un patrón dibujado con tiza

en la primera capa de tela puede cortar otras veinticinco capas con una precisión total y absoluta. Observé el proceso fascinada, mientras en algún rincón de mi mente pensaba en la posibilidad de producir en serie los vestidos Mary Mackenzie. Puesto que demostré un interés auténtico en la fábrica, el señor Misune no tardó en considerarme una especie de alma gemela, de modo que, cuando regresamos a su minúsculo despacho de presidente, ignoró el inevitable té verde que nos esperaba y sacó en su lugar una botella de *whisky* escocés de Osaka. Rechazarlo hubiera sido una decisión poco inteligente, así que bebí muy despacio aquel brebaje repulsivo.

El señor Misune ya había recibido una oferta por la casa familiar del Bluff, lo cual era una mala noticia. Deduje que había recibido una buena oferta, pero que había decidido esperar por si le llegaba otra mejor, cosa que yo tampoco quería. Era más que evidente que, para él, la casa no era más que un montón de ruinas y que lo único que le interesaba era el valor de los terrenos. Me esforcé mucho, pues, por no darle a entender en ningún momento que mi intención era conservar aquellas ruinas. También tuve la sensación de que, por algún motivo, no le caía especialmente bien la persona que intentaba comprar la propiedad, pero sí le caía bien aquella extranjera que tanto interés había demostrado por sus máquinas. Le pregunté cuánto quería. Me observó a través del reluciente cristal de sus gafas y contestó que seis mil yenes, un precio que claramente superaba, al menos en mil yenes, la oferta de mi rival. Le dije que cinco mil y regateamos hasta quedarnos en los cinco mil quinientos.

Hasta hace tres días, no le conté a Bob lo que había hecho. Y tuve que hacerlo porque quiero pedir un préstamo de ocho mil yenes al Midwest Warranty, que es lo que voy a necesitar –además de los tres mil yenes que tengo ahorrados– antes de poder mudarme a mi nueva casa. Bob se quedó atónito al saber que quería añadir esa cantidad al crédito que ya tengo contratado con su banco y me exigió un aval en forma de un porcentaje de mis acciones: en el caso de que yo no pudiera hacer frente a las cuotas del préstamo, dicho porcentaje le otorgaría el control total de mi empresa. Hace diez días ni se me habría ocurrido pensar que desearía tanto una casa como para arriesgarme de esta manera.

Tanto Bob como yo nos movemos a ciegas entre las complejidades de la ley japonesa de sociedades, pero contamos con la ayuda de un abogado euroasiático, Harry Nishimoto, que fue hasta Yokohama para ver lo que yo había hecho y regresó afirmando que había que declararme incapacitada. Digamos que estoy alterada, pero que me niego a agachar la cabeza, así que más o menos le ordené a Harry que siguiera adelante con la compra en los términos acordados verbalmente con el señor Misune y también a través de una serie de notas intercambiadas que, creo yo, son vinculantes como declaración mutua de intenciones. Así que estoy metida hasta el fondo en esto, sin posibilidad de echarme atrás. Seguramente me espera por lo menos un año de horrores, durante el cual los constructores descubrirán que la estructura de la casa que quiero conservar no está podrida solo en algunos sitios, sino en todas partes. Sin embargo, iré encajando los golpes a medida que vayan llegando. ¡Y espero hacerlo con una fortaleza inquebrantable!

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
23 de junio de 1915

Se ha producido un acontecimiento inesperado en el tema de la casa de Yokohama. Estaba yo en mi despacho situado al fondo de la tienda, trabajando en los libros de

contabilidad que continúan demostrando la buena salud de la empresa, aunque quizá no tan buena como para hacer frente a los gastos que se me vienen encima, cuando Emburi San ha entrado para decirme que un hombre al que nunca había visto estaba preguntando por mí. No suelen venir muchos hombres por aquí: solo algunos esposos estadounidenses y puede que uno o dos franceses, pero nunca británicos y menos aún japoneses, excepto repartidores.

Al principio he pensado que el hombre debía de ser español, pues era de piel aceitunada, muy oscura y brillante. Tenía una frente tan alta que daba la sensación de que las cejas quedaban a medio camino entre la barbilla y el nacimiento del pelo liso y muy negro. Lo llevaba muy largo y peinado hacia atrás, sin raya. Su sastre no era ni de Tokio ni de Londres, más bien diría que el traje que vestía era de París y se adaptaba perfectamente a su esbelta figura. Llevaba bastón, cosa que no es muy frecuente por aquí. Tal vez porque no conozco a muchos euroasiáticos, a excepción de Harry, no se me ha ocurrido pensar que aquel hombre pudiera tener sangre japonesa. Entonces me ha dicho su nombre, Peter Nasson, y he sabido al instante quién era: el director de Nasson y Compañía, Exportadores de Seda. En Japón, unas pocas familias euroasiáticas han conseguido monopolizar ese comercio en particular, cosa que les ha permitido amasar grandes fortunas. Y la mayor de todas es la de los Nasson.

Parecía la clase de hombre que acompañaría a su mujer a comprar ropa, así que he echado un vistazo por ahí en busca de su esposa, que, sin duda, debía de estar eligiendo entre los modelos *prêt-à-porter*. Pero estábamos los dos solos, pues Emburi San se había marchado precipitadamente a atender no sé qué asunto en el taller. Sus pasos aún resonaban en la escalera. El señor Nasson ha declinado sentarse en mi despacho, pero yo sí lo he hecho y he esperado a que me aclarara los motivos de su visita. Ha ido directamente al grano: yo había comprado una propiedad en el Bluff sobre la cual él ya había iniciado una negociación, con el objeto de convertir los terrenos en parte del jardín de la casa que se estaba construyendo justo al lado. Ha insinuado que había algo no del todo honesto en la forma en que yo me había inmiscuido cuando él aún estaba pendiente de cerrar el trato. En resumen, que yo había echado por tierra la operación al forzar las cosas antes de que él tuviera la oportunidad, o el tiempo, de mejorar su oferta.

Para estar en el mes de junio hacía bastante calor, pero de repente, me ha entrado un calor aún más sofocante. Le he dicho que llevaba tiempo buscando casa, que había encontrado la que me gustaba y que había hecho una oferta por ella. El hombre ha arqueado mucho las cejas en aquella frente de pensador. «¿Buscando casa? –se ha sorprendido–. Supongo que tiene intención de echarla abajo y volver a construir, ¿no?». Le he contestado que mi intención era preservarla, con mucho amor y delicadeza. El hombre ha sonreído: era la clase de sonrisa que el presidente de una compañía usaría para sofocar cualquier conato de revuelta entre sus directores. Me ha hablado en un tono de ligera compasión. «Le ofrezco seis mil yenes por el terreno». «No». «Seis mil quinientos». «No». Ha respirado hondo, tan hondo que se le ha estirado la tela del traje. «Se arruinará usted tratando de salvar esa casa. Y cuando eso ocurra, tal vez yo decida comprarle el terreno. Buenos días, señora».

Lo he seguido hasta la tienda. «¿Sería usted capaz de echar esa casa abajo y destruir el jardín?», le he preguntado. Ya estaba casi en la puerta, cuando se ha vuelto: «Naturalmente. La casa no vale para nada y no me interesan los jardines japoneses». «¡Jamás permitiré que ponga usted sus manos en mi propiedad!», le he gritado.

La expresión de sorpresa de su rostro me ha producido cierta satisfacción. Se ha marchado discretamente, cerrando con cuidado una puerta de cristal. Era, desde

luego, un caballero cuyos educados modales contrastaban con los de la virago chillona que acababa de dejar atrás. Me he quedado allí, hecha una furia, mientras tomaba la decisión de plantar álamos entre mi casa y su monstruosidad de cemento. Ahora me siento un poco avergonzada de mi comportamiento, pero no mucho.

Apartamentos Sueyama
Surugadai, Tokio
6 de junio de 1915

La comida en el Imperial resultó agradable: hacía calor y los ventiladores del techo solo arrojaban un aire tibio, pero comimos una refrescante sopa fría que no había probado nunca. El señor Nasson había traído la receta de Suiza y se la había entregado al chef. La sopa era una forma efectiva de empezar una comida perfectamente estudiada. El señor Nasson no montó ningún escándalo por la comida, pero yo sabía que en la cocina se estaban desviviendo para no darle ni la más mínima oportunidad de criticar. Por supuesto, todos los platos se habían encargado con antelación, ni siquiera se había planteado la opción de que yo pudiera elegir. El señor Nasson es, desde luego, la clase de hombre que en Europa devolvería un vino si no fuera completamente de su agrado, pero aquí no tiene ningún sentido hacerlo porque, como él mismo dice, cuando los vinos llegan aquí ya se han echado a perder y no hay forma de recuperarlos. Lo único que sé sobre vinos es que, si son de tipo ácido, me sientan mal.

No se disimuló en ningún momento el hecho de que el objetivo de la carísima comida que ayer se sirvió en el Imperial era enmendar un desagradable primer encuentro y establecer un clima propicio entre nosotros, de modo que se me pudiera reconducir suavemente para que entrara en razón. Creo que esos modales distantes del señor Nasson son, en realidad, una postura defensiva, arraigada tal vez en dos aspectos: primero, que es euroasiático y, segundo, que ha heredado dinero y una compañía, lo cual significa en la práctica que solo tiene que ser lo bastante inteligente para mantener el negocio que ha heredado. Y para vender seda a los mercados internacionales que la piden a gritos, tampoco hay que demostrar grandes dotes administrativas.

El tema de mi casa y mi terreno no se mencionó durante la comida, pero, sin duda, saldrá a la luz tarde o temprano, quizá en la excursión que el señor Nasson ha planeado a Miyanoshita en el automóvil que acaba de importar de Estados Unidos. Dice que la carretera que sube hasta allí es terrorífica, apenas poco más que una pista de montaña, pero que las vistas compensan la angustia del viaje.

Carta de Mary Mackenzie a Marie de Chamonpierre en Roma

Hotel Mampei, Karuizawa
7 de agosto de 1916

Querida Marie:

Es muy amable por tu parte que hayas encontrado tiempo para escribirme. Dices que en Roma no estáis exactamente en primera línea, pero me imagino que prácticamente

todo lo que piensas y haces está condicionado, de una forma u otra, por la guerra. Aquí, en cambio, podría pensarse que ni siquiera se está produciendo, de no ser por la prosperidad que ha traído a Japón: se han creado nuevos mercados que, en muchos casos, no son más que sustitutos de los productos británicos que ya no llegan hasta aquí. A veces abro el periódico con un sentimiento de culpa, sobre todo después de este horrible verano con la espantosa matanza en Francia y el fracaso de la ofensiva de *sir* Douglas Haig contra el ejército alemán. Me interesó lo que comenta Armand sobre los tanques y sobre el hecho de que, de haberse utilizado en las últimas batallas, tal vez se habría podido derrotar a los alemanes. Seguramente tiene razón cuando afirma que los aliados están limitados por sus anticuadas ideas en el tema de la guerra, pero siempre he tenido la sensación, al menos por lo que he leído sobre él, de que Winston Churchill, que aboga por el uso de esos tanques, es un joven bastante descerebrado. Sinceramente, no parece que nuestros líderes tengan demasiado claro qué están haciendo.

Quieres saber si tengo novedades y la verdad es que, en cierto modo, yo también formo parte de este *boom* japonés, hasta el punto de que económicamente me va mucho mejor de lo que hubiera creído posible hace apenas unos años. Además de mi empresa, últimamente mi principal interés son las muchísimas reformas que necesita mi casa en el Bluff de Yokohama, en la que ya estoy instalada: tengo dos semanas de vacaciones después de la mudanza. Tú y Armand tenéis que venir a hacerme una visita larga. Prácticamente todo se ha conservado al estilo japonés, aparte de unas cuantas sillas que yo misma he diseñado y que ha fabricado un carpintero de la zona, inodoros con cisterna (¡dos!) y una cocina moderna con nevera eléctrica. Te prometo que estaréis muy cómodos y que mi casa os encantará. Así que, cuando esta guerra acabe, os espero.

En algún momento del año que viene abriré una sucursal de la tienda Mary Mackenzie en la calle principal de Yokohama, llamada Motomachi. Lo he decidido así porque intuyo que, en cuanto esta guerra acabe, Japón recibirá un gran flujo de turistas, sobre todo estadounidenses, y mi plan es tenderles una bonita trampa para que se gasten sus dólares. Será una tienda grande, en la que los clientes encontrarán sedas y brocados de excelente calidad que imitan los materiales japoneses en distintos modelos *prêt-à-porter* que pueden lucir las mujeres occidentales (¿y quizá también los hombres?). La idea es alejarse un poco del inevitable kimono. En realidad, el proyecto es bastante distinto al de mi tienda de Tokio. Y, si soy lo suficientemente inteligente, no fracasará. Me propongo pagar cierta cantidad de dinero a algunos de esos culis que, en el muelle número uno, esperan con sus *rickshaws* la llegada de los grandes transatlánticos: la idea es que unos cuantos orientales de aspecto un tanto hostil, que no hablan inglés, francés ni ningún otro idioma extranjero, recojan a los turistas al pie mismo de la rampa de embarque y los dejen directamente en mis piadosas manos. Los turistas se sentirán tan aliviados al verme que se dedicarán a pasear entre mis tentadores vestidos cuando aún tengan la cartera repleta de dinero.

¿Te has fijado en lo repugnante que se ha vuelto mi mentalidad comercial? Supongo que es un rasgo étnico que acecha en algún lugar del corazón de todos los escoceses y que solo necesita las circunstancias adecuadas –que, por lo general, se dan lejos del hogar natal– para salir a la luz. Al fin y al cabo, tras la unión de los dos reinos, hordas de escoceses se dirigieron al sur con el rey Jacobo: el único objeto de aquel descenso a Londres era saquear la ciudad. Y desde entonces, nos hemos hecho un lugar en el imperio de Inglaterra, el cual ha anexionado muchos territorios gracias al esfuerzo de los escoceses. Hubo una época en que vosotros los franceses os empleasteis a fondo

para llevar la influencia de la civilización a las tribus salvajes del norte, pero…, ¡ay!, no terminó de *funcionar* y en el fondo seguimos siendo unos invasores, víctimas de extraños impulsos que el resto del mundo se limita a contemplar con recelo. A medida que me hago mayor comprendo cada vez mejor a mi esposo inglés, con el que nunca volveré a tener contacto alguno. Pero si soy justa conmigo misma, debo decir también que jamás lo culpé por lo ocurrido, pues sé perfectamente que la culpa fue solo mía. Y tú, en calidad de testigo, ¡también lo sabes! Que Armand y tú sigáis siendo mis amigos es uno de esos pequeños milagros de la vida.

Tu propuesta de que viaje a Europa cuando esta guerra termine me ha dado mucho que pensar. Hasta hace muy poco, la respuesta hubiera sido que no tenía suficiente dinero, pero ahora pienso que aún es bastante improbable que abandone Japón, al menos para ir a un lugar tan lejano como es la otra punta del planeta. Existen varias razones para ello. No podría viajar a Europa sin sentir el deseo de regresar a Escocia, pero sé que allí no sería bienvenida. Además de no haber recibido jamás respuesta alguna de mi madre a las muchas cartas que le he enviado desde Japón, tampoco he recibido nunca ni una triste postal de mis otros parientes: dos tías, un tío, varios primos… Todos ellos parecen haberme relegado a una profunda oscuridad, tal vez siguiendo órdenes de mi madre. A lo largo de los últimos años me he dirigido en tres ocasiones a sus abogados solo para saber cómo está ella y obtener información básica. He recibido tres respuestas formales, nada piadosas, en las que se me comunica que está bien y punto.

Puede que te sorprenda que una actitud tan rencorosa forme parte de la existencia en un pueblo de gentes con un lado brutal, pero es precisamente la percepción de que todos tenemos ese lado lo que hace que nuestras clases medias estén tan decididas a preocuparse, sea cual sea el costo, por mantener la respetabilidad. Si volviera a Edimburgo, lo haría como una turista que visita los monumentos y luego regresa a su habitación de hotel con los pies doloridos y se dedica a contemplar el castillo encaramado en su roca.

No, tengo ante mí la cama que yo misma me he preparado y lo único que puedo hacer es tenderme en ella, especialmente ahora que puedo permitirme un colchón cómodo. En Japón siempre seré una extranjera, claro, y en otros tiempos era algo que me preocupaba, pero ya no. Cuando era la querida de Kentaro, intenté doblegar mi mente testaruda y adaptarme en cierto modo a la forma japonesa de hacer las cosas. Incluso me veía a mí misma como una especie de súbdita adoptiva del Hijo del Cielo y mortificaba la carne en un intento de conseguirlo. Tonterías: los japonófilos, que es como se conoce a los occidentales convertidos a las costumbres japonesas, no son más que objeto de burla para los nativos, que levantan las manos y se ríen de ellos. Yo también me río estos días, pero sin levantar la mano.

Tienes que venir a visitarme a este pequeño museo del Japón tradicional del cual soy la conservadora extranjera: se halla justo en el centro de un barrio que contiene muchos ejemplos de las más horrendas construcciones que se pueden edificar hoy en día. Hasta que llegue nuestro feliz encuentro en el muelle número uno de Yokohama, os mando a ti y a Armand todo mi amor.

Con cariño,

Mary

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
11 de septiembre de 1917

La noticia que me comunicó ayer Emma Lou fue, en cierto modo, una sorpresa. Desde que me he mudado aquí no los veo tan a menudo como antes, y si bien Emma Lou me propuso que me instalara con ella en Karuizawa durante el mes de julio o agosto, no lo hice porque elegimos el periodo de verano, cuando el trabajo baja bastante, para hacer ciertos cambios importantes en la tienda, durante los cuales se requería mi presencia. Los albañiles japoneses tienden a hacer bastantes excentricidades si no se les vigila de cerca.

A principios de septiembre me fui una semana al hotel Kamakura. No le dije a nadie adónde iba y dediqué esos días a entrar y salir del mar en aquella maravillosa playa. Parece que Emma Lou ha estado intentado contactar conmigo desde que volvió a Tokio. El próximo día 16 zarpa hacia Estados Unidos en el *Empress of Russia*, con los niños, pero sin Bob. Me anunció la noticia por teléfono, de un modo algo críptico que me provocó inquietud. Intenté quedar con ella en el centro para comer juntas, pero estaba muy ocupada haciendo las maletas y lo que ella describió como los últimos preparativos para Bob. Me ha pedido que vaya al barco a las diez y media, pues zarpa a mediodía. Todo esto no es propio de ella, pero no puedo llamar a Bob para saber qué está pasando. De repente, me doy cuenta de que ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que lo vi, a finales de mayo.

Que los amigos pasen por momentos difíciles es normal aquí, pues las relaciones se ven constantemente amenazadas: algunos de esos amigos vuelven a su patria, a otros los destinan a países situados a miles de kilómetros… Si alguno de ellos regresa a Japón al cabo de cinco años, tendrá mucha suerte de encontrar, entre los extranjeros que aún viven aquí, a algunos de los amigos con los que antes se relacionaba. Yo, en cambio, parezco tan inmutable como la lápida de mármol de un cementerio; pero, de los amigos extranjeros que regresan, no son muchos los que se desviven por encontrarme, por muy solos que se sientan. En cierto modo, siempre he considerado a los Dale también como establecidos, hasta el punto de que Emma Lou ya hace años que no habla de Pasadena. La última vez que se tomaron unas vacaciones largas, en lugar de regresar a Estados Unidos se fueron tres meses a Filipinas en una especie de intercambio de casas con otros estadounidenses.

Ojalá existiera una forma de averiguar qué está pasando sin parecer una entrometida. Desde luego, me inquieta la idea de ese encuentro antes de que zarpe el *Empress of Russia*.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
16 de septiembre de 1917

Los dos *whiskies* dobles que me he tomado me han deprimido más de lo que ya estaba antes. Supongo que tendría que haber ido con Bob al Grand Hôtel para ofrecerle mi apoyo durante el ritual de beber hasta quedarse inconsciente, sobre todo porque ya no es un abstemio total y no me creo que no se haya emborrachado antes. Pero no he sido capaz de acompañarlo, aunque me lo haya pedido, ni tampoco creo que de verdad me quisiera allí como testigo. Puede que no se emborrache si no tiene testigos, pero, si lo hace, en el hotel están acostumbrados a encargarse de esta clase de situaciones: cuando se canse de beber, lo meterán en una cama. No le he propuesto que viniera a mi casa, pues, sin duda, lo habría rechazado incluso en su actual estado de ánimo. La enmendada mujer de vida alegre ha vuelto a tener una recaída y estoy segura de que a Bob no le hubiera hecho mucha gracia que yo aceptara la propuesta

de Emma Lou de quedarme con ella en Karuizawa. En el fondo, mi amistad con Emma Lou siempre ha inquietado en secreto a Bob.

Pobre Bob: ahora mismo se está emborrachando y yo casi deseo hacer lo mismo. Jamás olvidaré la expresión de Emma Lou mientras cerraba la puerta del camarote, tras haber echado a Bob con no sé qué excusa y haber instalado a los niños en un camarote de cuatro camas y sofá al otro lado del pasillo. Se me ha quedado mirado durante un momento y luego ha soltado: «Bueno, adelante, pregúntame por qué lo hago». Le he contestado que no entendía lo que quería decir, ¿es que acaso no se iba de vacaciones a Estados Unidos? «No, no me voy de vacaciones a Estados Unidos. Me voy a Pasadena y allí buscaré una casa. Y el motivo por el que lo hago es que no quiero más niños. Si me quedo en Japón, los tendré, me guste o no me guste. Así son las cosas».

Lo que le he dicho, en definitiva, es que, si no quería tener más niños, sin duda debía de existir otra forma de arreglarlo sin necesidad de comprar una casa en California y dejar a su marido en Tokio. Me ha respondido en el tono más alto que jamás le he escuchado, ni siquiera con los niños. «¡No hay otra forma! ¡Con Bob no! –ha exclamado, para luego añadir–: Solo quería que lo supieras».

Lo que más me angustia es que, en realidad, no tenía nada que decirle. Hemos oído la voz de Bob en el pasillo lateral que conduce a los camarotes. Los niños le estaban gritando. Entonces ha abierto la puerta y nos ha mirado a las dos, odiando a dos mujeres por lo que intuía que acababan de hablar entre ellas.

Los transatlánticos *Empress* son famosos por la velocidad con que se alejan del muelle después de la última sirena, pero hoy daba la sensación de que todo estaba sucediendo a cámara lenta: la rampa de embarque se ha retirado muy poquito a poco y el buque ha zarpado aún más despacio mientras los pasajeros se despedían a gritos desde la cubierta de paseo. En el muelle, un grupo de alumnas despedía a su maestro, que volvía a Estados Unidos, interpretando un salmo del Evangelio. Bob y yo estábamos el uno al lado del otro, pero lo cierto es que él se hallaba muy lejos de mí, observando a Emma rodeada de los niños. Llevaba al más pequeño de sus hijos en brazos, para que pudiera lanzarle serpentinas a su padre. Es obvio que Emma Lou había comprado las serpentinas y las había repartido, pues Bob no ha tardado en tener un puñado entre las manos. De repente, yo también tenía una, mientras la voz que tan bien conozco me gritaba desde el barco: «¡Cógela, Mary!». Así que he cogido mi larga cinta verde y no la he soltado hasta que el *Empress of Russia* ha empezado a alejarse. Las serpentinas se han roto: algunas han quedado esparcidas por el suelo del muelle mientras otras colgaban, como si fueran los vestigios de una fiesta, por encima de las planchas de acero del casco del barco. La orquesta de cubierta, reducida a tres músicos debido a la economía de guerra, ha comenzado a tocar, pero no lo bastante alto como para amortiguar las agudas voces de las alumnas en el muelle.

Bob estaba llorando. Y he tenido la terrible certeza de que Emma Lou, convertida ya en un rostro borroso en la distancia, seguía allí de pie con los ojos secos.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
7 de octubre de 1917

Todas las mañanas, a las siete cuarenta y cinco, viene a buscarme un *rickshaw* para llevarme a la estación de Sakuragicho, donde cojo un tren con destino a Tokio. Siempre es el mismo hombre, un joven de pecho ancho que lleva la banda elástica

colocada sobre la frente en un desenfadado ángulo y que se pasa el viaje bromeando conmigo. Me insinúa, con bastante frecuencia, que ya va siendo hora de que me compre un automóvil. Dice que, cuando lo haga, él dejará de fingir que es un caballo y se sentará como un señor tras el volante. Yo le replico que, si conduce el automóvil con el mismo abandono que muestra a la hora de manejar el *rickshaw*, ni él ni yo sobreviviremos mucho tiempo. Insiste en que la marca que más le gusta es Rosu Rossi, y admito que tardé algún tiempo en comprender que se refería a Rolls-Royce.

Esta mañana, Komoro y yo hemos tenido que detenernos cuando intentábamos cruzar Motomachi, pues nos ha cortado el paso una larga columna de soldados que desfilaban. Desfilar quizá no es exactamente la palabra, pues estaban haciendo una especie de variación japonesa del paso de la oca de los alemanes. A mí siempre me ha parecido que ese paso resulta totalmente grotesco incluso cuando desfilan soldados de elegante uniforme. Hoy ni siquiera era ese el caso, pues los hombres iban vestidos para el servicio activo: llevaban pantalones amplios bajo túnicas mal cortadas y cargaban mochilas que parecían haber preparado con prisas.

No había nada que pudiéramos hacer, excepto esperar en el cruce hasta que terminara de pasar lo que parecía un regimiento entero. En la calle, todo el mundo se mostraba respetuoso. Algunos incluso se quedaban junto a las puertas de las tiendas casi en posición de firmes. Sé que Komoro se ha escabullido hábilmente del servicio militar, por lo que he supuesto que el espectáculo no debía de parecerle demasiado interesante, pero me he equivocado. Se las ha apañado para encender la colilla de un cigarrillo con una mano, mientras con la otra sujetaba una de las varas del *rickshaw* para que yo no me inclinara hacia delante. Cuando le he preguntado si sabía a dónde iban los soldados, ha vuelto un poco la cabeza y, torciendo los labios, ha dicho: «A la estación para viajar a China. Algún día desfilaremos por el mundo entero».

He perdido el tren. No he llegado a la tienda hasta las diez.

20

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
9 de junio de 1923

Armand me ha enviado todas las cartas que le escribí a Marie y me entristece pensar que yo no he conservado ninguna de las suyas. No me ha dicho de qué murió, pero supongo que me lo puedo imaginar, pues me cuenta que estuvo enferma durante más de un año y que se negó a dejarlo a él solo en Bangkok para volver a Francia y someterse a un tratamiento. Tal vez le diera miedo que la operaran, aunque lo más probable es que supiera que, en el fondo, no iba a servir de nada. La última carta me la escribió hace apenas cuatro meses, pero no mencionaba en ningún momento su enfermedad. Ojalá hubiera leído entre líneas cuánto se quejaba sin descanso de Bangkok y del interminable calor bochornoso, y me decía lo mucho que anhelaba unas vacaciones en Japón. Tenía siete años más que yo, lo cual significa cuarenta y siete.

Siempre he pensado en Marie como en una mujer que lo tenía todo, sobre todo cuando recibía noticias suyas durante mis primeros años en Tokio. Todas sus palabras procedían de otra vida que se hallaba en el centro mismo de los acontecimientos que ocurrían en el mundo, mientras que lo único que a mí me sucedía era que me dolían los pies. Si alguna vez ha existido la mujer perfecta para convertirse en la triunfal esposa de un embajador, esa era Marie: ingeniosa, encantadora y con un gran poder sobre los hombres. Sé muy bien, por lo que me dijo en Pekín y por lo que contaba en las cartas que me ha enviado desde entonces, que eso era exactamente lo que más deseaba en este mundo. Armand, que ahora tiene cincuenta años, no es el embajador francés en Bangkok: en todos los destinos que le han asignado a Armand, Marie se ha visto obligada a ocupar un segundo plano en beneficio de alguna otra mujer que, sin duda, no tenía ni la mitad de su talento. Y estoy convencida de que eso, para Armand, ha sido muy doloroso. Tiene dinero y una buena posición social, pero siempre le ha faltado esa ambición que lo ayuda a uno a llegar a lo más alto en el mundo diplomático, o donde sea. Su peor defecto, si es que puede considerarse un defecto, es que quería tener éxito en la vida no por él, sino por su esposa. En el fondo, él hubiera querido ser botánico.

Y ahora, ¿qué hará? Seguirá siendo muy delgado, con esos brazos nervudos en los cuales casi se adivinan los huesos ocultos tras los tendones. Para mí, Armand es un hombre de una gran bondad. Estoy segura de que, cuando los conocí, él jamás había mirado a ninguna otra mujer como miraba a su esposa desde el otro extremo de una mesa, con aquella extraordinaria concentración de amor. Tampoco creo que estuviera jamás con ninguna chica siamesa en alguna casa de alguna callejuela, pero ahí podría equivocarme. Recuerdo aquella vez en que la esposa del cónsul de Shantou dijo que los viudos occidentales del Lejano Oriente no tardan mucho en volver a casarse. Si Armand hace algo así, será para mí toda una sorpresa.

Cuando una mujer no tiene hijos, como es el caso de Marie, cae rápidamente en el olvido. Al parecer, esa es una de las cosas que más aterrorizan a los japoneses,

hombres o mujeres: la idea de que cuando mueran no habrá hijos que recen, ante el altar familiar, al espíritu de los difuntos. El profesor Akira Suzuki, gran escéptico, además de pariente y espía de Kentaro, no cree en nada que no pueda demostrarse mediante la lógica, pero aun así estoy convencida de que él también se escandalizaría ante la idea de que, a su muerte, no se observara el luto ceremonial tras la cremación de su cuerpo, ni se pronunciaran las consabidas oraciones. Debo reconocer que se ha asegurado muy bien de que eso no ocurra: es padre de tres niños y dos niñas, todos los cuales se educan según los estrictos patrones de la Ilustración filosófica occidental, pero al mismo tiempo se les inculcan las obligaciones tradicionales hacia los difuntos de la familia. En cierto modo, es básico para los valores de los japoneses, como el críquet lo es para los ingleses, y totalmente incomprensible para quien no se haya educado en ese culto sagrado.

Me pregunto si Tomo, que, sin duda, ya debe de estar prometido –probablemente con la hija de sus padres adoptivos–, rezaría por mí si le llegara la noticia de mi muerte. Supongo que tal vez sí. Hay algo, sin embargo, acerca de lo que sí estoy segura: Jane Collingsworth se ha criado sin instrucción alguna de pedirle a Dios, cuando reza antes de acostarse, que bendiga a su mamá.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
11 de junio de 1923

Debe de haber sido el hecho de releer todas las cartas que le envié a Marie lo que me ha remitido de nuevo a mis cuadernos. Siempre he sido un poco supersticiosa y no hay duda de que su muerte me inquieta, como si fuera un recordatorio no solo de que ahora ya tengo un largo pasado, sino de la facilidad con que podría desaparecer, de la noche a la mañana, todo aquello por lo que he trabajado.

Hoy no iré a Tokio. Emburi San puede ocuparse perfectamente de todo, tal y como se ha apresurado a asegurarme por teléfono. A veces creo que ella podría dirigir el negocio mejor que yo y que, en ciertos aspectos, es mucho más moderna que yo. A mí la moda de posguerra me parece horrible, con tantas líneas arriba y abajo, esas faldas tan cortas y la cintura a la altura de las caderas. En estos tiempos, como nunca hasta ahora, son hombres que odian a las mujeres quienes diseñan la moda. Emburi San se esfuerza mucho, pero a mí me parece casi imposible vestir a las japonesas a la moda actual, por muy respetuosas que sean las adaptaciones. Para empezar, aquí a las mujeres no les gusta enseñar esas piernas sobre las que se sientan desde muy temprana edad. Además, casi todas las japonesas tienen la espalda muy larga, lo cual hace que la nueva cintura de las prendas les quede más o menos a la altura de donde las occidentales, más altas en general, tienen las rodillas. Si las cosas siguen por este camino, creo que me dedicaré de nuevo a vestir a las cortesanas con largos vestidos que arrastran por el suelo y amplios sombreros «rueda de carro» adornados con plumas de avestruz.

Tener un día libre a mitad de semana sin estar enferma es una sensación extraña. No sé muy bien a qué dedicar la mañana. Se me había ocurrido decirle a Komoro que saque el Dodge y me lleve hasta Kamakura por aquel camino lleno de baches, pero, con este calor que hace, no me apetece mucho sentarme yo sola en la playa a comer bocadillos, ni tampoco almorzar en el hotel rodeada de *sahibs* extranjeros. De no ser porque está en Shanghái, Peter me hubiera acompañado, satisfecho ante la idea de que yo empiece a tomarme las cosas con un poco más de calma. Me pregunto si

realmente es así, o si esto no es más que una breve desviación de la norma.

Acabo de entrar desde mi jardín, que solo tiene un pequeño defecto: una hilera de paulonias que actúan como cortavientos, pero que hacen que el jardín resulte demasiado caluroso en días como este. Por lo demás, estoy más a gusto en el jardín que en casa. Hoy hace exactamente ocho años que la vi por primera vez y supe que era aquí donde quería vivir. Peter dice que no me caso con él porque no soporto la idea de tenerlo por aquí desordenándome las cosas y porque tengo muy claro que a mí no se me ocurriría jamás mudarme a esa cosa que un arquitecto rusoestadounidense erigió como monumento al dinero de los Nasson. Por último, también está el hecho de que me conformo con las cosas tal y como están, y prefiero que Peter siga siendo el vecino de al lado.

Este jardín no es, en realidad, mío. Lo he restaurado con mi dinero, sí, pero sigue siendo en seis octavas partes propiedad de varias generaciones de predecesores japoneses que aún merodean por aquí dos semanas al año, durante el Festival del Obon, guiados por la infeliz señora Misune, la anciana que se cortó las venas. Otra octava parte es de Sato, el jardinero, y la última es mía. La comparto con Saburo, el gato sin cola que traje para que se encargara de las ratas y que se ha quedado para ocupase también de mí. Soy la típica solterona de cuarenta años con gato, si es que se puede clasificar así a alguien con mi pasado y mi presente. La embajada británica, desde luego, aún no me ha otorgado ese estatus y, según dice Peter, no lo hará jamás, pues me sigue excluyendo de todas esas recepciones que se celebran en Tokio. Siempre las preside un retrato del rey Jorge V y asisten a ellas solo quienes no pueden encontrar una buena excusa para no hacerlo.

Antes de la Gran Guerra, Peter solía asistir a la embajada en ocasiones señaladas, como el Día del Imperio, pero ahora aún tiene menos posibilidades de cruzar esas puertas que yo, pues jamás se le perdonará lo que hizo en 1912. Intuyendo lo que estaba a punto de suceder en Europa, Peter renunció a la ciudadanía británica y al apellido de su padre, Williams, y adoptó el apellido de su madre –Nasson– y la misma nacionalidad que esta, la suiza. La lógica y el instinto de supervivencia motivaron dicha acción, pues el padre de Peter era medio británico y medio japonés, mientras que su madre era suiza de pies a cabeza. Por tanto, Peter solo era británico en una cuarta parte y, por herencia, tenía motivos fundados para declararse neutral entre 1914-1918. Tal y como él asegura, no recibir ninguna invitación de la embajada británica durante el resto de su vida es un precio muy pequeño a cambio de no haber tenido que ver el barro de Flandes. Otra de las consecuencias de su decisión fue el divorcio de su esposa, que ahora vive en Deauville: la dama es una patriota británica y afirma que el hecho de que viva en Francia se debe a que el clima es mucho mejor. No sé por qué, pero no me imagino a Peter casado y siempre le digo que, si me pide matrimonio, es solo porque le gusta poner el sello con su marca a todo lo que le rodea.

Hasta ahora, no he escrito nada acerca de lo que siento por Peter y, de repente, me descubro a mí misma contemplando con recelo mis propias palabras. Hace veinte años, la idea de tener como amante a alguien que admite abiertamente su cobardía en el terreno físico me habría horrorizado. El mito del guerrero samurái era buena parte del atractivo de Kentaro, el misterio de un hombre capaz de sentarse ante el amanecer mientras rezaba por sus soldados muertos. Nunca fui más allá de ese misterio. A veces la cortina se levantaba un poco, pero volvía a bajar antes de revelar nada. Peter no es misterioso. Se burla de mí porque nos parecemos mucho. Con él no tengo que defender nada, sería una pérdida de tiempo. Si nos casáramos, discutiríamos mucho.

Tal y como estamos ahora, cada uno tiene una casa a la que retirarse y las identidades separadas que nos proporciona el entorno físico: en mi caso, la estudiada perfección de un falso estilo japonés; en el suyo, un rutilante monstruo de cemento que evidencia el dinero de los Nasson. En las mañanas despejadas, tanto él como yo podemos ver desde nuestros respectivos dormitorios el incomparable monte Fuji.

En el jardín hace mucho calor. Aquí arriba, con el *shoji* abierto a la espera de que llegue la brisa procedente del mar, percibo el calor que me invade e irradia hacia el cielo. El anciano pino, sometido a intensos cuidados y protegido con su abrigo de invierno, ha recuperado este año las agujas. Sus nudosas ramas se apoyan en puntales de madera que hacen las veces de muletas. Estoy bastante segura de que Sato reza por el árbol cuando está trabajando cerca de él y hay momentos en que la idea de que una planta venerable tenga alma no me parece tan extraña, por lo menos cuando salgo a mi propio jardín en calidad de invitada. Hay otro árbol que, en este caso, disgusta a Sato hasta el punto casi de inspirarle rencor, principalmente porque no es capaz de identificarlo. Sato es de Kyushu, donde el clima subtropical, o casi subtropical, permite el crecimiento de muchas plantas exóticas, pero jamás ha visto un árbol como este. Habla de él con evidente odio y lo llama «planta invasora». En realidad, es un árbol totalmente inofensivo que crece muy despacio, de hojas puntiagudas que en otoño adquieren una tonalidad rojiza. Cuando se aplasta una de esas hojas con la mano, emana un delicado olor a jengibre. Y aunque su frondosidad hace que esté un poco fuera de lugar en un jardín tradicional japonés, sobre todo porque crece cerca del foco de atención que es una linterna de piedra sobre una colina en miniatura, sigo sin dejar que Sato lo toque. Le he lanzado una advertencia: si vuelvo un día a casa y descubro que mi árbol ha desaparecido, él también desaparece. Su aire de planta fuera de lugar solo acentúa, en mi opinión, la perfección, cuidadosamente conservada, de todo lo que rodea al árbol. A veces veo a Sato erguir la espalda y detenerse para maldecir a mi árbol, pero sigue vivo.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
17 de junio de 1923

Peter, que ya ha regresado de Shanghái, me ha insistido para que lo acompañe a un concierto de la Orquesta Sinfónica de Tokio. Dice que el repertorio es de lo más sentimental y que sin duda, me gustará. Hemos ido en su Morris Cowley, que es lo que los británicos llaman un «sedán». Tiene ventanas como los coches fúnebres y apesta a motor. Prefiero mil veces mi Dodge descapotable y a mi chófer, exculi de *rickshaw*.

El concierto incluía la obertura *La Gruta de Fingal*, que tendría que haber conseguido que mis escoceses ojos se llenaran de lágrimas, pero no fue así. Después Liszt y, para acabar la *Sexta sinfonía* de Chaikovsky. Las notas del programa, en japonés y medio inglés, nos animaban a buscar el tema del amor en la obra. Decía así: «… al principio la ruidosa tristeza se vuelve más suavemente y no muy a menudo, para después llegar al fin como pequeño eco en resonante cueva mortal». Peter ha comentado que, después de leer esa información, debíamos estar preparados para cualquier cosa, incluida una buena carcajada. Sin embargo, me he descubierto a mí misma esperando el tema, conmovida, deseando que fuera mucho más poderoso al final, en lugar del triste susurro sofocado en que se convierte.

Me he dado cuenta de que Peter me observaba y, luego, ya de vuelta a casa en el

coche, de repente se ha puesto cruel conmigo y me ha dicho que soy como una viajera que recorre el mundo cargada con un pesado baúl en el que guarda su pasado y que ya va siendo hora de que aprenda que lo único que necesitamos las personas es una maleta ligera. Como no le he respondido, ha pasado de nuevo al ataque. En su opinión, reservo una gran zona personal de mi baúl a un sueño borroso, dedicado a la figura sagrada de mi guerrero, ahora general. ¿Es que no me doy cuenta de que ese sueño no me ha aportado nada de nada? Le he replicado que me había aportado un hijo. Y él ha contestado: «¿Y dónde está?».

Podría haberme echado a llorar en ese momento. Mientras escuchaba la música, he regresado a ese sueño, he vuelto a ver a Kentaro en el jardín de Tsukiji, contemplado por primera vez a su hijo, y luego acuclillado en la estera fabricando una pequeña procesión de juguetes de origami. Peter estaba intentando hacerme llorar, pero no le he dado esa satisfacción.

Insiste en que debería revisar ese enorme baúl y tirar todo lo que no quepa en una maleta ligera. Y puede que tenga razón. En realidad, ya me he deshecho de muchas cosas. Cuando Richard murió en Francia, a principios de 1918, no me invadieron los remordimientos por lo que le había hecho. Lo único que sentí fue alivio al librarme de un hombre que se había negado a concederme el divorcio. Puede que lo hiciera por principios, aunque yo creo más bien que era por maldad. De Jane, que ahora tiene diecinueve años, solo recuerdo el día de su cumpleaños. Tomo, que pronto cumplirá dieciocho, entra mucho más menudo en una habitación en sombras, pero jamás consigo verle el rostro. Y su padre parece estar siempre a su lado, como si fuera él quien me impidiera verle la cara.

Creo que alquilaré una casa en Karuizawa durante el mes de agosto y me llevaré ese baúl físico para revisar el contenido de una vez por todas, como propone Peter. Me pregunto si sabrá que me he aferrado a la caja que contiene mis diarios. No puede haberla visto, siempre la tengo escondida y cerrada bajo llave.

Noki Besso, Karuizawa
18 de agosto de 1923

Esta mañana he bajado a las pistas de tenis a ver las semifinales masculinas de la Copa Karuizawa. Ha sido un duro enfrentamiento entre un estadounidense llamado Wendels y un joven japonés, Kenichi Massami, que ha perdido en el último set. Solo cuando salían de la pista me he dado cuenta de lo joven que era, en realidad, el jugador japonés: no era rival para el estadounidense, ni en edad ni en forma física. Y entonces, cuando se ha erguido después de recoger una toalla, el joven japonés me ha mirado. Estaba enfadado por la derrota. Una mirada que me ha recordado a la de Kentaro.

Me digo a mí misma que son decenas los jóvenes japoneses de familias acaudaladas que pasan las vacaciones de verano aquí en Karuizawa, y que no debo hacer ahora lo que tantas veces he deseado hacer y nunca me he permitido: empezar una investigación. Sí he descubierto, sin embargo, que los Massami son de Kioto y tengo la sensación de que es la clase de lugar en el que Kentaro habría querido que se criase Tomo. ¿Y si ese muchacho es un *yoshi*? ¡No! No debo. Dios, he venido aquí para vaciar mi baúl.

Noki Besso, Karuizawa

Este sitio se ha convertido en un hervidero de rumores desde el terremoto de ayer. Según uno de ellos, el Fuji ha entrado en erupción y ha reducido Tokio y Yokohama a un montón de cenizas humeantes. No me lo creo, como tampoco me creo que haya llegado una inmensa ola desde el mar y haya anegado la capital y su puerto. Lo único que sabemos con certeza es que no se trata, como pensábamos ayer, de un temblor local, algo relacionado con nuestro volcán. Intuyo más bien que estábamos en el margen de una gran sacudida centrada en el área de Tokio, o muy cerca. Incluso aquí ha sido lo bastante fuerte como para interrumpir todas las comunicaciones desde estas montañas. No hay teléfono ni telégrafo y, según dicen, al menos siete de los cuarenta túneles que nos separan de la llanura de Takasaki se han derrumbado. Desde luego, trenes no llegan.

El representante estadounidense de las motos Harley-Davidson subió la semana pasada hasta aquí en una de sus máquinas, pero se encontró con una carretera casi impracticable ya entonces debido al barro de las últimas lluvias. Esta mañana, cuando ha intentado volver a bajar, la carretera había desaparecido debido a un corrimiento de tierras. Así pues, parece que estamos atrapados en esta meseta. Todas esas historias que he escuchado a lo largo de los años, las que hablan de lo que ocurrirá algún día en estas islas volcánicas, ya no me parecen tan descabelladas. En el tablón de anuncios municipal he oído decir a un hombre que, si existiera algún lugar panorámico en estas montañas desde el cual pudiéramos mirar hacia abajo, tal vez descubriríamos que el mar ha llegado hasta aquí y que la mitad del país se ha precipitado a ese inmenso agujero del lecho oceánico que se conoce como el abismo de Tuscarora. Y las historias se volverán cada vez más absurdas, hasta que descubramos qué ha ocurrido en realidad.

Solo me he traído a una doncella aquí arriba, Toba San. Aunque, por lo general, es una muchacha de carácter alegre, está aterrorizada: teme que su familia, que vive en una zona tan proclive a los desastres naturales como es la península de Izu, haya muerto, lo mismo que nuestra cocinera en la casa de Yokohama. Intento tranquilizarla, pero hay algo terriblemente contagioso en el pánico que se ha apoderado de esta muchacha y en su abandono prácticamente total de ese control de las emociones tan propio de los japoneses. Cada vez que la miro, se echa a llorar. Una inquietante sensación de fatalidad se ha adueñado del valle, como si todo el mundo creyera que la catástrofe que ha asolado alguna otra parte del país no tardará en alcanzarnos también a nosotros. No hago más que mirar en dirección al volcán Asama, que se alza sobre nosotros. Me fijo en que los demás también lo hacen, pero la única señal de actividad en el cráter es la habitual columna blanca de humo, de aspecto casi inocente, que se eleva hacia el cielo. Anoche se veía un resplandor rojo reflejado en las nubes, pero es bastante habitual. Las tiendas de comestibles del pueblo se están vaciando rápidamente y se forman colas para adquirir alimentos enlatados. Allí donde se reúne un grupo de personas, la pregunta es siempre la misma: «¿Han llegado noticias?». Lo último que he oído es que se ha organizado un grupo para bajar a pie hasta las llanuras, pero no va a resultar fácil si la carretera ha desaparecido. El tren que llega hasta aquí utiliza un sistema de cremallera para salvar lo que prácticamente son precipicios.

Pensamos casi sin descanso en las personas de las ciudades y no puedo quitarme de encima la sensación de que, al estar aquí arriba, he esquivado, en cierto modo, una situación que tendría que haber formado parte de mi vida. El terremoto se produjo a

mediodía, cuando Peter probablemente se hallaba en casa. Emburi San, a cargo de la tienda, seguramente estaba deshaciéndose de la última clienta de la mañana y pensando ya en enviar a alguien a por su comida habitual, un sándwich y un vaso de leche.

Aiko también se encuentra en Tokio. La vi el mes pasado, cuando vino a la tienda justo antes de que yo me marchara de la ciudad. Y lo hizo con una petición descabellada: que yo entrara en la salita donde a la esposa del ministro del Interior le estaban probando un vestido y le pidiera a la dama en cuestión que usara sus influencias con su marido para sacar a Katsugi, el líder radical, de la cárcel de Sugamo. Desde que Aiko se casó con ese hombre, creo que está un poco desequilibrada, aunque quizá el único cambio real es que últimamente, en lugar de ser ella quien va a la cárcel, se pasa la vida intentando que se reduzcan o revoquen las penas de cárcel de su nuevo esposo. Si yo estuviera casada con él, prefería que se quedara en la cárcel. La única vez que Aiko trajo a Katsugi a mi casa de Yokohama, este inspeccionó mi hogar, se comió todo lo que encontró y luego dijo que yo era una lacaya muy bien pagada de la elite gobernante, lo cual a mí no me parece una descripción demasiado acertada de lo que hago para ganarme la vida. Creo que en aquel momento Aiko captó el mensaje de que no me interesa mucho la compañía de su marido revolucionario, aunque sigo muy preocupada por ella, especialmente en estos momentos.

¿Cuánto tiempo vamos a seguir atrapados aquí arriba, bajo esa montaña humeante?

Hotel Imperial, Tokio
16 de octubre de 1923

Como todo el mundo en esta ciudad, en cierto modo me he vuelto inmune al horror: una catástrofe de estas dimensiones produce su propia droga y bloquea nuestras reacciones. Somos casi tres mil personas apiñadas en este hotel: todos los vestíbulos, salones y pasillos se han convertido en dormitorios. El único motivo de que esté aquí, tras llegar finalmente a Tokio cuando ya había transcurrido más de un mes desde el terremoto, es que la primavera pasada abrí una pequeña tienda en el centro comercial del hotel, a modo de prueba, de cara al proyecto, mucho más ambicioso, que pensaba poner en marcha en la calle Motomachi de Yokohama. Así que ahora duermo rodeada de brocados, sedas y fruslerías para turistas. En treinta kilómetros a la redonda, la mía debe de ser la única colección de esta clase de productos que no ha quedado reducida a cenizas. Mi tienda no está abierta. Todo lo que podía resultar útil ya ha abandonado los estantes y se encuentra en el centro de suministros para refugiados que se ha organizado arriba. Cuando echo un vistazo a mi alrededor y me fijo en todo el *stock* que aún queda, y que en su día elegimos Emburi San y yo con el mayor esmero, me parece que, en estas circunstancias, no es más que un montón de basura. Permanezco en esta pequeña celda la mayor parte del tiempo, para que puedan encontrarme las empleadas que hayan sobrevivido a este holocausto. Todas conocen esta tienda y, tarde o temprano, sabrán que el hotel ha quedado intacto; pero, de momento, solo una empleada ha aparecido por aquí, la más joven de mis modistas. Sobrevivió porque ese día tenía un fuerte resfriado y se había quedado en casa. No tiene muchas esperanzas de que las demás hayan sobrevivido, ni siquiera Emburi San. Según ha oído decir, en la zona situada detrás de Ginza el fuego se propagó muy rápidamente, antes de que se pudiera rescatar a los miles de personas que habían quedado sepultadas.

No quiero ni pensarlo. Hay tantas cosas en las que no quiero ni pensar… A Peter lo encontraron bajo las ruinas de su casa de cemento. Es uno de los pocos cadáveres que se han podido recuperar. Debe de haber probablemente doscientas mil personas muertas y nadie sabe cómo ni dónde. No he tenido noticias de Aiko, aunque sí se ha confirmado que el barón Sannotera murió en su despacho. El 1 de septiembre, justo antes de mediodía, Bob Dale, ese hombre que antes era abstemio absoluto, se hallaba en el bar que está justo encima de mí experimentando con un vaso de *whisky* en la mano uno de los terremotos más devastadores del mundo. Después, por lo que he oído contar, trabajó sin descanso con los equipos de rescate. Al poco de mi llegada nos encontramos en una de las colas para obtener comida y pensé que, de repente, parecía mucho más viejo, pero supongo que eso nos ha pasado a todos. Ha estado aquí en varias ocasiones, pero la verdad es que no nos hemos dicho gran cosa. Parece que es algo habitual: por todo el hotel veo a personas sentadas que contemplan fragmentos de mampostería decorativa, como si, en cierto modo, los usaran para hipnotizarse a sí mismas.

Los japoneses, que poseen una larga experiencia en desastres naturales, parecen haber desarrollado un conocimiento casi exclusivo acerca del modo de afrontarlos. Se ponen en pie casi al instante, se sacuden el polvo, incineran a sus muertos y luego se concentran en los vivos. En Tokio la mayoría de las calles ya están despejadas y algunos tranvías vuelven a funcionar. Bob Dale me ha dicho que mañana me acompañará a Yokohama en el tren eléctrico, que también vuelve a funcionar. Me deprimía la idea de ir hasta allí yo sola. Mi cocinera y sus dos hijos han resultado ilesos: lo sé porque la policía me hizo llegar el mensaje que ella había enviado desde su pueblo natal en el campo, adonde ha regresado. Toba San, que viajó conmigo desde Karuizawa, está en Izu, pero aún no sé qué es lo que se ha encontrado allí.

No puedo leer. Y parece que a todo el mundo le pasa lo mismo, pues no se ve a nadie con un libro abierto en el hotel. Esta tarde me he dedicado a ordenar este sitio, solo para tener algo que hacer y apartar de mi vista esos brocados chillones. Bajo uno de los estantes inferiores está lo que me traje de Karuizawa: una maleta con ropa de verano y un cesto con ropa de casa, además de la caja llena de cartas y mis diarios, ese baúl simbólico del que Peter me dijo que debía deshacerme. Y esa era mi intención, pero no lo hice entonces y no lo haré ahora. Cargué con esa maleta y ese cesto en medio del caos de trenes abarrotados y estaciones en las que teníamos que hacer transbordo para poder llegar hasta aquí, y el simbolismo de la caja, si es que lo tiene, se ha visto alterado: ahora es el único vínculo que me queda para conectar con aquellos años muertos.

Ayer salí a dar un paseo. Solo cuando se está fuera del hotel se da uno cuenta de lo milagroso de haber sobrevivido. El nuevo Imperial terminó de construirse, según los planes y la supervisión del arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright, hace tan solo un año. Es difícil concebir un edificio que tenga menos probabilidades de resistir un terremoto tan fuerte, pues es una mole construida de piedra cimentada, sin estructura metálica, cuyo diseño se inspira en los antiguos templos de los mayas. Pero no hay ni una sola grieta en todo el edificio: las ventanas estrechas y la escasa altura resistieron los incendios, que llegaron hasta las puertas traseras y laterales.

Hay otros supervivientes aún más asombrosos: los enormes muros más allá del foso que rodea el Palacio Imperial. Aquí la piedra no está cimentada, se trata de rocas enormes encajadas entre sí que, al parecer, no han sufrido el menor daño. Siguen aún a la sombra de esos viejos pinos que, por lo que he podido ver, no se han visto afectados por el fuego. La residencia del dios que vive entre los japoneses no ha

sufrido los efectos de ese desastre indigno de él, si bien se rumorea que el dios mismo, acompañado por los que en estos días se consideran sus custodios, estaba a salvo disfrutando del aire puro de las montañas en Nikko. Cuando le di la espalda al palacio para mirar hacia el sur, vi que las ruinas se extendían hasta la bahía de Tokio, aunque reconocí Ginza gracias a la hilera de edificios quemados que en otros tiempos habían sido grandes almacenes, entre ellos, Matsuzakara.

Hotel Imperial, Tokio
17 de octubre de 1923

Las ruinas de la casa de Peter me impactaron mucho más que las de la mía. Mi casa, en cierto modo, se había convertido en parte en un montón de escombros y unas cuantas tejas rotas, pero el resto se reducía a pilas de cenizas casi limpias de madera quemada. Los enormes bloques de cemento de la suya, en cambio, se habían derrumbado sobre sí mismos. No pregunté cómo habían conseguido encontrar su cadáver, pues no parecía que ningún equipo de rescate hubiera movido aquella montaña: los enormes bloques de cemento roto aún conservaban el revestimiento blanco exterior en algunos sitios, como si el fuego no hubiera pasado por allí. Bajo el sol del otoño, las vistas desde el Bluff eran mejores que nunca, pues habían desaparecido todos los obstáculos. El Fuji estaba sereno.

Mientras regresábamos andando a buscar el tren de Tokio por lo que antes era Motomachi, Bob me preguntó si había mantenido el contacto con Emma Lou. Le respondí que así había sido durante los dos primeros años, pero que luego ella había dejado de contestar una carta y después nos habíamos limitado a enviarnos postales en Navidad, cosa que, al final, también habíamos dejado de hacer. Me confesó que se habían divorciado. «Aún no se lo he dicho a nadie aquí –añadió–. Es muy reciente. Emma Lou se fue a Nevada, donde, al parecer, una mujer puede divorciarse de su esposo con solo demostrar que su perro la ha mordido».

Un carro tirado por un buey ocupó en ese momento la corona de una carretera aún agrietada y requemada por el calor de las llamas. Llevaba un cargamento de tejas. No vi por allí ningún edificio listo para colocar las tejas, pero debía de haberlo por alguna parte. Bob y yo quedamos separados por el buey, como si se tratara de una curiosa muestra de deferencia ante aquella bestia de mirada solemne que, sin duda, acabaría convertida en carne incomible en algún restaurante para «extranjeros» o en *sukiyaki* para turistas. Cuando nos reunimos de nuevo, le pregunté a Bob por qué había conservado aquella casa tan grande durante seis años. «Supongo –dijo– que la conservé porque de alguna manera seguía pensado que ella cambiaría de idea y volvería. Menos mal que no lo hizo. Se le habría caído encima de haber estado aquí. No es más que una pila de ladrillos».

Recordé en ese momento algo que Peter me había contado: al parecer, era de todos sabido que Bob frecuentaba el distrito Yoshiwara. No había nada que yo pudiera decirle, del mismo modo que tampoco había nada que pudiera reprocharle a Emma Lou en el barco. Durante el trayecto en tren nos limitamos a contemplar las fábricas quemadas por la ventanilla; algunas de ellas aún conservaban las chimeneas metálicas, que, en muchos casos, estaban retorcidas por el calor. «Me han ofrecido dirigir la oficina de Shanghái –soltó de repente–. Te voy a decir una cosa, Mary, el nuevo director de la oficina de Tokio no te va a conceder un crédito tan fácilmente». Y se echó a reír.

Hotel Imperial, Tokio
3 de noviembre de 1923

Harry Nishimoto, que también era el abogado de Peter, ha venido a verme justo después de haber salido del hospital de Kobe. El día del terremoto estaba en el muelle número 1 de Yokohama, despidiendo a un amigo que zarpaba en el *Empress of Australia*, cuando el puerto se abrió repentinamente bajo sus pies. Recuerda haber caído al agua entre enormes bloques de cemento y después nada hasta que se despertó en un transatlántico que lo transportaba a Kobe. Tuvo suerte y solo se fracturó una pierna por dos sitios.

La noticia que me trae Harry es asombrosa. En este país tan proclive a las catástrofes, su firma observa desde hace años la política de conservar duplicados de todos los documentos importantes en la sucursal de sus oficinas en Kobe. Y, entre esos documentos, se encontraba el testamento de Peter. Al parecer, Peter tenía pensado burlarse por última vez de mí si moría de repente. Me ha dejado la casa que sabía que yo no quería, aunque el hecho de que esté convertida en una pila de escombros le resta gracia a la broma y ya no tiene sentido que su fantasma vague por ahí para ver qué hago con mi herencia. El legado de Peter significa que, además de mi propio terreno, dispongo ahora de otra hectárea y media de terreno en el Bluff. Que podrían haber sido dos hectáreas si una buena parte del jardín de Harry no se hubiera hundido y hubiera caído sobre las ruinas de más abajo.

Harry está convencido de que el Bluff no volverá a convertirse jamás en una zona residencial, pero dice que tal vez encuentre a algún especulador dispuesto a comprarme los terrenos, aunque no cree que vaya a sacar mucho. Se ha quedado de piedra cuando le he respondido que yo pretendía convertirme en esa especuladora y que lo autorizaba a comprar en mi nombre todos los terrenos, y sus correspondientes ruinas, que pudiera encontrar en el Bluff por valor de los cuarenta mil yenes que tengo a mi disposición.

A Harry se le daría muy bien proteger de los tiburones a las nuevas viudas. Me ha soltado un breve discurso sobre la forma más sensata de manejar los activos valiosos y luego, tras comprender que sigo empeñada en cometer una locura fiscal, me ha preguntado qué representan en mis cuentas esos cuarenta mil yenes. Le he contado que antes del terremoto tenía un total de cuarenta y tres mil ochocientos yenes en mi cuenta del Yokohama Specie Bank, que seguirán en mi haber cuando el banco analice sus registros porque yo conservo mi libreta y puedo demostrarlo. Además, tengo el fondo de comercio de mi negocio desaparecido, del cual esperaba obtener cierto rendimiento dentro de unos meses gracias a la pequeña tienda en la que estábamos sentados, y que tengo intención de abrir otra tienda en Yokohama en cuanto pueda construirla. También le he explicado que pensaba reconstruir mi casa del Bluff exactamente como era antes del terremoto, hasta el último detalle, siguiendo al pie de la letra la tradición religiosa del sintoísmo en lo que se refiere a las reconstrucciones.

Creo que a Harry le dolía la pierna, o bien necesitaba una copa, porque he percibido cierta tensión en su voz cuando me ha preguntado de dónde pensaba sacar el dinero para volver a poner en marcha mi negocio y reconstruir mi casa, si mi intención era gastarme todo mi capital comprando terrenos en el Bluff. Le he dicho que tengo intención de pedir al banco un préstamo de treinta mil yenes, que es lo que calculo que puedo necesitar para la casa y la tienda de Motomachi, y que pondré como garantía los terrenos que él debe empezar a comprar de inmediato.

Harry cree que estoy cometiendo un suicidio económico. Pero yo estoy convencida

de que esa colina sobre Yokohama volverá a convertirse en la zona residencial más cotizada de la ciudad. Dentro de cinco o seis años, los solares vacíos que queden entre las mansiones reconstruidas valdrán, por lo menos, un cuarto de millón de yenes. Y serán míos.

21

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
9 de abril de 1924

Esta mañana he recibido una copia del testamento de Isabel Mackenzie, enviada por sus abogados desde Edimburgo. Dado que soy una heredera menor, no era realmente necesario enviarme dicha copia, pero estoy bastante segura de que mamá dejó instrucciones de que así se hiciera. Al ver el voluminoso paquete llegado desde Edimburgo, no se me ocurría qué podía ser, pero, al abrirlo, he descubierto que contenía todas las cartas que yo he escrito a casa durante los últimos veinte años. Todas estaban aún dentro de su sobre, pero abiertas y, por tanto, deduzco que leídas.

Llevo un rato aquí sentada pensando en lo que significaba la llegada de mis cartas después de que mamá dejara de escribirme. ¿Acaso esperaba percibir, antes de responderlas, alguna señal de que yo me había arrepentido de mis pecados? Siempre me despedía de ella con cariño, pero en todo lo anterior a la firma no había demasiado cariño. Tras mis palabras se insinuaba siempre cierto rencor ante el hecho de que se me siguiera considerando una marginada. Si me hubiera esforzado un poco más, tal vez habría conseguido echar abajo la barrera que nos separaba.

En el testamento de mamá, se me menciona con tanta frialdad como el tintineo de un cubito de hielo en un vaso alto. «A mi hija Mary Mackenzie, antes Collingsworth, le dejo en herencia el contenido de la biblioteca de su padre». A mamá jamás le había interesado demasiado la biblioteca de papá, más bien le desagradaba, pero es obvio que ha conservado todos aquellos libros, a salvo en sus vitrinas de cristal, a lo largo de estos años. Mi primera reacción fue escribir a los abogados para decirles que vendieran los libros y donaran el dinero a alguna organización benéfica, pero finalmente he decidido enviar a buscarlos. En cierto modo, quizás a través de esos volúmenes consiga llegar hasta ese padre al que, en realidad, jamás llegué a conocer.

El testamento es bastante sencillo e incluye otros legados menores: cinco libras por cada año de servicio para una mujer cuyo nombre no significa nada para mí, por lo que deduzco que Jessie y la cocinera o bien han muerto, o bien dejaron el servicio. Al parecer, mamá solo tenía una doncella para todo durante doce años, trabajo leal que le ha agradecido con un recuerdo en forma de sesenta libras. El Albergue Elizabeth Atkins para Mujeres Deshonradas, en Glasgow, ha recibido una donación de doscientas libras, mientras que varios parientes y amigos de Edimburgo han heredado las joyas de mi madre, que eran muchas. Finalmente, Jane es la única heredera del resto de los bienes: se cancela, pues, tras validación testamentaria, la asignación de trescientas libras esterlinas que se pagaban anualmente a Richard Collingsworth en nombre de su esposa, pero que a partir de 1906 siguieron entregándose a la familia Collingsworth con la condición de que la beneficiaria de dicha cantidad fuera la nieta de la señora Mackenzie, Jane Collingsworth.

Es la primera vez que oigo hablar de que mamá le pagara a Richard una asignación en mi nombre. De hecho, recuerdo muy bien lo mucho que me preocupaba en Pekín el tema de la dote, sobre todo cuando Marie me dijo que los diplomáticos siempre se

casaban con mujeres adineradas. Trescientas libras anuales no parece una cantidad exagerada en estos años de posguerra, marcados por la inflación, pero en la China de principios de siglo nos habrían ayudado, y mucho, a pagar los gastos cotidianos.

Está claro que Richard manejó muy discretamente el asunto y jamás sabré cómo lo hizo. Lo que sí sé es que mamá debió de hacer muchos sacrificios para poder pagar ese dinero todos los años, una cifra muy elevada si tenemos en cuenta que sus ingresos no debían de superar las setecientas u ochocientas libras anuales. Jamás comentó ni una sola palabra en sus cartas que pudiera alertarme de dicha situación, así que imagino que siguió pagándole todo ese dinero a Jane por una simple cuestión de orgullo. Entiendo ahora que experimentara cierta amargura hacia su hija por haber elegido un marido que la estaba empobreciendo y supongo que me creía informada de esos pagos. Pobre mamá, esclava de ese orgullo escocés tan tozudo y arisco. Sospecho que, en parte, lo he heredado…

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
13 de abril de 1924

Hoy he encargado los árboles para restaurar mi jardín, ahora que las obras más importantes de la casa están terminadas. Para guiar a los jardineros contratados me baso en mis recuerdos, lo mismo que con los carpinteros de la casa, pues no he tenido noticias de Sato desde el terremoto. Komoro, mi chófer y culi de *rickshaw*, apareció de inmediato y consiguió encontrarme en el hotel Imperial, pero solo para decirme que nuestro viejo Dodge era un montón de chatarra y que regresaba a su pueblo natal para trabajar como granjero. Se marchó con mi bendición y algo de dinero; espero que sea mejor granjero que chófer.

Mi determinación de conseguir que esta casa y este jardín vuelvan a ser lo que eran no es solo una obsesión personal, sino algo que comparto con los miles de japoneses que, en mitad de esta naturaleza inestable, alcanzan gracias a esa especie de estabilidad. Los templos de Ise, en los que el emperador se comunica de vez en cuando con sus antepasados, son de madera y paja, y se han reconstruido decenas de veces a lo largo de los siglos, pero siempre ateniéndose al mismo plan. En este país, además, es casi tan fácil reemplazar un jardín como tu casa: ni siquiera se plantea la posibilidad de plantar árboles jóvenes y esperar a que crezcan, sino que se compran los árboles del tamaño y la edad deseados. Expertos en la materia traen y plantan dichos árboles, y garantizan que un terreno yermo se convierta en un jardín frondoso en un máximo de un año. Que algo así fuera posible no dejaba de asombrarme cada vez que lo veía en algún solar vacío antes del terremoto, pero es que ahora llegan a todos los rincones de Tokio y Yokohama jardines enteros procedentes de zonas rurales que no han sufrido daños. Los transportan en carros tirados por bueyes o caballos. El tráfico soporta pacientemente el paso de esos carros cargados, como si los consideraran un símbolo del renacimiento. No es raro ver un gigantesco pino, con las raíces envueltas en un inmenso abrigo de paja, seguido de una larga procesión de automóviles y camiones. Nadie toca el claxon.

Los árboles que he encargado son de un tamaño bastante modesto: seis paulonias de veinte años y un pino de solo setenta para sustituir un tocón chamuscado de doscientos años. Se trata de una especie de solución intermedia: podría haber conseguido otro árbol de doscientos años, junto a unas muletas para sostener sus ancianas ramas, pero el precio era de mil yenes. Quizás hubiera podido regatear hasta

los ochocientos, pero los vendedores no hubieran bajado de ahí. Con los tiempos que corren, los vendedores de árboles se están haciendo de oro.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
19 de abril de 1924

Una cuadrilla de trabajadores empezará hoy a preparar el terreno para plantar mi jardín, que debería llegar la próxima semana. Me quedo en casa para supervisar los trabajos. Lo único que crece actualmente en la tierra son malas hierbas, o eso creía yo. Es imposible que las semillas de las malas hierbas sobrevivieran al incendio, por lo que debe de haberlas traído el viento de invierno. He echado un vistazo a los restos negros como el carbón de mi pino antes de trepar al montículo en el que sobresale, como si fuera una estaca recubierta de creosota, el tocón del árbol del jengibre. Y entonces he visto algo difícil de creer: un brote verde que surgía de las raíces ennegrecidas y se abría paso entre las malas hierbas para recibir la luz del sol. Le habían crecido ya nuevas hojas, tan aromáticas como inconfundibles. He frotado una de las hojas para asegurarme y los dedos se me han impregnado del aroma del jengibre.

No creo en los presagios excepto cuando son buenos. Y este es bueno. Estoy de nuevo en una casa que huele a madera recién pulida y siento una alegría casi absurda. Me quedaré todo el día con los jardineros para asegurarme de que ese montículo artificial esté presidido, una vez más, por mi árbol extranjero.

22

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
11 de octubre de 1928

Hoy se ha producido la última de una larga serie de discusiones con Harry Nishimoto, y digo la última porque le he comunicado mis intenciones definitivas: si no hace lo que le digo, dejará de encargarse de mis asuntos. Si alguien lo oyera hablar ahora, pensaría que los cuatrocientos ochenta mil yenes procedentes de la venta de la mayoría de mis terrenos en el Bluff son resultado, exclusivamente, de su brillante planificación. Pero basta con volver atrás unas cuantas páginas de este mismo cuaderno para hallar la prueba irrefutable de que Harry me consideraba una chiflada cuando yo insistía en gastarme casi todos mis fondos disponibles en comprar terrenos aquí arriba. Harry quiere que convierta los yenes procedentes de las ventas en acciones y participaciones de la bolsa de Nueva York por valor de unos doscientos mil dólares estadounidenses. Según Harry, los indicadores no solo son favorables, sino que apuntan a que el *boom* actual va a subir aún más, y que si compro a crédito podría doblar el capital dentro de un año. Tiene montañas de cartas de agentes de bolsa que hablan de jugosos pronósticos acerca de la economía estadounidense y dice que hoy en día todo el mundo compra a crédito.

Bien, pues yo no pienso hacerlo. Comprar a crédito significa que, si las acciones bajan, hay que responder a esa bajada o quedarse sin nada. Puede que sea algo típicamente escocés, pero me gusta invertir mi dinero en algo que puedo ver y tocar si me apetece, que es el motivo por el cual he decidido convertirme en casera. Después de la venta masiva de terrenos, conservé, además de mi casa, un terreno de una hectárea y media en el Bluff y allí tengo intención de construir dos edificios de apartamentos, de tres plantas cada uno, que después alquilaré para obtener ingresos. Esa decisión prácticamente hizo que Harry echara espuma por la boca, si es que un astuto hombre de negocios como él puede hacer tal cosa.

Después de tanto discutir con Harry me siento muy cansada. Además, el verano en la tienda de Motomachi también ha sido bastante agotador. Creo que me conviene irme a alguna parte para descansar antes de tener que enfrentarme a arquitectos y constructores, por no hablar de las nuevas y complejas leyes que se aplican a los extranjeros que poseen propiedades en este país.

De aquí a un año, Harry me presentará con el máximo detalle posible los beneficios que, de haber seguido su consejo, podría haber conseguido comprando a crédito en la bolsa de Nueva York, y supongo que obtendrá una gran satisfacción. Me pregunto qué comisión le pagan sus agentes de bolsa estadounidenses. Imagino que bastante alta. Y, desde luego, no le ve ninguna posibilidad a participar con un porcentaje en los pisos que estoy construyendo. Según dicen por ahí, su esposa italiana tiene unos gustos muy caros.

Bluff, Yokohama
23 de octubre de 1928

He estado en Nikko. He tardado veinticuatro años en visitar la meca de los turistas, que es uno de los lugares de visita obligada durante los emocionantes viajes de diez días a Japón. La Oficina de Turismo de este país ha ideado un nuevo eslogan para llenar los hoteles: «Japón, un país rebosante de color, amabilidad y encanto». Bueno, puede ser.

Nikko es sensacional en algunos aspectos: es una especie de orgía de madera tallada y lacada en rojo y oro, cuyos edificios se recortan en el verde oscuro de las inmensas criptomerias; pero, después de un día entero, yo ya tenía los pies tan doloridos como cuando trabajaba en Matsuzakara. Es una ciudad repleta de interminables escaleras de piedra que hay que subir para divisar una panorámica más del rutilante templo que se proyecta sobre un fondo oscuro.

Puede que me muestre un tanto cínica por el hecho de que mi visita coincidiera con el desembarco en la ciudad de los novecientos pasajeros que viajaban en el transatlántico *Carinthia*, todos con las rodillas dobladas por el peso de sus cámaras fotográficas y con los pies aún más doloridos que yo. Mirara hacia donde mirara, veía pequeños grupos de turistas que posaban frente a un precioso paisaje japonés con la idea de conservar un recuerdo permanente de su viaje y pegarlo en sus álbumes fotográficos. Pensaba que podría estar bastante tranquila porque había evitado deliberadamente el hotel de estilo occidental, pero el hotel que me habían recomendado, el Osana, resultó ser una de esas encantadoras pensiones autóctonas que se mencionan en las guías turísticas, de modo que, cuando volví por la noche, me encontré un banquete de mala gastronomía semieuropea disfrazada de cocina japonesa para unos doscientos trotamundos. Para los demás huéspedes, al parecer, no había servicio. Después de darme un baño, tuve que esperar durante una hora antes de que llegara la bandeja con mi comida: cuando llegó, contenía únicamente lo que parecían, y seguramente eran, restos fríos del gran banquete que se había celebrado abajo. Supongo que también habían contratado a una *geisha*, o a una imitación de *geisha*, pues se escuchaban las notas de un *samisen* que alguien tocaba sin demasiado entusiasmo, mientras una voz estridente ofrecía a los turistas lo que probablemente era la discreta afrenta de la última canción de moda en los burdeles. En ese momento se abrió una puerta corredera y levanté la mirada, dispuesta a decirle a la doncella lo que pensaba de mi cena.

Y allí, de pie, estaba Kentaro. Llevaba el ligero kimono de algodón del hotel y tenía las mejillas arreboladas por el baño o el sake, o tal vez por ambas cosas. Cualquier mujer japonesa se hubiera puesto en pie para inclinarse ante él. Yo ni siquiera me moví. «¿Cómo estás?», me preguntó. «Muy bien –le respondí–. Gracias por preocuparte después de tantos años». Subió a la estera y cerró la puerta corredera de papel, como si buscara intimidad. «Tienes muy buen aspecto», le dije. «Estoy bien», contestó él, y se quedó allí de pie, observándome. Le conté que, según había oído, lo habían nombrado general. «Por favor, no me hables de eso», me pidió, y luego sonrió.

No puedo ver en el rostro de un extranjero nada que se parezca vagamente a esa sonrisa sin sentir una punzada de emoción. Recordé el dragón que se ocultaba debajo de Japón. No sé en qué pensó él. Permaneció allí durante lo que me parecieron minutos, sin que ninguno de los dos pronunciara ni una palabra, hasta que, de repente, se volvió, abrió de nuevo la puerta, dio una palmada y gritó: «Oi!». Casi al momento recibió respuesta de una de las escurridizas doncellas. Cuando la joven

llegó, Kentaro le dijo: «Llévate la comida y prepara las colchas».

Mucho tiempo atrás, en China, me había preguntado si aquello era amor. Sigo sin saberlo. Lo único que sé es que, fueran cuales fueran las condiciones, durante tres días fui incapaz de resistirme y, si lo pienso bien, sigo sin poder hacerlo. Los turistas se marcharon al día siguiente y Nikko recuperó la soledad del otoño; si bien los edificios pintados seguían fulminándonos con la mirada bajo un cielo gris, su estridencia se me antojaba algo apagada y los mausoleos parecían lugares históricos más que sitios de interés turístico. Paseamos entre ellos según un plan que Kentaro guardaba en su mente y que no me reveló, lo cual no era ninguna sorpresa en un hombre que jamás revela nada, sino que se mueve en el silencio contenido de una identidad totalmente privada incluso cuando utiliza palabras para dirigirse a los demás.

Caminé con él sin hacerle preguntas, pues no deseaba sus respuestas. Si le hubiera preguntado cómo estaba Tomo, me habría dicho que estaba bien, y si hubiera querido averiguar qué hacía nuestro hijo, me habría respondido que no lo sabía. Podría haberle reprochado lo que me hizo tantos años atrás, pero ni siquiera me hubiera contestado.

Lo que sí sé ahora es que Kentaro siempre ha seguido mi pista. Ha habido épocas largas, años incluso en los que yo ni siquiera era consciente de ello, pero a él no se le escapaba nada de lo que yo hacía. Conocía mi relación con Peter y probablemente también estaba enterado de mi aventura con el bostoniano noruego. Intuyo, además, un interés constante, como si Kentaro sintiera una curiosidad insaciable por saber qué tal le va entre sus compatriotas japoneses a una mujer como yo, que ni siquiera cuenta con el respaldo de su propia gente. Me pregunto si cree que, en el fondo, me ha ido bastante bien o si considera, en cambio, que todos esos años con los pies doloridos y el corazón medio muerto me han endurecido. Y lo más extraño, tal vez, es que en realidad me importa muy poco lo que piense de mí: lo único que quiero es estar con él mientras sea posible.

Decidí probar un experimento mientras estábamos los dos cenando en la pensión. Ahora que los extranjeros se habían marchado, la comida era bastante más decente: Kentaro sostenía su cuenco entre las manos y devoraba el contenido haciendo un ruido considerable. Podríamos haber pasado por una pareja que lleva veinticinco años junta, con la diferencia de que yo no guardaba un silencio respetuoso. Le hablé de Karuizawa y le pregunté si alguna vez había estado allí, a lo que él contestó afirmativamente con un gruñido. Le conté entonces que iba allí todos los años desde 1923, a veces solo una semana o diez días, pero otras durante todo el torneo nacional de tenis en aquellas pistas de piedra volcánica, donde la pelota rebota con una elasticidad que no he visto en ningún otro sitio. Durante tres años había estado observando a un joven jugador, muy prometedor, que de repente había desparecido del escenario del tenis y me preguntaba qué habría sido de él. Se llamaba Kenichi Massami. Kentaro dejó su cuenco de arroz, vertió en el interior un poco de té y se lo bebió, para no desperdiciar ni un grano. «Nunca he oído hablar de él», dijo.

El tercer día fuimos a la tumba de Ieyasu, el dictador que durante tantos años gobernó Japón con inteligencia y un liberalismo casi contemporáneo, para después, ya hacia el final de su vida, volverse de repente contra los extranjeros que él mismo había admitido y la religión que estos habían traído. Se iniciaron así una serie de masacres que culminaron con el martirio de treinta mil japoneses cristianos y el cierre de las fronteras del país a los occidentales, que se prolongó durante doscientos años. Sé que, desde entonces, a Ieyasu se le venera como si fuera un dios. Mientras visitábamos el altar-museo en el que se conservan varias reliquias de su vida –algunas

prendas de ropa, su armadura, su espada y su traje de la corte– sentí, en parte, el escepticismo de un protestante que visita Roma y me negué a dejarme impresionar.

Teníamos el lugar para nosotros dos solos, a excepción de los sacerdotes que lo custodiaban y que no parecían nada interesados en la presencia de un hombre japonés acompañado de una mujer occidental, como si su curiosidad se hubiera adormecido durante unos días para que pudieran recuperarse de la reciente invasión de turistas extranjeros. Kentaro caminaba un poco por delante de mí mientras contemplábamos las vitrinas de cristal; es algo que suele hacer de forma inconsciente y que solo corrigió en una ocasión: cuando le dije que siempre estaba preparado para desentenderse de mí si se presentaba una situación en la que ser visto en mi compañía pudiera resultarle incómodo. No le gustó el comentario, pero yo tampoco esperaba que le gustara. Esta es la primera vez, desde que nos convertimos en amantes, que nos dejamos ver juntos en un lugar público y tengo la sensación de que ha elegido deliberadamente esta ciudad, medio vacía ahora que se ha acabado la temporada turística, para un primer y tímido experimento.

Uno de los sacerdotes nos siguió al exterior del museo. Yo creía que buscaba una propina, pero no era eso: al parecer, se supone que deben acompañar a todos los visitantes a la tumba en la que se encuentran los restos de Ieyasu. Kentaro le hizo un gesto casi airado al hombre para que nos dejara y, pese a que llevaba ropa informal japonesa y los dedos desnudos le asomaban entre las tiras de los zuecos bajos de madera, seguía conservando su aspecto de general. El sacerdote nos dejó e iniciamos en solitario el ascenso de una larguísima escalera, cuyos mil peldaños estaban tallados en la roca, a veces tres en un mismo fragmento de piedra. Estaban muy desgastados por el paso de incontables peregrinos a lo largo de los siglos, y cubiertos de resbaladizo musgo verde. Lo único que se veía era aquella escalera, flanqueada a ambos lados por inmensas criptomerias. Solo se oía era el susurro del viento en las copas de los árboles y el borboteo de un arroyo invisible. Ni el canto de un pájaro, ni el menor sonido de origen humano.

Pese a que yo no había resbalado en el musgo, Kentaro me tendió una mano y la acepté. Seguimos subiendo así, sin decir nada, ascendiendo más y más por la escarpada ladera de la montaña y adentrándonos en una soledad deliberada que, al cabo de un rato, empezó a marearme y asustarme un poco. Sin embargo, también me aportaba una calma que se iba abriendo paso por mis venas, como si fuera un fármaco de acción lenta. Yo no miraba a Kentaro, ni él a mí: la mayor parte del tiempo teníamos los dos la mirada clavada en aquellos empinados escalones, aunque cada vez que llegábamos a uno de los descansillos pavimentados nos deteníamos a levantar la cabeza antes de iniciar el siguiente tramo y, en silencio absoluto, disfrutábamos de aquella sensación de estar completamente aislados del resto del mundo.

El santuario contrastaba abiertamente con los rutilantes templos del valle: madera sencilla bajo tejas sencillas. Las curvas del tejado parecían aún más pronunciadas por los árboles que crecían en una pendiente tal vez demasiado escarpada como para que pudieran echar raíces. Kentaro le rezó una oración al hombre-dios, tan breve que más bien parecía un saludo, y luego se volvió hacia mí, que me había quedado de pie junto a una fuente de piedra. Separados por esa fuente, Kentaro pronunció: «Tengo un amigo, diplomático, que está casado con una estadounidense. Les ha ido muy bien juntos». No dije nada. Me observó fijamente. «Mi esposa murió hace dos años. ¿Lo sabías?». «Sí». Contempló un cucharón de largo mango que descansaba en la fuente. «Ahora ya podemos casarnos».

Tuve la sensación de que hasta el viento había cesado en las copas de los altos

árboles, para dejarle el terreno despejado al trueno que descendía desde la montaña: era la ira de Ieyasu ante aquel flagrante desafío a su destierro de los extranjeros. Lo que contesté fue una tontería: «¿Lo has pensado bien?». «Sí». «Si nos casamos, ¿Tomo podrá ser reconocido como nuestro hijo legítimo?». «No». «¿Podré verlo?». «No». «Entonces, no nos casaremos».

No regresamos juntos a Tokio. Kentaro me acompañó a la estación del tren eléctrico y, en el torniquete del andén, dijo: «¿Iré a visitarte a Yokohama?». Era una pregunta, no una afirmación. «Sí», le respondí.

23

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
2 de diciembre de 1941

Esta tarde, por primera vez en meses, he ido caminando hasta los pisos que ahora solo me pertenecen por poderes, pues a los extranjeros ya no se nos permite poseer propiedades en este país. Sigo cobrando los alquileres y pagando los gastos de mantenimiento, aunque es imposible saber durante cuánto tiempo seguirá siendo así. Mi excusa de hoy era que quería ver cómo zarpaba el *Tatsuta Maru* y desde los jardines de los pisos, a diferencia de mi casa, se ve perfectamente el puerto.

Lo que he visto allí abajo parecía la escena habitual de un transatlántico japonés que zarpa para cruzar el Pacífico, con la única diferencia de que no se veían las tradicionales serpentinas que revolotean en el aire mientras el barco se aleja. No me he atrevido a traer unos prismáticos. Dado el actual clima de tensión, la policía se abalanza sobre cualquier indicio de *espionaje*: que una extranjera demuestre curiosidad por algo es arriesgarse a recibir una visita de la policía y a la posibilidad, muy real, de ser arrestada bajo la más absurda de las acusaciones.

Harry Nishimoto viaja a bordo del *Tatsuta*, en un último y desesperado intento de abandonar un país en el que podrían llamarlo a filas y obligarlo a prestar sus servicios, aunque, en mi opinión, ya es demasiado viejo para eso. Se ha convertido en una figura patética, el final de un declive que empezó ya hace muchos años, creo que justo después del crac del 29 y la huida de su mujer, al poco tiempo. Estoy convencida de que Harry jamás llegó a aceptar la Depresión, ni a adaptarse a ella como hubiera sido de esperar en un hombre con su formación en temas legales y, muy especialmente, en las complejidades de las leyes japonesas. Tendría que haber renunciado ya hace mucho a la doble nacionalidad, olvidarse de su ciudadanía estadounidense por el hecho de haber nacido en Hawái, y establecerse definitivamente aquí.

Quería que me marchara en el *Tatsuta* con él, pero… ¿qué sentido tiene que emigre ahora a Estados Unidos, a mis cincuenta y ocho años y sin dinero? ¿Qué iba a hacer allí? Todo lo que tengo está aquí. Y, además, no quiero marcharme de Japón. Después de treinta y cinco años en un mismo país, no puedo decir que tenga una *patria* en ningún otro, ni siquiera que me quede la posibilidad de construirla. No me he hecho súbdita japonesa porque eso sería una especie de pantomima, pero la experiencia me ha convertido en algo parecido a una euroasiática, como también le ocurrió a Alicia. Al morir, dejó escrito que quería ser incinerada, lo cual creo que sigue siendo anatema entre los anglicanos. Según cuentan, al obispo de Tokio le preocupaban mucho las escasas posibilidades que tenía Alicia de resucitar de un cuerpo incinerado.

Aiko también ha intentado convencerme para que abandone Japón. Se ha convertido en un especie de problema y ha envejecido muy deprisa desde que Katsugi se divorció de ella para irse con una mujer más joven. Ahora no es más que una sufragista anciana que habla de las batallas de ayer y no parece sentir mucho interés por las de hoy. Si yo me marchara, no le quedarían muchos amigos aquí, aunque

supongo que eso no le preocupa mucho. Tengo la vaga sensación de que le tiene el ojo echado a esta casa y no dudaría en ofrecerse para cuidarla si yo decidiera huir del caos que se avecina. Bien, pues no he huido y ese barco que acaba de zarpar de la bahía era, muy probablemente, mi última oportunidad.

Aquí, la máquina propagandística es como un perro rabioso que gruñe sin descanso a Estados Unidos y Gran Bretaña, y habla mucho del cerco ABCD, es decir, Estados Unidos, Gran Bretaña, China y Holanda. Dado que no hay nada que yo pueda hacer en esta situación, excepto esperar, trato de obtener un nivel elevado de normalidad limitándome a echar un rápido vistazo a la prensa y no encender nunca la radio. Algunos amigos vienen a verme, pero yo no voy a verlos a ellos. La hostilidad hacia los extranjeros vuelve a ser patente en los transportes públicos e incluso en las calles. Ya he vivido antes, en varias ocasiones, estas oleadas de sentimiento antioccidental: la peor se produjo después de la Ley de Exclusión Asiática promulgada por Estados Unidos, que señalaba a los japoneses como amarillos asiáticos y les impedía pisar suelo estadounidense. En aquella época no pude culpar a quienes me rodeaban por mirarme de forma hostil, como tampoco puedo hacerlo ahora, pues, en esta ocasión, son simples víctimas de la máquina de propaganda militar, a las que se manipula para que piensen lo que los generales al mando –incluido Kentaro– quieren que piensen.

No ha vuelto a visitarme desde que regresó de China en 1939 y tampoco es que frecuentara mucho mi casa antes de que le preguntara qué papel había desempeñado, si es que había desempeñado alguno, en la masacre de Nankín. Era algo que yo necesitaba saber, pero no averigüé nada. Se volvió entre el susurro de seda del traje japonés que siempre se ponía cuando me visitaba y, un instante más tarde, oí el taconeo de sus zuecos sobre las losas del camino que conducía a la verja.

Jamás he visto a Kentaro vestido de uniforme. Ni siquiera en China, pues allí siempre vestía ropa europea, nada que indicara su relación con el Ejército…, casi como si se hubiera propuesto fingir que no era un agregado militar. Recuerdo una recepción en la embajada alemana en la que se presentó vestido con una levita que no le sentaba demasiado bien, como si quisiera burlarse de algunos de los asistentes, soldados cargados de medallas que no habían participado en una batalla en su vida.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
6 de diciembre de 1941

He recibido una carta de Jane. Me cuesta mucho creerlo, a pesar de que las páginas están sobre la mesa, delante de mí. No aclara cómo ha conseguido mi dirección, pero supongo que debe de haberme rastreado a través de la embajada.

Es viuda. Su marido, coronel, murió a principios de este año en la batalla de Creta, uno de los episodios de la nueva guerra europea sobre los que leí sin pensar en ningún momento que pudiera tener alguna consecuencia en mi vida. A sus treinta y siete años, Jane se ha quedado sola con un hijo de doce y una hija de nueve. Me habla de su matrimonio como si hubiera sido una etapa muy feliz, como si sus palabras surgieran de una comprensión mutua entre esposo y esposa. Algo que a mí jamás me pareció posible. Jane y su esposo compraron una casa en Shropshire hace diez años, un lugar grande y caótico con un jardín que ya no puede cuidar porque trabaja como chófer para la Protección Civil. Me ofrece que me vaya a vivir con ellos.

Esta es la niña que, según pensaba yo entonces, se criaría perfectamente sin mí, y así ha sido, pero al mismo tiempo desea establecer contacto con una mujer a la que es

imposible que recuerde. La influencia de los Collingsworth, al parecer, no es tan poderosa como yo imaginaba, o bien Jane se la ha sacudido de encima.

¿Cómo voy a escribirle? Nunca le escribí de niña, ni de joven ni de adulta. ¿Qué puedo decir para llenar ese vacío tan grande creado durante años, o al menos para indicar que me gustaría intentarlo? He buscado en su carta indicios que me hagan pensar que me ha escrito porque lo considera su deber, que la mueve la idea errónea de que tiene alguna obligación conmigo, tal vez por todo el dinero que le dejó mamá. Y, sin embargo, lo único que veo es un cálido impulso procedente de aquella niña de mirada atenta que nunca parecía necesitarme.

No puedo hablarle de Tomo ni de por qué debo quedarme aquí. Si Japón le declara la guerra a Gran Bretaña, ¿qué sentiría Jane al saber que su hermanastro está en el bando enemigo? ¿Y qué puedo contarle del bebé con el que viví menos tiempo aún que con ella, excepto que ha seguido los pasos de su padre y está en el Ejército? Eso es lo que me contó Kentaro, después de haberse tomado un par de *whiskies* más de la cuenta, sobre el pequeño Kurihama que fue dado en adopción.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
9 de diciembre de 1941

La prensa se muestra exultante, pero yo me pregunto si los japoneses piensan de verdad que lo sucedido en Pearl Harbor ha cambiado el curso de la historia a su favor. No me creo que destruyeran por completo la flota estadounidense del Pacífico. He vivido bastantes guerras como para recelar de todos los informes oficiales. Y, en este país, la prensa y la radio no han dejado de mentirnos desde que los japoneses invadieron China en 1937, así que es una costumbre más que arraigada. Me pregunto qué pasará ahora con el *Tatsuta Maru.* Después de lo de Pearl Harbor, dudo mucho que se dirija a ningún puerto de Hawái o de Estados Unidos. Seguramente habrá dado media vuelta y regrese a marchas forzadas a aguas japonesas, con su triste pasaje de desertores de última hora. Supongo que volveré a encontrarme con todos esos pasajeros cuando, a su debido tiempo, me lleven a un campo de internamiento.

Hasta que eso ocurra, me quedaré en esta casa y contemplaré mi jardín, que seguirá aquí mucho tiempo después de que yo me haya marchado, siempre y cuando los estadounidenses no consigan hacer lo que, según la prensa, es imposible: bombardear Yokohama y Tokio. Las bombas incendiarias que usan en Europa encontrarían un excelente combustible en estas ciudades. Cuando termine esta guerra, ¿se volverán a trasplantar inmensas cantidades de árboles?

Anoche no pude conciliar el sueño. Si Tomo entró en el Ejército a los dieciocho o diecinueve años, tal y como calculo, a estas alturas ya debería ser un oficial de rango bastante alto, probablemente comandante. Cuanto más alto el rango, más seguro se está. Pero, por otro lado, el marido de Jane era coronel. Si a Tomo lo hirieran o lo mataran, yo ni siquiera lo sabría. Es un completo extraño y mi corazón no me avisaría.

Ura Machi, 17
Bluff, Yokohama
11 de abril de 1942

Algunos días, mientras leo los periódicos y me veo obligada a aceptar las verdades que se esconden entre las exageraciones, me siento como si un fantasma hubiera regresado desde otra época y, a modo de castigo por mis lejanos pecados, me condenara a presenciar cómo se va desmoronando todo lo que he conocido, todo lo que he vivido y todo lo que creía seguro. Hong Kong ha caído, y Malasia y Singapur. Las Filipinas han sido ocupadas, Bataán se rindió hace dos días y los únicos estadounidenses que siguen luchando están atrincherados en la isla bastión de Corregidor, que sufre constantes bombardeos.

Uno de los periódicos japoneses publicaba ayer un presuntuoso artículo para jactarse de que por toda Asia se escuchan los pasos de los prisioneros blancos en la marcha de la muerte: miles de soldados y civiles, convertidos ahora en esclavos del dios-emperador. Birmania será la siguiente y, después de eso, los ejércitos del Mikado se dirigirán hacia la India. La bandera japonesa no tardará en ondear en Camberra y en Nueva Zelanda, que en los mapas impresos en Tokio ya ha recibido un nombre nuevo. Singapur, rebautizada como Shonan-to, es ahora el centro neurálgico desde el cual se avanza en tres direcciones: hacia el sur, el este y el oeste. Al norte de Malasia, el resto de Oriente ya se encuentra bajo dominio japonés.

Esos son los hechos. Y para aceptarlos, debo hacer un esfuerzo y ampliar mi fe en lo posible. El Lejano Oriente que he conocido durante casi cuarenta años ha desaparecido, ha sido borrado como se borran los restos de tiza de una pizarra con un paño húmedo. Y, sin embargo, yo aún no tengo esa sensación: sigo viviendo aquí, como siempre; Toba San me sigue cuidando, y las calles del Bluff siguen estando muy tranquilas. Puede que esté esperando a escuchar los sonidos de la guerra para convencerme, pero no han llegado hasta aquí. Al otro lado de mi alta valla de madera, esa seguridad que siento tampoco me parece más frágil. Solo a veces, cuando estoy en este jardín, me siento un tanto inquieta y me pregunto si debería haberlo restaurado, si no habría sido mejor plantar césped y parterres de rosas. Soy consciente, también, de que mi vida resulta ahora un tanto afectada en este hogar casi totalmente japonés. El árbol del jengibre, que ha crecido de nuevo, sigue ocupando su papel de obstinado extranjero.

24

Barco a motor *Gripsholm*, en alta mar
3 de agosto de 1942

Por fin esa mujer se ha ido a jugar al *bridge*, lo cual debería significar que tengo el camarote para mí sola durante un par de horas. Si me vuelve a decir una vez más lo afortunada que soy por estar en este barco en lugar de haberme quedado en Japón, voy a explotar. Espero que no ocurra en el comedor. Desde que zarpamos, no ha hecho más que quejarse sobre el tremendo error que ha cometido el sobrecargo al asignarle este camarote en la cubierta E, que se ve obligada a compartir conmigo. Ella se merece un lugar mucho más digno que la cubierta E, porque, si bien ha estado trabajando como mecanógrafa en la embajada británica, esa no es en absoluto la posición social que le corresponde como viuda de un hombre que había llegado a primer secretario en Kabul cuando, por desgracia, se lo llevó un infarto. Puesto que dicho cargo no llegó a ser confirmado, existen ciertas dudas sobre sus derechos para obtener una pensión como viuda de un primer secretario. Ella insiste en que ese fue precisamente el motivo de que se quedara en Tokio para trabajar en la embajada. Yo, en cambio, pienso que más bien se quedó en Tokio porque lo último que deseaba era que la devolvieran apresuradamente a Londres en pleno bombardeo de los nazis.

Que la cháchara de la señora Burke se me antoje tan insoportable tiene que ver, supongo, con el hecho de que aún me encuentro en estado de *shock*. No me siento afortunada por abandonar Japón. Quería quedarme en mi casa hasta que vinieran a buscarme y me llevaran a un campo para extranjeros enemigos. Bien, sí que vinieron a buscarme, pero no para llevarme a un campo: eran cuatro policías vestidos con uniforme blanco. Cuando Toba San subió a anunciarme que teníamos visita, su piel bronceada se había vuelto gris.

Todo resultó de una cortesía sorprendente, como si los cuatro hombres hubieran recibido instrucciones concretas de evitar cualquier situación desagradable. Ni la difunta condesa Kurihama hubiera tenido nada que objetar en lo referente al tono y el lenguaje que los agentes usaron conmigo; pero la gruesa y azucarada capa de cortesía no podía hacer nada para suavizar el amargo mensaje. Tenía una hora para llenar mis dos maletas, tras lo cual me trasladarían al muelle número uno, donde el *Gripsholm* ya estaba embarcando a diplomáticos del bando enemigo y a todos aquellos que, según las leyes internacionales, tenían derecho a ser repatriados. No sirvió de nada alegar que yo no tenía derecho a la repatriación, ni tampoco lo quería, pues el portavoz de los visitantes se limitó a asentir y a decir: «¿De verdad?». Luego me informó de que, en lo que a mí se refería, las órdenes llegaban desde muy arriba. Les pedí que me permitieran hacer algunas llamadas, pero se negaron. Luego me recordaron que el tiempo pasaba y me pidieron que me apresurara con las maletas.

Subí. ¿Qué se lleva una en dos maletas cuando están a punto de expulsarla del mundo en el que ha vivido la mayor parte de su existencia? Llené una de prendas de ropa, no muy bien seleccionadas, pues he descubierto que no tengo suficientes zapatos: solo cogí dos pares y me olvidé las zapatillas. Cerré la tapa de la primera maleta y abrí la de la otra. ¿Libros? Demasiado pesados y, además, son reemplazables,

aunque algunos me observaban desde los estantes, entre ellos un volumen de los seis que en su día tuve de la *Enciclopedia Británica*, de KYS a PAY, y que, por algún motivo, metí en la cesta de la ropa de cama y me llevé a Karuizawa aquel verano de 1923. Waugh, Linklater, Auden, Isherwood, Waley…, todos me decían que no querían quedarse en Japón. Cogí la novela de Prokosch que estaba leyendo, *Los siete fugitivos*, y luego la cubrí de cartas y diarios. Por último, cerré también la tapa.

Toba San, con ojos enrojecidos, no llegó a tiempo de ayudarme. Busqué mi bolso y le extendí un cheque por valor de dos mil yenes. Por lo que yo sabía, mi cuenta en el Yokohama Specie Bank aún no había sido congelada, pero le dije que fuera a cobrarlo al día siguiente. Y que podía quedarse a vivir en la casa durante todo el tiempo que quisiera, pero que no se sintiera obligada a cuidar de mis cosas, lo cual, sin duda, le resultará imposible. Y, entonces, hizo algo que he leído por ahí, pero que no había visto jamás: se cubrió la cara con el delantal y, con el rostro oculto, empezó a aullar.

Supongo que el hecho de que mi sirvienta llorara al marcharme es mucho. ¿Cuántas personas llorarían al enterarse de lo que me había ocurrido? Nada mejor que vivir en un país como extranjera enemiga para ir reduciendo la lista de amigos. Bajé la escalera –menos empinada que en la mayoría de las casas japonesas– arrastrando la maleta más pesada, mientras Toba San cargaba con la otra, y luego pensé en lo que me había dicho Peter: que para viajar en esta vida no hacían falta baúles. En esta ocasión me vi obligada a aceptar su consejo, pues, fuera lo que fuera lo que me esperaba, no iba a necesitar mucha ayuda en forma de experiencia acumulada durante tantos años: sobre todo porque buena parte de esa experiencia carecía totalmente de sentido para la vida en Occidente.

Con esa filosofía, me alejé de Toba y me dirigí al coche. No me volví a mirar la verja de la valla, ni la curva del tejado que casi rozaba la copa de un pino. Al final de la calle, sin embargo, vi a través del parabrisas el monte Fuji, cuya cumbre nevada resplandecía bajo el sol de la tarde. Y entonces se me llenaron los ojos de lágrimas.

Ahora ya no me quedan lágrimas. Es como si ya no sintiera dolor mientras navegamos hacia el sol tropical: nuestro barco resplandece de luz por la noche, como símbolo de neutralidad, aunque no hay otras luces en estos mares que ya han visto tanta muerte y que, sin duda, verán mucha más. A bordo, los embajadores permanecen unidos, como si fueran los aristócratas de mayor rango de esta pequeña sociedad. En cierto modo es como si fueran monarcas depuestos que aún se creen importantes en un mundo que se desmorona, rodeados por su corte de esposas, secretarias, cancilleres, todos los cuales se guían por los juegos de protocolo de ayer. Yo me sitúo por debajo de las institutrices, que han conservado, porque no hubiera estado bien enviar a las pobres criaturas a casa en pleno bombardeo. La tripulación sueca y los camareros ocupan un discreto lugar y mantienen las distancias respecto a esa violencia hacia la que su particular civilización los ha vuelto inmunes. A veces creo percibir su desprecio hacia todas estas reliquias de un orden destrozado, si bien es cierto que se muestran tan educados como los cuatro policías japoneses que se presentaron en mi casa del Bluff.

Fue Kentaro quien me metió en este barco, como si fuera el último ejemplo de su inquebrantable deber hacia la mujer con la que concibió un hijo en una colina china ya hace treinta y siete años. Todo lo que ha hecho por y para mí transmite una especie de inevitabilidad en lo que a él mismo respecta. Sin embargo, creo que finalmente podría haberme hablado de Tomo, si lo hubiera considerado con tanta atención como hizo con su propuesta de matrimonio. Después de tanto tiempo no hubiera supuesto peligro alguno, pues la vida de nuestro hijo ya está hecha muy lejos

de nosotros. Pero, al parecer, el conde Kurihama deja lo de correr riesgos para su soldadesca.

Barco a motor *Gripsholm*, en Singapur
19 de agosto de 1942

Podría haber sido cosa de mi imaginación, pero lo cierto es que percibo la curiosidad casi morbosa que emana de este barco desde que esta mañana hemos atracado en el puerto. Es como si todos los que viajan a bordo quisieran ver todo lo posible acerca de cómo opera la nueva y fabulosa potencia colonial en su base del sur. Tampoco es que haya mucho que ver desde el barco o las cubiertas de paseo, pues un almacén de tejados inclinados nos separa del resto de la zona del puerto, que, a su vez, es una especie de tierra de nadie entre nosotros y la vida de la ciudad. A lo lejos vemos gente y tráfico, y la bandera japonesa que ondea en barcos y edificios, pero poco más: el muelle en que nos hallamos está desierto, aunque la rampa de embarque está bajada. Si hay guardias o policías apostados para que nadie se acerque al *Gripsholm*, deben de estar ocultos más allá de la nave, pues no hay ni rastro de ellos. Nadie sabe a ciencia cierta por qué nos hemos detenido aquí, pero se rumorea que el barco debe transportar las cartas escritas por los prisioneros de guerra y los internos de los campos. Durante la comida, he oído a alguien decir que habían visto lo que parecía un grupo de prisioneros de guerra, desnudos de cintura hacia arriba a pleno sol mientras estibaban un carguero. Justo después de eso, un hombre sentado a la misma mesa nos ha dicho en voz alta que no veía el momento de llegar a Sudáfrica para olvidarse, por fin, de la comida sueca.

Gracias al calor casi insoportable de este camarote, la mujer que lo comparte conmigo está fuera durante el día, con lo cual disfruto de la soledad, aunque sea sudando a mares.

Barco a motor *Gripsholm*, en Singapur
20 de agosto de 1942

Lo que anoche me mantuvo en vela no fue el calor. Seguía pensando en algo que había ocurrido en Yokohama justo antes de que zarpase este barco. Se había concentrado a bordo una horda de periodistas y fotógrafos, todos ellos ávidos de conseguir imágenes o, mejor, historias de los diplomáticos enemigos que estaban a punto de marcharse. Si me dirigí a la cubierta del barco no fue porque creyera que a alguien le interesaba oír una historia sobre mí, sino porque allí se estaba más fresco. Me senté en un banco desde el que no se veía la ciudad ni el monte Fuji, pero sí se notaba la brisa del mar. Otras personas también trataban de eludir las multitudes de las cubiertas inferiores y, cuando vi a un hombre que, sin duda, era reportero subir por una escalerilla, seguido de un cámara, pensé lógicamente que su objetivo sería otra persona. El joven, sin embargo, buscaba una historia de interés humano y deduzco que debía de haber visto una fotografía mía en alguna parte, tal vez en los archivos policiales.

El reportero se dirigió a mí por mi nombre, de eso estoy segura, y al principio se mostró bastante educado. ¿Cómo me sentía al tener que abandonar un país en el que había vivido durante tanto tiempo?, me preguntó. Le dije que me entristecía marcharme en estas circunstancias y dirigí la mirada hacia el mar mientras el

fotógrafo caminaba en círculos a mi alrededor, disparando una y otra vez como si yo fuera una de esas estrellas de cine en decadencia que, antes de esta guerra, solían venir a Japón para recuperarse de sus crisis nerviosas. Insinué que estaban desperdiciando película, teniendo en cuenta el limitado uso de las fotografías en los periódicos japoneses; y, por algún motivo, eso hizo que el reportero se pusiera desagradable. Me preguntó que, si en caso de que se me permitiese tenía pensado volver a Japón, después de que las Fuerzas Imperiales aplastaran por completo a los aliados. Respondí que no tenía intención de volver hasta que Tokio y Yokohama quedaran en ruinas y las Fuerzas de Ocupación necesitaran a alguien para controlar las aduanas japonesas. Tenía pensado solicitar ese empleo, pues consideraba que mi experiencia empresarial en Japón me proporcionaba unas cualificaciones excepcionales para desempeñarlo a la perfección.

Sí, lo que dije fue una estupidez, pero de repente me sentía rabiosa. Y lo mismo le ocurría al reportero. Dio un paso hacia mí y pensé que iba a pegarme, pero se limitó a fulminarme con la mirada. Luego giró sobre sus talones y le gritó al fotógrafo que lo siguiera. Si ese momento de arrogancia se publica en la prensa japonesa, cabe la posibilidad de que me obliguen a bajar de este barco en Singapur y me lleven a un campo de internamiento, o algo mucho peor.

20 de agosto de 1942, por la tarde

El barco tiene un sistema de megafonía en todas las cubiertas. Estaba yo en mi camarote, bastante ligera de ropa, cuando he escuchado mi nombre y un mensaje en el que se me pedía que me presentara de inmediato en el despacho del sobrecargo. Tenía que vestirme y lo he hecho muerta de miedo. Antes de que tuviera tiempo de salir al pasillo, he escuchado el mensaje por segunda vez.

El sobrecargo ni siquiera me ha mirado mientras me comunicaba que había recibido órdenes de las autoridades portuarias según las cuales debía dirigirme al salón principal, donde se me entrevistaría. Le he preguntado qué derecho tenían las autoridades portuarias para dar órdenes a un barco sueco que navega bajo la protección de la Cruz Roja, aunque estuviera amarrado en Singapur, país conquistado por los japoneses. El sobrecargo, con la mirada fija en un libro de contabilidad, me ha respondido: «Señora, podrían plantar un batallón de soldados a bordo de este barco en cinco minutos y nosotros no podríamos impedírselo». No le he preguntado si dentro de poco se iba a ver obligado a tachar mi nombre de la lista de pasajeros del *Gripsholm*.

El salón dispone de aire acondicionado, lo cual significa que casi siempre está abarrotado. Había tres partidas de *bridge* en marcha y casi todas las sillas estaban ocupadas, pero quedaba un reservado cerca de la trampilla del bar –en esos momentos cerrado– que permanecía vacío, casi como si lo hubieran acordonado. En el interior había un sofá rinconero, una mesa y varias sillas. Un camarero rubio me ha indicado que debía esperar allí. He cruzado la sala, consciente de las miradas. Fuera lo que fuera lo que iba a ocurrirme allí, tendría un público numeroso. Me he sentado en el sofá y me he dedicado a observar a quienes me observaban hasta que todos, un tanto avergonzados, se han concentrado de nuevo en sus libros, sus partidas de *bridge* o sus conversaciones. El salón ha vuelto a llenarse de ruido, aunque no el suficiente como para amortiguar el ruido de succión que ha hecho una puerta con junta de goma al abrirse.

Un oficial japonés ha entrado en el salón desde el vestíbulo. Se ha detenido a echar

un vistazo a su alrededor y ha girado muy despacio la cabeza de izquierda a derecha, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada. El camarero rubio me ha señalado. Las conversaciones, las partidas y la lectura se han interrumpido de nuevo. El soldado se ha encaminado hacia mi mesa, entre el tintineo de la cadena de la funda de su espada y el rechinar de sus botas en el suelo de linóleo. Me he sentido un poco mareada.

No me he fijado mucho en el aspecto físico de mi interlocutor, solo he advertido que su estatura encajaba con la media japonesa y que llevaba la cabeza afeitada bajo la gorra. He tenido la sensación de que las orejas sobresalían más de lo que es habitual en los japoneses y también he reparado en sus cejas oscuras y pobladas. Llevaba un uniforme de color beis y una camisa blanca de cuello abierto. Se ha detenido justo antes de llegar a mi mesa, ha juntado los talones y luego ha saludado con una inclinación de cabeza, sin apartar la mano de la empuñadura de la espada. Era el saludo, meramente correcto, de un militar ante una civil. Le he devuelto el saludo sin ponerme en pie, cosa que, al parecer, lo ha sorprendido. Ha guardado silencio durante un momento y luego ha empezado a hablar en un inglés bastante pobre. Por lo menos medio salón ha debido de escuchar sus palabras: «¿Usted señora *Ma-ken-shi*?». He asentido y el hombre se ha presentado. «Comandante Nobushige Ozaki». Ha retirado una silla todo lo que daba la cadena que la mantiene amarrada al suelo y luego, apartando con cuidado su espada, se ha sentado. Yo seguía notando el corazón helado. «Será mejor –le he dicho– que hablemos en japonés, comandante, para tener cierta privacidad».

Mi comentario ha hecho que volviera la cabeza hacia quienes nos observaban, que, de inmediato, han perdido el interés. Muy pocas de esas personas deben de tener unas nociones básicas del idioma del país en el que han estado viviendo. El comandante no gritaba al expresarse en su lengua materna, cosa que he agradecido.

Me ha preguntado si me apetecía tomar un té, como si el barco fuera suyo, y así podría haber sido de haberlo querido él. Le he dado las gracias con cautelosa cortesía, pero le he dicho que no. La mirada se me iba una y otra vez hacia las puertas de cristal del vestíbulo, por si vislumbraba más soldados japoneses apostados allí, pero no he conseguido ver nada. Tal vez estuvieran esperando junto a la rampa de embarque. El comandante ha dicho que se estaba muy bien en el salón, teniendo en cuenta el calor que hacía fuera, y luego ha sacado un pañuelo de un bolsillo interior del uniforme para secarse las gotas de sudor que le perlaban la frente. Al parecer, no le resultaba fácil mirarme abiertamente, lo cual me ha parecido sorprendente en un hombre con su rango militar. Quizá fuera que aquella misión le resultaba desagradable. Tampoco parecían haber disfrutado de su tarea los cuatro policías que me habían obligado a subir al barco.

La conversación ha ido languideciendo y yo he experimentado la absurda necesidad de avivarla de nuevo. Dado que no parecía que la información fuera clasificada ni de interés para el enemigo, le he preguntado si era soldado profesional. Me ha dicho que estaba en las Fuerzas Aéreas. «Me envía el teniente general conde Kurihama».

Supongo que hasta ese momento yo seguía respirando, pero conteniendo el aire. Entonces me he sentido como, si de repente, hubiera recuperado la capacidad de volver a llenar los pulmones, aunque fuera con aire refrigerado artificialmente. Creo que he mantenido los ojos cerrados durante al menos un minuto y, cuando he vuelto a abrirlos, me he dado cuenta de que el oficial me estaba observando. «Espero que el general esté bien», he dicho en tono tenso. «Sí, está muy bien. Pero no puede visitarla. ¿Lo entiende usted?». «No esperaba su visita. ¿Es usted su asistente?». «No, yo solo he

venido a trasladarle su mensaje. Espera que tenga usted una vida feliz en el futuro». «Gracias». Nuestro intercambio de palabras me ha hecho pensar en aquellas pistas de piedra volcánica de Karuizawa, donde las pelotas rebotaban elásticamente de un lado a otro como nuestras palabras.

Se ha hecho de nuevo el silencio. El comandante ha rebuscado otra vez en el bolsillo interior y, en esta ocasión, ha sacado una billetera. Yo seguía sentada con la espalda muy erguida, igual que había permanecido desde que aquel hombre había cruzado las puertas de cristal. Kentaro estaba a punto de hacer, a través de sus contactos en Singapur, lo que no le habría resultado tan fácil en un Japón sumido en la guerra: ofrecerme más dinero. El hombre ha dejado la billetera sobre la mesa y luego la ha abierto. Ha sacado de ella lo que parecía una postal, hasta que le ha dado la vuelta y he comprendido que se trataba de una fotografía. El comandante la ha empujado por encima de la mesa.

La imagen se había tomado en un jardín japonés que parecía tan cuidado como el mío. En ella aparecía una mujer, de pie junto a un farol de piedra. Delante de ella, en orden de edad como si fueran los peldaños de una escalera, posaban tres niños: dos niñas y un niño. El niño era el más alto, debía de tener unos diez años, tal vez más. Estaba sonriendo. Reconocí aquella sonrisa.

He tenido que obligarme a pronunciar las palabras que se me atascaban en la garganta. «¿Son su esposa y sus hijos, comandante?». El hombre ha asentido: «Hai». No me ha hecho falta preguntarle si era un *yoshi*.

Los dos hemos permanecido sentados, inmóviles. Tal vez debería haber contemplado con avidez su rostro, sus manos, su figura erguida en la silla…, pero me he limitado a contemplar el tablero de la mesa. No quería incomodarlo. Había acudido a mí cumpliendo órdenes, sin saber qué esperar de aquella mujer extranjera. No debía llevarse consigo nada que pudiera empañar su recuerdo. «Cuando vea usted al conde Kurihama –le he dicho–, por favor transmítale que le estoy profundamente agradecida».

He percibido su alivio al ver que no le montaba ninguna escena. Yo he aprendido los modales correctos, y estos han otorgado dignidad al ritual de mostrarme una fotografía de personas a las que jamás conoceré, pero que a partir de ahora debo considerar familiares. Se me ha ocurrido en ese momento la extravagante idea de que tal vez, cuando muera, se me honrará vagamente como un antepasado más en el altar de una familia japonesa, pero no tenía ganas de reírme.

Hemos charlado como dos extraños que comparten mesa en un restaurante abarrotado. Hemos hablado sobre la humedad de las regiones del sur y sobre lo insípidos que son la mayoría de los frutos tropicales. Nuestra conversación discreta casi ha dejado de despertar interés en el salón, ahora que estaba claro que en el reservado del rincón no se iba a producir ningún drama. Un hombre ha recriminado en voz alta a su pareja de juego la apuesta que había hecho y ella le ha respondido de malos modos. Aquellas voces han parecido incomodar al comandante, que ha sentido la necesidad de acallarlas. «Cuando vuelva usted a Japón, después de la guerra, espero que visite Nagoya». Me ha dicho dónde vivía sin que yo se lo preguntara. «Tal vez –le he contestado–. Y quizá entonces podamos vernos». Ha sonreído. No era la sonrisa de Kentaro. «Si cuando venga a visitarnos no estoy allí en cuerpo, estaré en espíritu», ha replicado. He notado de nuevo el corazón atenazado, aunque esta vez se debía a un miedo distinto. «¿Por qué dice eso?», le he preguntado. Su respuesta ha sido sencilla: «Esta guerra va a ser larga. Y yo soy aviador».

No cree que Japón pueda ganar, ni que él vaya a vivir lo bastante como para ver la

paz. He querido gritar a modo de protesta, pero él parecía haber empezado a sentirse cómodo en mi presencia. Los dos hemos guardado silencio, mirándonos, hasta que él ha cogido la fotografía que aún estaba sobre la mesa. La ha metido en la billetera, que después ha guardado con cuidado en el bolsillo interior. Ha apoyado la mano izquierda en la empuñadura de su espada, lo cual significaba que se disponía a ponerse en pie, pero antes de hacerlo se ha inclinado hacia delante y en voz baja, casi como si temiera que alguien lo oyera, ha dicho: «La vida ha sido generosa conmigo. Ahora tengo que volver a mis obligaciones». Y, luego, ha añadido la frase convencional: «Por favor, cuide usted mucho su salud».

Esta vez sí me he puesto en pie para saludarlo con una inclinación de cabeza, mientras él me dedicaba un saludo que se ofrece solo a las mujeres importantes. Ha dado media vuelta y se ha dirigido con paso decidido a las puertas de cristal. Un momento después, yo también he abandonado el salón, de nuevo con todas las miradas clavadas en mí. He subido a cubierta y, cuando he llegado a un trozo de barandilla entre pescantes, el comandante Nobushige Ozaki ya había bajado la rampa de embarque y se dirigía a un coche aparcado frente a los tinglados. No se ha vuelto a mirar el barco. Un soldado ha bajado del asiento del conductor y le ha abierto la puerta trasera. Incluso después de que la cerrara, he visto la nuca de Tomo a través de la luna posterior. El coche ha empezado a moverse muy despacio por la superficie irregular del puerto, hasta que ha desaparecido más allá de los tinglados. He intentado encontrar una posición ventajosa desde la cual pudiera ver el coche al cruzar las verjas del puerto, pero no he llegado a tiempo. Desde una de las alas del puente de mando, el rubísimo oficial sueco que estaba de guardia me observaba.

Sobre el autor

Oswald Wynd nació en Tokio, hijo de padres escoceses que habían dejado atrás su Perth natal para dirigir una misión en Japón. Estudió en dicho país, donde se crio hablando inglés y japonés. En 1932 volvió con sus padres a Escocia, fue a la Universidad de Edimburgo y empezó a escribir novelas. Al llegar la guerra, se unió a los Guardias Escoceses, pero enseguida lo reclutó el Cuerpo de Inteligencia y fue destinado a Malasia. En la época de la invasión japonesa, formaba parte del Ejército indio en la costa oeste malaya, donde su brigada cubrió la retirada final a Singapur. Atrapado por el avance de los japoneses, permaneció solo toda una semana en la jungla de Johor. Finalmente fue capturado y pasó más de tres años como prisionero de guerra, durante los cuales se le mencionó en los partes de guerra por su labor como intérprete de los prisioneros.

En el último año de la contienda, en Hokkaido, empezó a escribir una novela, *Black Fountains*, que en 1947 obtuvo el premio Doubleday. Tras la guerra regresó a Escocia a través de las Filipinas; para entonces, ya había pasado más de veinte años de su vida en el Lejano Oriente. Después de varios años en las Hébridas y en Edimburgo, se trasladó con su esposa a la casa de Crail (Escocia) en la que disfrutó de sus dos grandes pasiones: la jardinería y la escritura.

Título original: The Ginger Tree

Edición en formato digital: junio de 2021

© 1977, 1988, 2002, Oswald Wynd
© de la traducción, 2021 de Montserrat Triviño González
© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. Riera de Cassoles, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)
wwww.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-18538-65-0

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Imágenes de cubierta: © Sybille Sterk, Arcangel Images / © Marukopum, Shutterstock

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos